

BEN  
ACKER

RENÉE  
AHDIEH

TOM  
ANGLEBERGER

BEN  
BLACKER

JEFFREY  
BROWN

PIERCE  
BROWN

MEG  
CABOT

RAE  
CARSON

ADAM  
CHRISTOPHER

ZORAIDA  
CORDOVA

DELILAH S.  
DAWSON

KELLY SUE  
DECONNICK

PAUL  
DINI

IAN  
DOESCHER

ASHLEY  
ECKSTEIN

MATT  
FRACTION

ALEXANDER  
FREED

JASON  
FRY

KIERON  
GILLEN

CHRISTIE  
GOLDEN

CLAUDIA  
GRAY

PABLO  
HIDALGO



E. K.  
JOHNSTON

PAUL S.  
KEMP

MUR  
LAFFERTY

KEN  
LIU

GRIFFIN  
MCELROY

JOHN JACKSON  
MILLER

NNEDI  
OKORAFOR

DANIEL JOSÉ  
OLDER

MALLORY  
ORTBERG

BETH  
REVIS

MADELINE  
ROUX

GREG  
RUCKA

GARY D.  
SCHMIDT

CAVAN  
SCOTT

CHARLES  
SOULE

SABAA  
TAHIR

ELIZABETH  
WEIN

GLEN  
WELDON

CHUCK  
WENDIG

WIL

40 HISTORIAS CELEBRANDO  
40 AÑOS DE

# STAR WARS

DESDE OTRO  
PUNTO DE VISTA



Lectulandia

40 voces reunidas para hablar sobre una galaxia muy, muy lejana...

El 25 de mayo de 1977, el mundo conoció a Han, Luke, Leia, un par de droides, un Wookiee, un viejo mago, un villano de negro y una galaxia llena de posibilidades. Cuarenta años después, *Star Wars* sigue siendo un fenómeno cultural incomparable que ha inspirado e influenciado a generaciones de fans y creadores. Décadas de historias provocaron una película, en parte porque la galaxia de *Star Wars* parecía estar viva. Personajes extraños y fascinantes llenan la pantalla y nos hacen preguntarnos: ¿Cuál es su historia?

Esta antología celebra ese legado con más de cuarenta autores que prestan su visión para hacer un recuento de la película original de *Star Wars*. Cada una de estas historias recrea algún momento de la película a través de los ojos de un personaje secundario. Desde otro punto de vista reúne contribuciones de autores de bestsellers, artistas que han marcado tendencias y voces de la historia literaria de *Star Wars*.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Desde otro punto de vista**

**Canon - 4.001**

ePub r1.0

Titivillus 05-11-2018

Título original: *From a Certain Point of View*

AA. VV., 2018

Traducción: José Ruiz Millán & Rodolfo Téllez Girón & Alejandro Romero Álvarez & Eloy Pineda Rojas

Ilustraciones: Trevas,Chris & Jeffrey Brown

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

**STAR  
WARS**™









BEN ACKER	E. K. JOHNSTON
RENÉE AHDIEH	PAUL S. KEMP
TOM ANGLEBERGER	MUR LAFFERTY
BEN BLACKER	KEN LIU
JEFFREY BROWN	GRIFFIN McELROY
PIERCE BROWN	JOHN JACKSON MILLER
MEG CABOT	NNEDI OKORAFOR
RAE CARSON	DANIEL JOSÉ OLDER
ADAM CHRISTOPHER	MALLORY ORTBERG
ZORAIDA CÓRDOVA	BETH REVIS
DELILAH S. DAWSON	MADELEINE ROUX
KELLY SUE DeCONNICK	GREG RUCKA
PAUL DINI	GARY D. SCHMIDT
IAN DOESCHER	CAVAN SCOTT
ASHLEY ECKSTEIN	CHARLES SOULE
MATT FRACTION	SABAA TAHIR
ALEXANDER FREED	ELIZABETH WEIN
JASON FRY	GLEN WELDON
KIERON GILLEN	CHUCK WENDIG
CHRISTIE GOLDEN	WIL WHEATON
CLAUDIA GRAY	GARY WHITTA
PABLO HIDALGO	



*Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...*

# RAYMUS

Gary Whitta



—¿Qué es lo que nos han mandado?

El Capitán Raymus Antilles observó mientras la Princesa Leia Organa de Alderaan se alejaba de él, sosteniendo la tarjeta de datos que le había entregado. Prácticamente toda la fuerza militar de la Alianza Rebelde, tanto la que se encontraba en tierra como la que estaba en órbita sobre el planeta Scarif, acababa de arriesgarlo todo para robarla de una de las fortalezas imperiales más seguras de toda la galaxia. Esta gran maniobra, en la que se jugaban el todo por el todo, había dado pie al más grande combate en la larga historia de conflictos entre la Rebelión y el Imperio, un conflicto que, a pesar de las múltiples pérdidas, parecía haber culminado con una victoria: la tarjeta, así como la preciada información que contenía, había llegado a salvo a manos de una de las agentes encubiertas más competentes de la Alianza. El resto dependía de ella.

—Esperanza —respondió ella, viendo hacia delante a través de la ventana delantera de la cabina de mando de la nave *Tantive IV*, hacia el infinito océano de estrellas a la distancia.

«Siempre tan condenadamente enigmática», pensó Raymus. Leia era del tipo que nunca te decía más de lo que necesitabas saber, tanto por la protección de los demás como por su propia protección. Había aprendido esa lección muy bien la princesa que se había vuelto senadora galáctica, la senadora que había arriesgado su vida en secreto en incontables ocasiones para ayudar a nutrir a la novata Rebelión y convertirla de un montón de sistemas estelares conflictivos e insatisfechos en la Alianza organizada y dedicada que era en la actualidad. Aun así, todavía no era rival para el Imperio y su increíble poder bélico, pero había sido suficiente para capturar sus secretos mejor guardados en una misión que hasta al propio Raymus le parecía tan audaz que se quedaba sin aliento. Suficiente, tal vez, para darles a los pueblos oprimidos de la galaxia una oportunidad de recuperar su libertad.

Raymus observó que las estrellas afuera de la nave se estiraban hasta formar un túnel caleidoscópico de luces; la nave había entrado al hiperespacio. Luego, Leia volteó a verlo y ambos salieron por la puerta de la cabina hacia el pasillo.

—¿Lo lograremos? —preguntó ella. Antes de salir, Raymus le había advertido que su nave aún no era capaz de hacer siquiera el vuelo de rutina hasta Tatooine, lo cual, hasta hace poco, era su encargo. Ni siquiera había sido capaz de viajar hasta Scarif con su propia potencia; en su lugar había tenido que ser cargada dentro de la nave insignia de la Rebelión, *Profundity*, mientras el equipo de mecánicos trabajaba apresuradamente para reparar su hiperimpulsor saturado y defectuoso. Para cuando llegaron a Scarif, Raymus solo había podido asegurarle que el *Tantive IV* podría entrar al hiperespacio, pero no que podría soportar un viaje a la velocidad de la luz el tiempo suficiente para llevarlos de manera fiable a algún destino.

—Podré darle una mejor respuesta en operaciones —le dijo él.

—Entonces vamos —respondió, tomando la delantera. Raymus la siguió y tuvo que apresurar el paso para poder igualar el de ella.

\* \* \*

Llegaron al centro de operaciones de la nave y encontraron a varios oficiales superiores que trabajaban frenéticamente en sus estaciones de control.

—Estatus —solicitó Raymus mientras la puerta se cerraba detrás de él.

—Mantenemos la velocidad de la luz, por ahora —le informó el oficial más cercano—. Falta ver cuánto resistirán los motores. Los equipos de mantenimiento hacen todo lo que pueden. Si logramos mantener esta velocidad, llegaremos a Tatooine como en una hora. Pero la transmisión aún está en malas condiciones; el impulsor podría fallar en cualquier momento.

Raymus asintió. Ya sabía todo eso. Después del daño que había sufrido durante su última misión, el *Tantive IV* no estaba en condiciones de huir desesperadamente del Imperio. Durante años se había encargado de dirigir cuidadosamente esta nave, su nave, a través de innumerables bloqueos y controles fronterizos imperiales, y siempre había evitado ser detectado o levantar sospechas. Pero ahora los habían visto escapar de la escena del más osado ataque militar en la historia de la Rebelión, y cargando bienes robados que el Imperio trataría de recuperar a toda costa. Repentinamente, el *Tantive IV* se había convertido en la nave más buscada de toda la galaxia y, por si fuera poco, se encontraba en terrible estado. Para una labor de la magnitud de transportar los secretos imperiales más cruciales que se hubieran logrado capturar, difícilmente habrían podido elegir una peor nave. Pero este era el juego que les había tocado, y Raymus no tenía otra opción que jugarlo lo mejor que pudiera.

—El verdadero problema es lo que estamos dejando detrás de nosotros —continuó el oficial—. No es muy fácil huir discretamente con un hiperimpulsor que apenas puede mantenerse en una pieza. Si el Imperio detectó cualquier rastro de estela hiperespacial cuando la nave entró a la velocidad de la luz, no les tomará mucho tiempo usarlo para rastrearnos.

Raymus suspiró, ya había temido esa posibilidad y le había advertido a Leia antes de trazar su ruta de escape desde Scarif. Por lo general, dar el salto al hiperespacio era el equivalente a un escape limpio, ya que la trayectoria de una nave a la velocidad de la luz era imposible de rastrear. Pero el hiperimpulsor dañado del *Tantive IV* era como un cráter con fugas de aceite, que iba dejando un inconfundible rastro de energía residual a su paso; un rastro fácil de seguir. Se preguntó cuánto tiempo le tomaría al Imperio encontrar el rastro y seguirlo, tomando en cuenta todos los recursos que seguramente ya había dedicado a encontrarlo. Por esa misma razón, Leia pensaba que era demasiado arriesgado volver a la base rebelde en Yavin 4. Como no contaba con buenas opciones, le había ordenado a Raymus que en su lugar fijara el curso para Tatooine; este era el destino que habían planeado originalmente, antes de su apresurado cambio de dirección a Scarif. Aún esperaba poder cumplir con la importante misión que su padre le había encomendado ese mismo día, con el conocimiento de que, si el Imperio decidía perseguirlos hasta ese planeta desértico y estéril, lo único que encontraría serían infinitos residuos de arena.

Raymus vio la expresión desalentadora en el rostro del contraamaestre de la nave, quien estaba examinando nuevas lecturas en su estación.

—No me digan que se pone peor —dijo Raymus.

—El *Profundity* sufrió gran daño cuando estuvo deshabilitado —informó el contraamaestre—. Los sistemas eléctricos están sobrecargados y, ya que seguíamos atracados, la sobrecarga casi frío nuestra red eléctrica. Apenas tenemos deflectores o armas. Si esto termina en una pelea, no podremos hacer gran cosa.

Así estaban las cosas. Seguramente solo era cuestión de tiempo para que el Imperio los encontrara, y no tendrían posibilidades de defenderse cuando lo hiciera. Raymus pensó en todas misiones de alto riesgo y escapes cercanos y trató de recordar si alguna vez se habían enfrentado a una situación tan nefasta como esta y salido airosos.

—¿Qué hay de las cápsulas de emergencia? —preguntó.

—Como lo ordenó —dijo Helfun Rumm, el incondicional oficial de seguridad del *Tantive IV*—. Todas aseguradas y listas para un posible lanzamiento.

Raymus se percató de que Leia lo observaba inquisitivamente.

—Su Alteza, si el Imperio nos detiene y nos aborda, mi prioridad es ponerla a salvo —le dijo él—. En ese punto, las cápsulas podrían ser nuestra única opción.

—Seguramente no llegaremos a eso —dijo Corla Metonae, el suboficial del *Tantive IV* y fiel servidor desde hacía años de la casa real de Organa—. Después de todo, volamos bajo la protección de una bandera diplomática. El Imperio no se atrevería a abordarnos.

Raymus lo consideró un momento; técnicamente, todavía era cierto. El *Tantive IV* era oficialmente una nave consular que Leia utilizaba para cumplir con sus deberes como representante de Alderaan en el Senado Galáctico y, siendo diplomática, gozaba de cierta protección legal especial, lo cual significaba que ni siquiera la

Armada Imperial podía abordar, revisar o impedir de cualquier otro modo el libre paso de su nave sin su permiso expreso. Era un privilegio extenso y muy conveniente que les había permitido a ella y a Raymus llevar a cabo actos de espionaje y subterfugio bajo las narices del Imperio. Pero esta vez, debido a la aparente importancia de lo que habían robado de Scarif, Raymus dudaba si sería suficiente para protegerlos.

—Esto acaba de llegarnos —informó el conremaestre, alzando la mirada desde su estación—. El Imperio ha emitido una directiva de prioridad roja. Se ordena la detención y retención de cualquier nave que coincida con la descripción de una corbeta CR90. «Prioridad roja» significa que todas las órdenes y funciones anteriores quedan inmediatamente desbancadas para todas las naves imperiales a todo lo largo y ancho de la galaxia. Nunca había visto tanto tráfico en las comunicaciones, el Imperio está inundando cada frecuencia disponible con su información. No sé exactamente qué es lo que nos transmitió el Escuadrón Rogue One desde Scarif, pero *en verdad* lo quieren de vuelta.

Las miradas se posaron sobre Leia mientras todos empezaban a captar la gravedad de su situación. Raymus ya había visto antes esa expresión en su rostro; estaba intranquila, incluso preocupada, pero esto solo era perceptible para aquellos pocos que la conocían bien y que habían servido a su lado por mucho tiempo. Para el resto de los presentes, solo proyectaba una firme resolución al enfrentarse a las grandes adversidades que se avecinaban. Pero él sabía lo malas que eran las noticias que acababan de recibir. Haciendo a un lado el estado consular de la nave, que pendía de un hilo, una de sus pocas esperanzas yacía en que el modelo de nave CR90 era común en toda la galaxia; miles de ellas estaban en servicio, y el *Tantive IV* lucía prácticamente igual que el resto. Pero a pesar de que eran como una aguja en un pajar, el Imperio tenía los recursos y la determinación, aparentemente, para despedazar el pajar por completo con tal de encontrarlos. Y el protocolo diplomático no se interpondría en su camino. Pensó brevemente en todas las tripulaciones inocentes de corbetas corellianas que seguramente estaban siendo detenidas e invadidas por los grupos de abordaje armados del Imperio en ese mismo momento. Seguro habría algunas lo suficientemente ingenuas para oponer resistencia.

—Si el Imperio logra encontrarnos... —pensó en voz alta Toshma Jefkin, el segundo oficial del *Tantive IV*.

—Entonces asegúrenos de que no lo haga —dijo Leia.

Raymus volteó a ver a Jefkin. Había servido al lado de este hombre por muchos años, había compartido muchos encuentros cercanos con fuerzas imperiales y sabía que pocas cosas lograban inquietarlo. Sin embargo, ahora lucía inquieto. Su rostro estaba tan pálido como el de un fantasma; sus manos estaban sudorosas. Además, parecía estar contemplando el vacío; el semblante inquietante de un hombre que ha visto algo que le ha quedado grabado en la mente para siempre.

—¿Qué pasa, Tosh? —preguntó Raymus.

Jefkin volteó a verlo con una mirada vacía.

—Esa... cosa. En el pasillo, mientras tratábamos de salir del *Profundity*. Mató al menos a una docena de mis hombres, los cortó como si estuvieran hechos de papel. Los blásters no surtían ningún efecto, seguía acercándose, seguía matando. Era como... como una pesadilla. Nunca había visto algo así, como una especie de ángel de la muerte.

Raymus y Leia intercambiaron una mirada sombría al percatarse de lo que esto debía significar. Para recuperar aquello que le había sido sustraído, el Imperio había enviado al mismísimo Darth Vader. Y esas eran las noticias más preocupantes de todas.

\* \* \*

Raymus volvió a sus cuarteles para escribir, mientras aún tenía tiempo para hacerlo. Al ser el capitán, sabía que se hundiría junto con su nave de ser necesario, pero si eso llegaba a ocurrir, primero le enviaría un mensaje final a su familia que lo esperaba en casa. Ya lo había pensado bien: mientras su tripulación se apilaba en las cápsulas de escape del *Tantive IV* para evitar ser capturada por el Imperio, él le entregaría a alguien de confianza un cilindro de datos cifrado, con instrucciones de que se lo entregaran a su esposa en Alderaan.

Mientras se sentaba a escribir, ese escenario le parecía más probable que cualquier otro. Desde un principio había tenido un mal presentimiento respecto a esta misión: precipitadamente improvisada, con órdenes reescritas de último minuto. Ahora aquí estaban, disparados apresuradamente en una nave en mal estado hacia el borde de la galaxia, cargando la última y más grande esperanza para la supervivencia de la Rebelión y con toda la flota imperial buscándolos.

Escribiría tres cartas: una para su amada esposa y las otras dos para cada una de sus pequeñas hijas, para que se las entregaran cuando tuvieran la edad suficiente para entender. Quería decirles tantas cosas. Más que nada, quería decirles que, aunque crecerían sin haber conocido a su padre, esto no se debía a falta de amor de su parte. No, era porque las amaba tanto, porque estaba tan decidido a que tuvieran la vida que merecían, que estaba dispuesto a darlo todo para asegurarse de esto. Esa era la ironía más cruel de la guerra: los actos de amor más grandes por tu familia eran los que te mantenían alejado de ella.

Trató de escribir, pero las palabras se le escapaban. Sabía lo que quería decir, pero no sabía cómo decirlo, y entre más veía la pantalla, más angustiada le parecía la perspectiva de escribir sus últimas palabras para las personas que más amaba. A su esposa quería decirle que lo sentía por todo lo que había tenido que sacrificar para que él pudiera servir a su princesa y a su Rebelión; lamentaba haberla dejado criando a las niñas sola por semanas y meses en ocasiones. Apenas había visto a sus dos hijas



desde su nacimiento. Por mucho que esto le doliera, a Raymus siempre le había parecido que el sacrificio valía la pena, inspirado por la propia pasión de Leia para pelear por un futuro en el cual los hijos e hijas de toda la galaxia, no solo los suyos, pudieran crecer libres de la tiranía del Imperio, algo que solo habían leído en los textos de historia. Y Leia, quien había llegado no solo a confiar en Raymus como en nadie más (a excepción de su padre), sino también a depender de él, había insistido en asegurarle que a su familia no le faltaría nada durante el tiempo que él pasara a su lado. Pero todo eso le parecía un consuelo vacío ahora que reflexionaba y pensaba en todo el tiempo precioso que había perdido, y en lo poco que le quedaría en cuanto el Imperio le echara el guante a su nave.

Cuando finalmente empezó a escribir, la nave se tambaleó con violencia hacia delante, casi haciendo que se cayera de su silla. Reconoció el movimiento de inmediato, la repentina y violenta desaceleración que ocurre cuando una nave sale de la velocidad de la luz de manera inesperada. Al asomarse por la ventana, vio que el túnel de brillantes luces azules de afuera se desvanecía y era reemplazado por un vacío negro con puntos de luz. La nave *Tantive IV* ya no estaba en el hiperespacio, sino de vuelta entre las estrellas. Expuesta y fácil de detectar por cualquier nave imperial que rondara el área, ya que sin duda toda la flota estaría buscando una nave que coincidiera con la descripción que habían emitido.

Se levantó rápidamente de su silla y salió corriendo hacia la puerta, dejando sus cartas sin escribir detrás de él.

\* \* \*

—¿Qué pasó? —preguntó Raymus mientras entraba en la cabina de mando.

—El impulsor finalmente falló —informó el piloto de la nave. El tablero de instrumentos que se encontraba frente a él y su copiloto estaba todo encendido, cubierto de luces parpadeantes de alerta—. Tendremos que viajar a velocidad normal el resto del camino.

—¿En dónde estamos?

El copiloto operó la consola de navegación, oprimió unos botones y revisó la imagen del sensor local.

—Estamos cerca, alrededor de un cuarto de pársec de distancia.

Raymus dio un paso hacia delante, directamente detrás de los dos oficiales de timón, para ver mejor a través de la ventana de la cabina. Y ahí estaba. Apenas era perceptible para un ojo no entrenado, pero Raymus sabía lo que buscaba. Desde esa distancia, Tatooine no era más que una diminuta partícula color anaranjado pálido junto a dos luces mucho más grandes y brillantes, sus soles binarios.

—¿Cuánto tiempo nos tomaría llegar a nuestra mayor velocidad? —Estaban tan cerca, y tan lejos a la vez. Si el hipervuelo hubiera resistido por unos instantes más,

ya estarían en la órbita del planeta. Pero ahora estaban forzados a recorrer lentamente el resto del camino...

—Ocho minutos —respondió el piloto—. Creo que lo lograremos. —Había esperanza en la voz del hombre, una sensación de alivio. Era la primera vez que Raymus escuchaba algo así de cualquier miembro de la tripulación desde que habían escapado, apenas, de Scarif. Y ahora él también lo sentía. Ocho minutos. Si lograban aguantar esos ocho minutos, podría llevarlos a todos hasta la superficie del planeta y huir de la nave; luego, en alguno de los famosos puertos espaciales del planeta, de esos donde nadie hace preguntas, podría conseguir otra nave, una que no estuviera identificada y fuera imposible de rastrear, con la cual podría poner a salvo a la princesa. Por un breve instante, permitió que la esperanza lo invadiera de nuevo; consideró la posibilidad de que tal vez, solo tal vez, podría haber una forma de escapar. Que la princesa aún podría estar a salvo después de todo, que la información robada lograría llegar hasta el comando rebelde, y que él y sus seres queridos aún podrían...

El impacto sacudió la nave con tal fuerza que Raymus se golpeó contra el mamparo de la cabina. Como una brisa efímera, su ensimismamiento se desvaneció tan rápido como había aparecido, y una estridente alarma invadió toda la cabina de mando.

—¡Un destructor estelar! —exclamó el piloto en respuesta a la nueva lectura del sensor que acababa de aparecer directamente detrás de ellos—. ¡Nos están disparando!

—Ocúpense de los turboláseres y contraataquen —ordenó Raymus—. ¡Concentren todo nuestro poder en el escudo deflector y llévenos hasta ese planeta!

\* \* \*

Reunió a sus fuerzas de seguridad y les dio sus órdenes, enviando a cada hombre que pudiera a la escotilla de ataque para establecer un baluarte defensivo. Sabía que las posibilidades de repeler un grupo de abordaje imperial con las exiguas fuerzas que tenía a su cargo eran pocas, pero al menos podrían detenerlos el tiempo suficiente para poner a los civiles a salvo.

Mientras sus tropas se desplegaban, la nave se sacudió de nuevo, y se escuchó una fuerte explosión en algún lugar lejano detrás de él. Su comunicador se encendió con un chasquido, y él lo alzó para escuchar los sonidos, el caos y las voces de pánico que provenían de la cabina.

—Señor, ese último impacto sobrecargó nuestro proyector de escudo; tuvimos que apagar el reactor principal antes de que explotara. No podemos mantener la distancia que hay entre el destructor y nosotros, nos está alcanzando.

—¿Cuál es la distancia hasta Tatooine?

—Punto dos siete —le respondieron. Raymus sabía que ellos no podrían alejarse, pero las cápsulas de escape sí.

Raymus escuchó un eco metálico amortiguado a su alrededor, el sonido del casco de la nave gemía bajo una presión externa, y supo lo que esto significaba. El destructor se había aferrado a ellos con su rayo tractor y los estaba jalando hacia él.

—Señor, acaban de...

—Lo sé. ¡Vayan todos a sus cápsulas de escape! —Se echó a correr, buscando desesperadamente a la princesa. La nave estaba perdida, estaba consciente de ello, pero aún podía salvarla a ella.

\* \* \*

No podía encontrarla en ningún lado. Corrió por los pasillos buscándola, mientras a su alrededor su tripulación ayudaba al personal senatorial de la princesa a apilarse apresuradamente en las cápsulas de escape. No había suficientes cápsulas para todos, él lo sabía. Como siempre había ocurrido en la Rebelión, tenían que sacarle el mayor provecho a lo poco que tenían. Algunas buenas personas tendrían que morir.

Escuchó la explosión distante y supo que provenía de la cámara estanca frontal. Luego escuchó el sonido de un furioso intercambio de disparos. Las tropas imperiales estaban abordando su nave. «No queda mucho tiempo. Tengo que encontrarla». No había dedicado una gran parte de su vida a protegerla para fallar ahora, cuando ella más lo necesitaba.

Finalmente, la vio al dar la vuelta en una esquina. Se encontraba al otro extremo del pasillo de muros blancos. Estaba completamente sola, salvo por una unidad R2, que trinaba afirmativamente mientras ella le hablaba.

—¡Su Alteza!

Cuando Leia volteó a verlo, rápidamente condujo al droide para que se marchara. Confundido, Raymus corrió detrás de ella y la alcanzó mientras ella se deslizaba a través de la puerta de un mamparo hacia un sombrío corredor lateral.

—Tiene que venir conmigo, debo llevarla a una cápsula —le imploró.

—No pienso marcharme —respondió ella—. Ponga a todos los que pueda a salvo.

Raymus supo por el tono desafiante de su voz que no podría discutir con ella.

—La transmisión de Scarif...

—Déjemelo a mí —dijo ella, con un destello resolutivo en la mirada. Detrás de ella, la unidad R2 llamó su atención emitiendo una serie de pitidos de urgencia.

El sonido de los disparos de bláster se acercaba cada vez más y eran menos frecuentes, mientras las tropas imperiales agotaban la escasa fuerza defensiva del *Tantive IV*. Solo les quedaban unos cuantos instantes.

—Su Alteza...

—Ya tiene sus órdenes, capitán. Y mi gratitud. Por todo. —Leia alzó la mano y tocó la mejilla de Raymus, a la vez que esbozaba una sonrisa cálida y amarga, una sonrisa de afecto y de melancolía. Ambos sabían que esta sería la última vez que se verían. Y entonces, la princesa desapareció, con el pequeño droide alejándose entre las sombras detrás de ella.

A Raymus no le quedaba mucho qué hacer. Su nave había sido capturada y estaba llena de stormtroopers imperiales. Solo faltaba que despegaran unas cuantas cápsulas de escape. Le quedaba terminar su vida del mismo modo en que siempre la había vivido: luchando. Corrió por el pasillo y se agachó detrás de un mamparo en cuanto vio que el primer stormtrooper disparaba al doblar la esquina. Raymus le apuntó y devolvió los disparos, derribando a ese stormtrooper y a otro más. Poco después, el número de troopers que llegaban, se posicionaban y le disparaban se volvió excesivo, y tuvo que correr. Salió disparado, consciente de que se quedaba sin espacio en la nave para huir; sin embargo, estaba determinado a hacer que el Imperio ocupara cada recurso posible, cada gota de sudor, cada precioso segundo de su tiempo antes de que lo atraparan, como sucedería inevitablemente. Tal vez el tiempo suficiente para darle a su princesa la oportunidad de ejecutar su plan de último recurso, fuera cual fuera.

Casi había llegado al cruce del pasillo que llevaba a sus cuarteles cuando alguien lo derribó. Tres troopers imperiales lo sometieron. Él luchó y se resistió hasta el último instante, hasta que un disparo de bláster al costado de su cabeza lo aturdió y lo dejó sin fuerzas.

—Este es el capitán —escuchó que decía la voz modulada del trooper detrás de su oreja izquierda mientras le colocaban los brazos detrás de su espalda—. ¡Lo necesitamos con vida! —Entonces lo levantaron de nuevo; su visión era muy borrosa y podía sentir que lo acarreaban hacia delante, con sus botas arrastrándose en el suelo detrás de él.

—Mi lord —escuchó nuevamente la voz del trooper detrás de él—, el capitán.

Raymus sintió que una sombra se cernía sobre él justo antes de que algo frío y metálico, como las mandíbulas de un torno, apretara con fuerza su garganta. Mientras sus ojos se ensanchaban, se percató de que la figura oscura que se alzaba frente a él (aun cuando no podía percibir más que una figura negra borrosa) era Darth Vader, y que el agarre mecánico alrededor de su garganta era una mano. Los stormtroopers se reacomodaron para rodearlos a ambos, como si un Lord Sith necesitara ayuda.

—Los planos de la Estrella de la Muerte no están en la computadora principal —le informó un trooper que venía llegando.

«Así que eso era lo que nos habían mandado». Incluso en su estado desorientado, Raymus por fin comprendía por qué la flota rebelde había arriesgado todo con tal de robar esa información y por qué el Imperio había enviado a su recurso más aterrador e imparable para tratar de recuperarlo. Ese espantoso leviatán esférico, el cual había observado devastar la superficie de Scarif, de tamaño inimaginable y de propósito inconveniente. El monstruoso intento del Emperador por asegurar su dominio total

sobre una galaxia que poco a poco encontraba la fuerza de voluntad para oponérsele. Los secretos para destruir esa cosa se encontraban en manos de su princesa. Y él con gusto moriría por protegerlos.

—¿Dónde están las transmisiones que interceptaron? —le preguntó Vader—. ¿Qué han hecho con esos planos?

Raymus luchó inútilmente para aflojar los dedos que rodeaban su cuello; sintió que sus pies se despegaban del suelo mientras Vader lo levantaba sin esfuerzo, a la vez que apretaba con más fuerza hasta asfixiarlo.

—No interceptamos ninguna transmisión —farfulló, respirando con dificultad—. Esta es una nave consular. Estamos en una misión diplomática.

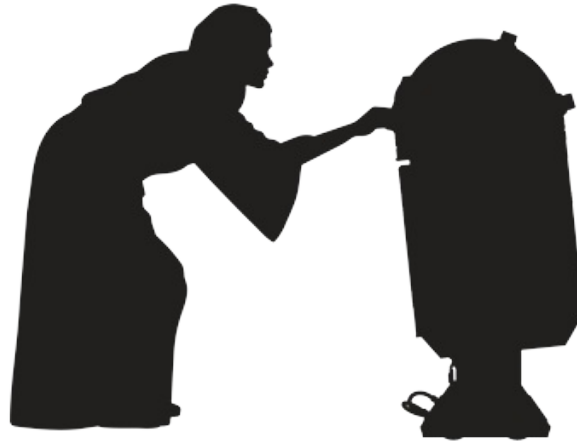
—Si esta es una nave consular... —Raymus apenas alcanzaba a escuchar lo que Vader decía mientras iba perdiendo el conocimiento y su visión se iba oscureciendo alrededor de los bordes—, ¿dónde está el embajador?

Aunque Raymus podía sentir que decaía la poca vida que le quedaba en el cuerpo, una extraña sensación de esperanza lo invadió de nuevo. Claro que sabía que su historia había llegado a su fin y que nunca más vería a su amada esposa ni a sus hijas en Alderaan, y aun así tenía esperanza. Tenía la esperanza de que Leia supiera algún modo de escapar incluso de esta difícil situación; tenía la esperanza de que el destello que había visto en su mirada en el corredor fuera el principio de una idea que le ayudara a entregar la información robada a salvo a la Rebelión. Tenía la esperanza de que esto les diera el poder necesario para destruir esa aborrecible arma, para cambiar el rumbo de la guerra, para reunir más sistemas que simpatizaran con su causa, para permitir que la galaxia respirara libremente una vez más.

En sus últimos momentos, tuvo esperanza.

# LA CUBETA

Christie Golden



**T**K-4601 estaba desproporcionadamente agradecido con el casco de stormtrooper. Por un lado, aplastaba el rebelde mechón de cabello rubio que se negaba a obedecer todo peine o cepillo, el mismo mechón que lo hacía lucir como un chico de trece años. Su piel clara se sonrojaba y palidecía con facilidad, lo cual significaba que por mucho que tratara de controlar sus expresiones, el color de su rostro siempre lo delataba, pero con el casco puesto, y con el dispositivo que hacía que las voces de los stormtroopers fueran casi idénticas, sus reacciones, buenas o malas, eran mucho más difíciles de leer por los demás.

Hoy en particular apreciaba mucho esto, ya que sonreía como idiota. No podía creer que su primera misión, recién salido de la Academia, fuera a bordo de un destructor estelar imperial. Y no *cualquier* destructor estelar. TK-4601, también conocido como Tarvyn Lareka, servía en el *Devastador*, la nave insignia del mismísimo Lord Vader. Ahora era parte de la legión personal de Vader, conocida como el Puño de Vader. Claro, era un miembro junior, pero no por eso dejaba de ser un miembro oficial.

Hoy, una gran emoción iba enlazada a las actividades del instrumento militar finamente sintonizado que era el Puño de Vader. Si el mismísimo Lord Vader, con su armadura negra y reluciente, su siniestra respiración, su voz profunda y resonante y el dominio inconmensurable que ejercía sobre los objetos y las personas, si *él* había dado la orden de perseguir a esta nave mientras la misma se alejaba de la Batalla de Scarif, entonces, en lo que a TK-4601 respecta, había más verdad que ficción en los rumores que había escuchado.

Detrás de «la cubeta», como se le llamaba a veces al casco, nadie podía ver su ceño fruncido por la concentración, ni sus ojos azules entrecerrados. Nadie podía ver la alegría que sentía después de una misión exitosa sin bajas, ni cuando se sentía reacio a seguir órdenes que, a veces, parecían rayar en la crueldad sin sentido.

Aunque poco a poco estaba logrando suprimir mejor este sentimiento.

Antes, TK-4601 había permanecido rígido en posición de firmes mientras Vader, de pie, a solo un metro de distancia, máximo, había tomado al Capitán Antilles del *Tantive IV* de la garganta, lo había levantado del suelo y lo había interrogado.

«¿Dónde están las transmisiones que interceptaron?», había resonado la voz de Vader, esa voz sonora y terrible que bien podría pertenecer a la mismísima Muerte. «¿Qué han hecho con esos planos?».

«No interceptamos ninguna transmisión. Esta es una nave consular. Estamos en una misión diplomática». El *Tantive IV* pertenecía a la casa real de Organa de Alderaan. TK-4601 sabía que tanto el padre como la hija de esa casa real eran miembros del Senado Imperial.

«Si esta es una nave consular, ¿dónde está el embajador?».

En lo que parecía ser un procedimiento común para Lord Vader, se enfureció tanto que sus dedos aplastaron la tráquea del hombre antes de que el desafortunado capitán lograra contestar.

TK-4601 escuchó que las vértebras se quebraban como ramas secas.

Pasó saliva con dificultad. La cubeta lo ocultaba todo.

Vader le había ordenado al Comandante TK-9091 que registrara la nave, «despedácela» fue su palabra exacta, hasta que encontrara los planos. En cuanto a los pasajeros, a diferencia del difunto Capitán Antilles, serían capturados con vida.

Así que los cuatro stormtroopers fueron enviados a buscar a los desafortunados pasajeros de la nave. Ahora se encontraban husmeando en varios corredores, armarios y otros lugares ocultos en un letal juego de escondidillas.

El corazón de TK-4601 estaba acelerado y podía sentir el calor en sus mejillas y la sonrisa en su rostro. Deliberadamente había sacado de su mente el asesinato del capitán, y ahora estaba más que emocionado. Se sentía exultante. No solo tenía la oportunidad de llevar a cabo redadas al azar en poblaciones sombrías de planetas distantes, sino que estaban en búsqueda de ellos. Rebeldes verdaderos, y verdaderamente arteros, que se las habían ingeniado para robar planos de una base imperial principal que se suponía impenetrable.

«Criaturas astutas estos rebeldes», pensó. Nunca lo admitiría en voz alta, pero poseían muchas cualidades dignas de admiración.

El rumor, esa criatura dulce, turbulenta y cambiante, era que el embajador que faltaba en la nave era de la realeza senatorial: la Princesa Leia Organa de Alderaan, para ser específicos. Era una conclusión lógica, dado que el *Tantive IV* pertenecía a su padre. Tanto ella como Bail Organa habían expresado públicamente su simpatía por la causa de los rebeldes. Claro, eso no significaba que ellos mismos lo fueran. Pero

¿qué tal si lo eran? TK-4601 tenía muchas ganas de preguntarle a TK-3338, quien iba justo detrás de él, si creía que era cierto. ¿Cómo era ella, esta princesa senatorial? No podía ser cierto que tuviera *solamente* diecinueve años, ¿o sí?

Más joven que él y ya era senadora. Increíble. No sería de extrañarse que en verdad hubiera sido seducida por el canto de sirena de la Rebelión, con todas sus ideas de «la defensa del inocente» y su oposición al orden que ofrecía el Imperio. Él también había tenido diecinueve años y recordaba el atractivo que dichos ideales pueden tener, pero había sido inteligente y había resistido ese llamado de juventud. Era un devoto partidario del Imperio.

Un emperador tenía mayor rango que una princesa, y los días del Senado estaban contados.

—¿Crees que encontremos a alguno? —preguntó TK-4247, quien venía en la retaguardia. Él era incluso más novato e inocente de lo que TK-4601 había sido cuando se unió a la legión de Vader.

—Si es así, Lord Vader estará complacido con nosotros —respondió TK-9091. No dijo lo contrario, que Lord Vader estaría disgustado si no lo hacían. TK-4601 ni siquiera quería pensar en eso.

«Los quiero con vida», había dicho Vader. Sus blásters estaban en modo matar. Incluso ahora, estaban en un campo de batalla. Había demasiados miembros de la tripulación sueltos y armados, deambulando por los pasillos y disparando; los stormtroopers no podían arriesgarse. TK-9091, tomando la iniciativa como era su derecho, les había ordenado que mataran a la tripulación, pero que cambiaran el bláster a modo aturdir si veían a alguien que pudiera ser un pasajero.

—¿Y si encontramos a la senadora? —preguntó TK-3338.

—Lo mismo. Aturdir. Pero no estamos seguros de que esté aquí —respondió el comandante—. No bajen la guardia. Si esta en verdad es una nave rebelde, ahora son como animales acorralados y pelearán sucio.

Claro que lo harían. Mentir descaradamente sobre sus actividades ilegales, esconderse entre las sombras, siempre peleaban sucio.

Pero después del arrebato de emoción y expectación, la rutina de revisar pasillo tras pasillo se volvió una tarea tediosa.

De pronto, todo eso cambió.

—Ahí hay uno —dijo TK-9091, volteando a ver a TK-4601—. Cambien el bláster a aturdir.

TK-4601 ajustó su bláster de inmediato y se dio la vuelta para mirar.

Aquel instante duró menos que un latido, pero TK-4601 tenía la sensación de estar congelado, atrapado en el tiempo.

Su ropa era tan blanca que casi brillaba, su piel suave y pálida como crema. Era tan pálida como la suya, pero su largo y brillante cabello, atado en dos elaborados pero eficientes rodetes gemelos, uno a cada lado de su rostro, era de un rico y cálido tono marrón, no brillante y amarillento como el suyo.



Y era tan... *pequeña*.

TK-4601 se había imaginado que las mujeres rebeldes serían fuertes y musculosas. Guerreras altas y poderosas. Esta chica parecía medir apenas un metro y medio, y daba la impresión de que podía romperse si la sostenías con demasiada fuerza.

Pero sus ojos...

No eran fríos, ese par de orbes marrones; más bien, eran firmes y calmados, y decían claramente, como si lo estuviera gritando: «Jamás me rendiré».

Sostenía un pequeño bláster de mano, con el cañón apuntando hacia arriba.

De pronto, TK-4601 comprendió que esta chica de diecinueve años era más mujer que muchas que le doblaban la edad. Comprendió cómo había llegado a ser una senadora popular y por qué simpatizaba con los ideales de la Rebelión. Comprendió por qué la gente la seguía.

En ese instante, que duró una eternidad, también se percató de que ellos, los miembros de élite del Puño de Vader, serían demasiado lentos, que su comandante había juzgado a esta mujer (erróneamente) como inofensiva, que había reaccionado muy a la ligera, y que estaban a punto de pagar las consecuencias de esto antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar.

Las mangas blancas cayeron de sus delgados brazos mientras levantaba el bláster.

TK-9091 cayó; su armadura estaba chamuscada y humeante.

El movimiento sacudió a TK-4601 y lo sacó de su ensimismamiento. El tiempo, que se había ralentizado a paso de tortuga, se aceleró de nuevo y se apresuró para alcanzarlo; disparó su propio bláster directamente a esta mujer que solo podía tratarse de la Princesa Leia Organa.

Ella se colapsó de inmediato, golpeando la fría y dura superficie gris, sin nada que detuviera su caída. Yacía ahí tumbada, con sus diminutos y delicados dedos aún aferrados al bláster.

TK-4601 corrió a su lado; de pronto, lo invadió la preocupación de haberla atacado con demasiada fuerza, de que estuviera muerta. Sintió una fuerte —y, como sabía, traicionera— ola de alivio cuando se dio cuenta de que no lo había hecho.

—Estará bien —dijo. Se percató de que sus palabras estaban llenas de una gran, inesperada e indeseada emoción. Pero gracias a «la cubeta» se escucharon tan entrecortadas y precisas como siempre.

Tomó un respiro profundo.

—Infórmenle a Lord Vader que tenemos una prisionera.

Si Vader específicamente quería interrogarla, solo podía presagiar cosas oscuras. Él mismo solo se había topado con su comandante unas cuantas veces, y con eso le bastaba. Lo que le haría a ella...

No. No se dejaría influenciar por una cara bonita y un semblante lleno de determinación. La princesa habría estado encantada si su disparo hubiera despachado a TK-9091, o a él mismo, o a los otros dos del grupo patrullero.

—Señor —le dijo TK-4247—, el comandante está muerto.

¿Muerto? Imposible. Los trajes blancos de plastoide protegían a los soldados que los portaban, y suavizaban los disparos de modo que la mayoría de estos no fueran letales.

Pero la princesa había apuntado muy bien, y desde tan solo tres metros de distancia. TK-4247 estaba agachado junto a él, y volteó su cara de casco a su nuevo comandante.

—¿Sus órdenes, señor?

«Señor». Con la muerte de TK-9091, el puesto de oficial al mando pasaba a ser de TK-4601. Él quería escalar de rango, pero no de ese modo.

Por un momento no respondió. Sabía cuáles debían ser las órdenes. Los stormtroopers se quedaban donde habían caído incluso después de la batalla, y TK-9091 no podía ser la excepción. TK-4601 aún podía escuchar los gritos en los pasillos, así como los agudos sonidos de los disparos de bláster y los alaridos de agonía de sus víctimas.

Caminó hasta donde se encontraba su prisionera. Su cuerpo estaba distendido y su rostro no tenía expresión. Su fuego estaba sofocado, pero su belleza permanecía. Despertaría en unos cuantos minutos, tal vez ligeramente aturdida por los efectos del disparo, pero, como él le había dicho al grupo, estaría «bien».

A diferencia de TK-9091. Su oficial al mando. Su amigo. El que contaba los chistes más tontos del mundo en sus horas libres, pero que era todo seriedad y profesionalismo una vez que se ponía el uniforme. Excepto esta vez, que había subestimado a su enemigo. Un tonto, tonto error.

La prisionera se movió, aturdida, y gimió suavemente. Sin embargo, fiel a su espíritu rebelde, lo primero que hizo fue alzar su pistola. TK-4601 pateó el arma con furia. Ella volteó a verlo, parpadeando rápidamente mientras sus ojos se ajustaban poco a poco. Al ver su rostro, su casco, una expresión de aversión apareció en su rostro.

Ese hermoso rostro era el rostro del enemigo, tanto como cualquier otro con cicatrices o barba. Leia Organa era una asesina. Ella los veía y no veía a las personas detrás del uniforme, solo al Imperio al cual servían. Para ella, Tarvyn Lareka no tenía nombre, ni rostro; no era más que un número. Él no era nada más que un uniforme que pertenecía a su odiado enemigo, un enemigo al que debía dispararle y eliminar lo antes posible.

Él se agachó y la tomó de las muñecas, forzándola a ponerse de pie. La princesa se resistió, pero TK-3339 oprimió su bláster contra su espalda. Ella se enderezó y se quedó quieta.

—Lord Vader quiere verla, Senadora Organa —dijo TK-4601 y colocó un par de esposas aturdidoras alrededor de sus delgadas muñecas—. Puedes venir con nosotros usando tus pies o podemos aturdirte de nuevo y llevarte ante él así. Es tu decisión.

Por un momento pensó que se lanzaría contra él. En vez de eso, se recompuso.

—Caminaré —dijo. Su voz no temblaba en absoluto. Era tan calmada y regia como el resto de ella.

Pero TK-4601 pensó en las habilidades de Vader y en el droide de tortura, y abruptamente deseó no ser el encargado de entregarla a la completa falta de misericordia que recibiría a manos de Darth Vader. Al siniestro zumbido del droide de tortura flotante y las múltiples sustancias que utilizaba para atormentar a los prisioneros.

—TK-4601 al habla —dijo a su comunicador—. TK-9091 ha caído. Tenemos una prisionera en custodia. Solicitamos dos soldados adicionales para escoltar a la prisionera con Lord Vader, como él lo solicitó.

—Copiado, TK-4601. Tenemos tu posición. TK-7624 y TK-8332 van en camino. Los otros dos voltearon a verse, y luego a él.

—¿Señor?

Él los ignoró y siguió hablando por el comunicador.

—Solicito permiso para transferir a servicio activo a la unidad por la duración de la batalla.

—Permiso concedido —se escuchó que respondía la voz del comunicador—. Nada oficial, pero tengo el presentimiento de que tendremos que enviar a algunos stormtroopers a la superficie si Vader no encuentra aquí lo que quiere. No hay que dejar piedra sin voltear. Aunque lo que hay en ese lugar es mucha arena.

—Copiado —respondió TK-4601 de inmediato—. Transfiéranme a esa unidad en caso de que decidan desplegarla. —Los ojos de Leia Organa se entrecerraron mientras lo observaba especulativamente. Sin duda, su equipo estaba sorprendido y se preguntaba qué diablos estaba haciendo. Era miembro del Puño de Vader. Podría estar aquí peleando, matando rebeldes, haciendo aquello para lo que había entrenado, y, en vez de eso, solicitaba el equivalente a una degradación. Habrían estado aún más sorprendidos si supieran lo que estaba pensando.

TK-4601 amaba al Imperio. Creía en él. Sabía que podía traer orden y paz a la galaxia. Pero también sabía que no podía seguir haciendo lo que estaba haciendo ahora... matar rebeldes mientras los veía a la cara, a los ojos, verlos abiertos y expuestos, con sus emociones al descubierto, mientras que ellos solo veían algo plano en blanco y negro.

Podría seguir matándolos, pero solo si el campo de batalla era parejo. Solo si él tampoco podía verlos, como veía ahora a esta senadora, esta princesa, esta rebelde. Podría dispararles desde el cielo, y lo haría, pero no dispararles en el corazón.

Llegaron los otros dos stormtroopers. A TK-9091 lo dejaron en donde había caído, siguiendo órdenes.

Él habría entendido.

Los cuatro escoltaron a la princesa a su encuentro con el Señor Oscuro; cada uno de ellos sobrepasaba su diminuta estatura. Mientras TK-4601 los observaba alejarse, la princesa volteó para verlo inquisitivamente.

Espontáneamente, y sin pensarlo, se quitó el casco.

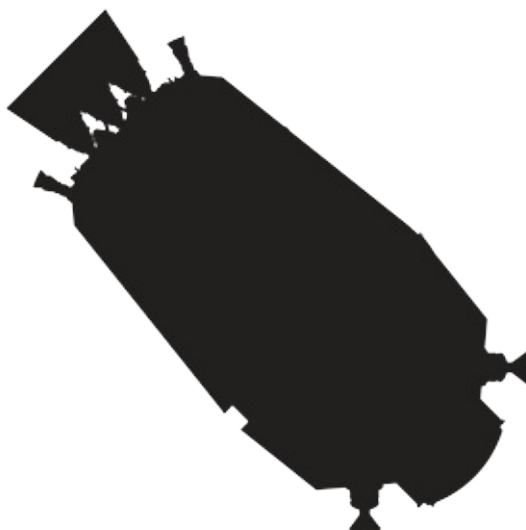
La princesa parecía sorprendida al verlo: un chico humano no mucho mayor que ella, de cabello claro, ojos azules y mejillas sonrojadas.

Sus miradas se encontraron por un momento, luego ella asintió ligeramente y se volteó. TK-4601 prefirió no engañarse pensando que había entendido el gesto, o que habían tenido algún tipo de conexión.

Pero bueno, al menos le había recordado que había una persona adentro de esa armadura de plastoide. Y, lo que era más importante, lo había recordado él mismo.

# LA SITH DEL PAPELEO

Ken Liu



—¡**P**sst! ¡Necesito tu ayuda!

Alcé la mirada del pequeño texto que se desplazaba por mi pantalla. Detrás de la pila de tabletas que se balanceaba sobre mi escritorio apareció el rostro ansioso de Bolvan, el capitán de artillería.

—Estoy algo ocupada, de hecho —respondí, gesticulando vagamente hacia las tabletas repletas de papeleo digital. Las interrupciones eran parte de mi trabajo, pero sin duda podría darse cuenta de que necesitaba oportunidad de ponerme al corriente, ¿no?

Todos creían que ser coordinadora logística de flota (grado 4) en un destructor estelar imperial era un trabajo fácil, pero hacía falta mucho papeleo para mantener a la tripulación de una nave enorme como esta alimentada, vestida y en condiciones de pelear. Los trabajos de escritorio en la Armada Imperial no eran menos estresantes que los de combate.

—¡Por favor, en verdad te necesito! —insistió.

Suspiré. Los oficiales eran como bebés: cuando necesitaban algo, esto era la cosa más importante del mundo.

—No me he olvidado de los hologramas de entretenimiento que querías. Pero mi prioridad ahora debe ser procesar la corbeta *Tantive IV* capturada. Sobre todo, porque Lord Vader...

—¡No, no! No se trata de eso.

Detuve el desplazamiento de la pantalla. Claramente no me dejaría trabajar hasta que me encargara de su problema. Traté de esbozar la sonrisa más convincente que pude.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Volteó a ver el corredor detrás de él para asegurarse de que estuviera vacío, cerró la puerta de mi oficina y se sentó.

—Eh... pues verás...

Me senté pacientemente a escuchar su historia de principio a fin.

—Entonces, ¿le ordenaste a Hija que no le disparara a la cápsula de escape? —le pregunté, solo para asegurarme de que había entendido.

—Correcto.

—Y ¿por qué no? Espera, no me digas que querías evitar todo el papeleo.

No estaba bromeando. Como todas las milicias, la Armada Imperial funcionaba con papeleo. La mayoría de los oficiales pasaban más tiempo llenando formularios e informes que disparándole a los rebeldes. De acuerdo con la Regulación Naval Imperial 132.CAT.ch(22), para dispararle a una cápsula de escape (siempre que no fuera durante un enfrentamiento armado con intensidad clasificada por encima de la Categoría V), el capitán de artillería tenía que llenar la Forma XTM-CT para explicar por qué era necesaria esta acción. Esto era para evitar darles a esos escandalosos senadores un pretexto para reclamar que la Armada Imperial había cometido crímenes de guerra. Bolvan siempre había intentado arreglárselas con el menor papeleo posible.

Él sacudió la cabeza.

Bueno, esto sí que era interesante.

—¿Qué, ahora estamos tratando de ahorrar láseres?

Él ignoró mi sarcasmo, pero su rostro enrojeció.

—Los sensores no detectaron formas de vida a bordo. Pensé... eh... que no ganaríamos nada con dispararle... así que...

Claro, ahora sus acciones tenían mucho sentido. Ya que estaban molestos por la propaganda rebelde que mostraba a los soldados imperiales como malos para disparar (francamente, a los stormtroopers no les vendría mal hacer unos cuantos ejercicios de tiro adicionales), los burócratas de la flota habían emitido una nueva política en la cual el ascenso de los oficiales de artillería estaba directamente relacionado con su índice de muertes. Como él había dicho, dispararle a una cápsula de escape vacía habría sido considerado un desperdicio de disparos. En aquel momento, pensé que era una idea terrible. La nueva política haría que algunos artilleros ambiciosos optaran por dispararles a pilotos rebeldes en naves debilitadas en vez de encargarse de drones armados más peligrosos. Pero los mandamases no pidieron mi opinión.

—De acuerdo; entonces dejaste que escapara una cápsula de escape. ¿Cuál es el problema?

—Lord Vader ordenó que hiciéramos pedazos el *Tantive IV* hasta encontrar los planos secretos que los rebeldes robaron, pero ahora que han revisado cada centímetro de la nave, el Comandante Praji sigue sin localizar los planos. Temo que... que...

—Ah... —Finalmente entendí—. Imagino que la cápsula de escape no solo se alejó flotando por el espacio, ¿cierto?

—No —respondió él—. Siguió una trayectoria hasta la superficie de Tatooine. En ese momento pensé que se trataba de un problema con el funcionamiento, pero tal vez no fue así. ¿Qué tal si los planos estaban a bordo?

—Pues sí que tienes un problema complicado entre manos —dije pensativamente.

Siempre me había agradao Bolvan. Nunca hacía demasiadas solicitudes estrafularias al cuerpo de logística, y era muy malo para jugar cartas, lo cual significaba que, por lo general, lograba ganarle créditos extra cuando jugábamos en privado con otros oficiales. No quería ver que lo enviaran a la corte marcial por negligencia en caso de que los planos estuvieran de algún modo a bordo de la cápsula de escape. O, peor, Lord Vader muchas veces ni siquiera se molestaba en enviar a la gente a la corte marcial. Debe de ser muy cómodo ignorar el papeleo siempre que a uno se le dé la gana.

—Por eso vine contigo —me dijo, con voz suplicante—. Pensé que si alguien podría tener una idea sobre cómo arreglar un problema así, serías tú.

No es por presumir, pero es verdad que tengo una excelente reputación por mi experiencia para trabajar con papeleo. Conozco al derecho y al revés los cientos de miles de formularios, cuestionarios, aplicaciones, cuadrículas de datos, gráficas, reportes y comunicados de requisición que hacían funcionar la Armada Imperial. Sabía exactamente qué casillas palomear para que las naves prioritarias llegaran a puertos, qué palabras clave poner en formularios en blanco para evitar inspecciones sorpresa y los secretos para requisar hologramas de entretenimiento, incluso cuando se suponía que todo el ancho de banda de la nave estuviera reservado para transmisiones relacionadas con el combate.

Y yo compartía mi sabiduría generosamente. Los oficiales subalternos que querían evitar compañeros de cuarto que roncaran me pedían consejos para llenar la forma Solicitud de Acuartelamiento XPTS-7 (les aconsejaba asegurar que sufrían de sonambulismo y eran propensos a golpear fuentes de ruido); oficiales superiores que querían extender su permiso para ir a tierra me buscaban para ayudarles con la Visa SS-VAC-2B (les aconsejaba elegir un puerto de salida que estuviera del otro extremo del planeta en el que vacacionaran en comparación con el puerto de llegada) e incluso el capitán me buscaba cuando llegaba el momento de llenar el presupuesto operativo estimado (el truco... ja, hasta creen que voy a compartir ese truco aquí). Algunos me llamaban la maga del papeleo, o tal vez incluso una jed... oh, olviden eso. El punto es que me gustaba ayudar a la gente, y si ellos decidían agradecerme con pequeños favores o regalos o créditos, habría sido grosero de mi parte decir que no.

De acuerdo, si es lo que quieren, lo diré: era agradable que la gente te debiera. Con la situación política en el estado tan volátil en que se encontraba, uno nunca sabía cuándo haría falta cobrar alguno de esos favores. Al ayudar a la gente hoy, me estaba ayudando a mí misma en el futuro.

Un buen maestro del papeleo necesitaba tener muchos hilos atados al mayor número de marionetas... eh, quise decir alumnos posibles. Era prudente.

Después de considerar el problema de Bolvan por un momento, se me ocurrió una idea.

—Ten, empieza a llenar esto —le dije después de entregarle una tableta.

—¿Qué es esto? —preguntó Bolvan; se veía receloso.

—Es la Forma INS-776-TX.

—¿Y qué... qué hace?

—¿Ni siquiera te tomas la molestia de leer las instrucciones? Oh, de acuerdo, te lo explicaré. Es el formulario para solicitar una inspección de armamento extravehicular a mitad de crucero.

—¿Para qué querría hacer eso? Solo lograré enviar a un montón de artilleros en trajes ambientales a inspeccionar cada uno de los cañones del *Devastador*. ¡Esto tomará horas!

Sacudí la cabeza, ligeramente molesta. A veces era muy difícil trabajar con gente que no tenía el menor entendimiento sobre las sutilezas del papeleo.

—Como capitán de artillería, eres uno de los pocos oficiales a bordo que tiene suficiente autoridad para solicitar algo así, y las regulaciones imperiales exigen que el jefe oficial de artillería esté a cargo de la inspección; Hija estaría ocupado el resto del día saltando de un terraplén de armamento a otro dentro del *Devastador*.

Bolvan aún lucía confundido.

—Me va a odiar. Él nunca quiere salir, dice que se marea en el espacio...

—Si él está afuera —le dije—, ¡Lord Vader no podrá acorralarlo en un pasillo y preguntarle sobre ninguna cápsula de escape! Él es el único testigo, además de ti.

Los ojos de Bolvan se abrieron cuando al fin entendió.

—Oh... ¡Ooooooh! ¿Qué pongo aquí en «Motivo por el cual solicita la inspección»?

—Informes de mecanismo de activación que no responde.

Los dedos de Bolvan danzaron por la tableta.

—Imagino que esto es para sentar un precedente y después argumentar que los cañones no respondían, ¿cierto? Ingenioso.

—Esto solo te dará algo de tiempo —le dije—. No soluciona todo el problema.

Alzó la mirada, alarmado.

—Entonces, ¿qué más puedo hacer?

—Llenar la Forma DKS-77-MA(n).

Le di la vuelta al formulario en su datapad con un movimiento de mis dedos.

Bolvan volteó a verme con sus ojos llorosos e indefensos, y yo cedí.



—Es el formulario para solicitar la lista de embarque de cualquier nave no militar. En este caso, ya que estarás solicitando la lista de embarque del *Tantive IV*, que era una nave consular hasta su última salida, tendrás que agregar el Apéndice PD, Declaración de Necesidad Militar Clasificada.

—¿Y qué se supone que haga con la lista de embarque del *Tantive IV*?

Le di la vuelta a otro formulario más en su tableta.

—Llenar la Solicitud SUG-171-TI.

Parecía que Bolvan estaba al borde de un colapso por tener que enfrentarse a esta pila de papeleo que iba en aumento.

—¿Y esa solicitud es...?

—¿No les prestas nada de atención a los hologramas de entrenamiento? Llenaste un acuse en el que afirmabas que habías visto un holograma que explicaba todo lo relacionado con este grupo de formularios hace solo dos días.

Por la expresión confundida de Bolvan, me di cuenta de que probablemente había firmado el acuse sin siquiera leerlo solo para deshacerse de él.

—El SUG-171-TI se usa para enviar una sugerencia operativa a otro oficial. Se utiliza cuando necesitas eludir la cadena de mando sin que exista una emergencia militar. El comando de flota está muy orgulloso de esta innovación para mejorar las iniciativas de todos los oficiales.

Parecía que quería arrancarse el cabello, pero se forzó para mantener la compostura.

—¿A quién le voy a hacer la sugerencia y qué es lo que sugiero?

—Al igual que tú, el Comandante Praji detesta el papeleo. Acabas de decirme que ha revisado cada centímetro del *Tantive IV*, pero te apuesto que no ha documentado su búsqueda. Lo sé, lo sé, cuando tienes a Lord Vader detrás de ti lo último que quieres es más papeleo, pero créeme, si no encuentran los planos, todos querrán asegurarse de que sus traseros estén adecuadamente cubiertos. Por eso te conviene hacer la sugerencia a Praji de que sus tropas llenen varias copias de la Forma SRS-98-COMP, Inventario de Nave Capturada.

—Pero si los planos están en la cápsula de escape, ¿de qué sirve documentar el resto de la nave?

En ese momento supe exactamente cómo se sentían mis profesores cuando era pequeña y no entendía el punto de «mostrar mi procedimiento» en los exámenes. Incluso los magos del papeleo hemos tenido momentos vergonzosos como ese. Tenía que ser paciente con él.

—El punto, Bolvan, es dejar que Praji sea quien llegue a la conclusión de que los planos desaparecidos podrían estar en esa cápsula de escape *sin exponer tu participación* en su escape. Así que lo pones a hacer un exhaustivo inventario y le envías la lista de embarque que obtuviste en el paso anterior. Entonces, Praji hará la comparación y se percatará de la cápsula de escape faltante.

—Pero entonces me preguntará por qué no le disparé a la cápsula cuando salió de la nave, ¡lo que me pone nuevamente en donde empecé!

—No hemos terminado —le dije—. El truco del papeleo es poner varias capas y complementar.

—Suenas como si hablaras de moda —murmuró.

Ignoré el comentario.

—Tu objetivo es construir una estructura irrefutable para desviar la responsabilidad a otro lado, una especie de cápsula de escape para ti, si quieres ponerlo así. Hasta ahora, te he enseñado cómo quitar a Hija del camino y cómo lograr que Praji descubra la cápsula de escape faltante, y la única pieza que falta es borrar cualquier indicio que te relacione como posible responsable.

—¿Cómo? —escupió. Me di cuenta de que estaba casi listo para agarrarme de la solapa y sacudirme.

Deliberadamente, hablé con mayor lentitud.

—Vas a presentar una Solicitud de Mantenimiento NIW-59-SUD, con Horario P.

Gimió lastimosamente. Era como un hombre a punto de ahogarse que estaba a punto de darse por vencido y soltar lo último que lo sostenía.

—Y eso... ¿para qué?

Hora de explicar el tiro de gracia.

—Este es el formulario para reportar ventanas y pantallas con visualización reducida, y solicitar una limpieza.

—«¿Una limpieza?».

—Así es. Específicamente, la limpieza de las ventanas y pantallas de visualización que estén cerca de tu estación de trabajo.

Él solo se me quedó viendo.

—¿Una limpieza de ventanas? ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Por qué...?

—Una vez que hagas la solicitud, el equipo de mantenimiento enviará varios droides a la estación designada, sugiero que elijas la estación donde se encontraban Hija y tú. Los droides cubrirán todas las ventanas y pantallas con una espuma blanca y espesa, incluso por fuera. Es el producto de limpieza y pulido más reciente de los laboratorios imperiales, específicamente diseñado para quitar las marcas y quemaduras de láser causadas por las batallas.

Observé cómo su rostro pasaba del terror a la confusión, a la ira, incredulidad, asombro, epifanía, éxtasis.

—¿C-cubrir todas las ventanas? —tartamudeó.

—Así es, *todas*.

—¿Con una es-espuma espesa?

—Muy espesa. No se puede ver nada a través de ella. No se pueden ver las estrellas, ni el *Tantive IV*, ni siquiera Tatoo...

—¡Ni las cápsulas de escape! ¡Oh, Arvira, eso es brillante!

—Eso explicará por qué no pudiste ver ninguna cápsula de escape desde donde estabas. Praji simplemente asumirá que la cápsula de escape fue lanzada sin que nadie la detectara.

—Y tendrá que darle las malas noticias a Lord Vader y enfrentar las consecuencias.

La sonrisa en su rostro era una imagen verdaderamente encantadora. Me encantaba ayudar a la gente.

—Exactamente. Ahora ve y prepara todo el papeleo a la brevedad posible. Aún tienes tiempo.

Se levantó con la tableta en la mano y corrió hacia la puerta. Pero antes de salir, se dio la vuelta.

—¿Qué puedo hacer para compensarte? ¿Un juego de cartas mañana en la noche?

Ajá, tal vez no sabía mucho sobre papeleo, pero sí sabía cómo pagar por un favor sin ser demasiado obvio.

—Tal vez. Pero... siempre he querido saber qué se siente disparar las armas en esta cosa. Incluso a los magos del papeleo nos gusta el *piu-piu-piu*, ¿sabes?

Él sonrió.

—Estoy seguro de que puedo arreglar una sesión de práctica de tiro en algún momento.

Con un gesto, le indiqué que se fuera y seguí trabajando con mi interminable papeleo, feliz de haber tejido otro hilo en mi red invisible de influencia.

# HISTORIAS EN LA ARENA

Griffin McElroy



**S**i alguien tratara de resumir a la perfección cómo es en verdad la vida en Tatooine (la escasez, la intolerable *sequedad* del planeta), no hace falta buscar más allá de los reptadores de las arenas que cuadriculan la superficie del planeta con huellas fugaces día tras día.

Cada centímetro de un reptador de las arenas está prudentemente diseñado para ajustarse a la agotadora función de la nave, y ellos tienen *muchos* centímetros. Cada nave es un fiel monumento a la practicidad, y lleva a cabo su labor de cada día con extrema precisión. Lo hacen indómitamente, superando los sustanciales peligros ambientales de Tatooine con facilidad.

En la cubierta superior de un reptador estacionado en el Mar de Dunas del Oeste, una cinta transportadora a granel inclinada transportaba chatarra de entre las arenas hasta una plataforma de salvamento que se encontraba en el pico de la nave. Debajo de esa cinta había un pequeño espacio de un metro de largo y medio metro de alto en la parte más alta de la pendiente, con un ancho que sería opresivo para la mayoría, salvo para los jawas. Era un compartimento involuntario en un vehículo perspicazmente diseñado para maximizar la eficiencia del espacio.

En este espacio en forma de cuña, un jawa de nombre Jot soñaba con naves espaciales. Jot había descubierto el compartimento por accidente mientras trabajaba en el turno de entrada, clasificando el incesante flujo de desechos metálicos que el reptador succionaba con sus poderosas fauces magnéticas. Un disipador térmico particularmente brillante había llamado su atención mientras acomodaba las antiguas aleaciones en pilas de acuerdo con su valor o su utilidad para la tripulación, pero al agacharse para embolsarse el disipador, Jot vio que este se deslizaba hacia un lado, entre la cinta transportadora y el casco de la nave, tambaleándose hacia abajo y desapareciendo de su vista.

Jot buscó el disipador perdido durante su limitado tiempo de descanso a lo largo de los siguientes nueve días; esperaba no llamar la atención de sus colegas durante su búsqueda incansable. Al presionar su delgado cuerpo detrás del servomecanismo de los grandes neumáticos, podía abrirse camino boca abajo y luego emplear un panel de aluminio rectangular y endeble de la cinta como palanca, lo cual le proporcionaba una entrada que *apenas* lograba atravesar, siempre y cuando su barriga ligeramente redonda jamás se pusiera más redonda. Era un torpe acto de contorsión, pero afortunadamente para Jot, él era quizás el único jawa a bordo del reptador que podía lograrlo.

Esto debido a que Jot era *muy* pequeño, incluso para los estándares de los jawas.

Cuando los jawas aprenden a caminar, les son entregadas las túnicas aislantes reguladoras de humedad que utilizarán toda su vida. Cuando son pequeños, las túnicas tienen el dobladillo de la manga casi hasta la axila; la tela se dobla por dentro. Conforme los jawas van creciendo, el dobladillo se va bajando para cubrir mejor su nueva estatura. La mayoría de los jawas se miden de acuerdo con el número de dobladillos de sus túnicas; un jawa promedio tiene cinco o seis para cuando llega a la edad adulta, dejando estrías reveladoras en el grueso lienzo marrón de esta prenda que los mantiene con vida.

A la túnica de Jot le habían hecho solamente dos dobladillos.

Después de varios meses de práctica, Jot podía entrar y salir de este espacio en cuestión de segundos. Era de suma importancia que la maniobra fuera rápida y secreta. No podía dejar que nadie se enterara de *su* espacio.

Decir que el compartimento no era particularmente cómodo sería injusto con la mismísima idea de la incomodidad. Era, como uno puede deducir por las dimensiones mencionadas, un espacio estrecho, en especial cuando estaba lleno con las múltiples chucherías que Jot guardaba durante su labor de rescate. Durante sus turnos, simplemente recolectaba cualquier objeto que le llamara la atención empujándolo por uno de los lados de la cinta, y este iba a parar directamente a su colección. Debido a la relativa facilidad de este proceso, su ya de por sí gran acumulación había crecido exponencialmente.

Tan solo ese beneficio superaba las muchas desventajas, que eran bastantes, del espacio.

La banda rodante que servía como techo a veces se hundía por el peso de piezas particularmente grandes de objetos rescatados, y casi se colapsaba (aunque nunca *por completo*). La pared de estribor del espacio era en realidad el casco exterior del reptador de arena, que se ponía insoportablemente caliente para tocarlo catorce horas al día. Había suficiente espacio para que Jot se sentara sin recargarse en esta pared, así que el calor abrasador no era un problema, siempre y cuando no tratara, distraídamente, de estirarse y ponerse cómodo mientras admiraba su colección.

Por desgracia para Jot, perder su concentración era uno de sus pasatiempos más comunes. No era raro para los que pasaban por ahí escuchar un aullido ahogado que

provenía de la cárcava de la maquinaria, seguido por el olor particularmente desagradable de pelaje de jawa chamuscado que se esparcía por los corredores del reptador.

Esas fallas no impedían la satisfacción que sentía Jot por tener esta morada secreta. El silencio, la privacidad y la soledad eran muy escasos en el reptador de las arenas; la nave tenía demasiado personal y estaba repleta de carga, lo cual creaba un ambiente en el que el concepto *espacio personal* era extraño por completo.

Jot nunca supo lo mucho que necesitaba este espacio hasta que lo obtuvo; ahora, la idea de vivir sin él era inimaginable. No le disgustaba su vida en el reptador, es cierto que era preferible a la monotonía de vivir en una fortaleza, pero las horas que pasaba trabajando y rescatando objetos le parecían más largas y más *vacías* desde que había descubierto el espacio. Cada minuto que pasaba clasificando metal pulido por la arena era un minuto que pasaba lejos de sí mismo. Lejos de su casa.

Lejos del Cuentacuentos.

\* \* \*

Las dunas de Tatooine parecían desérticas para cualquier extranjero que, por cualquier razón (ilícita, por lo general), se encontrara de visita en el planeta. Cabe decir que esa apreciación no es del todo injusta; la vida en Tatooine es tan difícil como uno podría esperar que fuera en un planeta en el que la humedad es escasa, al punto de ser merecedora de su propia economía.

Pero todos los jawas, en especial aquellos que andan en reptador, saben la verdad: la superficie de las dunas no tiene vida, es verdad, pero la arena se extiende hacia abajo *interminablemente*. Sepultadas en la infinita y arenosa extensión había más naves caídas que en el cielo. Más droides de los que diez fábricas podrían producir en un siglo. Más riquezas, más recursos y más historia de la que podría excavar y registrarse.

No había un solo jawa en Tatooine que no tuviera la firme creencia de que había más arena debajo de ellos que cielo sobre sus cabezas. La arena, como sabían los jawas, era más fértil de lo que cualquier extranjero podría adivinar, y el viento era su granjero constante.

La mayoría de los jawas podría contar historias de reliquias inimaginables que habían sido exhumadas por una fuerte brisa, claro, siempre y cuando hablara el lenguaje de los comerciantes con fluidez (o incluso jawés, que seguramente no es el caso). Meteoros extraños enterrados en sus propios cráteres acristalados. Cruceros antiguos del tamaño de una ciudad pequeña. Incluso *ciudades pequeñas reales*: civilizaciones enteras que se habían secado y muerto de sed, civilizaciones perdidas en el tiempo.

Jot había contado la historia de su descubrimiento en incontables ocasiones. Cada momento de la historia estaba fielmente grabado en su mente: la pequeña protuberancia de hueso que salía de la tierra a unos cuantos metros de la estrecha morada de arcilla de su familia. El intenso dolor que sintió por todo el brazo cuando se cortó la mano con algo bajo la tierra. Cómo el viento de aquella noche, equiparable solo al frenesí de su curiosidad, había revelado por completo el descubrimiento de Jot a la mañana siguiente.

Un *dragón krayt*. Uno *enorme*, el más grande que Jot había visto en su vida, enfatizaba Jot cada vez que contaba la historia.

Justo debajo del hogar en el que Jot había crecido, miles de años antes, un dragón krayt había muerto y había quedado perfectamente preservado en su patio delantero.

Casi todos los que habían conocido a Jot alguna vez habían escuchado la historia. La mayoría de los jawas del reptador la habían escuchado más de una vez, y pocos tenían la paciencia suficiente para escucharla de nuevo.

Aunque esta historia había sido muy importante para Jot en algún momento, él también comenzaba a cansarse de ella; las escenas que alguna vez contaba con exuberancia ahora parecían perder su cualidad extraordinaria con cada narración. Había dependido demasiado de su historia, y sabía que le estaba sustrayendo todo su atractivo.

Pocas semanas después de que Jot descubriera el espacio debajo de la banda, el viento sopló fuertemente sobre las dunas que se encontraban cerca de su reptador, desenterrando una nueva historia de las profundidades.

\* \* \*

La tripulación del reptador de arena estaba dormida, disfrutando de una de esas, muy raras, noches sin trabajo mientras la nave avanzaba por una gran tormenta de viento que amenazaba con inundar los motores con arenilla. A la mañana siguiente, un carguero inactivo desde hacía tiempo había sido desenterrado por completo en una duna cercana. Había quedado tan expuesto que los primeros jawas en verlo habrían podido jurar que se había estrellado mientras la tripulación comía su desayuno.

Era el hallazgo más grande que el reptador hubiera hecho en meses, y todos los jawas a bordo estaban encantados de registrarlo de arriba abajo. Al cabo de una hora, el carguero había sido completamente vaciado; las pequeñas manos arrancaban, cortaban y fisgoneaban cada panel, cada cable, cada milímetro de circuitería dentro de la nave. La especie del piloto de la nave, que había muerto desde hacía tiempo, era inidentificable, pero su profesión quedaba evidenciada por los objetos menos agradables rescatados de la cabina: un rifle bláster modificado, detonadores térmicos, una armadura mandaloriana antigua y un datapad que aún funcionaba y contenía varias órdenes judiciales expiradas de criminales buscados a través de la galaxia. Este

piloto había sido un cazarrecompensas y, a juzgar por la calidad de su equipo, uno muy exitoso.

Jot fue coaccionado por los otros para que explorara el perímetro del área de excavación mientras el resto de la tripulación sustraía todos los objetos de valor de la nave, la mayoría de los cuales terminarían ocultos en los espaciosos bolsillos de sus túnicas. No era la primera vez que su clan obligaba a Jot a llevar a cabo una labor que no quería hacer; su tamaño era *terriblemente* conveniente para los bravucones.

Durante su exploración de mala gana, Jot se percató de una figura parcialmente enterrada del lado opuesto de la duna en donde su equipo había encontrado el carguero estrellado.

Enterrado hasta su parte central, había un droide astromecánico: una cubeta anticuada, voluminosa, de color oscuro, que ni por asomo estaba tan bien preservada como las otras pertenencias del cazador de recompensas. Un gran y oxidado hoyo en su casco central exhibía signos reveladores de corrosión de células de fusión, lo cual significaba que todos los componentes en su chasis central habían quedado inservibles y sin posibilidad de reparación.

Sin embargo, el domo del droide era fascinante. Jot había visto varios droides astromecánicos que habían ido a dar hasta la línea de rescate para ser reparados, limpiados y vendidos. Claramente, esta unidad había sido personalizada. Su holoprojector estaba instalado en una unidad de procesamiento secundaria, completado con su propia y discreta unidad de datos y una fuente de poder interna. Todo este *hardware* personalizado se alojaba únicamente en un dispositivo desmontable, que, según Jot, volvía al procesador completamente redundante.

Por alguna razón, el cazador de recompensas muerto hacía mucho tiempo le había dado a su droide un segundo cerebro.

Con cuidado, Jot pasó su controlador por la costura superficial debajo de la cabeza en forma de domo del droide, lo que le otorgó acceso a su peculiar construcción, la cual, para alegría de Jot, podía deslizarse fácilmente fuera de su cuenca.

Jot guardó la unidad del holoprojector completa entre los pliegues de su túnica. Le pareció justo que él también pudiera llevar un premio a casa.

Se apresuró a volver al reptador, a la privacidad de su compartimento en forma de cuña, agradecido de que sus compañeros estuvieran demasiado ocupados con el carguero para percatarse de su torpe intento de contrabando. Había hecho un espacio para el dispositivo en el centro del compartimento, dándole más espacio entre la chatarra del que tenía él mismo.

Los jawas no son particularmente famosos por su sentido de la estética, y Jot no era la excepción, pero apreciaba cómo encajaba la unidad del holoprojector en su diminuto espacio. Consideraba este lugar como propio, y había guardado el secreto a toda costa desde que lo descubrió. Ahora el espacio le pertenecía al proyector. Parecían estar hechos el uno para el otro, piezas que encajaban por diseño.



Después de algunos minutos de clasificar su colección meticulosamente y acomodarla en montones, Jot sacó un núcleo de memoria que había encontrado en el espacio durante su primera visita. Se llevó el núcleo a la boca y presionó su lengua suavemente contra los contactos metálicos, y sintió una fuerte y agria sacudida que le recorrió el cuerpo. Bien. La batería interna del núcleo seguía funcionando, lo cual significaba que la información que contenía probablemente seguía intacta.

Insertó nerviosamente el núcleo de memoria en la unidad del holoprojector y el dispositivo cobró vida de inmediato.

Debajo de la interfaz visible del dispositivo (aunque, claro, Jot no habría sido capaz de descifrar el proceso, incluso si pudiera verlo), una serie de subrutinas complejas examinaron, contraprogramaron y descifraron simultáneamente el contenido del núcleo de memoria, mostrando este contenido segundos después a través del lente del holoprojector.

Jot no estaba al tanto de eso, pero el software de descifrado era tan sofisticado como ilegal, excepcional y *absurdamente* ilegal.

Por un instante, el espacio se vio inundado por una luz gris sin forma. Esto tomó a Jot por sorpresa y lo cegó momentáneamente, lo cual lo hizo retroceder tambaleante y asustado hacia la pared de estribor en extremo caliente. En cuestión de segundos, la luz se redujo a unos pocos centímetros frente al proyector y tomó forma con una claridad excepcional.

La visión de Jot se despejó. Vio estrellas y no porque acabara de ser deslumbrado.

Vio la suave curvatura de Tatooine cerca de la parte inferior del proyector; su superficie estaba alineada con líneas infladas en tonos tenues de naranja, ámbar y tostado, puntuado por un enorme cráter rojo. Vio la proa de una nave espacial que se asomaba en la proyección; la parte trasera de la cabeza del piloto apenas resultaba visible en el puente. La nave avanzaba lentamente en sentido contrario a las manecillas del reloj, pero el piloto la alineó de nuevo. Luego otro movimiento, otra corrección, y así.

La nave se estaba estrellando, pero no se había estrellado aún, lo cual significaba que, al menos durante los siguientes minutos, Jot podía seguir presenciando el descenso. El droide personalizado le había dado a Jot una visión de primera mano del vuelo final y condenado de una nave a través de las estrellas.

Cuando el Cuentacuentos le mostró esta imagen por primera vez, los ojos de Jot se inundaron de lágrimas. Al ver esta historia, ver las estrellas, el vuelo y el único planeta en el cual había habitado desde muchos kilómetros de alto, sus ojos no se secarían por bastante tiempo.

\* \* \*

Jot no recordaba exactamente cuándo había surgido su deseo por marcharse de Tatooine por primera vez. De niño, le encantaba jugar con cualquier aparato arruinado que le brindaban las arenas de Tatooine (tableros de ajedrez holográficos, motores de speeder, servo motores de droide y cosas así). Se sentía incentivado a seguir con sus experimentos, pero esto no era suficiente para satisfacer su curiosidad. Anhelaba la oportunidad de sumergirse en las entrañas de una corbeta corelliana, de optimizar los impulsores de un caza estelar, de reparar el motivador de hiperimpulso de un transportista de cruceros galáctico.

Desde luego, Jot no tenía ni idea de cómo hacer *ninguna* de estas cosas. Pero eso no le preocupaba. Las naves, al igual que todo lo demás, no eran más que la *suma de sus partes*. Tal vez estaban interconectadas de maneras indescifrables, pero de acuerdo con los cálculos de Jot, cuando algo se desglosa el número necesario de niveles, descubres que todo en el universo está hecho de partes conectadas.

Los reptadores de las arenas constaban de sistemas especializados que les permitían operar en el duro ambiente de Tatooine. Esos sistemas estaban hechos de máquinas complejas y simples, todas conformadas por partes interconectadas.

Los brillantes huesos blancos del dragón krayt de Jot eran solo partes de un esqueleto diseñado durante incontables generaciones por implacables imperativos biológicos.

También las estrellas eran partes, de algún modo. Jot sabía tanto sobre astronomía como sobre motivadores de hiperimpulso de transportistas de cruceros galácticos, pero sí sabía que las estrellas se movían por el cielo en un orden inmutable preestablecido.

Si tenía partes, había manera de entenderlo. Jot sabía que, si pasaba tiempo suficiente dentro de una nave, podía llegar a conocer sus partes y aprender cómo se comportaban. Y si aprendía cómo hacer que las partes se comportaran, Jot podría ganarse su lugar en el cielo.

\* \* \*

Ahora, Jot era insaciable.

Con la presencia del Cuentacuentos y un lugar privado en el que podía disfrutar de sus historias, su falta de entusiasmo por su trabajo en el reptador de arena se había vuelto problemática. Unos días después de descubrir el Cuentacuentos, había faltado a un turno completo para quedarse a revisar el núcleo de memoria que había rescatado. Había recorrido su contenido innumerables veces; había observado transacciones de negocios archivadas, presentaciones de diapositivas de vacaciones exóticas y mensajes intercambiados entre seres queridos. No podía entender ni una sola palabra de esos mensajes, pero el remitente de los mismos (un viejo calvo y alegre) casi siempre estaba riendo cálida y profundamente, lo cual hacía sonreír a Jot.

Y luego veía la última grabación del núcleo, sin aliento y enfermo mientras la nave de este hombre alegre caía hacia su último lugar de descanso en la profundidad de las dunas.

Jot atesoraba las historias del núcleo de memoria. Pero sabía que cuando las historias se cuentan incansablemente, pierden su magia. Se rehusaba a arruinar estas grabaciones reproduciéndolas excesivamente.

El Cuentacuentos necesitaba nuevas historias que contar.

Jot solicitó una transferencia fuera de la línea de salvamento. Frustrado con la reciente asistencia irregular, su supervisor le concedió la transferencia con mucho gusto. Jot fue enviado al equipo de preparación final, el cual operaba fuera del muelle de carga de la nave. Estaba a unas cuantas cubiertas de distancia de su espacio, lo cual le dificultaba tomar descansos durante su turno para escuchar las historias del Cuentacuentos, pero el puesto le ofrecía un beneficio que compensaba este inconveniente.

El trabajo que el propio Jot se había labrado era en reparación de firmware, un puesto en el cual «optimizaba» la velocidad de carga de los núcleos de memoria que se encontraban dentro de los droides listos para vender. La mayoría de los jawas no eran, digamos, científicos de computadora expertos, pero reformatear un núcleo de memoria para borrar su caché era una tarea extremadamente simple.

Esta clase de reformateo era una práctica estándar en naves de rescate como esta. Los clientes querían creer que sus productos eran tan nuevos como fuera posible, a pesar de que los compraban en un enorme basurero móvil.

Después de dos días entrenando en su puesto, Jot se había vuelto un experto en incrementar el desempeño de los productos que salían de la nave. Su nueva supervisora estaba encantada con su eficacia, pero confundida, ya que Jot se negaba a hacer su trabajo en el muelle de carga junto con el resto del equipo de preparación. Si se hubiera detenido un momento a pensarlo, la supervisora se habría dado cuenta de que en realidad no tenía idea de *dónde* hacía Jot su trabajo.

\* \* \*

Los días de Jot en este nuevo puesto estaban llenos de dicha ininterrumpida. Podía pasar la mayor parte de su tiempo en el espacio, en donde había armado un nuevo núcleo de memoria para que el Cuentacuentos lo descifrara y explorara. Observaba las nuevas historias con embelesada atención, tratando de memorizar todos los detalles y haciendo promesas silenciosas de que los recordaría lo mejor que pudiera.

*Tenía* que recordarlas, porque después de ver cada núcleo de memoria, Jot lo sacaba gentilmente de su cubierta y retiraba con cuidado su memoria interna; así, borraba de forma instantánea su contenido, en busca de la optimización.

Jot deploraba tener que hacerlo, pero si el desempeño en su trabajo empezaba a disminuir, perdería su suministro infinito de historias. Solo podía ver las proyecciones una vez; luego, las destruía para siempre, y pasaba las siguientes horas reintegrando la unidad de memoria de vuelta al droide que la contenía.

El dolor que Jot sentía cada vez que borraba una valía la pena al considerar las maravillas de las horas anteriores. Los recuerdos de segunda mano de Jot lo habían llevado a los extremos más lejanos de la galaxia, a lugares que pocos ojos en Tatooine habían presenciado.

Un bosque de altos y puntiagudos árboles que cubrían toda la superficie de un planeta en exuberantes tonos de verde y carmesí.

El prístino puente de un carguero imperial, bañado en líneas uniformes de neón blanco.

Una ciudad de luces brillantes ocultas bajo las aguas de un mar perfectamente tranquilo.

Y las estrellas. Las memorias de los droides astromecánicos estaban llenas de los más espectaculares registros de los vuelos de sus dueños. Al ver esas historias, Jot se colocaba la capucha de su túnica y alzaba el rostro hacia el holograma, rodeándose de la ilusión de las estrellas en movimiento. Cerraba los ojos y se acercaba a la imagen, luego los abría, y por un momento su mente se engañaba a sí misma, y creía estar en pleno vuelo, en su nave, en el cielo.

Esos momentos de ilusión y delirio eran los más felices que Jot había pasado en toda su vida en el planeta.

\* \* \*

Esta preferencia de Jot por los droides astromecánicos lo llevó a descubrir una unidad R2 bastante peculiar que había sido adquirida por los snatchers en los cañones afuera de Mos Eisley.

Había llamado la atención de casi todo el equipo de preparación, principalmente por la *poca* preparación que requería. La mayoría de los droides que llegaban necesitaban fregado exhaustivo para darle al chasis oxidado una apariencia presentable para el cliente. Esta unidad R2 parecía no haber pasado ni un minuto en las dunas. Sus componentes no estaban inundados de arena. Sus bandas de rodadura parecían haber sido reemplazadas el día anterior. Su chasis azul con blanco aún tenía *pintura*, lo cual no habría sido posible por mucho tiempo, dados los vientos del desierto. Solo unas cuantas marcas de quemaduras deslustraban su exterior casi impecable; no eran quemaduras de un snatcher de gatillo fácil, eran marcas de bláster.

La unidad R2 era un misterio para todos a bordo. Jot sabía exactamente cómo resolver el misterio.

Con aún más reverencia de la que solía ejercer, Jot sacó el núcleo de memoria de la unidad R2 de su armazón casi perfecto y se la llevó al espacio. Presionó sus contactos con la lengua y gritó reflexivamente al recibir un potente impacto como respuesta. Se llevó una mano a la boca deseando que nadie lo hubiera escuchado, esperando silenciosamente para asegurarse de no haber comprometido el secreto de su compartimento. Después de algunos minutos tensos y silenciosos, prosiguió.

Cargó el núcleo de memoria en el Cuentacuentos y, por primera vez, el extraordinariamente delictivo droide de Jot experimentó cierta dificultad para descifrar el contenido. El Cuentacuentos zumbó de forma preocupante, dedicando más energía a la labor de la que Jot creía que su pequeña estructura era capaz de producir.

Sin embargo, el Cuentacuentos terminó su labor con un repique de satisfacción y mostró la historia contenida en la unidad R2.

El pecho de Jot se hundió dentro de su túnica; su mente estaba acelerada, tratando de memorizar la odisea que presenciaba.

Observó que la unidad R2 hacía una audaz reparación en el ala de una elegante nave estelar plateada, con fuego estallando alrededor de su estación, a pocos centímetros de golpearlo.

Observó que la unidad R2 avanzaba rápido por una enorme fábrica de droides, un edificio cavernoso, todo de metal y lava fundida, un monolito que ponía a su reptador en vergüenza.

Vio que la unidad R2 era testigo de algún tipo de ceremonia. Un hombre de negro, una mujer con un hermoso velo, un beso solemne frente a un lago al atardecer.

Vio interminables ejércitos de droides.

Vio espadas hechas de fuego.

Vio gente con túnicas que podían usar *magia verdadera*.

Los seres mágicos peleaban entre ellos usando las espadas de fuego.

Un par de ellos abatió a un pelotón de droides completo usando su magia.

Jot estaba perplejo. Embelesado. Se recargó en la pared ardiente uno, dos, tres, *cuatro* segundos antes de siquiera darse cuenta.

La imagen parpadeó y el Cuentacuentos proyectó otra memoria.

Jot vio a una mujer que portaba una larga túnica blanca. Su cabello estaba atado en ruedas apretadas alrededor de sus orejas. Le habló a un público invisible por menos de un minuto, luego se agachó y su comportamiento tranquilo se tornó preocupado por primera vez; extendió el brazo y preparó su bláster.

Jot no podía entenderla, no entendía ninguno de los idiomas que se hablaban en sus historias, pero incluso sin escuchar su mensaje, Jot podía entender la preocupación en su rostro con toda claridad. Esta era una advertencia.

Y la última historia de la unidad R2 le mostró a Jot exactamente de qué se trataba la advertencia. Una nave del tamaño de un planeta. Una nave redonda, hermosa y detestable, con una escala más allá de la comprensión. De todas las imágenes

imposibles que Jot había visto en los recuerdos de esta unidad R2, esta era sin duda la más extraña y, por motivos que Jot no comprendía, la más aterradora. Un miedo frío y burbujeante subió por su garganta mientras estudiaba el diagrama.

La cálida seguridad de su compartimento secreto desapareció, y por primera vez desde que descubrió el espacio se sintió totalmente expuesto. Se sintió *observado*.

Momentos antes de que la imagen desapareciera, Jot se percató de una serie de números en una esquina: una fecha y una hora. Esta historia había sido copiada de una fuente de medios externos en los últimos dos días.

Esta no era como las otras historias que Jot había tomado prestadas de los droides azotados por el desierto que él se encargaba de reparar. Esta no era una bitácora de vuelo antigua, de un carguero estrellado hacía mucho tiempo, o los momentos finales de la vida de un droide errante y abandonado. Esta historia, con la magia, las espadas de fuego, la mujer agachada y la nave tamaño planeta, estaba ocurriendo *en ese momento*.

Jot se percató de repente de la gravedad de este descubrimiento. Su rostro se sentía entumecido.

Toda su vida, Jot había fungido feliz como el espectador de las historias que constantemente se desarrollaban a su alrededor. Incluso en su historia del dragón krayt, él no era el protagonista. Sus hermanos habían sido los primeros en encontrar el esqueleto aquella mañana. Su padre había terminado de desenterrarlo. Su madre había adornado el esqueleto con una corona de salvia de desierto y flores de embudo. Jot solo había estado *ahí*.

Pero, en este momento, estar *ahí* no era suficiente. La responsabilidad de escribir la siguiente parte de la historia de este droide —si bien no un capítulo entero, al menos una línea más— recaía en Jot.

Como los brillantes huesos del dragón, como las estrellas en el cielo, como cada panel, fibra y pieza de ensamblaje en las máquinas en las que había trabajado cada día de su vida, Jot ahora era parte de algo también. Por primera vez no se sentía solo como un observador pasivo de la historia de su vida. Era un *participante*.

La magnitud de este esclarecimiento fue tal que pocos son los afortunados que pueden experimentar algo así durante sus vidas. Y Jot lo había encontrado por casualidad en una falla de diseño, caliente como horno y del tamaño de un ataúd, en uno de los extremos de un basurero rodante.

El Cuentacuentos expulsó el núcleo de memoria del droide R2 al terminar con sus crónicas. Jot se lo guardó en los pliegues de su túnica, a la que le habían hecho dobladillo dos veces, con la información intacta. Ni siquiera le pasó por la cabeza llevar a cabo el formateo de información. Jot ni siquiera se sentía digno de participar en la historia de este droide, así que ciertamente no se merecía llevar esa historia a un brusco final.

Se abrió paso para salir del compartimento, sin preocuparse de que alguien lo viera mientras salía apretadamente por su entrada secreta a plena vista de cualquiera.

Corrió, a tropezones, por las cubiertas del reptador de arena y jadeó con alivio al ver al droide R2 aún desactivado en el puerto de carga. Cargó el núcleo de memoria de vuelta en su armazón; sus manos temblaban de emoción.

Jot sabía que su negligencia en el cumplimiento del deber finalmente sería descubierta por algún desafortunado cliente, después de que la unidad R2 fuera reactivada y puesta a la venta. No le importaba. Su salida del reptador de arena era inminente, y largamente atrasada.

Mañana dejaría el equipo de salvamento. Encontraría una nave en Mos Eisley o en Anchorhead que lo aceptara, sin importar las condiciones.

Vería las estrellas y escribiría historias sobre todas y cada una de ellas.

Se convertiría en una parte irremplazable de infinidad de diseños, hasta que, por fin, pudiera ver por completo la forma de la máquina hecha para él.

# REIRIN

Sabaa Tahir



**E**l chico hablaba demasiado. Si Reirin le hubiera parloteado con tal insolencia a sus mayores, habría estado sobando su trasero moreteado y ordeñando banthas hasta que se le pusieran los dedos azules de por vida.

Aunque el viejo no estaba mucho mejor, balbuceando sobre los droides como un neimoidiano al negociar sobre un acuerdo comercial. «¡Trrru'uunqa! ¿Por qué eran tan condenadamente lentos?». Reirin necesitaba entrar a ese reptador de las arenas, y necesitaba entrar *ya*.

Reirin cambió su gaderffii de la mano derecha a la izquierda y sacudió la arena de su túnica. «Solo elige algo, viejo tonto». Los jawas vendían droides rescatados de la basura que hacían brillar con cucharadas de aceite en los lugares indicados. Reirin bufó. Solo un granjero idiota sería lo suficientemente tonto para comprarlos.

Los granjeros de humedad, específicamente. Las manos de Reirin se cerraron con fuerza sobre el bláster en su cintura. Campesinos apestosos y sudorosos que creían tener más derecho al desierto y sus regalos de lo que ella tenía.

El granjero se decidió por una aburrida unidad de protocolo dorada, que le balbuceaba en voz baja hasta que el viejo le dijo de golpe que se callara. Típico. Los granjeros trataban a todo lo que no lucía igual que ellos como excremento de bantha. Droides, saqueadores, jawas. Todos eran lo mismo para ellos. De segunda clase. Inferiores.

Reirin soñaba despierta con probarles exactamente quiénes eran los inferiores. Soñaba despierta con tomar el gaderffii de su padre y sembrar un maldito caos. Y si no era eso, simplemente quería *probarse* a sí misma. *Probar* que estaba destinada a más que ocultarse de dragones krayt entre desperdicios, cuidar a su bantha, a sus niños y a su pareja.

Pero las mujeres de su clan, los moradores de las arenas, no participaban en batallas, sin importar que ella girara el gaderffii mejor que cualquier de sus inútiles



primos. Las mujeres tusken no aspiraban a más, así que los sueños de Reirin seguirían siendo solo sueños.

A menos que...

Ella se encorvó detrás del condensador. Ni siquiera se atrevía a pensarlo, por temor a que eso posibilitara su existencia. No había garantía alguna de que fuera capaz de *robar* el artículo que el comerciante había solicitado, mucho menos llevárselo en una sola pieza sin que los jawas se dieran cuenta.

El viejo y el chico finalmente eligieron su segunda unidad: un droide astromecánico con rayas blancas y rojas. Las dos nuevas compras se tambalearon por las arenas abrasadoras hacia la granja del hombre. No queda mucho tiempo ahora.

«¡*Trru'uunqa!*!». Necesitaba una distracción. ¡Si tan solo tuviera un aliado! Alguien que creara un alboroto para que ella pudiera correr al reptador, encontrar el artículo y desaparecer entre la chatarra. Alguien en quien pudiera confiar. Alguien que deseara salir de esta roca infernal tanto como ella.

Pensó brevemente en Qeruru'rr. Él empuñaba el gaderffii con gracia natural, letal como un krayt hambriento. Y él no pensaba que las mujeres debían quedarse en casa durante las redadas. Y él la hacía reír.

Era un buen amigo. A Reirin le habría gustado tenerlo a su lado, ya que no sabía lo que encontraría en Mos Eisley cuando llevara el artículo con el comerciante. Podría tratar de engañarla, decirle que el precio por un lugar en una nave para salir del planeta había subido. Podría tratar de venderla como una esclava, y ella ni siquiera se daría cuenta, no hasta que la dejaran en Kessel para morir de hambre, para ser golpeada y trabajar hasta desfallecer.

Sí, sería agradable tener un aliado. Y Qeruru'rr habría sido uno muy bueno.

Demasiado tarde. Se había tardado tanto que si regresaba ahora, le harían preguntas que no podría responder. No sin avergonzar a su familia. No sin ganarse semanas de la ley del hielo por parte del resto del clan. Ni siquiera Qeruru'rr le hablaría ahora, a menos que él también quisiera caer en vergüenza.

Como si querer algo más que banthas, calor y redadas fuera algo de qué avergonzarse.

Pero la ira de Reirin desapareció tan rápido como se había acumulado. El modo de vida de su gente les permitía sobrevivir a pesar de estar rodeados de enemigos por todas partes. Apenas llevaba un día fuera y ya añoraba el pudín de melón negro de su mamá y la voz grave de su padre cuando contaba historias junto al fuego.

Los extrañaría. Lo sabía. Y no los vería otra vez; sabía que, si lograba salir del planeta, nunca más volvería a Tatooine.

«No vale la pena lamentarse. Has tomado tu decisión».

Las duras palabras resonaban en los pisos, y Reirin volvió su atención a los granjeros de humedad y los jawas. El granjero viejo estaba discutiendo con el líder del clan jawa, gesticulando como un loco y señalando el droide astromecánico, que

emitía una columna de humo negro. El chico que estaba de pie junto al droide dorado señaló otra unidad, una bajita y azul.

«¡Ahora, Reirin! ¡Mientras están distraídos!». Se dejó caer, agradecida por la máscara de niño simple que llevaba, hecha de cuero y tela. Mientras los jawas y los granjeros discutían sobre los droides, Reirin se escabulló por detrás del condensador y se ocultó en la sombra del reptador. Se arrastró cuidadosamente dentro del espacio vacío entre dos vías enormes que cargaban el transporte por el implacable terreno de Tatooine.

Luego volteó su cabeza hacia arriba, hacia las entrañas del reptador, y empezó a escarbar con sus manos cubiertas por guantes entre claves, engranes y tubos. «Debe de haber alguna palanca por aquí. Tiene que haber. La hay».

«Pero ¿dónde?».

El volumen de las voces disminuyó. El problema de afuera se había arreglado. En cualquier momento, el reptador empezaría a moverse y quedaría aplastada entre sus vías.

«¡Vamos, Reirin!». Sus manos buscaron frenéticamente hasta que finalmente sus dedos se cerraron sobre una larga barra metálica. «¡Sí!». La tomó, le dio la vuelta y, momentos después, se elevó a una oscura bodega de carga. Un poco de luz se filtraba por una hilera de pequeñas portillas. Afuera, los granjeros escoltaban sus nuevas compras a su finca. El reptador se encendió con un estruendo.

«¡Ahora! ¡Encuétralo! Pero ¿por dónde empezar?». El gruñido de los jawas mientras entraban por el frente de la bodega hizo que se detuviera de golpe hasta que se le ocurrió ocultarse detrás de un grande y oxidado motor de carguero.

No podía escuchar los pasos de los jawas, caminaban tan ligeramente como un gato, pero podía oler a las despreciables criaturas. Reirin tuvo arcadas debajo de su máscara. Eran peores que los granjeros, y con el zumbido de las moscas que les revoloteaban. Los jawas acomodaron la mercancía sobrante en la bodega y entonces su peste se disipó. El reptador empezó a girar lentamente hacia el este, hacia la Estación Tosche y Anchorhead.

Para cuando llegaran, Reirin tendría que haberse marchado. Con esto en mente, siguió enfocándose en su búsqueda, pero la desesperanza se apoderó rápidamente de ella. El comerciante no le había proporcionado mucha información.

La había encontrado en Bestine tres semanas atrás, con una gran capucha y tratando de revender bienes robados. Él mismo se había estado ocultando; a pesar de haberse reunido dos veces con él, seguía sin verle el rostro y solo sabía que su forma era humanoide.

«Será pequeño», le había dicho. «Tal vez guardado en una bolsa o una caja. No más grande que tu mano. Y puede ser de muchos colores. Azul. Verde. Morado. Los jawas sabrán lo que es, y es posible que lo tengan guardado bajo llave».

Reirin revisó la pila de chatarra más cercana antes de descartarla rápidamente. Los jawas eran mucho más quisquillosos respecto a sus pertenencias que respecto a

su higiene. No dejarían algo de tanto valor botado por ahí. Sus ojos se ajustaron a la oscuridad, pero era casi imposible determinar en qué dirección debía buscar; todas las pilas de basura lucían exactamente iguales. Maldijo a los jawas. Apestosos y pequeños acaparadores.

Su cuello se erizó y se dio la vuelta, revisando las pilas detrás de ella. Si de casualidad hubiera un jawa husmeando aquí, se habría dado cuenta, ¿cierto? Olfateó el aire. No percibía nada más que aceite rancio y óxido.

«¡Ahí!». En la esquina posterior izquierda de la bodega, la cual estaba tan cubierta que casi la había pasado por alto, había una gran caja de metal. Se acercó, tratando de no mover ninguna de las pilas de basura. Hizo una mueca cuando una bandeja de pequeños engranajes sonó ruidosamente al pasar junto a ella. Escuchó susurros en la parte frontal de la bodega y se agachó, esperando. Se escuchó la voz rasposa de un jawa y ella no se atrevía ni a respirar.

«¡Vete! ¡Vete!». Pero el jawa no se marchó. En vez de eso, se acercó más, murmurando para sí. Podía olerlo y escuchar las moscas. Se daría la vuelta en cualquier momento y la vería en su escondite. Reirin apretó su bláster con la mano. Tendría que matar a la maldita criatura...

Pero, unos momentos después, el jawa se alejó de vuelta a la bodega principal, sin dejar de murmurar. El reptador siguió avanzando.

Reirin se movió rápido hacia la caja. Era casi tan alta como ella, y le colgaba un tipo de cerradura antigua del que Reirin solo había escuchado en las historias que su padre le contaba.

Reirin la jaló. Debió haberse abierto de inmediato.

En vez de eso, obtuvo una bocanada de óxido y tuvo que controlar su tos. «¡Trrru'uunqa!». Buscó hasta encontrar una barra larga y pesada con una muesca al final. La colocó entre las dos clavijas de la cerradura y jaló con todas sus fuerzas, resoplando a través de su máscara. La cerradura no se abrió.

El reptador empezó a frenar; la siguiente granja no estaba lejos y los jawas volverían a su bodega para sacar su mercancía. Si Reirin pensaba encontrar el artículo del comerciante, tenía que encontrarlo ahora.

«¡Tal vez ni siquiera esté aquí! ¡Tal vez estás perdiendo el tiempo para nada!».

Pero algo, un extraño presentimiento en el fondo de su ser, le decía que el artículo que necesitaba estaba aquí. Así como conocía el toque de su madre y el movimiento de su bantha, sabía que esta caja de seguridad contenía su salvación.

La bodega retumbó mientras el reptador pasaba por un bache. Reirin pensó y luego sacó su bláster. Dio un cuidadoso paso hacia atrás y, cuando pasaron por el siguiente bache, disparó. El disparo incineró la cerradura y la mitad de la caja. Reirin le hizo un hoyo a su guante cuando trataba de abrir la tapa humeante.

«¡Rápido! ¡Rápido!». Revolvió sacos de pernos, alambres dorados tan delgados como cabello y lo que parecía ser los huesos de un gran animal.

Entonces se percató de un destello, un destello verde intenso, como la luz que pasa volando por el horizonte de Tatooine al anochecer.

Cuando tuvo la roca en la mano se sintió... completa. Como si le hubiera faltado una extremidad toda su vida sin saberlo y acabara de recuperarla. La observó maravillada; una cosa diminuta, no más grande que la palma de su mano y dentada en un extremo. Estaba rota. ¿Dónde estaba la otra mitad?

Reirin revisó la caja de seguridad, tratando de encontrar el resto de la roca, pero presintió que no estaba ahí. Al escuchar un sonido del otro lado de la bodega se congeló; un terror se extendió por su estómago, pero no por ella, sino por la roca. No se la quitarían. Le pertenecía a *ella*. A nadie más.

Pero ¿por qué tanto apego? ¿Por qué se sentía así si nunca había visto esa cosa antes? La observó, cómo brillaba en medio de la luz anaranjada de la bodega. ¿Qué poder ejercía sobre ella?

¿A esto se refería su madre cuando le hablaba del vínculo con su bantha? Reirin nunca lo había sentido, a pesar de haber criado a la misma bestia apacible desde que era pequeña. Para ella, era más una mascota que un amigo.

Si el apego que ella sentía por esta roca era similar al que los moradores de las arenas sentían por sus banthas, entonces finalmente Reirin entendía el motivo por el cual la bestia era tan venerada por su gente. Entendía por qué las uniones entre incursores tenían éxito o fallaban con base en la relación de los banthas de la pareja. Si alguien le quitaba la roca, organizaría toda una guerra con tal de recuperarla. Y si alguna vez encontraba a aquel que poseía la otra parte, esa persona también poseería una parte de ella, y ella de él.

«Entonces ¿cómo me separaré de ella? ¿Cómo, si la única manera de escapar de este lugar es dándosela al comerciante?».

Se asomó por una de las pequeñas ventanas. La granja de humedad ya se había alejado por completo, no era más que un bache en la distancia. Seguramente el chico estaría limpiando a los droides, preparándolos para su trabajo. Mientras tanto, la siguiente granja estaba tan cerca que se alcanzaban a ver los edificios anexos, sus sombras alargadas en el crepúsculo venidero. Se aproximaba la noche, y Reirin sabía que no podía recorrer el desierto de forma segura después de la puesta del sol. No tenía más tiempo para pensar o considerar la situación. Tenía que irse.

Encontró la escotilla y esperó junto a ella hasta que el reptador se detuvo por completo. En cuanto lo hizo, abrió la escotilla y salió. La cerró de golpe justo en el momento en que los jawas entraron a la bodega para sacar su mercancía una vez más.

Con el corazón palpitando, Reirin se deslizó por las vías y alrededor del reptador. Era una sombra, más invisible para los granjeros que salían de sus casas que una partícula de polvo. Para el anochecer habría allanado alguna granja cercana para conseguir transporte, y para la mañana estaría en Mos Eisley.

En ese momento, tendría que entregarle su roca al comerciante.

«Aunque», frunció el ceño mientras la observaba, «luce más como un cristal que como una roca».

No se desharía de ella. *No podía.*

«No tendrás que hacerlo», le dijo una voz calmada en su interior. «Encontrarás la manera, cuando llegue el momento, de obtener lo que necesitas. Ya has llegado hasta aquí, ¿cierto?».

Alentada por ese pensamiento, Reirin desapareció en la inminente noche de Tatooine, con su sangre cantándole al futuro, el cual sostenía en sus manos.

# EL ROJO

Rae Carson



**H**abía arena por todas partes, en las bandas de rodadura del pequeño droide rojo, en sus articulaciones, incluso en lo profundo de sus acopladores de activación. El polvo había cubierto sus fotorreceptores a tal punto que solo podía distinguir figuras borrosas. Aunque esto no importaba. El calor extremo que había dentro del reptador, seguido por los congelamientos repentinos y ocasionales durante la noche, había retorcido sus revestimientos por completo. Entre eso y la áspera arena, solo podía mover su cabeza unos cuantos grados, así que de todos modos no alcanzaba a ver mucho.

Aún podía vocalizar, encender sus luces y mover sus piernas. Pero había sido un prisionero en ese maldito reptador por cuatro años, ofrecido por los jawas a todos los granjeros de humedad del territorio, y en todo ese tiempo prácticamente no había recibido mantenimiento alguno. Lo que más quería en toda la galaxia era que lo vendieran. Escapar del reptador. Cumplir con su programación y servir a un nuevo amo, alguien que limpiara sus articulaciones de vez en cuando, que le ofreciera unas cuantas gotas de lubricante, que le diera un propósito. Pero se le agotaba el tiempo. Estaba solo y estaba muriendo.

Cierta tarde en la que el pequeño droide estaba acurrucado en su nido de chatarra, escondido en el rincón más frío y oscuro de la bodega, dos jawas se acercaron. Uno de ellos cargaba un objeto cilíndrico con un mango. Un aturdidor, sin duda. Los jawas finalmente se habían dado por vencidos con él. Le dispararían, arrancarían las partes

que aún tuvieran algo de valor y lanzarían sus restos al horno para derretirlo y usarlo como chatarra. Emitió un triste chirrido de resignación y esperó que fuera rápido.

Para su sorpresa, en vez de eso, los jawas lo inspeccionaron y farfullaban el uno al otro. Se comunicaban con aromas tanto como lo hacían con palabras y, aunque nunca había sido equipado con receptores olfativos, el droide entendía lo suficiente. Algo sobre una granja. Un droide astromecánico. Y tan clara como el día en Tatooine, escuchó esa maravillosa y gloriosa palabra: «vender».

Los jawas discutieron, pero pronto llegaron a un acuerdo. Uno se marchó y el otro acercó el objeto cilíndrico al droide, que le trinó al jawa; tenía demasiado miedo de tener esperanza. La criatura no respondió. Simplemente inclinó el objeto y una gota de espeso lubricante cubrió de repente el fotorreceptor izquierdo del droide, dejando todo borroso.

Con cuidado, el jawa usó la orilla de su manga para limpiar la arena y la mugre. Luego colocó generosas gotas de lubricante en sus articulaciones, su cabeza giratoria, su banda de rodadura, todo lo que lo había estado conduciendo a una lenta, horrible y arenosa muerte los últimos dos años. El droide rojo dejó escapar un zumbido de alivio. Nunca algo se había sentido tan bien. Claro, solo tenía recuerdos de cuatro años atrás, antes de que le formatearan la memoria, pero estaba seguro de que nada en toda su misteriosa existencia había sido tan magnífico como esto.

El jawa raspó la arena que tenía en sus compartimentos de herramientas, limpió sus otros fotorreceptores, le dio una palmadita en la cabeza y lo dejó solo en su nido de chatarra. Se quedó viendo a la criatura, ahora que su visión estaba menos rayada y borrosa, y se sintió maravillado por su buena fortuna. Si había entendido bien, una granja cercana había solicitado específicamente un droide astromecánico, y ya que los jawas se habían tomado la molestia de limpiarlo un poco, tenía una buena oportunidad de encontrar al fin un nuevo amo.

El pequeño droide se acurrucó en su nido y se apagó para ahorrar energía. Para cuando amaneciera, quería estar más brillante y limpio que nunca.

\* \* \*

Unas cuantas horas después, cuando el hirviente calor empezaba a ceder y dar paso a la frialdad de la noche, un impacto lo despertó. Se levantó tambaleándose; las arandelas, los resortes y las virutas de chatarra de su nido cayeron de su cabeza. Reconoció el sonido estridente y la ráfaga de emoción de los jawas que lo siguió. El magneto del reptador había succionado un poco más de chatarra, la cual estaban depositando en la bodega.

Volteó para ver mejor, esperando ver los habituales restos de décadas de antigüedad. Una forma se materializó en la oscuridad. Era pequeña, apenas de un metro de altura, con una cúpula en la parte superior. Un cuerpo plateado y redondo

brillaba en la escasa luz, adornado con azul brillante. Espetó furiosamente, amenazando a los jawas de muerte si no retrocedían inmediatamente.

El droide rojo estaba tan feliz de escuchar binario, el primer idioma de su programación, que le tomó un momento captar las implicaciones de esto. Otro droide astromecánico. En hermosas condiciones. Nada más y nada menos que una unidad R2 de élite. Tan superior en comparación con él como un bláster en comparación con un puño furioso.

Ahora nunca lo venderían. Nadie lo elegiría a él por encima del recién llegado.

La unidad R2 siguió protestando mientras los jawas lo controlaban con un perno de restricción. Las criaturas ignoraron sus amenazas, solo hablaban emocionados entre ellos. Este era el segundo droide completamente operativo que habían sacado de la arena el día de hoy, una fortuna sin precedentes. Claramente, su suerte estaba cambiando. Pronto, su clan sería el más rico de todo el territorio.

Cuando el perno de restricción quedó bien apretado sobre la unidad R2, emitió un último chirrido de indignación y luego se deslizó a través de la bodega de carga para conversar con el descubrimiento anterior del reptador, un droide dorado con una voz chillona. Parecían conocerse.

Mientras el pequeño droide pequeño se apagaba, se preguntó qué se sentiría tener luces brillantes, una carcasa elegante y una cabeza que girara sin dolor. Qué se sentiría tener a alguien con quién conversar.

\* \* \*

En medio de la quietud de la noche, lo despertaron de golpe una segunda vez: un brazo mecánico pinchó su compartimento de acceso. El pequeño droide chilló y giró su cuerpo para quitarse el objeto que lo picaba.

El droide plateado y azul estaba frente a él, descubierto en pleno acto de sabotaje, con su apéndice en forma de pinza colgando en el aire. El droide gimoteó una triste disculpa.

El droide rojo se quejó con indignación: «¿Lamentas haberme saboteado? ¿O lamentas que te haya descubierto?».

«Sí», respondió el otro. Luego se presentó: «Soy R2-D2, y estoy en una importante misión».

El droide rojo lo observó. Obviamente, la exaltación de la captura y la restricción habían sobrecargado los circuitos de la unidad R2.

Aun así, decidió responder gentilmente: «Soy R5-D4. No tengo misión, que yo recuerde. Me borraron la memoria hace cuatro años».

R2-D2 continuó como si no hubiera escuchado. «Tienen que venderme mañana. Tengo que escapar de este reptador de arena. El destino de la galaxia depende de ello».



Qué droide tan extraño. «¿Por eso tu pinza estaba en mi compartimento de acceso?», preguntó. «¿Estabas sabotando a tu competencia?».

«Sí. Por favor, la Rebelión necesita tu ayuda».

La palabra «rebelión» desencadenó algo en el pequeño droide, el fantasma de un recuerdo. Una huella en sus circuitos que ningún borrado de memoria podía tocar. O tal vez simplemente se había conmovido por la sinceridad de R2-D2. Fuera lo que fuera, casi le creía.

Pero la programación superior de las unidades R2 las hacía capaces de engañar en ciertas circunstancias; todo el mundo sabía eso. No podía confiar en una sola de sus palabras.

«Por favor», dijo nuevamente R2-D2.

El droide rojo no tenía la capacidad de engañar, así que solo podía decirle a R2-D2 la verdad: «Si no escapo de este reptador de arena y encuentro un nuevo amo pronto, dejaré de funcionar».

R2-D2 murmuró con compasión, pero luego dijo: «Yo ya tengo un amo, y si no lo encuentro, la galaxia estará perdida».

De nuevo, esa sensación extraña en sus bancos de memoria. Algo que no podía procesar del todo. Una verdad que yacía más allá de sus sensores.

Un par de jawas dejaron de trabajar para voltear a verlos. R2-D2 había perdido su oportunidad de ser sigiloso.

«No trataré de lastimarte otra vez», dijo R2-D2, y con eso se alejó rodando hacia la oscuridad más profunda de la bodega.

El pequeño droide rojo no pensaba arriesgarse. Se quedó encendido toda la noche, en alerta máxima.

\* \* \*

Llegó la mañana, con una luz tenue y polvosa que se filtraba por uniones en las que las puertas y los paneles que no encajaban del todo. El reptador se detuvo y la bodega de carga se abrió ante un planeta cegador e hirviente. El pequeño droide rojo ajustó sus fotorreceptores rápidamente para compensar este incremento de luz.

Los jawas juntaron un grupo de sus droides más presentables y los arrearon por la rampa hasta la tierra. R5-D4 era el segundo de la fila, y la unidad R2, mucho más elegante y hermosa, iba detrás de él. El pequeño droide rojo tenía una única y pequeña esperanza: tal vez esta granja en particular sería demasiado pobre para pagar por el otro droide. Tal vez, solo tal vez, tendrían que conformarse con él.

Al final de la rampa, un hombre humano de mediana edad esperaba de pie, con las manos en la cintura, los ojos permanentemente entrecerrados debido a la arena y el sol. Su ropa de desierto y su cinturón de herramientas estaban desgastados pero limpios y bien remendados. Su barba era escasa y gris, pero limpia y bien recortada.

Sin duda, un hombre que se tomaba esas molestias sería un buen amo. El droide rojo estaba convencido de ello.

Detrás del hombre había una granja. No eran gran cosa, una choza de adobe, unos cuantos hoyos en el suelo, y las torres altas y cenceñas de algunos evaporadores de humedad. Comparada con la enorme cubeta de óxido en la que había vivido por cuatro años, le parecía el paraíso.

Junto a él, R2-D2 estaba danzando para llamar la atención del granjero. R5-D4 estaba estoico y quieto, aunque sus circuitos estaban tan acelerados que su temperatura interna aumentaba peligrosamente. Su serie era conocida por su excitabilidad, por su falta de fiabilidad. Era el momento de demostrar que esa reputación era errónea. Mantendría la calma y se comportaría como el droide perfecto.

El granjero se acercó a él, con su túnica ondeando en el viento. Un chico lo seguía de cerca, con expresión abatida y malhumorada. Acababa de salir de la etapa adolescente humana, era esbelto y bronceado, su cabello era de un color rubio intenso provocado por los soles gemelos de Tatooine.

Los ojos oscuros del hombre mayor se centraron en sus fotorreceptores y, alzando la barbilla, dijo:

—Sí, me llevaré el rojo.

Los circuitos de R5-D4 casi estallan. ¿En verdad el granjero había dicho eso? ¿En verdad había sido elegido?

El granjero siguió revisando la fila, rechazando a R2-D2 con un gesto de su mano.

—No, ese no.

¡Sí lo había elegido a él! R5 no podía creer su suerte. El droide hizo todo lo que estaba en su poder para mantener la calma, para evitar balancearse en su lugar mientras el chico esbelto se agachaba para inspeccionar sus articulaciones.

El granjero estaba entrevistando al droide dorado, pero R5-D4 casi no les prestaba atención. Después de cuatro largos años, finalmente tenía un nuevo amo. El granjero y el chico estarían felices de haberlo adquirido. Sería el mejor droide que hubieran...

Junto a él, R2-D2 soltó un triste suspiro.

«Encontrarás un amo», le aseguró R5-D4 en binario. «Alguien te comprará».

«No queda tiempo», respondió R2-D2.

—Luke —dijo el granjero. Señaló a R5-D4 y al droide alto y dorado—, lleva a estos dos al garaje, ¿sí? Los quiero limpios antes de la cena.

—¡Pero quería ir a la Estación Tosche por los convertidores de voltaje!

—Puedes perder tiempo con tus amigos después de terminar tus tareas —dijo el granjero—. Ahora, vamos, haz lo que te digo.

El chico suspiró.

—De acuerdo, vamos. —Le hizo un gesto al droide dorado para que lo siguiera a la granja—. Y el rojo. Vamos.

R2-D2 chirrió tristemente.

«La galaxia está perdida», dijo.

R5-D4 dudó. Tenía un mal presentimiento.

El chico se percató de que el pequeño droide rojo no lo seguía.

—¿Qué esperas, Rojo? ¡Vamos!

R5 se puso en movimiento y siguió al chico. Iba a ser *limpiado*, ¡por su nuevo amo! Había estado esperando este momento durante cuatro años.

Detrás de él, R2-D2 bailaba como loco en su sitio.

«¡Ayúdame, R5!», le suplicó. «Eres mi única esperanza».

R5-D4 giró su cabeza hacia R2-D2 justo a tiempo para ver cómo un jawa levantaba una caja y le apuntaba al droide azul. El perno de control cumplió con su labor, y R2-D2 se quedó callado y quieto.

El mal presentimiento se intensificó.

El chico y el droide dorado siguieron avanzando hacia la granja. R5-D4 los siguió, pero iba casi arrastrándose, sus movimientos se sentían pesados por la incertidumbre. Sus circuitos estaban sumamente acelerados, sus procesadores internos se agitaban sin parar, tratando de decirle algo.

El entendimiento se apoderó de él como si hubiera sido succionado por un magneto: creía.

Creía que R2-D2 estaba en una importante misión. Creía que el droide estaba tratando de salvar la galaxia. Y algo dentro de él, una huella, un recuerdo fantasma, algo tan antiguo y necio como las estrellas, le insistía que ayudara. Porque la causa de la Rebelión también era su misión.

Sabía lo que debía hacer. Por primera vez en cuatro años de conciencia, llevaría a cabo un engaño.

Al ser una simple unidad R5, no debía ser capaz, pero en el segundo que le llevó formular su plan, descubrió que no tenía barreras ni límites. Había sido *alterado*.

No había tiempo para pensar en esto. Tenía que ejecutar una purga de energía de emergencia, para lo cual requeriría sutileza y concentración. Se preparó con cuidado, apagó los circuitos necesarios y aflojó la bisagra de la placa de su cabeza. Todo el preciado lubricante que el jawa le había dado la noche anterior circulaba por sus articulaciones, calmaba sus cables y enfriaba sus circuitos. Redirigió el flujo y lo recolectó en una masa detrás de sus fotorreceptores. Tendría que poner todo su esfuerzo para ser convincente.

Una vez que estuvo listo, el pequeño droide rojo no dudó. Desvió la energía y la descargó toda con un solo y devastador golpe.

La placa de su cabeza se desprendió en medio de una lluvia de chispas. Empezó a salir humo y, debido al lubricante sobrecalentado, este era tan espeso y opaco como una nube de tormenta.

Al escuchar el sonido, el chico se dio la vuelta.

—¡Tío Owen! —exclamó.

—¿Sí? —dijo el granjero.

—Esta unidad R5 tiene un impulsor defectuoso. Mira.

R5-D4 se forzó a quedarse totalmente quieto. El humo seguía saliendo de su cabeza y una pequeña gota del preciado lubricante escurrió por su revestimiento.

El granjero volteó a ver a los jawas.

—¿Qué están tratando de vendernos? —preguntó, agitando los brazos. R2-D2 se recuperó de su contención y empezó a silbar en un tono bajo y claro, intentando atraer la atención de alguien. Como eso no funcionó, empezó a danzar en su lugar y a balbucear escandalosamente.

«Por favor, fíjense en R2», el droide rojo imploró en silencio.

Fue el droide alto con la voz irritante el que vino al rescate. Tocó el hombro del chico con uno de sus dedos dorados.

—Disculpe, señor, pero la otra unidad R2 está en perfectas condiciones. Es una ganga.

El chico volteó a ver a R2-D2 como si lo viera por primera vez.

—¡Tío Owen! —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué opinas de ese? —dijo el chico señalando al droide azul.

Bastó con una mirada.

—¿Qué tal ese azul? —le preguntó el granjero a los jawas—. Nos llevaremos ese.

Un jawa le dio un empujón a R2-D2, y el droide plateado avanzó con una expresión de victoria.

Otro grupo de jawas rodeó a R5-D4.

—Sí, llévenselo —dijo el chico, agitando la mano para disipar el humo de su rostro.

El droide rojo se había dañado bastante, pero aún podía funcionar. Apagó todo a excepción de sus receptores de audio y se hizo el muerto, permitiendo que los jawas lo cargaran y lo llevaran de vuelta al oscuro y horrible reptador de arena.

Con su energía tan baja, y rodeado por varios jawas, apenas alcanzó a entender el mensaje de despedida de R2-D2.

«Gracias, amigo», dijo el pequeño droide azul. «Es posible que hayas salvado a la galaxia el día de hoy. Nunca te olvidaré».

\* \* \*

La historia de R2-D2 quedó confirmada cuando llegaron los stormtroopers imperiales. El pequeño droide rojo se acomodó en su nido de chatarra y siguió haciéndose el muerto, mientras los stormtroopers interrogaban a los jawas respecto a los dos droides que acababan de vender.

Después, varios láseres le dispararon a todo lo que se moviera, y el reptador se vio inundado de gritos, lo cual hizo que el aire se tornara húmedo y caliente. Los stormtroopers dejaron el reptador hecho una ruina y lleno de cuerpos.

En cuanto estuvo seguro de que los imperiales se habían marchado, R5-D4 se liberó de su nido, oprimió el control de la rampa y salió rodando hacia el cálido sol del desierto.

Después de cuatro años con los jawas, su ruta de comercio le era tan familiar como sus propios circuitos, y sabía exactamente qué camino tomar. De seguro alguna de las granjas de humedad en el siguiente valle estaría feliz de recibir a un droide gratuito. Lo repararían, limpiarían y le darían una utilidad. Después, si tenía suerte, tal vez hasta podría encontrar a la Rebelión.

Tendría que apresurarse, porque sus daños eran muy serios. Pero no se arrepintió y no miró hacia atrás.

R5-D4 no era más que una mota en el estéril y ocre paisaje mientras rodaba hacia el horizonte, libre y lleno de esperanza.

# RITOS

John Jackson Miller



**E**l cerebro del dragón krayt ocupaba solo una pequeña porción de su enorme cráneo. El resto del espacio, de acuerdo con las creencias tusken, era almacenaje para odio puro e íntegro, un regalo de uno de los hermanos del cielo que habitaban en lo alto.

A'Koba había pensado que se trataba solo de un tonto cuento más para asustar a los niños y a aquellos demasiado débiles para usar un arma. Pero al encarar al krayt en el pronunciado cañón de los Eriales de Jundland, el corpulento joven guerrero entendía que había empezado la leyenda. Cuatro veces, el tusken había hundido la punta bordeada de su gaderffii en la cabeza del joven dragón, y cuatro veces había fallado darle a algo vital, desatando en su lugar un torrente de crujir de dientes y fuertes pisotones.

Esto no tenía nada de mágico, desde luego; cualquier criatura reaccionaría de modo similar a alguien que tratara de hacerle hoyos en la cabeza. Simplemente debía seguir atacando, siempre y cuando lograra evitar que lo aplastaran.

—¡Rápido, primo! —le gritó otro guerrero envuelto en tela.

Aferrándose locamente a la cola de la bestia, A'Vor había perdido su arma en el polvo, y su hermano gemelo también estaba por ahí atrás; el poderoso krayt lo había arrojado a un lado. En los clanes tusken, se creía que el nacimiento de gemelos era un mal presagio; quien hubiera inventado eso sin duda había conocido a sus primos. Dependía de A'Koba mantener con vida a sus torpes parientes.

Con un estruendoso grito de batalla, cargó contra la bestia que no dejaba de dar pisotones, eludiendo su ataque en el último instante. Agarró la boca del dragón con su *traang* (la punta torcida de su arma) y engancho a la criatura, que mordió instintivamente. Una mordida de tal magnitud habría bastado para terminar con cualquier cosa que el krayt tuviera entre sus fauces...

... pero esta comida no era de hueso sino de duracero, rescatado por la tribu de algún asentamiento antiguo. A la filosa punta del arma se le aplicaba veneno de murciélago de la arena, y al probar ese paralizante de acción rápida, el dragón tropezó confundido. A'Koba se colgó del mango del gaderffii y empujó el arma más profundo en las fauces del monstruo. El krayt colapsó, casi aplastándolo, y levantó una lluvia de arena en cuanto golpeó la superficie.

A'Koba liberó el arma de su boca y trepó por su escamosa cabeza. Esta vez no había reacción al apuñalarla repetidamente. Estaba terminado.

—¡Sí! —exclamó A'Vor en la rebuznante lengua de los tuskens, y soltó la cola del dragón—. ¡Ya somos adultos!

—Yo sí. Ustedes dos, no sé. —A'Koba volteó hacia atrás para ver al hermano de A'Vor arrastrarse por la arena hasta donde ellos estaban, herido pero no grave. Antes de que A'Koba pudiera reprenderlos por su desempeño, vio que los vigilantes del clan descendían desde la cresta hacia el campo de batalla.

Sacó su gaderffii del cerebro del krayt y lo alzó en el aire.

—¡Yo soy A'Koba! —gritó orgulloso, de pie sobre la cabeza gigante del cadáver—. ¡He matado a un dragón krayt! ¡Soy un tusken!

—Mataste a una cría de krayt a plena luz del día —dijo uno de los recién llegados—. No te creas un guerrero de leyenda.

—Quién... —Volteó a ver y un destello de luz que se reflejaba desde los soles que se ocultaban le reveló a A'Koba exactamente quién había hablado.

«A'Yark».

Mientras que otros tuskens tenían dos torretas de metal que usaban como oculares, el jefe del clan solo necesitaba una, y había atascado una joya carmesí en el inútil ojo derecho hacía mucho tiempo. Claro, además de tapar el hoyo, le recordaba a todo el mundo quién estaba a cargo.

—Bájate de ahí —dijo A'Yark—. Mirarte desde abajo hace que me duela el cuello.

A A'Koba se le ocurrieron cinco cosas que responder, pero pensó que todas serían imprudentes, así que obedeció. Los desastrosos hermanos gemelos se formaron cerca.

—Nosotros también nos enfrentamos al desafío —dijo A'Vor.

—Sí, sí. —A'Yark volteó hacia un compañero que sostenía las armas errantes de los gemelos—. Nuestra ley dice que cualquiera que tenga dos manos puede portar un gaderffii. No estoy seguro de qué dice la ley sobre los guerreros que se la pasan tirándolos.

Los hermanos retrocedieron avergonzados, pero A'Koba no se retiró.

—No fue una victoria pequeña, A'Yark —dijo señalando el cuerpo—. Un krayt de cañón, la cría más grande de su clan.

—Y si sus padres te encuentran, tú serás el más plano de tu clan —dijo A'Yark, sacudiendo la cabeza.

—Mataré a toda su familia —dijo A'Koba, apretando su puño cubierto de tela—. Ya lo verás. Yo guiaré al clan en batalla algún día.

—Ya nos lo has dicho. —A'Yark se hizo a un lado y evaluó el krayt—. Admito que es una hazaña digna. Cuando me volví jefe, hace mucho tiempo, el clan estaba tan mal que nuestros jóvenes se veían forzados a matar logras en sus ritos de madurez.

«Y ratas womp y escarabajos de arena». En ese momento de triunfo, A'Koba no estaba de humor para otro sermón sobre cómo el liderazgo de A'Yark había salvado al clan.

—Lo que dije fue en serio —declaró—. No le temo a nada. Envíenme y dirigiré una cacería esta noche.

A'Yark volteó a verlo abruptamente.

—Solo un tonto no le teme a nada.

—Entonces, o soy un tonto, o estás equivocado. —A'Koba le dio la vuelta al cuerpo, dando un espectáculo para los demás—. ¿A qué debería temerle? De seguro no a los colonizadores y sus máquinas, y sé que no debo caminar junto a un sarlacc. —Señaló al norte—. ¿O te refieres al Hutt? Dejen que pase un día allá afuera, bajo los soles, ¡y se reducirá al worrt que realmente es!

Esta frase les causó gracia a sus primos; los worrts anfibios eran criaturas extrañas para encontrarse en un planeta desértico, pero la mayoría de los tuskens jóvenes habían matado a palos al menos algunas de estas achaparradas criaturas. Sin embargo, A'Yark no estaba ni entretenido ni disuadido.

—Solo hablas de las amenazas más evidentes —dijo el jefe del clan—. Pero hay seres mágicos en el desierto. Mi vida ha sido larga, y he visto los grandes poderes de seres más allá de nuestro conocimiento.

—Ya cené y no necesito ninguna historia. —A'Koba hizo un gesto dirigido a las colinas—. Estoy seguro de que hay niños en el campamento a los que puedes asustar.

A'Yark lo tomó firmemente del hombro.

—Hace falta más que valor para dirigir. ¡Hace falta tener los ojos abiertos!

«Y yo tengo uno más que tú».

—Te preocupas por nada, A'Yark —resopló A'Koba, y luego se contuvo antes de decir más. Dio un paso atrás y presentó sus respetos—. Solo te temo a ti, mi líder.

—Es un comienzo. —La joya de A'Yark reflejó la luz de los soles que se ocultaban—. Toma tu bantha y dirige tu cacería. Pero antes de atacar algo, repórtate conmigo. —El jefe hizo un gesto con desdén a los gemelos—. Y si estos dos pierden su gaderffii en la oscuridad, ¡piérdelos a ellos también!



«A'Yark es el verdadero tonto», les había dicho a los hermanos en más de una ocasión durante su cacería nocturna. A A'Koba no le preocupaba que las malas lenguas lo repitieran; la ambición declarada era una característica de la vida tusken. Ningún morador de las arenas respetaría a un tusken callado. Su juventud ofrecía cierta seguridad; estaba tan lejos de estar listo para un enfrentamiento que A'Yark probablemente no se molestaría.

A'Koba no tenía idea de qué tan viejo era el jefe del clan; solo sabía que A'Yark había tenido el puesto más tiempo de lo que pudieran recordar. En otro clan, eso significaría que alguien había envejecido y estaba en peligro de ser desafiado. Pero no A'Yark, él seguía siendo tan fiero como cualquier guerrero que A'Koba hubiera visto en batalla, si no es que más.

Sin embargo, de algún modo, el jefe se había vuelto vacilante, particularmente cuando A'Koba y los gemelos volvieron de su acecho nocturno. Habían reportado el avistamiento de un droide que avanzaba por un valle al sureste de Jundland, circulando en la oscuridad sin cuidado evidente. Estas efigies mecánicas hechas para hablar, los droides, eran una de las características más desconcertantes del modo de vida de los colonizadores; rara vez eran de interés para los tuskens, que por lo general no sabían ni les interesaba para qué habían sido construidos.

Sin embargo, este droide rechoncho tenía sin duda un propósito. Sería una excelente carnada. Alguien vendría por él y, entonces, A'Koba atacaría...

... si se lo permitían. Otra vez la interferencia de A'Yark. El rastro del droide había pasado cerca de un lugar, según el jefe, en donde un campamento completo de tuskens había sido misteriosamente masacrado durante la noche, muchos ciclos atrás. Desde entonces, la mayoría de los clanes evitaba esas ruinas, y le adjudicaban malos presagios al territorio.

Más tonterías, pero A'Yark se lo tomaba tan en serio que había insistido en acompañar al grupo de tres esa mañana para seguir el rastro del droide. Con banthas, en caso de que tuvieran que moverse rápido o cargar botines, y con rifles bláster.

«Tu superstición raya en la cobardía», pensó A'Koba, mientras él y A'Yark observaban el desierto desde un afloramiento rocoso. Se habían acercado a un punto del camino del droide en donde el cañón zigzagueaba, lo que les ofrecía varias posibilidades de emboscada; incluso había lugares más seguros cerca de ellos para dejar sus banthas. Pero A'Yark los había obligado a tomar el camino largo, rodeando para llegar al lugar, y el jefe se había detenido repetidamente para estudiar los alrededores.

—Hemos desperdiciado gran parte del día —dijo A'Koba mientras esperaban en una ladera y observaban—. Podríamos haber llegado hace mucho.

—Aquí hay mucho más que deben evitar de lo que se imaginan. Un gran poder, de hecho. Más allá de estas montañas habita...

—¡No pienso escucharlo! —dijo A’Koba de repente—. ¿Qué podría pasar con los soles en lo alto del cielo? No sé qué tratas de...

—¡Silencio! —A’Yark jaló a A’Koba de su túnica, pero no fue para atacarlo. Un instante después, escuchó lo que el jefe había escuchado: el sonido de un motor que se aproximaba. Los dos corrieron hacia un promontorio desde donde vieron que un speeder, una máquina humana infernal, se acercaba por el valle debajo de ellos.

«¡Es mi oportunidad!». Alzando su rifle, A’Koba le apuntó al vehículo distante mientras este se movía de izquierda a derecha, solo para detenerse cuando A’Yark tocó su hombro. Al menos en esto, el jefe tenía razón: el speeder estaba demasiado lejos, y sus ocupantes iban a buscar al droide, así que seguro se detendrían en cuanto lo encontraran.

Los guerreros se movieron ágilmente en sus banthas a un barranco al sureste del último lugar donde habían visto al droide. Una estrecha cordillera los separaba de su presa; A’Koba podía escuchar el motor del speeder en cuanto este se detuvo. Dejaron a sus peludas bestias de carga atrás, y él y los gemelos empezaron a escalar la cresta. No había tiempo que perder.

Así que cuando escuchó otra llamada silenciosa por encima del hombro, A’Koba volteó irritado.

—¿Ahora qué, A’Yark?

El jefe de un ojo estaba de pie a mitad del camino, con el rifle en la mano, y señaló las montañas del norte.

—Este lugar. Traté de advertirles. Está cerca de la guarida del poderoso chamán.

—¿Del qué?

—Un humano, pero este es mucho más que solo carne —dijo A’Yark—. También hemos evitado esta área por años.

«¿Hay algo que no hayas evitado, viejo tonto?». A’Koba volteó a ver el lugar que los gemelos habían terminado de trepar, y luego le dijo a A’Yark en voz baja:

—¿También tiene armamento, como los colonizadores?

—No lo necesita. Las criaturas de las arenas lo obedecen. —A’Yark hizo una pausa de reflexión—. No... hasta el mismo *aire* lo obedece.

A’Koba lo observó con incredulidad. Luego encontró su cantimplora y la lanzó por la ladera.

—Deberías quedarte aquí, mi jefe, y beber agua. Los soles te han afectado.

—Te digo que es la verdad.

Los dos vieron que A’Vor bajaba nuevamente por la pendiente.

—El speeder sí se detuvo —les informó al llegar a su lado—. Un humano y otro droide, una especie de hombre dorado.

A’Yark alzó la mirada.

—¿Cómo... cómo lucía el humano?

—Cabello color arena. Joven, creo. Como nosotros. Vestido de granjero.

A’Koba volteó a ver a su primo y levantó las manos frente al jefe.

—¿Lo ves? No es tu mago. Vamos.

Pero A’Yark se quedó paralizado, tratando de entender.

—¿Un granjero y sus droides, tan lejos y aquí...? ¿Aquí? Esto no es un buen augurio.

A’Koba lo observó por un momento, luego se encogió de hombros. Sacudió la cabeza.

—Me decepcionas. Baja y quédate con los banthas. Nosotros te traeremos los premios.

—Vayan. Tomen. Pero no maten, a menos que sea necesario —respondió A’Yark con renuencia.

A’Koba volteó a ver a su primo y ambos empezaron a escalar de nuevo. ¿El jefe de los tusken temeroso de sombras y aconsejando piedad? «¡Qué locura!».

Tal vez, pensó, llegaría a ser el líder más pronto de lo que había imaginado.

\* \* \*

Los gemelos lanzaron el cuerpo débil de Pelo de Arena al suelo. A’Koba lo había llevado a cabo momentos antes: su primer ataque como un guerrero adulto. No lo había matado, como él hubiera preferido, pero había desarmado al joven granjero en un instante, y lo había dejado inconsciente después de llenarlo de abyecto terror. Un buen comienzo, pensó A’Koba, para convertirse en leyenda. Tal vez los bobos decrépitos repetirían *su* nombre en voz baja algún día. Sus compañeros habían tenido que conformarse con arrancarle un brazo al hombre dorado, que apenas contaba en la lista de logros.

—¿Dónde está el droide chaparro? —preguntó A’Vor.

—¿Por qué? ¿Buscas otra matanza gloriosa? —dijo A’Koba en tono burlón—. Olvídalo. Ponte a trabajar.

Entre los tres revisaron los materiales del speeder, buscando cualquier cosa que pudiera ser de utilidad. Era natural para los bandidos tusken revisar rápido, aunque definitivamente no había prisa. No había nadie que pudiera rescatar al viajero atacado. Nada de qué preocuparse...

—¡Ayooooo-eh-EH-EHH!

El eco del sonido rebotó por todo el cañón: fuerte, terrible y cambiante mientras reverberaba por las rocas. Solo había algo que podía producir ese sonido.

«Un krayt de cañón», pensó A’Koba. Y no cualquier krayt. «¡Una reina!».

El sonido provenía del noreste; los tres tuskens voltearon simultáneamente en esa dirección, esperando ver a la vengativa madre de la bestia que habían matado el día anterior. Algo así, en este lugar, sería una muerte segura.

Sin embargo, lo que vieron fue algo mucho más inesperado. Una figura que portaba un manto color marrón, con un rostro invisible debajo de una capucha puntiaguda. Una figura que nadie en el mundo de los tuskens habría imaginado capaz de emitir un sonido así.

«¡El chamán!».

En el segundo que le tomó procesar esa idea, A’Koba fue poseído por el miedo, exactamente igual que el miedo que acababa de infundir en el granjero. Varias imágenes pasaron volando por su mente. Las extremidades de A’Koba se pusieron en movimiento, volteándolo desde su posición junto al capó del speeder. Sus primos ya estaban huyendo, y él se apresuró a seguirlos.

Ya había llegado más allá de la cresta cuando se atrevió a pensar otra vez.

¿Qué acababa de ver? ¿Y de *escuchar*?

\* \* \*

A’Koba nunca se había trepado a un bantha junto con otros dos guerreros antes, pero eso era lo que había ocurrido. Habían corrido al vehículo más cercano, y el líder los había seguido en el otro.

A’Yark alcanzó al trío lejos del cañón. Los primos se habían bajado de su bantha y estaban acurrucados junto a una cresta y parlotando entre ellos. A’Koba estaba sentado en la arena a los pies del bantha, sosteniendo las riendas firmemente en la mano. Apenas se dio cuenta cuando el jefe se acercó.

—Lo escuché —dijo A’Yark—. Ya estaba en la silla de montar.

A’Koba no dijo nada.

—Tienes miedo —dijo el jefe—. No has sido tocado antes por la magia del desierto.

—Yo... lo *sentí*. —A’Koba no alzó la mirada—. No fue solamente el sonido. Me sentí...

—En presencia de un krayt adulto.

—¿Que venía a vengarse por el que maté!

—Hmm. ¿Y los dragones buscan venganza?

A’Koba no podía procesar esa idea. Alzó la mirada.

—Este sí. Lo sentí en el sonido. Pero cuando alcé la mirada, vi esa figura... —Guardó silencio, preocupado por lucir como un tonto. Había dicho demasiado, pero se permitió una última cosa—. No confiaba en lo que veían mis ojos.

A’Yark se le quedó viendo y se arrodilló a su lado.

—Los colonizadores lo llaman Ben.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—He visto todo lo que habita en los eriales —dijo A’Yark—. Y vi a Ben por primera vez antes de tu nacimiento. Es un forastero, un mago. Habita en las orillas de

Jundland.

A'Koba escuchaba, pero no comprendía.

—Si es un peligro, ¿por qué no lo atacamos antes?

—¿A qué riesgo? Era mejor ceder este territorio. El desierto es grande... y creo que él no tiene nada que valga la pena tomar. —A'Yark hizo una pausa—. Se nos enseña que todo ser viviente es enemigo de los tuskens, pero puede que eso sea demasiado simple. Hay cosas que nos dejarán en paz, si hacemos lo mismo. Un sarlacc no vendría a visitar tu campamento. —El jefe se puso de pie.

A'Koba asintió, y empezó a respirar con normalidad otra vez. Luego, el joven guerrero volteó a ver a sus cobardes primos, ambos temblando bajo los soles.

Algo no le parecía bien.

—No —dijo A'Koba finalmente, volteando a ver el cielo—. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que volver. —Se puso de pie.

—¿Volver... al cañón? —preguntó A'Yark observándolo con sorpresa.

—Sí, muchos. —Se sacudió y volteó a ver al jefe—. Este es nuestro lugar, tan detestable como sea. Debemos demostrar que nadie puede entrar con perfidia, ni siquiera los magos.

A'Yark lo observó con un evidente respeto recién adquirido.

—Si deseas hacer esto, adelante. Tienes mi aprobación. Yo debo decidir por todo el clan, pero tú ya eres un adulto, A'Koba. Tu vida te pertenece, así como las vidas de todo aquel que decida unirse a ti.

—¿Moriré?

—Si ese es tu destino. Pero si es así, morirás como un tusken.

\* \* \*

A'Yark vio que el trío desaparecía entre las dunas en búsqueda de refuerzos, seguro de que no tenían ni la más mínima oportunidad de encontrar al mago a su regreso. La vida bajo los soles había cambiado la apariencia de Ben, pero no lo había privado de sus sentidos. Si Pelo de Arena era alguien importante para el mago, Ben no perdería tiempo en reanimarlo ni a sus droides.

Así que permitir que A'Koba lo persiguiera era un gesto, aunque no uno del todo vacío. A'Yark sabía que había ciertos rituales que incluso un jefe debe llevar a cabo. El premio de A'Koba ya se había perdido, pero no tenía caso desmotivarlo, al menos no ahora que acababa de llegar a la edad adulta. Había muy pocos guerreros con su determinación, y este tipo de resistencia era lo que separaba a los cazadores de la carroña en los Eriales de Jundland. A'Koba había aprendido a temer este día; al guiar a sus compañeros en una persecución tan pronto, después de haberse asustado, se ganaría su respeto.

Una lección doble en un lugar en el que todo tiene dos sombras. Tal vez algún día A'Koba también usaría el ejemplo del mago para enseñarle a otros.

Cuando eso ocurriera, A'Yark sospechaba que Ben seguiría por aquí. Antes, el jefe había esperado que el hechicero se marchara, como lo hacían todos los colonizadores con algo de sabiduría. Pero él se había quedado, aferrándose tenazmente al borde de la existencia, observando por aquí y por allá. Parecía estar unido a la tierra, como lo estaban los tuskens, aunque no del mismo modo. Los moradores de las arenas vivían bajo una antigua maldición. Cualquiera que fuera el poder capaz de atar a Ben al desierto seguía con vida actualmente, y poseía una fuerza demasiado aterradora para siquiera pensar en ella.

No, el mago podría escapar o podría ser liberado. Pero no desaparecería así de fácil entre las arenas. Los seres así no mueren; le han dado forma al destino de incontables seres a lo largo de las estrellas, en lugares que ningún tusken ha concebido jamás. Era improductivo pensar qué podría hacer Ben si alguna vez se marchaba.

A'Yark solo sabía lo que los tuskens harían.

Asaltarían. Saquearían. Atacarían en más lugares, en territorios que alguna vez habían estado bajo la protección del chamán. No porque codiciaran algo que había ahí, o porque odiaran a Ben, o porque buscaran venganza... sino porque eso es lo que eran.

En efecto, eso era *todo* lo que eran.

Y ellos no irían a ninguna parte.

# MAESTRO Y APRENDIZ

Claudia Gray



**A**lgunos creen que el desierto es estéril. Esto solo demuestra que no conocen el desierto.

En lo profundo de las dunas habitan pequeños insectos que tejen redes para atraparse entre ellos y serpientes madrigueras con escamas del mismo color que las rocas para que ningún cazador pueda encontrarlas. Las semillas y esporas de plantas que murieron hace mucho tiempo yacen ocultas en la calidez de la tierra, esperando la lluvia que llega una vez al año, a la década o al siglo, cuando podrán irrumpir en verde vida, tan breve como gloriosa. El calor de los soles penetra los granos de arena hasta que estos brillan, y poseen toda la energía y potencial de volverse vidrio del color de joyas. Todos estos elementos cantan notas individuales en la gran canción de los whills.

Ningún lugar carece de la Fuerza, y aquellos que son uno con la Fuerza siempre encuentran la posibilidad de vida.

La percatación precede a la conciencia. El calor se siente y disfruta antes de que la mente esté consciente de ello. A continuación viene la ilusión del tiempo lineal. Hasta ese momento aparece un sentimiento de individualidad, un recuerdo de lo que fue y de lo que es, el conocimiento de uno mismo como un ente separado de la Fuerza. Esto proporciona un punto de ventaja para experimentar el mundo físico en toda su complejidad y éxtasis, pero el dolor de esa separación solo es soportable porque la unidad vendrá otra vez, y pronto.

Esa fractura del todo, esa memoria de existencia temporal, se resume con mayor facilidad con la palabra que alguna vez nombró la fractura. El nombre.

—Qui-Gon.

El nombre es mencionado por otro. Qui-Gon es convocado. Él recurre a los recuerdos de sí mismo y toma forma, ensamblando la forma que tuvo por última vez en vida. Tiene la sensación de percibir carne alrededor de sus huesos, cabello y piel sobre su carne, ropa sobre su piel, y entonces, con tanta naturalidad como si lo hubiera hecho ayer, se quita la capucha de su túnica de jedi y mira a su padawan.

—Obi-Wan. —El esfuerzo de la existencia individual vale la pena solo con decir ese nombre otra vez. Así que dice el otro nombre también—. Ben.

El cabello de Obi Wan Kenobi se ha tornado blanco. Varias líneas han grabado sus rastros a lo largo de su frente y sus ojos azules. La ropa de jedi que porta está tan desgastada y harapienta que fácilmente se puede confundir con el atuendo del ermitaño empobrecido que pretende ser. La mayoría de las personas pasaría junto a este hombre sin voltearlo a ver dos veces. Sin embargo, a pesar de que Qui-Gon percibe la realidad física de la apariencia de Obi-Wan, ya no está limitado a la vista humana. También ve al seguro general de las Guerras de los Clones, al joven y fuerte padawan que siguió a su maestro a la batalla, incluso al pequeño rebelde del templo que ningún maestro tenía ganas de entrenar. Todos son parte de Obi-Wan, por igual, cada etapa de su existencia vivida en este momento.

—Tienes miedo —dice Qui-Gon. Sabe por qué; los eventos a su alrededor son más claros para él que para Obi-Wan—. Buscas tu centro. Necesitas equilibrio.

Para los vivos es difícil no decir a los muertos aquello que ya saben. Obi-Wan ni siquiera quiere intentar.

—Podría haber stormtroopers imperiales esperando a Luke en la granja de los Lars. Si es así...

—Entonces tú lo rescatarás. —Qui-Gon sonríe—. O tal vez él se rescate a sí mismo. O la hermana encontrará al hermano en su lugar.

Obi-Wan no puede ser consolado tan fácilmente.

—O podrían matarlo. Ponerle fin a su vida cuando apenas es poco más que un chico.

Para Qui-Gon, todas las vidas humanas parecen ahora imposiblemente breves. Los años son irrelevantes. Lo que importa son los viajes a través de la Fuerza. Algunos deben luchar para obtener ese conocimiento durante muchas décadas; otros prácticamente nacen con él. Muchos nunca inician el viaje, sin importar lo mucho que vivan.

Pero Luke Skywalker...

—A Luke aún le falta un gran viaje que hacer —dice Qui-Gon—. No termina aquí.

—¿Tú has visto esto?



Qui-Gon asiente. Esto le brinda alivio a Obi-Wan, más del que debería, porque no puede adivinar qué forma tomará ese viaje.

Sus alrededores en el mundo físico se vuelven más claros: las dunas interminables de Tatooine que se extienden en cada dirección, el casco ardiente de un reptador detrás de ellos, una docena de pequeños jawas muertos. La memoria de su miedo e impotencia invade a Qui-Gon, así como lo absurdo de sus muertes. Aunque Obi-Wan ha estado atendiendo los cuerpos, por el momento solo dos droides se encargan de los jawas. La visión de los droides reconforta a Qui-Gon, de algún modo, porque le resultan familiares; la Fuerza incluso ha considerado conveniente traer a estos dos de vuelta al lugar donde todo empezó.

El tiempo es un círculo. El principio es el fin.

—Bail Organa envió a la propia Leia a convocarme —murmura Obi-Wan—. Cuando la vi, vi tanto de Padmé en ella, e incluso un poco de Anakin, y supe que mi exilio pronto llegaría a su fin. ¿Puedes creer que me resulte difícil dejarlo ir?

—Te has adaptado. Tuviste que hacerlo. No es de extrañar que ahora sientas que el desierto es como tu hogar o que ser un Caballero Jedi te parezca algo desconocido. Pero eso puede cambiar, y más pronto de lo que podrías soñar. De hecho, será casi instantáneo, una transformación que dará inicio y se completará de inmediato en cuanto el peligro aparezca de nuevo. Qui-Gon ansía presenciarla.

—He esperado este día por mucho tiempo —dice Obi-Wan—. Tanto tiempo que siento que he esperado mi vida entera. Ponerlo en riesgo ahora que el gran trabajo comienza... hay tantos factores en juego. Es difícil conocer el futuro, incluso más difícil que antes.

—¿En verdad crees que tu trabajo acaba de empezar, mi padawan? —Habían empezado a usar el título entre ellos nuevamente, en reconocimiento de lo mucho que Obi-Wan todavía tenía que aprender. Aun así, es extraño pensar en la muerte como solamente el principio de la sabiduría.

Obi-Wan piensa en ello.

—Ha habido otras labores. Otros desafíos. Pero las Guerras de los Clones fueron hace mucho tiempo. Durante casi dos décadas he sido poco más que una sombra en espera de convertirse en un Caballero Jedi otra vez.

Qui-Gon sacude la cabeza. Su ser físico ya se siente lo suficientemente natural para expresar sus pensamientos e ideas a través de gestos como este.

—Un jedi no se mide por sus batallas y guerras. Todos pueden pelear, siempre que tengan un arma y un enemigo. Todos pueden usar un sable de luz, con el entrenamiento necesario o incluso con buena suerte, pero detenerse y esperar, tener tanta paciencia y fortaleza, eso, Obi-Wan, es un logro más grande de lo que te imaginas. Pocos podrían haberlo hecho.

Más pocos aún podrían haberlo hecho sin dejarse seducir por la oscuridad. A veces, cuando Qui-Gon piensa en esto, se siente asombrado por la resolución de su estudiante. Todas las personas que Obi-Wan amó en verdad —Anakin, Satine, Padmé

y el propio Qui-Gon— tuvieron un final terrible. Tres de ellos murieron frente a sus ojos, el otro tuvo un destino tan sombrío que la muerte hubiera sido un regalo. La Orden Jedi que había proporcionado toda la infraestructura de la vida de Obi-Wan había sido consumida por la traición y la masacre. Cada paso de este largo e insatisfactorio viaje era un paso que Obi-Wan había tenido que dar solo... y aun así, nunca había vacilado. Mientras el resto de la galaxia ardía, su camino seguía siendo recto. Esta es la clase de victoria que la mayoría de las personas nunca reconoce; sin embargo, es la base sobre la cual se construye toda la bondad.

Ni siquiera el propio Obi-Wan lo ve.

—Ves en mí una luz más bondadosa que la mayoría, viejo amigo.

—Te debo eso. Después de todo, soy yo el que te fallé.

—¿Fallarme?

Nunca habían hablado de esto, ni una sola vez durante todos los viajes de Qui-Gon al reino mortal para conversar con él. Principalmente porque Qui-Gon pensaba que sus errores eran tan terribles, tan evidentes, que Obi-Wan había preferido ahorrarle una discusión al respecto. Sin embargo, también en este aspecto había fallado en darle crédito a su padawan.

—No estabas listo para ser un Maestro Jedi —admite Qui-Gon—. Ni siquiera habías sido nombrado caballero cuando te hice prometer que entrenarías a Anakin. Enseñarle a un estudiante tan poderoso, tan viejo, tan poco acostumbrado a nuestro estilo de vida... podría haber sido una labor más allá de las habilidades de todos nosotros, y dejarte esa carga cuando eras apenas más que un chico...

—Anakin se volvió un Caballero Jedi —interrumpió Obi-Wan, con un dejo de seriedad en su voz—. Y peleó valientemente durante las Guerras de los Clones. Su caída hacia la oscuridad tuvo más que ver con sus propias decisiones que con los errores de alguien más. Sí, es verdad que yo tengo algo de responsabilidad, y tal vez tú también, pero Anakin tuvo el entrenamiento y la sabiduría necesarios para elegir un mejor camino. Y no lo hizo.

Todo era cierto. Aunque nada de eso absolvía a Qui-Gon de sus propios errores, pero ahora era Obi-Wan el que necesitaba que alguien lo guiara. Estos asuntos podían discutirse en otro momento, cuando estuvieran más allá del primitivo lenguaje humano.

Pronto, muy pronto.

Los droides habían empezado a cremar los cuerpos de los jawas. Qui-Gon ya era lo suficientemente substancial para oler las cenizas, pero también pertenece a la Fuerza, y sentía el dolor y el horror de Luke como si fueran sentimientos propios. La imagen de los cuerpos quemados de Owen y Beru Lars era tan vívida como Obi-Wan de pie a unos centímetros de él. Owen y Beru estaban conscientes de los riesgos que corrían cuando aceptaron criar al niño, y lo hicieron de todos modos. Lo criaron, lo protegieron y lo amaron. Era un heroísmo tan puro como cualquiera que Qui-Gon hubiera conocido.

Obi-Wan también lo siente. Qui-Gon se da cuenta de ello, aunque a mayor distancia, limitado por su forma física. La expresión en su rostro es de decepción, y su miedo es reemplazado por pena. La determinación les sigue rápidamente.

—No le dije a Luke toda la verdad sobre Anakin —dijo Obi-Wan—. Algún día tendrá que saberlo.

—Apenas estás conociendo al chico. De haber tratado de contarle toda la historia hoy, habrías cometido un error más grande que cualquier otro que hubieras podido cometer. Habrías sembrado semillas de... duda, confusión e incluso ira, lo que lo habría llevado por el mismo camino que su padre.

Con un toque de su viejo y desenfadado humor, Obi-Wan añade:

—O habría determinado que estaba tan loco como Owen siempre le había dicho que estaba, y habría corrido de vuelta a casa.

Qui-Gon sabe que esa hubiera sido una posibilidad muy cercana a la realidad, y también sabe el resultado que hubiera tenido. En este momento, Luke yacería junto a los Lars.

—Cuando esté listo, estable, firme y fuerte en la Fuerza, entonces llegará el momento.

Obi-Wan asiente, lo suficientemente tranquilo para enfocarse por completo en Qui-Gon.

—Casi eres completamente corpóreo. Nunca te había visto aparecer así.

—Es cuestión de aprender tanto a tomar posesión del mundo físico como a separarse de él —dice Qui-Gon. No lo había intentado mucho al principio. Solamente después de la caída de Anakin había decidido hacer un esfuerzo por emerger por completo. Era el trabajo de casi una década. Esto lo había hecho por Obi-Wan; al menos su padawan no tendría que pasar años en el desierto completamente solo—. Es cuestión de encontrar tu centro, de calmar el alma y entregarse por completo a la Fuerza. Algunos jedi deciden hacer esa transición entre la vida y la muerte, aunque yo no podría haberlo imaginado cuando estaba con vida. Seguimos aprendiendo, incluso después de la muerte.

—Ansío aprender ese antiguo arte algún día —dice Obi-Wan—. Aunque espero que en un futuro distante.

Se trata de otra de sus bromas, solamente, pero Qui-Gon se conmueve de todos modos. A Obi-Wan le queda tan poco tiempo de vida. Para Qui-Gon, la muerte es algo inevitable, casi neutral; hasta puede anticipar la reunión con su padawan.

Pero después de todas sus pérdidas, todo su sacrificio, todos estos años interminables en el desierto, Obi-Wan Kenobi aún quiere más de la vida. Esto también es otro tipo de valor. Qui-Gon recuerda la vitalidad de la existencia mortal con cariño, pero como algo muy lejano.

Al menos tiene algo mejor que ofrecerle a Obi-Wan.

—Gracias, Qui-Gon —dice Obi-Wan—. Como siempre, tu sabiduría me sostiene.

—Como tu Fuerza siempre me sostuvo a mí. —Qui-Gon presiente el regreso del chico mucho antes de que el speeder de Luke aparezca en el horizonte. Obi-Wan tiene que dirigir su atención a otra parte—. Nos reuniremos otra vez pronto, mi padawan.

—Nunca dudaré en llamarte.

Esa no es la clase de reunión a la que Qui-Gon se refiere, pero no tiene caso decirlo. La verdad se revelará a su tiempo. Siempre lo hace.

Qui-Gon permite que su conciencia se disperse desde este lugar, hasta que Obi-Wan vuelve a formar parte de esa sinfonía de vida que lo rodea. Las madrigueras de serpiente en lo profundo de las dunas. Los insectos que tejen sus redes entre la arena. La luz del sol los impregna a todos de calor hasta que Qui-Gon puede soltarse por completo, su cuerpo e incluso su nombre, hasta que vuelve a ser uno con la Fuerza.

Como Obi-Wan aprenderá pronto, la forma más hermosa de maestría es el arte de dejar ir.

# BERU WHITESUN LARS

Meg Cabot



**N**o es que no lo estuviera esperando. El día en que Ben Kenobi puso a ese pequeño bebé en mis brazos fue a la vez el mejor y el peor día de mi vida. El mejor, porque Owen y yo no podíamos tener un hijo propio, y de pronto teníamos uno.

Y el peor porque... pues, sabía que la felicidad nunca duraría.

Y estaba en lo cierto, ¿verdad?

Miren, entiendo, para la mayoría de la gente solo soy Beru, la tía de Luke Skywalker, la anciana que siempre está en la cocina sirviéndoles leche azul a todos. Soy la que no dejaba de fastidiar a Owen, el tío de Luke, para que lo dejara ir a la Academia de una buena vez.

«No puede quedarse aquí para siempre, la mayoría de sus amigos han ido», solía repetirle. «Significa mucho para él».

No era porque yo quisiera que Luke se marchara, sino porque eso era lo que Luke quería. Y yo quería que Luke tuviera lo que él quisiera.

De acuerdo, tal vez una *pequeña* parte de mí esperaba que, si se marchaba, las cosas salieran bien. Tal vez si Owen me hubiera escuchado, los dos estaríamos vivos, visitando a Luke en dondequiera que estuviera, consintiendo a sus hijos o viendo la puesta de los soles gemelos en Tatooine.

Pero supongo que nunca lo sabremos.

Miren, no me quejo. Mi familia ha estado en el negocio de las granjas de humedad por generaciones. Sabía en lo que me estaba metiendo cuando me casé con Owen Lars... o al menos creía saberlo.

¿Quieren saber un secreto? Tenía otras opciones. Tomé un curso de cocina en la escuela y mi profesor me dijo que mi queso de leche azul era el mejor que hubiera probado. ¡Dijo que era como si hubiera nacido para hacer queso de leche azul! Dijo

que podría tener mi propio lugar, una cafetería o incluso un pequeño restaurante en Anchorhead sin problema.

¿Pueden imaginarme a *mí*, Beru Whitesun Lars, con mi propia cafetería?

No les mentiré, lo consideraré en su momento. Especialmente antes de que llegara Luke, cuando Owen y yo descubrimos que nunca podríamos tener hijos propios. Nuestro único recurso era ir con uno de esos droides de fertilidad sofisticados de Mos Eisley. Aunque, considerando cómo era Mos Eisley en esos días, no valía la pena. Oh, por mis estrellas, todo el ruido, la tierra y la violencia, podían dispararte solo por entrar a una cantina. Imaginen tratar de servir mi rico queso de leche azul a la gente en un lugar así.

Gracias a Luke, nunca llegamos a eso.

Aun así, en varias ocasiones me he preguntado si cometí un error. El día en que el viejo Ben Kenobi llegó con el bebé, mi primer instinto fue correr. Tal vez sea una chica de campo que nunca ha salido del planeta, pero hasta yo sé que cuando un jedi llega contigo y te dice: «Tomen, les entrego este bebé», las cosas no acabarán bien. Una parte de mí pensaba: «Beru, escucha a tu profesor. ¡Deja al bebé y ve a hacer aquello para lo cual naciste!».

Pero resulta que cuando alguien pone a un dulce recién nacido en tus brazos, no puedes decir que no, incluso si el bebé es el sobrino de tu esposo, hijo de su hermanastro, que se pasó al Lado Oscuro. Sabes que tal vez las cosas no salgan bien, pero, al igual que con el queso de leche azul, haces lo mejor que puedes con lo que tienes.

Y resultó ser la mejor decisión que hubiera tomado. Luke era un niño muy dulce y alegre. No daba ningún problema. No quiero decir que no fuera travieso, siempre tenía uno que otro raspón, pero no había ni un solo hueso malo en todo su cuerpo, a diferencia de cierta persona que podría mencionar (bien, de acuerdo, lo mencionaré: me refiero a su padre).

Cuando pasas casi cada minuto del día con una persona durante diecinueve años, forzándolo a que se termine su leche para que crezca y lavando su ropa, llegas a conocer a esa persona, y, como le dije a Owen, Luke tenía mucho de su padre, pero me refería a las *mejores* partes... y de su madre también, por lo poco que la conocía. Desde que era bebé, sabía que Luke crecería para hacer algo increíble, y no lo digo solo por ser su tía. Simplemente lo sabía.

Y estaba en lo cierto.

Tampoco estoy tratando de quedarme con el crédito de los logros de Luke, aunque es verdad que Owen y yo siempre tratamos de criarlo de la mejor manera. Siempre pensé que era muy triste lo que les había ocurrido a los padres de Luke, y a su abuela también. Estuve ahí en su funeral. Les serví leche azul (y queso) a todos después. Creo que mi profesor estaba equivocado: no nací para hacer queso. Nací para hacer que la gente se sintiera bien cuando todo a su alrededor parecía terrible.

Que, si lo piensan, es lo que todo buen padre, y dueño de una cafetería, debe hacer.

Después de que Luke vino a vivir con nosotros, le dije a Owen: «Vamos a criar a este niño como si fuera nuestro. Nunca tendrá un día de infelicidad, para compensar por todas las cosas terribles que ocurrieron antes de que naciera».

En verdad creo que tuvimos éxito, exceptuando el hecho de que Owen no le permitía a Luke ir a la Academia...

Y, claro, a excepción de lo que nos ocurrió a Owen y a mí aquel día con los stormtroopers. En verdad desearía que Luke no lo hubiera visto.

Aunque, de no haber sido así, nunca se habría marchado con el viejo Ben, conocido a la princesa, destruido la Estrella de la Muerte y salvado la galaxia.

Así que supongo que las cosas salieron bien al final, ¿verdad?

Especialmente ahora, porque hasta este momento, nadie me había dado la oportunidad de contar mi historia.

Así que gracias por eso.

Ahora ve a beber tu leche. Y que la Fuerza te acompañe.

# EL RODIANO SIN SUERTE

Renée Ahdieh



**H**oy sería el día. Greedo lo sabía desde la noche anterior, mientras observaba el atardecer binario en el horizonte brumoso de Tatooine.

Después de muchos largos años, finalmente la justicia se ejercería sobre Han Solo.

El cazador de recompensas rodiano sintió que algo se encendía y se quemaba en lo profundo de su pecho. Una satisfacción que le había sido negada desde hacía largo tiempo. Hoy, Greedo planeaba poner a esa arrogante escoria corelliana de vuelta en la fosa séptica a la que pertenecía.

Sus ojos oscuros se entrecerraron ante una ráfaga ondeante de arena mientras avanzaba por las calles sinuosas de Mos Eisley hacia una cantina conocida. Una sonrisa casi logra curvar sus labios verdes cuando la entrada en forma de arco apareció. Para su suerte, su presa había sido vista el día anterior buscando hacer negocios en el mismísimo lugar en el que Greedo siempre hacía los suyos. Desde luego, ambas clases de tratos diferían enormemente. El corelliano cobarde no era más que un contrabandista cualquiera, mientras que Greedo hacía negocios con la vida de la gente. Incluso había empezado a tomar recompensas del señor del crimen más grande del Borde Exterior, y todos sabían que Jabba el Hutt era muy particular cuando se trataba de sus asociaciones. A excepción del cobarde de Han Solo, desde luego.

Greedo hizo un gesto de desdén al grupo de jawas encapuchados que estaban agachados afuera de la puerta de la cantina. Jamás entendería qué era lo que Uncelta había encontrado tan atractivo en Solo años atrás. El contrabandista siempre había sido una pobre excusa de hombre, mientras que Uncelta siempre había sido todo lo que Greedo apreciaba en una mujer.



Qué desperdicio.

Haciendo a un lado de una patada al jawa más cercano, Greedo caminó a zancas por la entrada, evitando hacer contacto visual con alguno de los presentes. Fijó la mirada en el bar que se encontraba en el empolvado centro de la Cantina de Chalmun. Afortunadamente, la banda estaba tocando una música menos nociva que la de costumbre. Su tolerancia a esos bith en particular tenía un límite, especialmente sin el consuelo de varias bebidas en su estómago.

Aun así, era un fondo adecuado. La sintonía discordante de Figrin D'an y los Modal Nodes solía ir acompañada de alguna riña ocasional. Desde que recordaba, el puerto espacial de Mos Eisley había sido un faro para el arte del bajo mundo. Era el mismo bajo mundo de la niñez de Greedo, cuando había sido traído desde Rodia para vivir en Tatooine. Por suerte para él, su presa había decidido establecer su residencia temporal en uno de los planetas de Greedo.

Hoy sería el día.

Greedo se sentó en el bar y, con un gesto, le pidió una bebida al despectivo cantinero. Se quedó viendo cómo brillaban débilmente los tubos de plata y latón por encima de él y bajo los remolinos de humo provenientes de los narguiles.

El vaso de rojo corelliano giraba entre sus manos mientras esperaba a su presa en silencio. Después de tomarse tres de estas bebidas, su atención se enfocó en la llegada de un altísimo wookiee. Ya que Chalmun, el abastecedor del lugar, también era un wookiee, no era raro ver a estas bestias grandulonas por estos lugares. Sin embargo, este wookiee en particular llamó la atención de Greedo. Sus largos dedos verdes apretaron su vaso.

De reojo, Greedo observó que el wookiee empezaba a hacer sus rondas. Observó y esperó.

—¡Oye! —gritó el cantinero señalando por encima del hombro de Greedo; su rostro ya de por sí desdeñoso se contorsionó con irritación—. ¡No les servimos a los de su tipo aquí!

Greedo volteó detrás de él para ver a un chico de ojos muy abiertos con dos droides detrás de él. El chico se veía justo como la clase de tonto que no sabía de la vida y posiblemente moriría por ello antes de tiempo. ¿Por qué alguien traería droides para que ocuparan el espacio de clientes vivos que respiraban y bebían? Greedo no podía entender.

—¿Qué? —preguntó el chico, abriendo incluso más sus ridículos ojos.

El cantinero se lo dejó muy claro.

—Tus droides... tendrán que esperar afuera.

Bajando los hombros, el chico le murmuró algo ininteligible a sus droides. El tonto tendría suerte si sobrevivía lo suficiente para tomar otra bebida en la Cantina de Chalmun, ya ni se diga de su vida en general.

Piltrafa de bantha sin procesar.

Refunfuñando para sí, Greedo volteó nuevamente al bar y siguió ignorando el parloteo sin sentido de aquellos sentados cerca de él mientras la banda cambiaba de melodía. Su mirada se detuvo en una atractiva y joven criatura sentada del otro lado, con unos ojos que brillaban como el cañón de un bláster recién pulido.

Unos ojos iguales a los de Uncelta.

Maldita fuera por haber sido tan tonta como el chico de los droides.

Greedo la habría amado como ella merecía ser amada. No habría coqueteado con ella para pasar el rato como lo había hecho esa escoria corelliana.

Greedo siguió observando al primer oficial de Solo desde su periferia, esperando su momento. Si era paciente, el wookiee llevaría a la presa de Greedo directo a sus garras, y a la justicia que lo esperaba desde hacía mucho tiempo. Sus reflexiones se vieron interrumpidas por voces elevadas. El mismo chico torpe se había involucrado en el inicio de un altercado exactamente con el tipo de criatura que lo llevaría a su inevitable fin. Viéndolo bien, ¿qué clase de camisa traía el chico? ¿Qué clase de simplón viste de blanco en un puerto espacial tan sucio como Mos Eisley? Como era de esperarse, el chico salió volando hacia una mesa a la primera señal de una palabra de enfado. Distráido por la conmoción que siguió, Greedo se dio la vuelta a tiempo para ver que un hombre viejo en una peculiar túnica sacaba un arma de la que él solo había escuchado de pasada pero que nunca había visto en persona: un antiguo sable hecho de una punzante luz azul. El arma rugió por los aires, y el brazo cortado del investigador golpeó el piso casi en el mismo respiro.

En medio de los gritos entrecortados, Greedo se rio solo. Sin el menor estremecimiento, los bith siguieron tocando su música sin melodía.

Después de todo, ese tipo de disturbios no eran para nada inusuales en un lugar como la Cantina de Chalmun. De hecho, si el proveedor del establecimiento hubiera estado presente, sin duda habría disfrutado del espectáculo. Los wookiees tenían la reputación de disfrutar de un buen desmembramiento tanto como cualquier rodiano.

Al pensar en eso, Greedo estiró su cuello más cerca del particular wookiee que había visto antes. El enorme desconocido cubierto de piel se había acercado al bar y ahora se encontraba en medio de una murmurante conversación con el viejo que poseía el sable destellante.

Greedo permaneció encorvado y alerta mientras el wookiee señalaba a alguien que merodeaba por los rincones más oscuros de la cantina. Su estómago se apretó en una espiral de nudos.

Solo estaba en su camino.

Un momento después, el altanero cobarde se dirigió hacia una mesa a la izquierda del bar y empezó a platicar con el viejo del sable y el chico tonto.

El nudo en el estómago de Greedo se volvió un revoltijo. La anticipación ardía por todo su cuerpo, mezclándose con esa misma satisfacción como una flama encendida.

Hoy sería el día.

Greedo se hundió más en su taburete y siguió esperando su momento, su oportunidad.

Se mantuvo en silencio y quieto mientras un contingente de tropas imperiales se formaba frente al bar, atraídos por la conmoción de hacía un rato. El cantinero les indicó con gusto el lugar donde se encontraban el chico tonto y su viejo guardaespaldas, quienes se agacharon rápidamente para evitar ser vistos. La ira de Greedo se disparó. Si los stormtroopers pensaban detener a Solo, perdería su oportunidad. Por un momento, pensó en confrontarlo de una vez por todas, sin preocuparse por la presencia de los lacayos imperiales, pero era demasiado arriesgado. Y Greedo no podía arriesgarse a la posibilidad adicional de despertar la ira de Jabba.

Si Greedo decidía actuar sin precaución, podría perder la oportunidad de ver a su enemigo al rostro y experimentar la satisfacción suprema de ver cómo Solo se retorció de miedo, como el cobarde que era.

Greedo se levantó del bar y se movió entre las sombras más cerca del nicho en el que Solo estaba sentado con su primer oficial, sonriendo como si no tuviera ni una preocupación en toda la galaxia.

Un suspiro de alivio pasó por los labios de Greedo cuando los stormtroopers pasaron junto a la mesa y siguieron su camino.

Tan pronto como el wookiee se marchó y Solo se levantó de la mesa, Greedo se puso en acción y sacó el bláster de su pistolera. No perdería esta oportunidad.

Hoy sería el día.

—¿Vas a alguna parte, Solo? —dijo en huttés mientras empujaba el cañón del bláster en el chaleco de Solo.

—Sí, Greedo, de hecho, justo iba a ver a tu jefe. —El cobarde retrocedió, empujado hacia el mismo nicho, con las manos alzadas como si tratara de transmitir un deseo de paz—. Dile a Jabba que tengo su dinero. —Se sentó en la mesa.

—Es demasiado tarde —dijo Greedo mientras se sentaba frente a Solo. Una linterna blanca brillaba frente a él, bañando el aire entre ellos de una fría luz.

Solo se encorvó en el respaldo del banco, con una entretenida sonrisa a medias que empezó a curvarse de un lado de su rostro.

La furia explotó en el pecho de Greedo.

—Debiste haberle pagado cuando tuviste la oportunidad. Jabba ha puesto un precio tan alto a tu cabeza que todos los cazarrecompensas de la galaxia estarán buscándote. Tengo suerte de haberte encontrado primero. —Se rio en voz baja. Tal vez la suerte no había tenido nada que ver. Había sido su paciencia. Su intuición. Su odio.

Tal vez si Uncelta pudiera verlos ahora no habría cometido el mismo error de muchos años atrás.

El odio llenaba el hueco que había en el corazón de Greedo.

Al ver a Solo subiendo una de sus piernas con botas a la mesa y sonriendo con casual arrogancia, la ira creciente de Greedo solo se acentuó.

La sombra de un ceño fruncido apareció en el rostro de Solo, pero se fue casi en el mismo instante.

—Sí, pero esta vez tengo el dinero. —Agitó su mano izquierda por el aire, una vez más, la imagen de la suprema arrogancia.

—Si me lo das, tal vez olvide que te encontré. —¿Olvidar? Greedo jamás podría olvidar, pero con gusto tomaría el dinero de esa escoria antes de entregárselo a Jabba.

O tal vez dispararía y le haría un hoyo al pecho de Solo, al igual que Uncelta se lo había hecho a él.

Solo hizo una mueca de irritación.

—No lo tengo aquí conmigo. —Volteó a ver por encima de su hombro y empezó a jugar con sus dedos sobre la áspera pared a sus espaldas, como si jugara con algo que solo él podía ver, su cabeza recargada contra la brillante moldura por encima de la banca—. Dile a Jabba...

—Jabba ya ha tenido suficiente de ti. —Una irritación inconfundible acompañaba las palabras de Greedo—. No tiene tiempo para contrabandistas que dejan sus cargamentos al primer avistamiento de un crucero imperial.

—Incluso a mí me han abordado de vez en cuando. —Su réplica fue cortante—. ¿Crees que tuve opción?

—Puedes decirle eso a Jabba. Tal vez solo te quite tu nave. —Los dedos de Greedo acariciaron el gatillo de su bláster.

La mano izquierda de Solo cayó de la pared.

—Sobre mi cadáver. —Cualquier rastro persistente de diversión que quedaba desapareció de sus ojos cuando una sombra descendió sobre sus rasgos.

—Esa es la idea. —Un aire de triunfo se extendió por el cuerpo de Greedo mientras la satisfacción que había sentido comenzaba a asentarse de nuevo—. He estado esperando esto por mucho tiempo. —Sonrió y la paz que sintió llenó el aire a su alrededor con una extraña dulzura. Por fin, la venganza sería suya. Viviría para ver cómo Jabba le quitaba a Han Solo la única cosa que el cobarde apreciaba. Y sería glorioso.

—Sí, lo imagino. —Solo volteó hacia un lado, como pensando en algo.

Lo último que vio el rodiano sin suerte fue un destello de luz brillante.

Su último recuerdo fue el de la amarga injusticia.

# POR NADA

Mur Lafferty



Extracto de *La dama tiene un jacimer: Mi vida como un Modal Node. Memorias*, por Ickabel G'Ont

## CAPÍTULO 3: NO POR NADA

**T**atooine es el peor lugar de la galaxia para los bith.

Cuando tu piel es blanca como la leche, con un ligero tono de rosa, tus ojos no tienen pupilas y además son incapaces de producir lágrimas, un planeta con dos soles y con un calor infernal y arena volando por todas partes es prácticamente como estar en una cárcel perpetua.

Cuando Figrin D'an y, por ende, los Modal Nodes consiguieron trabajo en ese planeta, todos protestamos.

—¡Nuestra piel hervirá sobre nuestros cráneos! —dijo Tech M'or.

—¿Y si se nos llenan los ojos de arena, D'an? —pregunté. Tengo mejor vista que cualquier otro integrante de la banda, pero eso también hace que mis ojos sean vulnerables a los irritantes—. ¿Qué tan bien podremos tocar si tenemos que estar limpiándonos los ojos constantemente? ¿Siquiera tienen con qué limpiarse los ojos en Tatooine?

Entonces llegó la primera mentira.

—Estamos invitados para tocar en el palacio del rey de Tatooine. Estoy seguro de que su palacio contará con todas las amenidades que necesitamos.

Lo que no dijo fue que el rey era un Hutt, una especie reconocida por su suciedad y nula hospitalidad.

Después dijo la segunda mentira.

—Solo estaremos ahí una semana estándar, como máximo.

Estuvimos ahí un año entero.

La tercera mentira fue la mejor.

—La paga es increíble.

Si yo hubiera estado en los zapatos de D'an le hubiera dicho esto al grupo:

—Tengo malas noticias: le debo mucho dinero a un Hutt y los he reclutado a todos ustedes como trabajadores sin paga en una de las axilas más arenosas de la galaxia. Cuando saldemos la deuda, tendremos que conseguir más trabajos ahí para poder escapar del planeta. Trabajar para el Hutt será la peor experiencia de sus vidas.

Cuando supimos la verdad, dejamos de hablarle por varias semanas. Tocamos para Jabba y sus acompañantes en su palacio. Aunque nunca estuvimos seguros de si eran sus acompañantes, visitantes o prisioneros.

Llevarle *palacio* a ese lugar era un gran favor. He visto palacios, he tocado para reyes y aquello no era un palacio.

Después de unos meses, por fin aceptamos que esa había sido nuestra suerte en la vida, la única buena noticia era que seguíamos siendo los Modal Nodes y tocábamos la mejor música de la galaxia. Aunque fuera para un gusano criminal, sus lacayos y esclavos, aquello me recordó a nuestros inicios como grupo, cuando aceptábamos cualquier trabajo que nos ofrecían.

Además, siempre estábamos atentos, nunca sabes qué tipo de chismes puedes escuchar en un lugar así. Vimos a varias personas sonsacar, engatusar y hacer tratos con Jabba. Una característica de los bith que otras especies no conocen es nuestra habilidad para separar los sonidos que nos rodean. Eso es lo que nos hace tan buenos músicos, podemos escuchar cada instrumento por separado o al mismo tiempo y así asegurarnos de que todos estemos en la misma nota.

También podemos escuchar conversaciones que otras especies ni siquiera imaginarían. Así que, mientras tocábamos, escuchábamos también las pláticas de Jabba y él no lo sabía. Conocimos y aprendimos a odiar a muchos de los habitantes de ese planeta. Una de las personas a las que más odiaba ver era a Greedo, un cazarrecompensas rodiano. Él fue quien encontró a Figrin D'an y lo entregó a Jabba. No sabíamos que la cabeza de D'an tenía precio; son de esas cosas que el líder de tu grupo prefiere no decirte.

D'an me pidió que prestara especial atención a Greedo para tratar de encontrar algo que pudiéramos usar en su contra. Entonces señalé la cubeta llena de arena en la que me limpiaba los ojos todas las noches y le dije que podríamos usarla contra él, a lo que respondió que dejara de quejarme. Algo muy osado de su parte, siendo que por su culpa estábamos en esa situación, pero D'an nunca fue un buen apostador.

Así que me dediqué a vigilar a Greedo. Normalmente llevaba a criminales insignificantes que le debían dinero a Jabba; recibía una palmada en la espalda, unos cuantos créditos y se iba con la cabeza en alto. Mantuve la cuenta de cuánto dinero le

pedía a Jabba, el dinero que recibía y que a veces les entregaba a los prisioneros un bláster o las llaves de su celda para que escaparan y después poder entregarlos de nuevo. Vi que llevó y ayudó a escapar a un pobre jawa tres veces.

Cuando por fin cumplimos con nuestra deuda, Jabba dobló el precio que D'an le debía inicialmente. Pero nosotros lo anticipamos, por lo que D'an hizo una contraoferta ofreciéndole información en vez de créditos. En ese momento delatamos a Greedo. Jabba estaba furioso con el cazarrecompensas, y nos dejó ir...

... En medio del desierto, como era de esperarse. Pero cuando un gusano gigante rodeado de varios guardias armados te libera en el desierto, agradeces tu libertad con mucha amabilidad y empiezas a caminar. Esperábamos que nos liberara en la noche para evitar el sol, pero honestamente yo pensé que nunca nos dejaría ir. Así que... Gracias, Jabba. Te compraré una taza de baba la próxima vez que te vea.

*[Nota del editor: Tiempo después de que se escribieron estas memorias, Jabba el Hutt fue asesinado por un desconocido en su palacio. Ya no se le pueden dar las gracias a Jabba el Hutt. De cualquier manera, el autor pidió que dejáramos esta súplica en el texto].*

Llegamos a Mos Eisley poco después del amanecer. Justo a tiempo, porque mis manos estaban adquiriendo un color rosa y mis ojos me ardían como nunca. Encontramos un lugar en el cual quedarnos en lo que D'an, como buen líder, fue a buscarnos trabajo. Tech fue con él para asegurarse de que D'an no apostara nuestra libertad a cambio de unos cuantos créditos.

Creo que en este momento debo responder a la pregunta que seguramente te has hecho muchas veces ya: ¿por qué nos quedamos con D'an? Nos volvió esclavos de un Hutt, nos dejó a nuestro destino en un planeta completamente opuesto a Bith y además apuesta como un tío borracho con pésima suerte.

La razón es bastante obvia: Figrin D'an es el mejor compositor y líder musical que puedes encontrar de este lado de la galaxia. Sabíamos que, si lo abandonábamos, no encontraríamos a alguien más como él. Es difícil apreciarlo cuando te están esposando o sientes que la arena irrita tus ojos; pero cuando tocamos juntos es lo mejor del mundo.

Encontramos dos cuartos baratos en los que podíamos quedarnos los ocho y decidimos lanzar unos dados para ver a quién le tocaría barrer, quién debía cubrir las ventanas y a quién le tocaba descansar después del terrorífico viaje que tuvimos. A mí me tocaron las ventanas, por lo que desenrollé un pedazo de tela negra que nos protegiera del resplandor. Mientras lo hacía, vi que una nariz verde encapuchada corría por la calle.

Oh, oh.

Aseguré la tela y le pregunté a los demás si sabían a dónde habían ido D'an y Tech, todos se encogieron de hombros. Así que tomé mi manto, salí del cuarto y me adentré al calor de Tatooine.

Ya que habíamos tenido la oportunidad de descansar y de tomar un poco de agua menos sucia, pude ver con mayor claridad el pueblo que ahora habitábamos. Era, bueno... era mejor que el palacio de Jabba, pero eso no era decir mucho. Árido, arenoso, olvidado y nadie volteaba a verte a los ojos.

Además, algunos stormtroopers patrullaban las calles. Uno de ellos me detuvo poniendo una mano sobre mi hombro.

—Estamos buscando a dos droides.

—No he visto nada —respondí de inmediato, pero entonces me di cuenta de que tenía frente a mí una oportunidad—. Al menos no aquí, pero acabo de pasar un tiempo en el palacio de Jabba el Hutt y estoy casi seguro de que recientemente llegaron al menos dos droides nuevos.

—¿Cómo se veían? —preguntó.

—Mmm, uno era verde, ¿o tal vez azul? —respondí, adivinando.

Se quedó parado por un momento y, aunque no pude ver su rostro, parecía incrédulo al mismo tiempo que reacio. Un trooper con una hombrera naranja se acercó a él.

—¿Qué descubriste?

—Dice que vio un droide como el que buscamos en el domicilio del Hutt —dijo su compañero, como si no quisiera confesarlo.

—Revísenlo —ordenó y se fue.

El trooper que quedó frente a mí no me quitaba los ojos de encima y podía sentir su odio.

—Buena suerte —dije y me alejé del lugar. Mientras todo eso pasaba no dejé que Greedo se perdiera entre las calles. Quería encontrar a D'an y sabía que estaba intentando encontrarnos trabajo, por lo que probablemente sería fácil hallarlo en bares y lugares para bailar.

Mos Eisley no era el tipo de lugar en el que encontrarías muchos salones de baile, pero sí era un lugar lleno de cantinas. Le pregunté a una mujer por la cantina más cercana y señaló un lugar a pocos metros de donde estábamos. Afortunadamente Greedo ya había pasado por ahí, así que entré.

D'an y Tech estaban ahí, hablando con un enorme wookiee. Un rodiano molesto, más alto y de tez más oscura que Greedo guardó una flauta enojado. Empujó a D'an y gritó que nadie despedía a Doda Bodonawieedo. D'an no mejoró las cosas al gritarle que Chalmun acababa de despedir a Doda Bodonawieedo.

—Ickabel, este es Chalmun, dueño de... —dijo al verme.

—... la cantina de Chalmun, lo entiendo —lo interrumpí—. ¿Podemos hablar un segundo?

D'an le pidió a Tech que hablara conmigo mientras él platicaba con nuestro nuevo jefe.

—Es un basurero, ¿no lo crees? —preguntó Tech viendo la cantina.



—Es mejor que estar con Jabba —respondí, pero después continué con lo que más me importaba—. Hablando de eso, acabo de ver a Greedo afuera, si nos encuentra podríamos tener un gran problema.

—El wookiee dice que viene todo el tiempo —contestó Tech, sonriendo—. Pero este es el lugar más seguro del planeta. —Señaló varios letreros en las paredes que describían las reglas de la cantina.

Leí las reglas lentamente y después golpeé a Tech en la cabeza.

—Eso dice «Aplaudan a la banda», no «No ataque a la banda bajo ninguna circunstancia», ¡eso no garantiza nuestra seguridad!

—Oh. Tienes razón —dijo volteando a ver a D'an, que ya estaba firmando el contrato—. Bueno, al menos esta vez no nos está convirtiendo en esclavos.

—Empezamos en una hora —dijo D'an sonriendo—. Trae al resto de la banda.

—Sabes que Greedo es un cliente habitual de este lugar, ¿verdad? Y no está nada contento de que lo hayas delatado con Jabba.

—¡Tenemos a un wookiee de nuestro lado! ¿Qué podría salir mal?

\* \* \*

La cantina de Chalmun era mejor que el palacio de Jabba. Eso era quizá lo único bueno que podíamos decir del lugar.

Cuando las cosas salen mal puedes intentar analizar los desafíos que tienes delante de ti. Hemos tocado en ceremonias de premios al aire libre, con el viento en contra, en medio de una tormenta y también para gobernantes cuya idea de diversión es azotar a sus prisioneros y dárselos de comer a los rancors. Ese último fue Jabba, por si no lo habían adivinado.

En la cantina nos mandaron a una pequeña tarima en una esquina y ahí tocamos amontonados las furiosas melodías de D'an. El escenario era diminuto y a los clientes parecía no importarles que estuviéramos ahí, pero esos son los desafíos que siempre espero con ansias. Sin embargo, no sabía lo que estaba por suceder esa misma tarde.

Primero, Chalmun, el wookiee que nos salvaría de Greedo, se fue a casa. Dijo que no estaba siempre en la cantina, pues necesitaba descansar. Prometió que Wuher nos protegería, pero por la manera en la que nos veía el cantinero, lo dudé seriamente. Así que, mientras tocábamos, nunca despegué los ojos de la entrada.

Con el paso de las horas más y más personajes desagradables llenaron la cantina. Pero debía reconocer el buen trabajo de Wuher, cuando las personas empezaban a pelearse, los detenía de inmediato. Una pelea inició cerca de nosotros, un cliente lanzó a otro hacia el escenario y, como no había lugar para movernos, tuvimos que dejar de tocar para que no nos golpeará. D'an estaba furioso y le pidió ayuda a Wuher. El cantinero sacó a los dos borrachos de la cantina, pero nos lanzó una mirada enojada.

—No dejen de tocar por nada, ¿lo entienden?

D'an asintió. Lo entendimos y volvimos a tocar la misma canción en el punto en el que nos habíamos quedado.

Las personas en este tipo de lugares se parecen mucho: todos están mugrosos y parecen sospechosos, como si estuvieran ocultando algo. Era fácil ubicar a los forasteros porque se veían como... bueno, como biths en Tatooine. Así que cuando dos humanos entraron al bar y se veían más fuera de lugar que nosotros, llamaron mi atención. Wuher les gritó que dejaran a sus droides afuera; tenían un droide de protocolo dorado y un astromecánico azul. Después volteé a ver a D'an, pero recordé la regla: sigue tocando.

Sabía que debía decirles a los stormtroopers sobre los droides cuando tomáramos un descanso. Quizás ofrecían una recompensa que nos ayudara a salir de ese maldito planeta. Le rogué a D'an con la mirada que nos consiguiera un descanso, pero me ignoró.

Era obvio que esos droides eran los que buscaban, pero ¿por qué no los habían visto los stormtroopers en la calle? Era algo curioso, pero sabía que esos dos humanos tramaban algo, a pesar de que actuaban con inocencia. Esa misma inocencia los hacía sobresalir de la multitud. Irónicamente se volvieron como los demás clientes cuando un enorme hombre los molestó y el humano más barbudo le cortó el brazo con un sable láser.

El brazo humeaba en el suelo mientras su dueño gritaba. Dejamos de tocar, como era de esperarse, pero Wuher nos lanzó una mirada y seguimos tocando. ¿Se suponía que debíamos seguir tocando mientras alguien perdía sus extremidades? Y yo que pensaba que ese lugar era mejor que el palacio de Jabba. Di lo que quieras del gusano, pero a él no le molestaba que nos detuviéramos cuando mataba a alguien.

Un gran itoriano se levantó de su asiento y se acercó al bar; casi me tragué la lengüeta de mi jocimer cuando vi a Greedo. No sabía cuánto tiempo había estado escondido detrás del itoriano. Greedo nos vio fijamente y aunque me equivoqué en una nota o dos, nunca dejamos de tocar. «Por nada», había dicho Wuher. No por un brazo cortado y definitivamente tampoco por un cazarrecompensas enojado. Greedo se acercó al bar y pidió un trago, después volteó a vernos, fijamente y sin parpadear.

D'an nos dio la instrucción de tocar una nueva canción, rápida y pegajosa, y así lo hicimos, ignorando a Greedo. Nos veía, impaciente, con el dedo en el gatillo de su bláster.

Podíamos renunciar si nuestras vidas estaban en peligro, ¿verdad? ¿O acaso era parte de la regla «no dejen de tocar por nada»? No lo sabía, pero estaba muy adentrado en la música hasta que Tech me tocó la espalda. Greedo había empezado a moverse. Mientras caminaba por el bar me pregunté si se tropezaría con el brazo amputado o si alguien lo había limpiado, pero obviamente no pasó nada. Se dirigía hacia nosotros. Traté de llamar la atención de D'an, pero estaba en un trance musical.

A la mitad de la canción, sentí que mi jocimer doble empezaba a desarmarse; D'an no me había dado tiempo suficiente para limpiarlo y, para contrarrestar la arena, lo había aceitado. Estaba en problemas.

Todos tienen una versión diferente de lo que pasó a continuación, pero la mayoría coincide en que fui muy torpe; esto fue lo que realmente pasó: todo lo hice a propósito. Giré mi jocimer en direcciones opuestas con ambas manos y se zafó. Las válvulas y los tubos salieron volando y las uniones circulares y lengüetas vibratoras rodaron hacia Greedo, que avanzaba cada vez más rápido. Antes de alcanzarnos pisó una parte aceitada de mi instrumento y se resbaló.

D'an me lanzó una mirada, enojado, y señaló el desastre que había ocasionado sin dejar de tocar. «No dejes de tocar por nada». Salté del escenario y recogí las piezas de mi instrumento. Greedo seguía en el suelo, sobándose la cabeza, y yo no despegué la mirada de su bláster. Corrí al otro lado de la tarima para ensamblar mi instrumento.

Los demás clientes se burlaban de Greedo y, cuando por fin se puso de pie, estaba más verde y enojado que nunca. Volteó a verme fijamente y después algo lo distrajo. Su rostro cambió, se relajó e incluso sonrió, si es que su especie tiene la capacidad de sonreír. Se dio la vuelta y se olvidó de nosotros sin siquiera voltear a vernos. ¿Qué lo había emocionado tanto?

Vi que se dirigía hacia otro humano acompañado de un wookiee que platicaba con Wuher. Debía de ser alguien que deseara más que a nosotros; la cabeza del humano seguramente tenía un precio muy alto o al menos Greedo lo odiaba más que a nosotros. Subí de nuevo a la tarima y empecé a tocar una canción aún más rápida, una de las favoritas de D'an. Todos parecían estar más relajados ahora que Greedo estaba distraído.

Aún no creen que lo hice a propósito.

Entonces empecé a pensar de nuevo en los droides y en si podrían valer una buena recompensa. D'an no nos daría un descanso mientras el cazarrecompensas estuviera cerca, así que debía decirles a los stormtroopers cuando Greedo se fuera.

El humano acompañado del wookiee hablaba ahora con los otros dos humanos, los dueños de los droides. Entonces, todos se levantaron de la mesa, todos menos el hombre que había llamado la atención de Greedo. El rodiano se sentó frente a él justo cuando el humano se levantó pero, con su bláster, Greedo lo obligó a sentarse de nuevo.

El ritmo cambió y tuve que voltear a ver a D'an por un momento, entonces, una luz resplandeció y Greedo cayó sobre la mesa frente al humano. No suelo ver a muchos humanos, pero estaba seguro de que sus expresiones faciales suelen decir más de lo que este hombre mostraba. Los demás clientes voltearon a verlos, alarmados, y Wuher parecía listo para dispararle al hombre, pero este le aventó unos créditos y salió.

Aunque queríamos festejar, seguimos tocando. No nos detuvimos por nada. Nos habían salvado. Jabba nos había puesto en libertad. Greedo estaba muerto. Nuestra

botella de propinas se estaba llenando y, por primera vez en mucho tiempo, pensé que las cosas estaban a punto de mejorar.

Mientras tocábamos otra de las nuevas canciones de D'an (me cuesta admitir lo que voy a decir, pero nuestro tiempo en cautiverio lo había inspirado), pensé en los droides y en los stormtroopers que los buscaban. Pensé en la recompensa, pero entonces decidí que, si un humano podía hacernos un favor sin siquiera conocernos, nosotros podíamos hacerles un favor a los otros dos humanos y no reportarlos. Estábamos a salvo y podíamos seguir tocando.

Eso era justo lo que siempre habíamos querido. Tocar sin parar. Por nada.

# NO SERVIMOS A LOS DE SU TIPO

Chuck Wendig



**C**omo si el día no fuera lo suficientemente malo, el maldito detector de droides otra vez no funcionaba, ya que quienes acababan de entrar por la puerta principal eran un par de malditos droides. Un droide de protocolo viejo, desgastado y lleno de arena, y el otro un astromecánico azul. De seguro ambos habían sido vendidos por los jawas y, por ende, estaban lejos de estar en óptimas condiciones. Un par de botes de basura andantes que solo destruirían la cantina, como todos los demás. Los droides no tienen corazón. No tienen alma. Y en ese momento estaban entrando a su cantina.

Eran malas noticias en un día que de por sí no había empezado bien. Como un escupitajo globba sobre un helado de poodoo.

Wuher, el cantinero de Mos Eisley, empezó ese día como siempre: despertó antes de que los dos soles salieran, apenas había podido dormir por los sueños que siempre lo atormentaban, desayunó una zucca salada y gusanos de arena molidos antes de subir a la cantina. Encendió todas las luces y máquinas. Ahí comenzaron las malas noticias, se estaban quedando sin algo que tranquilizara a los clientes en ese caluroso y moribundo planeta, no había gar-slurry, jugo fistula, ningún tipo de licor que los gamorreanos suelen fermentar. Wuher jaló el brazo telescópico debajo de la barra y lo desbloqueó para acceder al datapad pero, como era de esperarse, eso tampoco funcionaba, así que tuvo que soplarle varias veces y darle unos golpes, pero solo

logró ver unos cuantos pixeles muertos. Eso significaba que no podía ver el calendario de entregas.

Estaba casi seguro de que su contacto, Bims Torka, debía haber hecho una entrega el día anterior. Incluso un día antes. Torka debía llevarle lo de siempre, además de un poco de néctar knockback de Jakku, una de las bebidas más asquerosas que podrías tomar; era prácticamente gasolina de alto octanaje, la gente se ponía muy mal cuando tomaba eso. Wuher sabía muy bien que lo que hacía, detrás de la barra, no era un arte. Cualquier cabeza hueca podría hacerlo, pero para hacerlo bien debías saber un par de cosas, y una de esas era que no querías que tus clientes se emborracharan demasiado rápido. Si eso pasaba, no volverían a consumir en toda la noche, empezarían a pelear y, peor aún, a vomitar. Aun así, había clientes que lo pedían y él les cobraba extra.

Pero ahora no tenía nada, nada de nada. Lo único que tenía eran dregs, que le comprarían, pero no les gustaría a los clientes. Así que se quejarían toda la noche, y él no quería escucharlos, ¿acaso tenía que ser su enfermera? ¿O debía ser como una madre que consuela a sus bebés?

Animales. Quejumbrosos animales.

Al final no tenía más opciones, así que apretó los botones que levantarían las rejas. Eso tampoco funcionó, tuvo que ir con una llave y darle tres buenos golpes, ¡BONG!, ¡BONG!, ¡BONG!, lo que la hizo servir de nuevo. Los candados sisearon y la puerta se abrió.

En poco tiempo el lugar estaba lleno de viajeros espaciales, comerciantes, piratas y contrabandistas. Alrededor de la cantina deambulaban cabezas cenizas, perros espaciales, drogadictos y mecánicos. Lo de siempre, pero ningún droide. Nunca droides.

Más tarde tocaban los Modal Nodes y, a decir verdad, eran buenos tipos para ser bits, aunque, siendo honestos, eran muy raros; aun así, él odiaba su música, le sonaba a puro ruido.

Pero eso no era novedad, todo le sonaba ruidoso a Wuher.

El hombre que acababa de entrar a la cantina era aún peor que los Nodes: Solo, el contrabandista, y su copiloto, una alfombra caminante. Wuher no sabía de dónde venían los wookiees, creía que eran una especie esclavizada, pero este no le parecía un esclavo. El único otro wookiee que conocía era el dueño de la cantina, Chalmun, quien tampoco era un esclavo; eso en realidad no le molestaba a Wuher, nadie tenía por qué ser un esclavo. La esclavitud era parte de la vida diaria del planeta por culpa de los Hutts y ahora, gracias al Imperio, se había expandido a toda la galaxia. Pero él no sería parte de eso. Claro que si compraba un esclavo o dos, tendría quién le ayudara; así no estaría solo. A veces Ackmena lo ayudaba por las noches, pero un par de esclavos lo ayudarían mucho durante el día.

Pero no sería correcto. Para nada.

Mientras Wuher servía tragos e ignoraba preguntas, Solo se fue a la esquina más oscura de la cantina. Como si estuviera a punto de dar audiencia. Como si estuviera

esperando algo o a alguien. Su amigo peludo se fue al otro lado de la cantina, lo que le pareció extraño a Wuher; si él tuviera un guardaespaldas así, con una ballesta, nunca dejaría que se apartara de él. Aquel monstruo parecía capaz de arrancarte la cabeza con un golpe. Solo también se veía rudo, pero no tan rudo como el wookiee.

Además, según lo que Wuher había escuchado, la cabeza de Solo tenía precio. Y no era cualquier recompensa: le debía dinero a un Hutt. Al Hutt de esta zona: Jabba. Esa es una frase que deberías tener colgada en tu pared: «Nunca le debes nada a Jabba el Hutt».

Pero ahí estaba Solo, sentado, con una deuda pendiente y a solas, y el wookiee no estaba a su lado.

Entonces, uno de los bichos raros del otro lado de la cantina, un tipo llamado Jerriko, dejó de fumar, sopló unos aros de vapor y lo sentenció arrogantemente.

—Vaya. Parece que alguien tendrá problemas hoy.

Inclinó la barbilla para señalar a quien había entrado por la puerta. Era un rodiano. Greedo. Basura cazarrecompensas. A Wuher no le caían bien los cazarrecompensas, le parecía algo similar a la esclavitud: personas que se adueñan de otras personas. Pero no podía negarles la entrada, a menos que fueran droides, por algo tenía un detector instalado en la puerta. Si se corría el rumor de que no les servía a los cazarrecompensas, empezaría a tener una mala reputación. Y si quieres mantener tu negocio abierto en este planeta, no quieres tener una mala reputación.

Greedo entró, volteó a ver a los demás clientes y se sentó. El rodiano vio a Solo, pero Solo fingió no haberlo visto. Justo en ese momento Wuher supo que pronto tendría que limpiar un gran desastre. Le habían tendido una trampa a Solo. O tal vez a Greedo. Pronto Wuher y el resto de los clientes lo descubrirían.

Entonces... ¡entonces!, vio que el loco murciélago lunar se sentó, se hacía llamar Roofoo y hoy tenía un amigo, un triste aqualish que Roofoo presentó con su ronca voz.

—¡Oye, tú! Este es mi amigo Sawkee. ¡Él toma gratis!

—Nadie toma gratis —respondió Wuher.

Pero Roofoo siguió hablando como si no hubiera escuchado la respuesta del cantinero.

—Ese rodiano que echaste de aquí. Yo también pude haberlo hecho. ¡Pude haberlo matado!

—Seguro que sí —se quejó Wuher. A ese tipo le gustaba alardear demasiado.

—¡Podría matar a cualquiera de aquí!

—Ajá. ¿Vas a ordenar algo?

Roofoo ordenó un par de fizzers negros para él y su amigo aqualish y Wuher se los entregó rápidamente antes de ir al otro lado de la barra a tomar más pedidos. Entonces alguien le siseó, el fumador, Jerriko.

—¿Qué? —gritó Wuher. Ya había atendido al hombre y según lo que solía decirle Wuher a sus clientes, «si ya tienes tu bebida, no me necesitas para nada». Pero aun

así siempre le hablaban, siempre había alguien que quería quejarse o contarle sobre su día.

—Ese hombre de allá. El que tiene el ojo malo... y el resto del rostro.

—Sí, Roofoo.

—Ese no es su nombre. Es un asesino. Alguna vez fue un cirujano y su nombre era doctor Cornelius Evazan. Ten cuidado con él. Y también con su acompañante, el aqualish, Ponda Baba.

—Ajá.

—Lo conocí en un banquete —explicó Jerricko apretando los labios. El hombre era un sabelotodo—. Seguramente no me recuerda. Era diferente entonces, era menos... desquiciado. Pero incluso entonces era un asesino. —Entonces Jerricko se acercó al cantinero—. Podría deshacerme de él antes de que te cause algún problema, porque te puedo asegurar que causará problemas.

—Me vale una taza de excremento de jerba caliente lo que hagas, lo que él haga o lo que cualquiera de ustedes haga. Yo solo sirvo las bebidas y me pagan por eso.

—Sí, te entiendo —respondió Jerricko con una ligera sonrisa, pero por la forma en la que lo veía parecía que había escuchado otra cosa.

Jerricko empezó a acercarse a Evazan y entonces Wuher lo presintió. Como si todo en su cabeza estuviera a punto de explotar. Tenía calor, estaba sudando y eso era demasiado, ya que en un lugar tan seco como ese nunca sudaba; pero ahí estaba, sintiéndose enfermo, mareado y con fiebre. No era una enfermedad, sino un momento de indecisión sobre su vida y el lugar en el que se encontraba. Mientras servía un vaso de blue spirit para un piloto, un pequeño chadra-fan, la realidad sobre su vida le llegó como un golpe en la espalda. Wuher estaba solo, no tenía a nadie; no tenía a nadie más en su vida que esa cantina y a sus clientes, esos bichos raros, pilotos espaciales, comerciantes, piratas y contrabandistas. Cada día caía un nuevo cuerpo. Cada día le pagaba una cuota de protección a los Hutt. Acababa de ver a unos stormtroopers afuera, así que seguramente pronto llegaría una inspección imperial.

En ese momento, justo en ese, ocurrió lo peor que podría haber pasado: dos droides entraron por la puerta principal. Uno de protocolo y otro astromecánico. Llegaron acompañados de un anciano ermitaño que ya había visto y de un joven nuevo. Wuher sentía que salía humo de su frente, no por el calor al que ya estaba acostumbrado, sino por la furia que sentía y que era notoria en su arrugado entrecejo. Droides. ¡Droides!

—¡Oye! —gritó—. ¡No servimos a los de su tipo!

—¿Qué? —preguntó el chico, desconcertado.

—¡Tus droides! —exclamó—. Deben esperar afuera. No los queremos aquí.

El joven se veía aún más desconcertado, mientras los droides regresaban al calor del desierto; Wuher había tenido que recargarse sobre la barra para no caerse, los recuerdos lo golpearon como una tormenta de arena...



*...Wuher, un adolescente regordete, pero con bastante energía, corría por los pasillos de la estación Arkax, el suelo retumbaba, el fuego de los blásters iluminaba la oscuridad detrás de él. Droides, negros y brillantes, recorrían la estación, desconectando la luz y ejecutando a quien se encontraran. Sus padres, que habían sido asesinados por varios disparos de bláster, estaban en el suelo; el humo aún salía de los orificios donde habían sido abatidos. Escuchaba el siseo y el murmullo de las extremidades robóticas, se dio la vuelta y vio los ojos de los droides iluminar la oscuridad, levantaron sus blásters y apuntaron hacia él...*

Sintió escalofríos.

Droides.

Odiaba a los droides. Eso fue lo que aprendió en las Guerras de los Clones: no podía confiar en las criaturas metálicas. Estaban vivos como cualquier ser, pero eran más poderosos: tan eternos como su programación lo permitiera, podían pasar de cuerpo a cuerpo. Eran inteligentes y peligrosos, aunque les pusieran una tuerca restrictiva. No tenían piedad como los humanos, eran fríos.

Cada uno de ellos era un asesino. O al menos tenían el potencial para serlo.

Pero Wuher no tuvo mucho tiempo para pensar en eso, porque el joven estaba en la barra, jalando su manga, de la misma manera que lo haría un niño con un anciano. Joven estúpido, probablemente era un granjero de las afueras. Wuher se quejó y le deslizó un vaso de agua sucia; si quería agua limpia podía tenerla, solo debía pagar el costo extra, igual que todos los demás.

Cerca del bar, el peludo wookiee hablaba con el ermitaño. Ninguno de los dos estaba tomando, solo ocupaban el lugar de otros clientes en potencia.

Entonces, de la nada, empezó una revuelta. El tonto joven debió de haber chocado con el aqualish o tal vez el aqualish chocó con el chico, daba lo mismo. Sawkee, Ponda Baba o como quiera que se llamara, se volvió loco. Peor aún, Evazan empezó a acercarse, enojado como una rata womp en el sol.

—No le caes bien —le dijo Evazan al joven.

—Lo siento —se disculpó el joven, confundido.

—¡Tampoco me agradas a mí! —Entonces empezó a alardear—. Ten cuidado. ¡Somos fugitivos! ¡Yo tengo la sentencia de muerte en doce sistemas!

«¿Quién diría eso? ¿Quién se anunciaba como un maldito criminal sentenciado a muerte? Mejor debería tatuar el precio de su cabeza en su frente, sería un blanco perfecto para cualquier loco con una deuda que pagar», pensó Wuher.

—Tendré cuidado —respondió el joven, descuidadamente. Tonto.

—¡Morirás! —gritó Evazan sujetando al joven y volteándolo. En ese momento, el viejo ermitaño se involucró.

—Él no vale la pena —dijo; su voz era nítida, como si fuera de la realeza, algo fuera de lo común en esa parte de la galaxia. El viejo no tomaba mucho, pero siempre pagaba por agua limpia. Con esa misma voz, se ofreció a comprarle una bebida a Evazan, pero Evazan rugió y lanzó al joven hacia una mesa. El chico voló como un

saco lleno de piedras y alguien sacó un bláster, seguramente el aqualish. Era como estar de regreso en Arkax y Wuher trataba de quitarse de en medio...

*... sus blásters apuntaron hacia él, listos para disparar...*

Una ráfaga azul cortó el aire de la cantina, *vwomm vwomm...*

*... detrás de los droides dos ráfagas de luz, una azul y una verde...*

Wuher se dejó caer al suelo, sentía miedo hasta en las costillas.

Se escucharon el ruido, los gritos y el sonido de una extremidad que caía al suelo.

*... los droides chirriaron y rechinaron mientras los sables de luz los cortaban en mil pedazos...*

Entonces Wuher se puso de pie de nuevo. Las repercusiones eran claras: el aqualish tenía un brazo amputado, Evazan estaba colapsado en su asiento con el torso herido y el joven granjero tenía los ojos tan abiertos como los soles gemelos del planeta. El anciano guiaba el camino para que el joven lo siguiera y, después, todo regresó a la normalidad. La música siguió, Jerriko refunfuñó y se dio la vuelta para seguir fumando.

Un día como otros en la cantina de Mos Eisley. Pero no era un día igual para Wuher. No en ese momento. Los recuerdos de ese día y de aquel día tan distante se reproducían en su mente una y otra vez, como si se estuvieran persiguiendo en círculos sin parar: blásters en el aire. Droides. Extremidades. Sables de luz.

El caos no acabó ahí. No pasó mucho tiempo antes de que un par de stormtroopers entraran y lo cuestionaran por lo sucedido.

Lo que Wuher pensó fue:

«No sé mucho de lo que pasó hoy. Sé que corrí a un par de droides porque no puedes confiar en ellos. Sé que llegó un nefasto personaje que dijo llamarse Roofoo y que su amigo era Sawkee, pero su verdadero nombre era Evazan y, el de su amigo, Ponda Baba. Sé que se metieron con el granjero equivocado porque ese joven tenía un amigo: un ermitaño que hasta hoy no era más que eso, pero ahora creo que era mucho más, que era un antiguo jedi. Pensé que todos estaban muertos. Alguna vez los jedi me salvaron la vida; me salvaron de un escuadrón entero de mugrosos droides. Así que quisiera dejar pasar de largo a este y creo que tú también deberías hacer lo mismo».

Pero no dijo nada de eso, obviamente. Sabía que no debía meterse o hablar de más con unos imperiales. También sabía que el joven y el viejo se habían ido al ver entrar a los troopers. Así que señaló la mesa vacía y levantó los hombros.

Poco después se escuchó un disparo y el rodiano Greedo cayó sobre la mesa mientras el contrabandista, Solo, se levantaba y se alejaba como si nada. Le lanzó unos créditos a Wuher, dijo algo atrevido y después se fue de la cantina. Wuher tuvo que ir a la mesa, deshacerse del cuerpo y limpiar la sangre.

Aun al hacer eso iban y venían las memorias gemelas: la de ese día en la cantina y la de aquel día en la estación Arkax. Como dos skads que persiguen la cola del otro. Extremidades y sables de luz. Droides y muerte.

Finalmente terminó el día. Wuher le entregó el puesto al cantinero del turno de la noche, un viejo hombre llamado Ackmena que vivía en la cresta Delkin con su esposa, Sorschi. Después, Wuher hizo lo que siempre hacía: se fue a casa, tomó un vaso de leche azul para asentar su estómago y después se fue a dormir. Se preguntó qué le depararía el día siguiente. Se preguntó si repetiría su rutina una vez más o si esta era su oportunidad, como hacía muchos años en la estación Arkax, para cambiar su rumbo, para hacer algo diferente. La noche del primer incidente cambió todo, sus padres murieron y su vida lo llevaría por un camino muy distinto. Tal vez esta era la oportunidad de retomar su rumbo. Tal vez podría encontrar un lugar propio. Alguien que lo acompañara en su vida.

Tal vez podía cambiar el destino.

Pero ¿lo haría?

# EL DILEMA DEL KLOO HORN

Kelly Sue DeConnick y Matt Fraction



**H**ay una leyenda en el mundo bith, comienza Kabe, sobre lo que llega después de la muerte, el Reino de la Luz, el Gran Sueño, la verdad no sé cómo le llamen. Son bith. ¿Alguna vez has tratado de hablar con un bith? Nadie los entiende. Bueno, como sea que le llamen al paraíso bith, hay un club, un club nocturno, y todas las noches los mejores músicos bith de la historia, obviamente que estén muertos, se reúnen ahí para tocar juntos. Los bith tienen un talento natural para ser músicos, presta especial atención a eso, ya que tendrá sentido cuando llegue a la parte emocionante de la historia. Como sea, estos muertos, pero legendarios bith, crean la mejor melodía, la quintaescencia de la música. Sin embargo, en el escenario hay un banquillo con un kloo horn dorado que ningún músico se atreve a tocar o se le acerca siquiera.

Bueno, si esperas lo suficiente y tomas suficiente de lo que sea que tomen los bith, de nuevo, te reto a que hables con alguno de ellos y entiendas lo que dicen, y no me refiero a escuchar las palabras, sino a comprender lo que quieren decir. Según cuenta la leyenda, en este club, si tienes suerte, podrás ver al Extraño cuando llega por su kloo horn.

Ahora deberás estar preguntándote: ¿quién es este Extraño y por qué debería importarme? Pues te lo diré. De hecho, es el propósito de esta parábola-chiste que he decidido contarte antes de entrar en materia. El Extraño entra a este club nocturno en el cielo y se acerca al escenario, como señal de respeto y reverencia

*todos lo observan en silencio. El Extraño levanta el kloo horn y toca una sola nota, suena tan hermosa que todos los presentes empiezan a llorar en una apoteosis antiestética. Es una revelación. Es el sonido de la luz, del amor. Su única nota los deja a todos llorando, siempre, tanto a músicos como a clientes del club y, entonces, el Extraño se va tan rápida y silenciosamente como llegó.*

*Una noche, el Extraño llegó, levantó su kloo horn, les partió el corazón a todos los presentes y salió del lugar. Entonces, un cliente nuevo se acercó a un anciano, quien seguro tendría la respuesta a la pregunta que tenía y le dijo: «¿Quién es ese tipo? ¿Lirin D’avi?», a lo que el anciano respondió: «No, es Dios, ¡solo cree ser Lirin D’avi!».*

Kabe se queda esperando una risa que nunca llega.

*Verás, en la cultura bith, Lirin D’avi fue el primero que tocó el kloo horn que...*

Es una causa perdida. El chatarrero frente a él le lanzó la mirada, una mirada particular que significa: «pequeña criatura con cara de murciélago, tu lenguaje suena como una serie de chillidos y pitidos, y no tengo la más mínima idea de lo que estás hablando». Kabe ve esa mirada alrededor de diecisiete veces al día, así que suspira y coloca un kloo horn dorado en la mesa del chatarrero.

*Como sea. ¿Me das cincuenta y cinco?*

Este lenguaje sí lo entiende el chatarrero. Logra regatear un poco y termina ofreciéndole cuarenta y ocho, tres más de lo que Kabe esperaba conseguir por ese sucio tubo que hace un sonido asqueroso. El chatarrero lo coloca en la ventana de su tienda, esperando atraer un comprador.

Las tiendas de los chatarreros siempre tienen un kloo horn en su ventana, son buenos para el negocio.

\* \* \*

Muftak y Kabe son los emperadores del subterráneo de la cantina, un imperio con una población de dos. Por la noche, Muftak duerme en las cavernas llenas de tuberías debajo del puerto espacial, debajo del infernal calor de Tatooine, debajo de los dos soles que bailan por el cielo. Por su grueso pelaje, agradece tener un lugar así, donde puede encontrar refugio del calor. A veces las paredes exudan un poco de humedad, que recolectan y venden. Kabe duerme en los mismos túneles porque la oscuridad es un alivio para sus ojos y porque tiene la compañía de Muftak. Adonde quiera que vaya Muftak, la seguridad está garantizada. Así que forman un equipo algo extraño, en la oscuridad, esperando lo imposible: que un día mejore su suerte... o el clima.

Durante el día, Muftak y Kabe acechan la oscura y fría cantina para cosechar lo que puedan de los clientes más lastimados y borrachos que deambulan por el puerto espacial. Sus numerosos ojos siempre están atentos a cualquier cosa que puedan vender o empeñar. Saben que los turistas son presa fácil, le roban a uno, le venden a

otro, gastan ese dinero en otra porquería que alguien más les compra a un precio más elevado y viven como reyes hasta que se acaba el dinero. Repiten el mismo plan, siempre, hasta el fin de los tiempos, A-B-C: Asegura, Burla y Cotiza; pero más importante aún: estafa, estafa y estafa. Vivir en el bajo mundo de Mos Eisley significa trabajo pesado, matemáticas dudosas, elevar los precios y siempre, siempre, saber qué sigue. Es agobiante.

En Mos Eisley todos estafan, pero Muftak y Kabe tienen estafas sobre estafas. Ackmena lo sabe, pero no dice nada, porque de hacerlo sería una repugnante soplona y, además, sabe que el respeto se paga y, por eso, Ackmena cobra la renta con respeto. No es mucho, pero sí suficiente para darle algo a Chalmun, dueño del lugar, además de conservar poco para sí misma.

Se aclara la garganta, y Muftak, que estaba dormido, despierta como si de repente hubiera dejado de estar paralizado. Kabe chirría. Kabe le cae bien a Ackmena y cree que su voz es parecida a la música, por lo que disfruta escucharla chirriar.

—Ya es primero de mes, mis queridos amigos peludos —dice con afecto y su voz retumba por su fría guarida hasta la oscura eternidad.

Muftak quizás se gastó todo su dinero en alcohol la noche anterior. Ackmena suele servirles los tragos cargados a sus amigos. Posiblemente perdió su dinero y el de Kabe en una u once malas apuestas. Muftak no puede estar seguro, aunque en realidad sí sabía algo, otorguémosle un poco de dignidad. Sabe que Myo está involucrado en su repentina mala suerte, de alguna manera. ¿Acaso Myo le debe dinero? ¿Cómo podría pedirle a Myo que le pague si lo único que siempre espera es una excusa para pelear? Muftak tiene muchas preguntas.

Kabe chirría.

Muftak se talla sus cuatro ojos, tratando de reducir el número de Ackmenas impacientes que esperan su paga. Se rasca la cabeza. «Espera, ¿dónde lo puse?», piensa, tratando de ganar un poco de tiempo.

Kabe chirría.

Muftak hace como si buscara en sus bolsillos, aunque no tenga ninguno, ya que no lleva pantalones y nunca los ha usado, ni cualquier artículo de ropa. Vive atrapado debajo de una gruesa manta de pelaje en un planeta árido que parece estar hecho de fuego.

*Tú, gruñe Muftak viendo a Kabe, con tu imparable chirriar me vas a matar. Ten un poco de piedad, pequeña amiga, en mi cabeza hay un monstruo violento castigándome por haber jugado de más anoche en las mesas de sabacc.*

Muftak había tenido muy mala suerte en las mesas de sabacc la noche anterior.

Pero Kabe sigue chirriando y lo que dice, lo que ha tratado de decirle todo ese tiempo, es: *Yo tengo dinero.*

Entonces, los cuatro ojos de Muftak le lanzan una mirada a Kabe, no la mirada de siempre, sino la otra mirada. Muftak es el único que le lanza esa mirada. Quizá se deba a que Muftak es el único que logra entender a Kabe, y por eso su mirada

significa: *Sé lo que estás diciendo, pero desconozco por qué has dicho algo así. Al fin y al cabo, esta es una mirada silenciosa que intercambiamos en presencia de otros para decirnos que lo platicaremos después.*

Kabe suspira y saca cuarenta y cinco, lo que consiguió por el kloo horn, menos su bono de operación, claro, y se lo muestra a Muftak. *Tonto.*

¿*Dónde conseguiste eso?*, pregunta Muftak, pero se da cuenta de que no importa y realmente no le interesa saberlo. Muftak toma el dinero de Kabe y se lo entrega a Ackmena. Es una de las pocas veces que Muftak no toma su acostumbrada cuota de protector de Kabe, pero hace una nota mental para compensarlo en el futuro.

Ackmena lo cuenta. *tsk, tsk, tsk.*

—¿Cuarenta y cinco? Es menos de la mitad, amigos, y si tomamos en cuenta mi cuota de entrega y los impuestos que debo llenar, les faltan al menos sesenta.

Ella voltea a verlos y ellos se ven entre sí. Saben que no los correrá. Ella sabe que ellos saben que no los correrá y, aunque quisiera, físicamente sería casi imposible. Ellos saben que ella sabe que ellos saben que ella sabe que ellos saben y así sucesivamente, y lo que todos saben es que Chalmun, el jefe, dueño de tierras y bares, preparador de bebidas y rompedor de piernas, necesita que le den su parte, o de lo contrario enviará a alguien a los túneles a conseguirla a como dé lugar. Y si ese día está particularmente malhumorado, lo que es muy común, pues es un wookiee que vive en el desierto, quizá hasta decida exterminar por completo la plaga de talz y chadra-fans que viven en su propiedad, aunque pierda dinero a futuro. En eso estarían de acuerdo Muftak y Chalmun, aunque eso no le salvaría la vida a Muftak.

La vida tiene un precio muy bajo en Mos Eisley.

*Lo conseguiré*, acepta Muftak.

No sabe si Ackmena entiende sus palabras o no, pero aunque no conozca su idioma, sí comprende la situación.

—Hoy en la noche, querido. Debemos pagar respeto. Ya sabes cómo es esto.

Se da la vuelta para irse y con cada pisada que da, a Muftak le duele aún más la cabeza.

*Pequeña amiga, antes de morir... y te aseguro que moriré hoy, si tengo suerte será hasta la noche, pero tengo el tiempo contado*, imploró Muftak. *Por favor, Kabe, dime cómo y dónde encontraste esa pequeña fortuna. Porque mi vida, lo poco que queda de ella y sin importar lo poco que valga, podría jurar que no tenías los medios económicos para solventar tus pagos y yo, por mi parte, ahora estoy en esa situación. Lo que significa que nuestra mala suerte está destinada a seguir, a menos que encontremos un milagro hoy, algo que parece muy improbable.*

*Pero hace un momento dijiste que habías tenido buena suerte, muy buena suerte, en las mesas de sabacc*, le recordó Kabe.

*Quizás usé las palabras incorrectas.* No se puede culpar a un estafador por estafar.

*Vendí el kloo horn de Lirin Car'n*, responde Kabe.

Una ligera luz se enciende en la adolorida cabeza de Muftak.

*Pequeñita, disculpa si me equivoco, pero... creo recordar que Myo nos debe a los dos una suma nada insignificante, le ganó el kloo horn al propio Lirin Car'n y, para celebrarlo, se ahogó en alcohol hasta que se fue y olvidó el kloo horn; entonces, yo lo tomé con la intención de convertirlo en fondos, por la ya mencionada deuda de Myo.*

*Así es. Y sabiendo que este día llegaría y lo que le debíamos a Ackmena, dice Kabe, te quite el kloo horn mientras dormías de la misma manera que tú hiciste con Lirin Car'n, y de prisa lo llevé a un chatarrero que conozco que estaría interesado en kloo horns de oro.*

*Me desmayé y me lo robaste, corrige Muftak.*

*Me parece que esa interpretación de los hechos es muy malévola, corrigió también la chadra-fan.*

*Benditos soles, dice Muftak enojado, cada vez se siente menos crudo, pues la ira llega a sus venas y hace que se ponga de pie. Myo te comerá por esto.*

*No. Myo te comerá a ti por esto, a menos que descubra que fui yo quien lo empeñó. Pero eso, chirrió la pequeña, es un problema para mañana. Nuestro problema hoy es pagar la renta.*

Kabe disfruta su certeza y, a menos de que le estuviera robando sus cosas, Muftak sabe que Kabe casi siempre tiene la razón.

\* \* \*

Lirin Car'n temblaba de rabia, miedo, duda, ansiedad, desamparo y cualquier palabra que pueda describir el sentimiento que te inunda cuando te emborrachas tanto y juegas tan mal a las cartas que pierdes el kloo horn que le pertenecía a tu padre. Justo ese sentimiento tiene un nombre, pero es bith, ya que solo ellos lo sienten y, ya que no hablas bith, el nombre de la palabra no importa.

Confiaba en que ese sentimiento era verdadero, tanto como su nombre, aunque pocas veces es sentido, pero en ese preciso momento Lirin Car'n, el bith, lo sentía con mayor fuerza que nunca.

—¿Quieres que encuentre esto? —preguntó Djas Puhr.

—Eres un cazarrecompensas, ¿no? Bueno, pues le estoy poniendo recompensa al kloo horn de mi padre. Lo perdí apostando con Myo, pero él ya no lo tiene. Cree que en su borrachera alguien se lo robó. Su solución al problema es enojarse, gruñir y buscar algo para matar. A mí me parece que los negocios deben ser tratados por gente de negocios.

—Muy bien. De hecho, Myo me pagó lo que él jura que es su último crédito para encontrar a quien se lo robo. Pero si él los encuentra primero, entonces él los matará y anulará nuestro trato, como es obvio.



—Según mi interpretación de las cosas —dice Car'n—, el kloo horn dejó de pertenecerle a Myo una vez que lo perdió. Está, como dicen, en el aire. Y lo quiero de regreso.

—Eres un hombre de negocios, al menos eso dices, pero también eres un músico, y sin el kloo horn no hay música, y sin música no hay negocio. Así que, dime, ¿cómo sé que tienes dinero para pagarme? —pregunta el sakiyano. Como raza serán muchas cosas, pero siempre son prácticos.

—Te pagaré. Te prometo que te pagaré —asegura Car'n—. Cuando pueda tocar de nuevo, en una noche puedo juntar... doscientos. Te los daré.

—Entonces, nuestro acuerdo es que por doscientos créditos busque y encuentre un kloo horn que vale cincuenta...

—¿Cincuenta? ¡Cómo te atreves! ¿Tienes idea de quién era mi padre? ¿Acaso no conoces... esta kloo horn... yo... su leyenda... tú...? —tartamudea Car'n, pero su protesta es ignorada por el sakiyano—. Tu problema... tú... tú... tú... ¡Ustedes los sakiyanos no saben apreciar el arte!

—Los bith ven la poesía en las matemáticas de la música, yo veo la poesía en las matemáticas del dinero. Como sea, ambos apreciamos la belleza de los números. Así que doscientos más gastos. Como dicen, eso es música para mis oídos.

—Consigue mi kloo horn y yo conseguiré tu dinero.

—¿Y dejo que Myo se encargue de los ladrones?

—Exacto —responde Car'n mientras deja de temblar—. Espera, ¿dijiste ladrones? ¿Plural?

—No te preocupes.

Djas Puhr se levanta de la pequeña mesa que ve como su lugar de costumbre y empieza a trabajar. Él ya sabe lo que pasó, cómo y por qué. Sabe, o al menos puede hacer una suposición muy certera, de cómo empezó este problema con el kloo horn. No es muy difícil cuando se sabe el tipo de personas que visitan este establecimiento y, al ser el único que no toma, el cazarrecompensas Djas Puhr suele ser quien ve primero las cosas y, si se mantiene callado, seguro será quien salga ganando. La mayoría de las personas en Mos Eisley ven el lugar como un puerto, un bar, o incluso un bazar; Lirin Car'n lo ve como un escenario.

Djas Puhr sabe eso, pero también sabe que, más que nada, Mos Eisley es un lugar para hacer negocios.

\* \* \*

Muftak se tambaleó hacia la luz de Tatooine, odiando un poco a sus padres por haberlo dado a luz en un universo en el que es posible encontrar un calor tan insoportable. Aunque muchos le dicen «El Muftak», su nombre es Muftak, y aunque otros tantos creen que ese es el nombre de su especie, Muftak es un talz del planeta

Orto Plutonia, un lugar muy lejos de Tatooine lleno de nieve, hielo y cosas frías; en realidad es lo opuesto a Tatooine. La manera en la que llegó a Tatooine es una historia para otro momento, pero nunca nadie más ahí ha visto a otro como él. En algún punto, Myo decidió, como suele hacer cuando se confunde, que su nombre era «El Muftak» y por un rato así fue, Muftak se cansó de corregir a las personas.

Muftak hizo cuentas dentro de su hirviente cabeza: con ciertas reducciones a los cargos, tarifas, tomando en cuenta los impuestos, costos de entrega y propinas, cree poder conseguir suficientes créditos para ver de nuevo los soles de Tatooine. Primero debe encontrar al contrabandista, después al hombre con nariz de puerco, al menos cree que es un humano, o al cara de morsa, un aqualish. Sabe que estarán juntos y, de no ser así, sabrán dónde está el otro.

A nadie le cae bien el hombre con nariz de puerco, salvo al cara de morsa. Tarde o temprano estarán en la cantina, en Mos Eisley todos llegan siempre a la cantina.

Así que Muftak va a la cantina.

\* \* \*

Myo, un abyssin con un solo ojo, patillas blancas, un temperamento muy corto y un gran peso sobre sus hombros, le grita a un chatarrero. El chatarrero está a salvo detrás de un cristal de medio metro que sin duda es a prueba de Myo.

—Grita todo lo que quieras, amigo, pero los negocios son negocios. Alguien vino y me vendió el kloo horn y después lo puse en la ventana. Alguien más llegó y lo compró. Los kloo horns son un buen negocio, todo el mundo lo sabe.

—¡Pero era mío! —grita Myo.

—No —responde el chatarrero—. Era mío.

Myo piensa pero, ya que no es lo suyo, se tarda bastante antes de volver a hablar.

—¿Quién... —empieza a decir mientras piensa qué preguntar y cómo hacerlo. El chatarrero solo lo ve fijamente— lo compró?

—¿Cómo se atreve, señor? —dice el chatarrero—. La discreción y la privacidad de nuestros clientes es tan importante como la nuestra. —Pero, al hablar, el chatarrero levanta y dobla dos dedos dos veces, *pap-pap*, el símbolo intergaláctico para veinte créditos.

Myo le desliza el dinero debajo del cristal de seguridad que los separa; dónde consiguió ese cristal es otra historia para otro momento y, además, ya ni siquiera es suyo.

—Un sakiyano. Resplandeciente. Entró caminando y la tomó como si supiera a lo que venía, ni siquiera trató de regatear el precio. Me dio trescientos.

—No vendiste esa cosa por trescientos créditos —responde Myo. Nadie es tan tonto para creer que un kloo horn podría valer tanto en una tienda de chatarra como esta; ni siquiera Myo.

—Es un aproximado. Trescientos, doscientos cincuenta, cien, más o menos.

—¿Y quién te la vendió a ti? —preguntó Myo entrecerrando los ojos.

—Una vez más, señor, insisto que la confidencialidad de nuestros clientes y bla bla bla —repite el chatarrero, volviendo a hacer la misma señal con los dos dedos como si dijera «aliméntame».

Otros veinte pasan por la diminuta ranura.

—Un pequeño... ¿murciélago? No sé. Como un ugnought con un problema glandular o algo así. Al principio creí que era un niño muy peludo.

—Ella —gruñe Myo—. Kabe.

Myo hace una nota mental para cobrarle los cuarenta extra que acaba de pagar cuando encuentre a la pequeña chadrafan que vive en las tuberías, pero como pensar no es su punto fuerte, Myo tarda un poco más en hacerlo y eso solo lo hace enojarse aún más, lo que sí es su fuerte.

«Un kloohorn sería un bastón muy ridículo», piensa Djas Puhr mientras camina por el puerto hacia el clima más frío y oscuro de la cantina. Al menos un bastón tendría un uso práctico en vez de este absurdo palo cuyos chillidos son considerados música. Aun así, admite que cuando en la cantina había música, los ánimos solían elevarse, igual que las copas. Las copas arriba significaban clientes borrachos y los clientes borrachos significaban una oportunidad.

Distraído por esos pensamientos, Djas Puhr no se da cuenta de que los ojos del contrabandista y del wookiee lo observan fijamente. Baja su guardia por medio segundo. Medio segundo. Pero eso fue lo único que hizo falta para que el contrabandista lo tomara por sorpresa.

—No matarías a alguien que carga un kloohorn, ¿verdad? —pregunta Djas Puhr.

—Eso depende —responde el contrabandista—. Tú no le dispararías a alguien buscado por un Hutt, ¿verdad?

—Depende del Hutt, Han —responde Djas Puhr—. Depende de qué precio tenga su cabeza.

—Eres un romántico —dice Han. Djas Puhr se da cuenta de que el contrabandista aún no baja su arma.

—Romántico sugiere el amor o la bondad que uno tiene con sus amigos, pero los hombres como nosotros no podemos darnos el lujo de tenerlos. Te considero un socio al que beneficia una profesión que tenemos en común, si es que siquiera pienso en ti.

El wookiee aúlla.

—Lo digo sin ofender, claro.

—No hay ofensa alguna —responde Solo por Chewbacca—. Escuché por ahí que mi cabeza tiene precio. Y una recompensa significa trabajo. Eso es lo que somos ahora, Puhr, un cazarrecompensas y una recompensa. Un hombre de negocios y un negocio por atender. A menos que quieras convencerme de lo contrario.

—Ni siquiera le escupiría a este Hutt en particular si estuviera quemándose vivo y rogando por una gota de agua, y tampoco aceptaría la fortuna que pide por tu cabeza.

No es que esté desechando una oportunidad, pero hay ciertas líneas que ni siquiera yo cruzaré. —Como si tratara de aligerar el momento, Puhr hace un ruido con el kloo horn. Han casi ríe por la broma que había intentado hacer Djas Puhr, pero no lo hace, porque ese cazarrecompensas en particular no hace bromas.

Han lo mira fijamente. Nadie sabe mucho sobre Djas Puhr. Cazador, rastreador. Dicen que era un esclavo de Jabba pero logró escapar. En ese preciso momento, Han no quiere saber nada de Jabba y parece que el sentimiento es mutuo, pero no puede evitar pensar en el odio que el sakiyano siente hacia su exesclavista. Han hace una cuenta rápida en su cabeza. ¿A quién quiere matar Djas Puhr más que a nadie? ¿A quién quiere matar primero Djas Puhr?

Han enfunda su bláster.

—Lo siento —se disculpa Han, aunque realmente no lo siente y a Djas Puhr no le importa.

—Dicen que te interceptó un carguero imperial.

Chewbacca gruñó, confirmándolo.

—Fue lo mejor —dice Djas Puhr—. Vivir un día más para el contrabando y después poder pagarle al Hutt.

Han levanta los hombros. «No pude hacer nada más».

—Sin embargo, siento un poco de tristeza. Ya que, si no me equivoco, entre todo lo que llevabas, también tenías un artículo para mí.

Han le hace una seña al wookiee y de su bolso saca el huevo marmoleado de un pájaro gwayo. Se lo lanza a Djas Puhr, quien lo atrapa con su mano libre y lo admira fijamente.

—Interceptado o no, sé cómo cuidar a mis amigos —dice Han, tan tranquilo como siempre. Djas Puhr se lo agradece asintiendo con la cabeza.

Solo pudo haber soltado el huevo junto con el resto del contrabando, sin importar lo que fuera, pero eligió no hacerlo. Era algo pequeño, un diminuto acto de bondad, una ley de importación-exportación rota; pudo haber sido castigado seriamente, incluso condenado a muerte. Vaya acto para alguien que solo lo considera un socio al que beneficia una profesión que tienen en común.

—Un poco de mi hogar —agradece Djas y le da una mordida al huevo—. Cuídense las espaldas. El Hutt ha ofrecido una recompensa tan alta que todo niño con un bláster va a estar buscándolos.

Han asiente de manera tan sutil que parece imperceptible. Ambos saben lo que ha pasado y siguen con su camino.

«Qué terrible decisión de negocios», piensa Djas Puhr terminando de comer el huevo en su lugar de siempre, en el rincón de siempre, escondido en la oscuridad de la cantina. «Para ambos».

\* \* \*

Myo sacude a Kabe por el cuello, de un lado al otro, está tan furioso que no logra articular más que gruñidos y ruidos. Kabe hace los ruidos que uno esperaría de alguien que es sacudido hasta la muerte por un abyssin.

—¡Me robaste! —grita Myo a centímetros de la cara de Kabe y la chadra-fan siente que su oscuro pelaje absorbe la humedad del aliento de Myo.

Kabe chilla desesperadamente señalando su cuello. Lo que trata de decir es: *no puedo hablar si me sigues apretando la garganta*. Kabe sigue chillando, pero solo se escucha como eso, un chillido.

—¡Habla! —grita Myo, y Kabe señala frenéticamente la mano de Myo, que la sujeta por el cuello. Myo se da cuenta de lo que está haciendo y de que está impidiendo que Kabe responda a su pregunta, así que la suelta. Kabe cae al frío y oscuro suelo de piedra del túnel.

*Amigo, chilla Kabe, amigo, yo nunca, nunca, nunca le robaría a un amigo. No sé cómo alguien podría sobrevivir en un lugar así sin amigos. Sin embargo, mi amigo, Muftak...*

En un momento de cólera Myo recuerda el olor de Muftak la noche anterior y con sus enormes puños golpea la pared justo encima de Kabe. Pequeños pedazos de piedra y polvo caen sobre ella y de inmediato levanta las manos para cubrirse de posibles escombros más grandes que podrían caer de la pared, pero no es así.

—Lo voy a matar —dice Myo con una voz llena de rabia cuando por fin se cansa.

Entonces algo pasó por su cabeza. Kabe jura haber visto el momento exacto en el que pasó.

—Hummmmph —suspira Myo.

Kabe no le quita los ojos de encima.

—Oh —dice Myo. Entonces piensa por un momento, pero, siendo Myo, ese momento se alarga más de lo normal que para cualquier otra persona—. Oh, no —continúa—. La bebida. A veces hace que recordar sea difícil. Creo... que tal vez le deba un poco de dinero.

Myo se deja caer contra la pared.

Kabe exhala. Por hoy vivirá.

—Pero, aun así, no debió haberme robado —dice. Entonces levanta la mirada para ver a Kabe—. Debemos encontrar a Djas Puhr antes de que los encuentre a ustedes dos y los mate. —Al acabar de decir eso, Myo corre hacia la luz, Kabe lo sigue de cerca, pero ya no está tan segura de poder sobrevivir ese día.

\* \* \*

De alguna manera, aunque parezca imposible, ahí vive una criatura con peor suerte que todos los personajes mencionados, juntos: un rodiano que se considera un prestamista a corto plazo, pero también un cazarrecompensas de grandes prospectos.

Nadie sabe si alguna vez ha logrado recolectar un préstamo o una recompensa con éxito, al menos no con seguridad. Lo que todo el mundo sabe es que este particular rodiano es un idiota con un bláster. Un lugar como Mos Eisley está lleno de idiotas con blásters, lo que lo convierte en una persona aún menos especial, pero si por alguna razón te topas con él y levanta su bláster... uff, buena suerte.

Su nombre es Greedo, y le sienta a la perfección por su avaricia y su egoísmo; conspira contra todos sin tentarse el corazón. Pero no solo el corazón de Greedo es incapaz de amar, sus dedos son particularmente odiosos, largos, delgados y con una succión extraña en la punta. Y en este particular momento de nuestra historia, tiene uno de esos dedos contra el pecho de Lirin Car'n, el trompetista bith, sin su kloo horn; él es el pobre tipo que ama la música, pero odia a los músicos y además no tiene el dinero para pagarle a Greedo, de entre todos los seres de la galaxia.

Lirin Car'n tiene un secreto: esa misma mañana planeaba vender el legendario kloo horn de su padre. Lirin Car'n odia estar en una banda. Odia a sus compañeros de banda y a su líder. Odia el interminable estilo de vida de los músicos itinerantes, en el que la única constante es la incomodidad. Nunca se hubiera imaginado que algo en la galaxia pudiera haberle quitado el amor que sentía por la música, pero resulta que vivir la vida de un músico logró eso. Al menos eso es lo que se dice. Que poder vender el kloo horn para pagar su deuda con el rodiano es mera casualidad.

Detrás de Greedo están el hombre con nariz de puerco y otro con cara de morsa; todos, menos Greedo, saben que deben evitarlo. Cuando están juntos proyectan cierta sensación amenazante, algo que Greedo nunca ha logrado y nunca tendrá, a pesar de sus mejores esfuerzos.

—Es día de pago, bith —indica Greedo en su lengua nativa.

—No lo tengo. ¿Qué te parece la semana que viene? —pregunta Lirin Car'n, como si su petición no estuviera fuera de lo normal o arriesgara su pellejo. Ya lo pensó bien y Lirin Car'n sabe que no tiene otra alternativa. Greedo quiere algo que él simplemente no tiene. La única forma de calmar a Greedo es encontrar una manera de tener el dinero que necesita sin empeñar el instrumento de su padre, que de por sí ya no tiene.

Greedo lo empuja con fuerza, arrinconándolo contra la pared.

—¿Por qué debería mostrar misericordia? Una deuda es una deuda. ¡Y acordamos que la pagarías por completo hoy mismo!

—No puedo, Greedo. Literalmente no tengo... —explica el bith volteando las bolsas de sus pantalones—. No tengo dinero. Me robaron anoche y verás...

Greedo suspira, desesperado, y se acerca aún más.

—Solo aumentaré tu tasa de intereses a treinta y cinco por ciento y te dejaré vivir —gruñe—. Tienes mucha suerte.

—Pues no me siento suertudo —contesta Lirin Car'n.

—Pues lo eres, porque hoy es el día en el que Greedo subirá de nivel y no tengo tiempo para estar persiguiendo a pequeños estafadores como tú por el puerto espacial.

El hombre con la nariz de puerco y el de cara de morsa ríen, de la misma manera que lo harían dos bravucones a punto de quitarle el dinero del almuerzo a un pequeño.

Lirin Car'n no pudo evitar reír al pensar que Greedo podría llegar a ser tan violento como esos dos y, aunque sea por asociación, sabe que eso desea el rodiano, más que nada. A eso aspira Greedo, a ser como esos dos idiotas violentos que ríen sin sentido.

Greedo intenta desempañar su bláster, pero se queda atorado en su funda y necesita usar su segunda mano para sacarlo. La maniobra es tan incompetente y absurda que es la definición perfecta de Greedo, y Lirin Car'n no puede evitar reír, en vez de hacer lo que cualquier otra persona hubiera hecho teniendo frente a él a un idiota con un bláster, que es correr. Su risa solo empeora las cosas.

Antes de que Lirin Car'n se dé cuenta, Greedo tiene su bláster apuntando directamente al pecho del bith, y de nuevo lo ha arrinconado. La mano de Greedo tiembla, ansiosa por disparar.

—Hoy es el día en el que capturaré o mataré al hombre más buscado de Tatooine. Hoy haré que mi nombre se conozca en la corte del grandioso Jabba. Hoy recolectaré mi primera fortuna. —Con cada *hoy* que pronunciaba, Greedo empujaba su arma con más fuerza sobre el pecho de Lirin Car'n. Cualquiera que los viera sabría que algo hostil estaba sucediendo.

Pero Lirin Car'n no podía evitar ver el bláster y reír. Todo le parecía tan ajeno y surreal.

—¡Basta! —grita Greedo, presionando con más fuerza el pecho de Lirin Car'n con el cañón de su bláster. El bith está adolorido y molesto, así que empuja el bláster lejos de sí como diciendo: «déjame en paz», pero su movimiento hace que Greedo choque contra el hombre con la nariz de puerco. El hombre con cara de morsa se lanza contra Lirin Car'n y lo arrincona contra la pared, haciendo que su enorme brazo izquierdo presione la garganta del bith; entonces, por fin, algo se enciende dentro de Lirin Car'n e inunda su cuerpo, relámpagos, fuego y pánico.

—*Orrp-orrp-orrp-orrp* —dice el hombre con cara de morsa.

—¡En doce sistemas! —corrige el hombre con nariz de puerco.

Lirin Car'n se siente movido por el verdadero pánico, su cuerpo sabe que es hora de pelear o huir. Los dos personajes están furiosos, y Greedo lleva consigo la mala suerte como una nube, como radiación, como un aura hecha de pura basura, con solo acercársele estaba garantizada. ¡Garantizada! Su mala suerte se te pegaría más temprano que tarde. Tal vez el hombre con la nariz de puerco y el de la cara de morsa no lo sepan, pero Lirin Car'n sí y, ahora, por fin, quiere correr, pero no puede.

—Está bien —dice Greedo tocando al hombre con cara de morsa, quien libera a Lirin Car'n.

Todo quedó en silencio. Car'n volteaba a ver a uno y a otro en espera de que alguien más dijera algo, pero el silencio se mantuvo.

—¿Entonces... tengo hasta la siguiente semana? —pregunta Lirin Car'n.

Greedo enfunda su bláster y murmura una respuesta afirmativa. Car'n puede ver algo en el barril del bláster de Greedo, una pequeña palabra grabada en el metal: SOLO.

Desesperado. Desesperado y loco.

\* \* \*

Según lo que sabe Muftak, el hombre con la nariz de puerco, doctor Evazan cuando uno se dirige a él, pero nunca a sus espaldas, no tiene amigos salvo el hombre con cara de morsa, llamado Ponda Baba, y es muy probable que ni siquiera entre ellos se caigan bien. La única razón por la que no se han matado es porque sería una pelea entre iguales; los dos son unos parásitos psicóticos dependientes el uno del otro. El hombre con nariz de puerco vive en constante dolor y enojo. Nadie sabe qué se hizo el doctor Evazan o por qué, pero destruyó su cara, la partió en dos y eso lo volvió irracional. Para lidiar con la agonía perpetua que le causan sus heridas, el doctor depende de una constante y alternante cantidad de narcóticos y violencia física; y un hombre sin amigos, de no ser por otro hombre con cara de morsa, no tiene fácil acceso a lo primero, pero sí a la segunda. El resultado es que nadie quiere venderle fármacos al doctor Evazan porque, sin importar qué tipo de sustancias lícitas e ilícitas fluyan por su sistema, su comportamiento siempre es peligroso. La vida no acabará bien para el doctor.

A Muftak le cuesta trabajo quedarse callado sobre un acuerdo temporal al que llegó con el doctor Evazan en el que actúa como intermediario. Evazan le da mil créditos a Muftak, así evita exponerse a romper la ley, Muftak entonces le paga al contrabandista que, sin preguntar por qué o quién es su cliente, convierte el dinero en el químico analgésico que requiere el doctor; claro, primero toma su parte por envío y manejo, y se lo entrega a Muftak, quien se lo lleva al doctor y reza para que esa no sea la vez que su acuerdo termine con su vida.

—Tuve que soltar mi mercancía, amigo. Lo siento —dice Han Solo—. Hubo interferencia imperial —explica levantando los hombros. No había nada qué hacer entonces, nada. Muftak podría maldecir los dos soles del planeta. Pero no serviría de nada.

*Pero, pero, pero, dice Muftak, entrando en pánico, mi cliente... tomé su dinero. Tú tomaste su dinero. Cuando yo hiciera la entrega me pagaría por completar su misión, una muy peligrosa. ¡Me debes su dinero! ¡Me debes el dinero que iba a pagarme, ya que ahora no podré completar su encargo! ¿Qué piensas hacer al respecto, Solo?*

Solo voltea a ver al wookiee y este gruñe y ruge, dando una respuesta simplificada.



—Bueno —dice Solo—, nada, a menos que quieras ir a reclamarle al Imperio; perdimos esta ronda.

Eso no tranquiliza a Muftak.

—Todo el mundo pierde de vez en cuando. Hasta yo.

*¡Pero yo pierdo todo el tiempo!*, grita Muftak, golpeando la mesa con sus peludas manos.

El wookiee pone sus manos, aún más peludas y grandes, sobre la mesa; a veces se puede decir mucho sin decir nada. Muftak inhala y exhala, la temperatura de la mesa baja tan precipitadamente como se elevó.

Muftak se imagina a Evazan haciéndole a su cara lo mismo que hizo con la suya. Se imagina a Ponda Baba picándole todos los ojos al mismo tiempo.

Se imagina a ambos atacando a Kabe, desolada y débil sin la ayuda de Muftak, ciega en el día, muriéndose de deshidratación y después a manos de ellos. Entonces voltea a ver al wookiee.

*Por favor, ¿podría suplicarte al menos esto? Ven conmigo mientras le explico a mi cliente nuestro predicamento, esperando que su furia, y créeme que estará furioso, pueda ser controlada por tu majestuosa y grandiosa presencia.*

El wookiee resopla. ¿Quizá eso signifique que sí?

\* \* \*

Detenme si ya escuchaste este chiste antes: un chadra-fan, un bith, un sakiyano, un aqualish, un humano, un rodiano, un wookiee, otro humano y un talz entran a una cantina. Todos intentan estafarse, cuando menos, o matarse de ser necesario.

Muftak se queda paralizado al ver que su mesa está ocupada y que todas las cabezas voltean a verlo. Algunas se ven felices y las demás furiosas. Solo el sakiyano habla.

—Ven, amigo, acompáñanos.

No es algo que quisiera hacer Muftak, pero ve la recepción que le espera y en cada una encuentra una respuesta diferente. Nadie parece estar particularmente feliz de verlo, excepto Kabe, por supuesto, ya que sus probabilidades de morir disminuyeron al menos un poco. Djas Puhr se levanta y Lirin Car'n lo sigue, asegurándose de que Muftak no pueda huir de la mesa con facilidad.

—Vaya día que has tenido.

*Estoy muerto*, murmura Muftak.

—¡Y cómo no! —grita Myo.

—Caballeros, no pierdan la cabeza —dice Djas Puhr.

*Myo, tomé un objeto de valor que era tuyo para poder empeñarlo y así reembolsarte lo que me debías. No era mío para que pudiera tomarlo, pero se me debía.*

—No era tuyo para que pudieras tomarlo —asegura Myo, apretando los dientes, esperando que eso redujera el volumen de su voz.

*Acabo...*, empieza Muftak y voltea a ver a sus compatriotas, *acabo de decirlo. Sí, Myo, no era mío para que pudiera tomarlo, pero, en mi defensa, estaba saldando una deuda.*

—¡Tal vez tenía el dinero para pagarte! ¡No lo sabes!

*¿Lo tenías?*, pregunta Muftak sin haber considerado esa opción antes.

—Tal vez —responde Myo, quien, por cierto, era un pésimo mentiroso.

—¿Podemos hablar sobre algo más importante, Myo? —pide Lirin Car'n, dirigiendo su furia hacia la criatura ya furiosa—. Como que yo, borracho, tomé una terrible decisión y tú decidiste aprovecharte de mí.

—Querrás decir beneficiarme —responde Myo riendo. Voltea a ver a los demás para que se le unan, pero nadie lo hace. La asquerosa verdad está expuesta, la civilidad que han demostrado hasta el momento tiene la misma fragilidad que la mesa alrededor de la cual están sentados.

*Yo estoy particularmente condenado*, dice Muftak. *Especialmente hoy.* Todos están de acuerdo y de alguna manera se lo hacen saber.

—¿Por qué hoy? ¿Por qué no mañana? ¿Por qué no ayer?

*Solo mojó sus pantalones al ver una nave chatarrera imperial y soltó la mercancía que cargaba. Parte de esa mercancía era mía, que debía entregar a alguien más y ahora me van a matar. Si no lo hacen, al menos no me pagarán lo que habíamos acordado y entonces alguien más me matará, hoy no tengo ni un solo crédito y tengo varias deudas*, responde Muftak señalando a Myo y a Lirin Car'n, como diciendo: «tengo que pagar lo que les debo a estos caballeros», aunque, técnicamente, nadie se debía nada. *No sé cómo resolver el asunto del kloo horn o cómo rembolsar a aquellos que lo demandan y merecen su debida recompensa.*

—Soltó tu mercancía —agrega Djas Puhr—, pero mantuvo la mía. Han Solo fue abordado y registrado meticulosamente por almirantes imperiales, pero si hubieran encontrado la mercancía que me trajo lo hubieran sentenciado a muerte. Aun así, lo hizo —concluyó Djas Puhr, dejando que cada quien sacara sus propias conclusiones.

Muftak volteó a ver el sucio y viejo techo y dejó escapar un ruido parecido al del kloo horn que empezó ese desastre.

*¿Qué quieres decir? ¿Que le caes mejor a Han Solo que yo? ¿Que tienes más amigos que yo? Felicidades. Genial. Eres una persona amada, Djas Puhr. Yo ya estoy muerto, solo que no lo sé aún.*

—Solo me intriga. Solo tomó una decisión, quizá no una moral, pero sí una ética —respondió Djas Puhr—. Quizás a mí me considere una amenaza, así que decidió no soltar mi contrabando. Quizás a ti te considere un... bueno, tú eres Muftak.

Muftak azotó su cabeza contra la mesa.

—Lo que quiero decir es que no eres un asesino. Quizá los medicamentos que le llevas al doctor Evazan...

Muftak levanta la mirada, su acuerdo debía ser secreto.

—Lo siento, pero todo el mundo lo sabe.

Todos en la mesa asienten al mismo tiempo. Muftak se encoge un poco más en su asiento, derrotado, al parecer es tan mal contrabandista como jugador de cartas, economista y ser vivo.

—Espera un momento —interrumpe Lirin Car'n—. No le estás dando narcóticos en este momento, ¿verdad? ¿El día de hoy?

*No. Porque Solo tiró mi cargamento. No tengo nada. ¿Por qué lo preguntas?*

—Greedo, el rodiano, va a tratar de atrapar o de matar a Solo. Ponda Baba y Evazan lo apoyarán. Pensé por un momento en un Evazan drogado hasta la nariz, que sin duda haría esa situación violenta aún más sangrienta, y me da un poco de alivio saber que no será así. Aunque ahora que lo digo en voz alta, no estoy tan seguro. ¿Qué Evazan es mejor? ¿El que está medicado o el que no?

*Necesito un trago*, dice Kabe y pasa por debajo de la mesa para ir a la barra.

*Voy a morir*, repite Muftak.

—Bueno, Muftak, ya que estás al borde de la muerte, ¿qué tipo de criatura serás? ¿Una que valora a sus amistades? ¿O el dinero? ¿Bajo qué código has vivido?

Muftak sacude su pequeña trompa de un lado a otro. Voltea hacia la barra. Ve todo tipo de personas: amigos, enemigos, prospectos financieros y peligros. Cada uno tan dispuesto a acuchillarlo y a robarle como a ayudarlo, está seguro.

Entonces, ve la mejor parte de un lugar como Mos Eisley y una nueva esperanza lo inunda.

Un adolescente entra y voltea a ver a todas partes, sus ojos tan abiertos como las estrellas y su piel resplandeciente de juventud. Muftak sabe que nunca ha estado ahí, pues trata de entrar con su droide traductor. Un hombre más viejo y sabio lo sigue. Muftak voltea a ver al chico y trata de imaginarse cuánto dinero podrían tener él y su padre, cuánto podría robarles o embaucarles. Saber que puede tener un nuevo trabajo, un nuevo proyecto, un nuevo objetivo, lo emociona.

*Lirin Car'n*, dice Muftak volteando a verlo, *nunca debí haber aceptado el kloo horn de tu padre, de Myo...*

—¿Aceptado? —grita Myo golpeando la mesa.

—Deja que termine —pide Djas Puhr.

*Todos sabemos que ese kloo horn significa más que cualquier pago que hubiéramos recibido. Debimos haberlo cuidado, todos nosotros, y cuidarte a ti, y entre nosotros, pero no lo hicimos. Esto... creo que esto es lo que nos separa de los animales.*

—Técnicamente hablando, Muftak, creo que tu especie es animal —dice Djas Puhr.

*A nadie le cae bien un pedante*, le recuerda Muftak.

—No eres pedante, eres un sabelotodo —acuerda Myo y gruñe. La mesa entera se sorprende, pues el intelecto de Myo no impresiona a nadie, menos a sí mismo—. Solo

nos vemos como dinero, nada más. Hoy, mañana o algún día, uno de nosotros tendrá una recompensa y lo atacaremos. Me llevé tu cosa esa, Lirin Car'n. Sí, y sabía que estabas borracho y sabía que la querrías de vuelta y sabía que podía empeñarla para conseguir el dinero que no tenía. De la misma manera que Muftak sabía lo mismo y me la robó. Y ambos volveríamos a hacerlo sin dudar.

—No estoy tan seguro —dice Djas Puhr volteando a ver a Muftak.

—Así funciona el mundo —asegura Lirin Car'n, decepcionado—. Especialmente en Mos Eisley. La vida es barata, los kloo horns son aún más baratos, y el dinero manda.

—Propongo una apuesta, amigos —continúa Djas Puhr—. Yo digo que Han Solo vive para ver otro amanecer, a pesar de que las probabilidades están en su contra, porque es un hombre con muchos amigos. También digo que Greedo no consigue su recompensa, ya que no tiene amigos, de no ser por aquellos a quienes les paga.

La mesa lo considera y se pregunta por qué.

—Apostemos a la naturaleza del universo. ¿Quién ganará? ¿El hombre con amigos o el que busca enriquecerse a toda costa? Si tengo razón, Lirin Car'n, yo le pagaré tu deuda a Myo. Myo, yo le pagaré tu deuda a Muftak. Muftak, pagaré lo que tú y Kabe le deben a Ackmena por la renta. Y si me equivoco, bueno, Greedo matará a Solo, Evazan matará a Muftak o tal vez lo haga Chalmun o quizá hasta Myo. Myo descubrirá que Kabe le robó el kloo horn a Muftak y que lo empeñó y, probablemente, también la mate a ella por haberle arrebatado la oportunidad de matar a Muftak. Lirin, tu deuda seguirá sin pagarse, por lo que Greedo, más confiado que nunca y vistiendo piel de wookiee y con la cabeza de Solo montada en su pared, te lastimará mucho, si no es que te mata, porque entonces será un asesino y los asesinos nunca se detienen. Te drenará cada gota de sangre y, cuando estés seco... —Djas Puhr no tiene que terminar la oración—. Yo tendré que buscar un nuevo grupo de personas con el cual asociarme, y es una lástima, porque me he encariñado con ustedes. Por sus tonterías.

Los ahí reunidos repasan cada palabra que Djas Puhr ha dicho y se dan cuenta de que ha hablado con una exactitud infalible.

*Iré a ver al hombre con nariz de puerco, suspira Muftak, le diré sobre el cargamento de narcóticos desechado. Se da la vuelta y hace una pausa. Lo siento, Lirin Car'n; lo siento, Myo.*

Djas Puhr levanta su copa en honor a Muftak.

\* \* \*

Nadie se siente más solo que Muftak al caminar en el frío y oscuro interior de la cantina de Mos Eisley. De pronto, siente algo en su mano, una bebida que le entrega Kabe.

*Parece que la necesitas más que yo, amigo, chirría ella.*

Y así es. Así que se la toma. Es fría, suave y deliciosa, es un poco de alivio servido en un alto vaso azul. Tal vez Djas Puhr tenga razón.

En la barra, con un ojo en la puerta y otro en Muftak, asume Djas Puhr, está el doctor Evazan y al lado de él está Ponda Baba. Un poco más atrás está Chewbacca, listo para apoyar a Muftak como lo prometió, guardando un espacio para él. Muftak sabe que no puede hacer más que llegar a ese lugar y explicarles a los psicópatas que no tiene sus drogas ni su dinero.

Decide tranquilizar sus nervios con la bebida antes de ser asesinado, pero en lo que comienza a tomar su bebida, el adolescente y el anciano toman su lugar en la barra.

Muftak suspira, lo único peor que esperar es tener que esperar cuando por fin te has armado de valor para hacer lo que ibas a hacer y no saber cuánto tiempo tendrás que esperar. Así que decide hacer lo único que tiene a la mano, tomar más lento.

Antes de que lleve la mitad del vaso, el loco aqualish ataca al adolescente en la barra y, antes de que alguien en la cantina se dé cuenta de que está pasando algo completamente fuera de lo normal, el anciano parece encender el aire y corta a Ponda Baba y al doctor Evazan con pura luz antes de que puedan tocar el cabello dorado de su hijo. El caos dura medio segundo, hasta que el aire deja de crujir y el anciano y su hijo siguen a Chewbacca hacia la mesa del contrabandista, lejos de los lunáticos. Al ver a Muftak, Chewbacca se encoge de hombros. A veces las cosas se resuelven por su cuenta.

Greedo, detrás del anciano y del wookiee, ve cómo sus guardaespaldas yacen en el suelo y siente que su suerte comienza a cambiar. Greedo es demasiado tonto para darse la vuelta e irse. Muftak conoce ese sentimiento muy bien.

\* \* \*

Muftak regresa a la mesa en la que Lirin Car'n se enoja al ver tocar a la banda y Djas Puhr se ve contento.

*¿Sabías que eso pasaría?*, pregunta.

—No, pero ¿no es maravilloso? —dice Djas Puhr, verdaderamente contento.

Djas Puhr se levanta para dejar que Muftak vuelva a sentarse en la esquina, atrapado al lado de Kabe, entre Lirin Car'n y Myo.

—Yo debería estar ahí —reprocha el bith.

—¿En dónde? ¿En la barra? ¿También quieres pelear? —pregunta Myo, mirando fijamente el lugar donde sucedió la acción, como si la sangre tuviera cierta atracción natural para los abyssin.

—¿Qué? No, en el escenario, yo debería estar tocando —responde.

*Pensé que odiabas la música*, dice Muftak.

—Odio ser un músico —responde Lirin Car'n en un momento de claridad.

*¿Hay alguna diferencia?*

El bith se inclina para ver a la banda en el supuesto escenario de ese basurero; tocan su típica melodía alegre y síncopa.

—Una te llena el corazón y otra te lo rompe —responde Lirin Car'n.

*Eso es una locura, dice Muftak, ¿cómo podría algo tan hermoso ser una carga? Tienes un gran talento. Un verdadero talento. Si yo tuviera algún talento, el que fuera...*

El ruido de un bláster irrumpe la cantina y Greedo, sentado frente a Han Solo en una mesa, cae al frente, humeando, muerto. Todos voltean a verlos fijamente, menos Djas Puhr, que voltea a ver a Muftak y sonrío.

Muftak se rasca la cabeza. Con Greedo, Evazan y Ponda Baba muertos...

*Parece que debes una fortuna, le dice a Djas Puhr, quien solo levanta los hombros, ¿por qué sonrías? Perdiste la apuesta y ahora nos debes a todos algo. Sé que te va bien como rastreador, pero a nadie la va tan bien para pagar tantas apuestas.*

Djas Puhr esconde su mano debajo de la mesa y de entre sus piernas saca el kloo horn de Lirin D'avi, quien se lo dio a su hijo Lirin Car'n, quien lo perdió con Myo, quien lo perdió con Muftak, quien lo perdió con Kabe, quien se lo vendió a un chatarrero que se lo vendió a él. Lo coloca sobre la mesa y todos se quedan en silencio por un segundo.

—Eso —dice Myo— es un buen chiste.

Es de noche: el nudo de los eventos del día se enredó y desenredó alrededor del cuello de muchos. Algunos escaparon, otros no, y algunos más solo querían llegar a su hogar en una sola pieza. Muftak se sienta en la barra y bebe; cada trago es un alivio, cada sorbo es más dulce y lo disfruta más que el anterior. Lo inunda un romanticismo hacia todo en esa noche. Muftak, enamorado del mundo, sigue tomando.

La fortuna por fin le sonrió, aunque fuera un poco, en la mesa de sabacc con sus amigos. Ha dejado a un lado la mitad de lo que le deben a Chalmun para poder quedarse en las tuberías y se toma el resto, levanta copa tras copa, feliz de poder vivir para ver otro día. Nada sabe tan bien como la bebida que Kabe le dio horas antes, pero Muftak seguirá tomando hasta encontrar el mismo sabor.

Cuando casi se cae del banco, dejan de servirle. Cuando por fin se levanta y da el primer paso tambaleante hacia su hogar, se da cuenta de que Lirin Car'n lo acompaña con cuidado y con cierta preocupación para que llegue sano y salvo a donde dormirá esa noche, en los túneles bajo sus pies. Soñará con el resultado del día siguiente y del siguiente, hasta encontrar el que cambie su fortuna.

Resulta que, a veces, los amigos se cuidan mutuamente, hasta en un lugar como Mos Eisley, y eso puede hacer toda la diferencia del mundo.



# SEGURIDAD AÑADIDA

Paul Dini



Jabba me había pedido que lo viera en el muelle de embarque número 94. Me dijo que era un trabajo de recolección y necesitaba un poco de seguridad. Al ver a los tontos que trajo me di cuenta de que era cierto. Ni un solo profesional entre todos. Estaría mintiendo si dijera que no me agradaron los susurros sorprendidos cuando llegué a la escena. Así es, amigos, Fett está aquí, háganme un favor y háganse a un lado cuando les disparen. No quiero tener que tropezarme con sus inútiles cuerpos cuando empiece lo bueno. Perdón, si es que se pone bueno. No hay razón para emocionarme todavía.

Muy bien, wookiee, hay dos maneras de que pase esto. En la primera platicamos amablemente, Jabba recibe el pago de Solo y todos nos vamos felices. En la segunda, alguien se pone un poco ansioso, ZIP ZAP, Jabba se deshace de un bueno para nada y yo consigo una nueva piel para mi colección. Aún no sé cuál preferiría.

Yo no tenía nada que hacer aquí, pero eso me pasa por quedarme en Tatooine tratando de conseguir unos cuantos créditos imperiales. Debí haberme ido de este polvoso planeta ayer, pero intercepté una comunicación imperial en la que decían que Vader estaba buscando un par de droides. Pensé que sería fácil ganarme la recompensa y, al mismo tiempo, quedar bien con el jefe. Todavía está un poco enojado por los espías rebeldes que calciné en Coruscant. Idiotas, me atacaron con disruptores, ¿creían que no tendría un acelerador de armas? Primero hubo un



flashazo, luego un BOOM y, después, tres pequeñas pilas de ceniza. Intenté cobrar esa recompensa, pero lord «¡Sin desintegraciones!» se rehusó a pagarme si no tenía los cuerpos. Al parecer mi palabra no es suficiente. Pensé que enmendaría ese error encontrando los droides y manteniéndolos en cautiverio hasta que me ofrecieran el doble.

Eso no sucedió. Seguí las huellas de uno hasta que desaparecieron en el rastro de un reptador de las arenas de los jawas. Decidí seguirlo hasta que encontré que alguien había acabado con los jawas. «Alguien», y con eso quiero decir un novato, trató de fingir un ataque de los moradores de las arenas, probablemente stormtroopers, por los disparos tan erráticos. Algunos dirán que sus disparos son precisos, yo digo que no pueden atinarle ni al trasero de un bantha. Al menos tuvieron la inteligencia de eliminar a todos los que hubieran visto a los droides. Simplemente tuvieron mala suerte los cuerpos calcinados de los granjeros que encontré en una granja de humedad. Entré y descubrí que ahí vivían tres personas, no dos. Apuesto a que el tercero huyó con los droides. Los cazaré cuando termine esto. Vader podría hasta triplicar la recompensa si le llevo al fugitivo y a los droides. Sí, sí, ya sé, cuerpo completo, sin desintegraciones.

Hasta entonces, aquí estoy, dándole un poco de credibilidad a los vagos e insectos a los que Jabba llama guardaespaldas. Por supuesto que quiere que intimidemos a Solo, el perdedor más grande de la galaxia; podría matarlo solo como práctica de tiro, pero yo nunca trabajo gratis.

¿Imbécil? ¿En serio me quieres llamar así, Solo? Pruébalo con tu bláster, maldito querendón de wookiees. Esparciré tus tripas por ese pedazo de chatarra que usas como nave. Tranquilo, bola de pelos, pon las manos en donde pueda verlas. Nadie va a atacar, aún. Si quieres que empecemos, puedo mover mi bláster un poco para que veas las trenzas de los wookiees que he matado, listo. ¿Qué te parece? Míralo bien, tal vez alguno de ellos fue tu amigo. ¿Tal vez algún familiar? Lo que sí diré es que eres muy inteligente, no te inmutas con nada. Frío como el hielo.

Mientras, Solo trata de ganar un poco de tiempo, con el mismo truco de siempre. «Te pagaré mañana con el trabajo que haré hoy». Basura. Huirá en cuanto tenga oportunidad y tendré que ir a cazarlo. Por mí está bien. Mientras más trabaje, más me pagará Jabba por la cabeza del contrabandista.

No es que tenga algo en contra de la babosa gigante, su dinero es tan bueno como el de cualquiera y mejor que el de muchos, pero negocios son negocios y ambos sabemos cómo sacar ventaja cuando podemos. Mi madre me enseñó a no ser un tonto, técnicamente mi madre fue una máquina, pero es un decir.

Aun así, no puedo evitar pensar que Jabba me considera un amigo, o lo más cercano que tiene a uno, más que el lamebotas de Fortuna y el ratón que tiene como mascota. A veces, cuando las luces se apagan en el palacio y toda la basura está dormida, Jabba saca una botella de su gardulla más fino, despierta a Rebo, le pide que toque algo silencioso y triste y me invita a tomar unas copas. Así que me quito el

casco, pero nunca mi bláster, y los tragos llegan unos tras otros. Entonces el Hutt habla, y mucho, cosas personales que nunca nadie más escuchará, historias de amores perdidos, de enemigos aplastados, de tratos rotos, de arrepentimientos, posibilidades, de todo lo que carcome su alma, si es que tiene una. Por supuesto que no entiendo ni una palabra de lo que dice, pero la bebida es buena y la compañía, considerando lo que Jabba paga, es tolerable.

¿Qué? ¿Ya acabamos? Jabba le dio a Solo una extensión. Increíble, después de que Solo matara a Greedo y pisara la cola de la babosa. Jabba se está volviendo débil, eso o cree que Solo tiene conexiones con otras personas que tienen los bolsillos llenos. Debe de ser eso. El Hutt puede oler el dinero, y nunca lo engañan. Tu vida es muy afortunada, Solo, y me gustaría cambiar eso, y la tuya también, wookiee. Ese pelaje café será un gran trofeo. Algún día. Por ahora Jabba solo dice «boska», y cuando el jefe dice *boska*, es hora de *boska*. Aprovechando que está de buenas, quizá le pida una copa de ese alcohol bueno, después de lo acontecido hoy, sin duda me caería muy bien.

# ME DEBES UN TRANSPORTE

Zoraida Córdova



**B**rea Tonnika no podía recordar dónde estaba; al menos, no al principio.

El olor a vino y a perfume haliat en su piel la ayudó a enfocarse en el cuarto lleno de grietas y manchas; mientras menos supiera sobre esas manchas, mejor. Todavía estaba cruda, por lo que se escondió de los rayos de luz que se colaban entre las cortinas y volvió a la dura cama. Por más que lo intentaba, no podía alejarse de la cacofonía de los gritos de mercaderes y los transportes que transitaban por ahí. Durante varios años, Brea y su hermana se han quedado en lugares apestosos, pero la mejor habitación en renta en Tatooine es apenas mejor que poner una tienda de campaña en el desierto.

La puerta se abrió y Brea tomó el bláster que estaba en la mesa al lado de la cama.  
—Por fin despertaste —dijo Senni Tonnika.

Brea y Senni Tonnika eran parecidas de muchas maneras; por ejemplo, tenían la misma complexión, piernas musculosas y cabello oscuro y trenzado. Los mismos enormes ojos expresivos y la misma sonrisa cuando ponían su mira en un objetivo. Pero ahí terminaban las similitudes. A veces Brea deseaba tener la misma habilidad que Senni para conquistar a los extraños con simplemente voltear a verlos. Senni era alta y su cabello la hacía ver mucho más alta; encontraba cierto poder al hacer negocios con alguien viéndolo desde las alturas, el problema era que los negocios últimamente eran pocos e inconstantes, y cumplirlos se había vuelto mucho más difícil con la llegada de las tropas imperiales.

—Dime que no son frijoles y pan otra vez —dijo Brea al levantarse y tomar una bata del suelo.

Senni se quitó las botas y colgó su abrigo en un gancho detrás de la puerta. Lanzó una pequeña bolsa de fibra hacia el otro lado del diminuto cuarto. Dos camas, una regadera y una mesa para sus armas. Era lo único que necesitaban.

—No son frijoles otra vez —dijo Senni, tratando de no reírse mientras su hermana abría la bolsa llena de pan.

Brea arrancó un pedazo de pan y se lo metió a la boca, sus labios aún tenían rastros de su labial metálico favorito.

—Odio este lugar —dijo, saliendo por fin de la cama; se sentó en la mesa llena de blásters y rifles. Tomó su pistola favorita; era azul como las rosas itorianas.

—Podríamos quedarnos en el palacio —agregó Senni—, sabes que Jabba te tiene cierto cariño.

—Nos tiene —corrigió Brea, masticando con la boca abierta para molestar a su hermana—, y que lo llamen *palacio* no lo hace uno de verdad.

—Hablando de cosas demasiado mocosas, Su Alteza, la babosa, tiene un trabajo.

—¿Qué es?

—Si lo supiera, no estaría aquí, esperando a que se te baje la cruda.

—Me siento perfectamente bien.

—Si no fuera por mí, ayer hubieras besado a un pirata rodiano —exclamó Senni, echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

Brea hizo una cara de asco, tratando de recordar la noche anterior, pero solo había oscuridad; a decir verdad, la oscuridad era mejor que los recuerdos que trataban de regresar a su mente. Sangre y blásters, trabajos que habían salido tan mal que no sabía si algún día se repondría. Esos recuerdos no tenían lugar en el presente. Hizo lo que su hermana le pidió y se bañó con agua tibia con un olor a químicos que no podría nombrar.

Cuando estuvo lista, se paró frente a Senni, quien, sin decir una palabra, le subió el cierre de su traje de cuero completo. Cada hermana estaba armada con un bláster en la cintura y un cuchillo en la bota. Se pusieron sus capas y salieron a la seca y sofocante calle, en donde era imposible no inhalar arena. Se subieron a un speeder y aceleraron hacia el palacio de Jabba.

\* \* \*

Brea y Senni vieron la puesta de los soles desde una pila de rocas. Tatooine era un páramo sin delicias culinarias, pero pocas cosas en la galaxia se comparaban con su atardecer.

Las hermanas Tonnika caminaron lentamente por el cavernoso corredor que llevaba al húmedo salón en el que Jabba daba audiencias. El olor corporal de la

babosa era imposible de olvidar. Brea siempre se tapaba la nariz hasta que estaba lista para soportar el olor, pero a Senni no le molestaban ese tipo de cosas. Solo quería saber cuál era el siguiente trabajo; sus cuentas estaban casi en ceros y sus rostros eran de los más buscados en cada base criminal de la galaxia. Senni Tonnika mantuvo la cabeza en alto, sus trenzas se columpiaban de lado a lado detrás de sus amplios hombros cuando entró.

Usaban leotardos de diferentes colores, el de Brea era azul y el de Senni verde, como el ácido. Caminaron entre la multitud saludando a quien las saludaba. Jabba seguía escondido entre las sombras, dormitando como siempre, sin importar lo ruidosa que pudiera ser la corte a su alrededor.

Brea ordenó dos atardeceres de Tatooine a una mesera, ignorando la mirada que le lanzó su hermana. Eligieron un lugar vacío contra la pared desde donde podían observarlo todo.

—Ugh —murmuró Brea. Desde que eran pequeñas habían desarrollado una forma de comunicarse sin tener que intercambiar muchas palabras. Los oscuros ojos de Brea voltearon al otro lado del cuarto, en donde estaba Bib Fortuna, acosando a la banda. Sus resplandecientes ojos rojos le daban escalofríos.

—No falta mucho —aseguró Senni mientras tocaba el hombro de su hermana, pero manteniendo la misma mirada firme.

Pero sí pasó un largo tiempo antes de que Jabba se dignara a despertar, a pesar de haber sido él quien solicitó la reunión. Nadie lo cuestionó, nadie se quejó de que lo hubieran estado esperando o de que la banda había tocado otra vez las mismas canciones que cuando llegaron al palacio. Brea se tomó otra alta bebida naranja y rosa, le sonrió a un wookiee con una cicatriz en la cara, después observó que la chica twi'lek movía sus muñecas al ritmo de las trompetas; al final no fue la música lo que despertó a Jabba, sino el rugido de un rancor que vivía en una jaula debajo de su trono.

Senni y Brea voltearon a verse y después su atención cambió al resto de los cazarrecompensas ahí reunidos. Hubo un momento de silencio, incluso la banda Max Rebo se detuvo. Un gruñido hizo eco por los cuartos y pasillos del palacio, y Brea sintió que su pulso se aceleraba porque sabía lo que pasaría si Jabba movía su trono hacia atrás y abría la escotilla. Había visto a cazarrecompensas y a esclavos caer en la oscuridad para nunca volver a ser vistos.

En vez de alimentar a su mascota, Jabba abrió su boca llena de baba y rio.

—Reúnanse, amigos míos —ordenó Jabba en huttés. Después volteó a ver a la banda con sus ojos reptilianos—. ¿Acaso les pedí que dejaran de tocar?

Max colocó sus regordetes dedos azules sobre su órgano y empezó a tocar una alegre melodía mientras los cazarrecompensas se acercaban al trono de Jabba.

Senni se paró frente a su hermana, como si pudiera protegerla con su cuerpo. Volteó la mirada de un lado al otro y observó a los demás invitados, entre ellos no era una huérfana ni la hermana de alguien, era una cazarrecompensas, una ladrona y una

contrabandista. Era capaz de muchas cosas, aunque fuera el rostro de su hermana el que estaba en las listas de criminales más buscados por asesinato.

Sin importar lo que fuera este trabajo, Senni lo haría; necesitaban huir de ese planeta y llegar a un lugar en el que sus rostros y nombres no fueran reconocidos por los escáneres. Solo así podrían tener una vida normal, pero, para lograrlo, necesitaban créditos, muchos, y solo Jabba podía ofrecer una paga así.

—Como muchos de ustedes saben —empezó Jabba en su lengua natal—, Han Solo perdió mi cargamento. Ignoró mi convocatoria y quiero que lo traigan a mí. Mis fuentes me dicen que está tratando de salir del planeta lo antes posible. Quien me traiga a Solo vivo será recompensado.

Hubo un gran murmullo. Un cazarrecompensas de cabello oscuro y chamarra negra volteó a ver a Brea y después a Senni, pero las hermanas se mantuvieron en silencio y esperaron. El wookiee con la cicatriz en la cara dio un paso adelante, las hermanas no entendieron sus rugidos, pero sin importar lo que hubiera dicho, Jabba soltó una carcajada.

Brea vio a la babosa echar la cabeza hacia atrás, su cola se movía alegremente de un lado al otro, y ella se preguntó si algún día dejaría de reírse. Se movió al ver que la gente empezaba a ponerse nerviosa, sabían lo que pasaría ahora.

Senni tomó la mano de su hermana y ambas dieron un paso atrás, la escotilla debajo del wookiee se abrió y su aullido se ahogó entre las notas de las trompetas.

—Traíganme a Solo —repitió Jabba cuando los gritos del wookiee terminaron y lo único que se escuchaba era la banda y el crujir de los huesos del wookiee entre los dientes del rencor.

\* \* \*

Brea y Senni discutieron el trabajo una y otra vez durante toda la noche y hasta la mañana siguiente.

—Yo digo que no vendrá con nosotras —dijo Brea.

—No puede seguir enojado por lo que pasó con Lando, fue su idea.

Brea quería corregir a su hermana, muchas cosas habían pasado entre ellas y el presumido contrabandista; quizá no eran amigos, pero sí compartían una historia. Cuando Jabba anunció su precio, hizo que los cazarrecompensas se convirtieran en enemigos, alguien tenía que salir triunfante, ¿por qué no podrían ser ellas?

—No importa —insistió Brea—. Solo nos verá y se echará a correr. No vendrá por las buenas.

—Entonces no lo tomaremos por las buenas —respondió Senni, lamiéndose los labios coquetamente.

—¿Acaso te olvidas de su guardaespaldas wookiee? Senni, es Han, si tiene aunque sea una neurona en su testarudo cerebro ya tiene un plan para huir. Ya

encontraremos otro trabajo.

—¿Ah, sí? —rio Senni y cruzó los brazos—. ¿Cuándo?

—No lo sé, pero...

—Pero nada. ¿Cuándo empezaste a tener compasión por Solo? Has maldecido su nombre a lo largo de la galaxia por muchos años. Necesitamos una nave rápida para conseguir créditos. Alguien lo llevará, ¿por qué no somos nosotras?

—Lo entiendo —dijo Brea frunciendo el ceño. Senni la había sorprendido—. Solo tiene una deuda pendiente conmigo, pero nunca he sido lo suficientemente valiente para cobrarla. Él fue el responsable de mi humillación más grande y eso nunca lo olvidaré.

Senni estaba atónita ante su propia falta de conciencia. ¿Cómo pudo haber confundido la inseguridad de su hermana con preocupación?

—Es tu decisión. Esta podría ser la oportunidad de conseguir lo que siempre hemos querido.

En su diminuto cuarto en el corazón de Mos Eisley, Brea y Senni Tonnika se vieron fijamente sentadas en las orillas de sus camas individuales. «Es lo que siempre hemos querido». Libertad. Paz. Vida. Todos saben el destino que les espera a personas como ellas: muertas en una explosión, en prisión o frente a un bláster.

Entonces Brea hizo la cara que siempre hacía cuando estaba a punto de hacer algo malo. Podrían tenerlo todo. La libertad y paz mental que siempre habían querido. Todo.

—Tengo una mejor idea —le dijo a Senni, que levantó una ceja.

—No será como cuando nos metimos al palacio Organa para robar joyas reales y terminamos escondidas en un basurero dos días, ¿verdad?

—Por última vez —respondió Brea volteando la mirada—, me dieron mal la información, ¿cómo iba a saber que las amas de casa no usan color naranja?

—O la vez que...

—Ya, basta —interrumpió Brea, y esta vez su hermana escuchó—. Podemos tenerlo todo, la nave, los créditos y sin perder ninguna extremidad en el intento.

—¿Cómo?

—Robemos el *Halcón*.

\* \* \*

Cuando Brea Tonnika entró a la cantina de Chalmun se sintió de la misma manera que en su primera estafa en Kiffex. Le sudaban las palmas de las manos y su corazón latía tan fuerte que sentía que se le saldría del pecho. En ese entonces, ella y Senni trataban de ayudar a un amigo a salir de un centro de detención; no se trataba de créditos, sino de lealtad. Todo había salido a la perfección hasta que un guardia regresó a su puesto antes de tiempo y las atrapó. Brea se quedó atrás para cubrirles las

espaldas, sus sudadas y temblorosas manos dispararon para matar. Solo ella apareció en las cámaras de seguridad.

Después de eso no les quedó más que salir del planeta, correr y correr hasta encontrar un lugar al cual llamar *hogar* y que no fuera un apestoso cuarto rentado o un diminuto escondite en una nave de carga.

—Es la nave más rápida de la galaxia —Brea le recordó a su hermana.

—Eso es lo que Han dice y todos le tienen demasiado miedo para retarlo; además, con la recompensa de Jabba podríamos comprar una docena de naves veloces.

Ambas miran abajo al mismo tiempo, como si estuvieran pensando en lo mismo: el rancor devorando al wookiee debajo del palacio de Jabba. No era la primera vez que veían a la criatura en acción, pero cada vez que pasaba esperaban no tener que verlo de nuevo. Brea se preguntó si estaba dispuesta a sentenciar a Solo a ese destino. Pero se detuvo, endureció su corazón y recordó que proteger a Senni siempre sería su prioridad.

—No lo sé —suspiró Senni—, creo que Solo preferiría enfrentarse al Imperio entero antes que entregar su nave.

—Es una rata, una cucaracha —dijo Brea y rio—. Sé que está en algún lugar de este polvoso planeta buscando una nueva persona a quien estafar, pero tenemos que actuar pronto, Sen. Tenemos que llegar a la nave antes que los demás cazarrecompensas. El lugar está lleno de stormtroopers y, si las cosas salen mal, no voy a aliarme con el Imperio, no después de lo que le hicieron a nuestra especie.

—Eres una cazarrecompensas —le recordó Senni—. No puedes elegir tu trabajo.

—Si este es nuestro último trabajo, entonces sí podemos escogerlo.

Así que tomaron una decisión. Brea se abrió camino entre los oscuros pasillos de la cantina y se sentó en la barra, Wuher, el cantinero, apenas volteó a verlas, y cuando lo hizo, jaló una palanca para servir dos altos vasos que colocó frente a ellas. Con su característica antipatía balbuceó un «hola» y se fue a atender a otro cliente.

—Ahí está —le susurró Senni a su hermana.

Un par de clientes conocidos se sentaron al lado de ellas, ya estaban tomados y golpeteaban el suelo al ritmo de la música. Senni les sonrió a los dos y los entretuvo con una historia sobre un trabajo que habían hecho en el casino de Canto Bight. Mientras tanto, Brea monitoreaba la multitud. Un hombre con una bata entró y empezó a platicar con un piloto. A su lado, Senni seguía siendo tan encantadora como siempre.

—Te digo, no puedo hacer nada con esas cabezas de metal merodeando por aquí —le dijo uno de los locales a Brea mientras su labio inferior babeaba.

—Nunca había visto algo así —dijo el otro.

Eso llamó la atención de Senni y se unió a la conversación. Desde granjeros hasta mercaderes, nadie estaba contento con la llegada de los stormtroopers.

—¿Qué buscan? —preguntó ella.



—Parece que droides —respondió el hombre—. Y yo tengo un montón apilados en mi caseta por si quieren llevárselos.

Brea volteó a ver a su hermana y ambas frunció el ceño antes de dirigir su atención a la cantina. Entonces vio entrar a un joven granjero, su cabello era dorado y aun en la oscuridad del cuarto podía ver lo brillantes que eran sus ojos. Tenía cierta inocencia al pedirle a sus droides que lo esperaran afuera, después caminó hacia el viejo con la bata café.

A Brea le cayó bien por alguna inexplicable razón. Tenía la inocencia que ella y Senni nunca tuvieron.

Entonces, Brea tomó el brazo de su hermana.

—Muelle de embarque 94.

\* \* \*

—Algo raro está pasando —le dijo Senni a su hermana mientras corrían por las abarrotadas calles de Mos Eisley. Todos los edificios se veían iguales y todas las personas llevaban puesta una capa para protegerse de la arena. Era el puerto perfecto para desaparecer entre la multitud si eso era lo que buscabas.

—Siempre está pasando algo raro —dijo Brea—. Hay tanto calor en este maldito planeta...

—Por supuesto que hace calor, es un desierto. Sabes a lo que me refiero, a que algo terrible está por suceder.

Brea se hizo a un lado al toparse con un niño en una hover bike. Le hubiera gritado si no tuviera tanta prisa por llegar a su destino.

—Escúchame —le dijo a Senni—, las cosas malas siempre van a pasar. Pasaron en Kiffex, pasaron en Naboo y pasan en Tatooine. Siempre habrá una guerra y siempre habrá alguien que quiera encerrarnos, pero lo único que podemos hacer es sobrevivir, Sen. Sobrevivir hasta que nos lo impidan.

Llegaron al muelle de embarque y ahí estaba: el *Halcón Milenario*. Sucio y pidiendo a gritos que alguien lo lavara, pero las hermanas Tonnika sabían lo rápido que podía viajar. En ese momento, ambas tuvieron los mismos recuerdos de noches interminables a bordo de ese grandioso pedazo de basura a través de la galaxia. Pero eso era el pasado. Recuerdos y nada más.

—¿Recuerdas cómo encender el panel de control? —le preguntó Senni a Brea.

Brea levantó los hombros, pero un ligero temblor en sus labios delató sus verdaderos pensamientos.

—Lando me enseñó un par de cosas.

Dieron un paso hacia el *Halcón*, pero una risa conocida hizo que se detuvieran en seco, era Jabba. Brea jaló a su hermana a un lado y se escondió detrás de un par de cajas.

—¡Demonios! —siseó Senni.

—¿Cuántos son? —preguntó Brea.

Senni hizo una señal de negación. Se levantó un poco y echó un vistazo por encima de las cajas; Jabba y al menos cinco cazarrecompensas rodeaban el *Halcón* como ratas womp. Había demasiados, todos enfocados en lo mismo, la entrada de la nave. No había cómo entrar en ese momento. Robar el *Halcón* mientras la cabeza de Solo tenía precio sería como robarle a Jabba, pero valdría la pena. Brea se maldijo por no haber actuado antes, por permitir que sus dudas las detuvieran. Habían llegado demasiado tarde.

—¿Por qué contrataría a cazarrecompensas si ya sabía dónde estaba Solo? —se preguntó Brea.

—Te lo dije, algo raro está pasando. ¡Tenemos que irnos de este planeta!

—¿Cómo? No podemos llegar a nuestro transporte —dijo Brea frustrada.

—Encontraremos otra forma, siempre lo hacemos.

Brea recordó cuando fueron polizontes en una nave de Ohnaka Gang, o la vez que se quedaron varadas en el espacio salvaje, o la vez que destrozaron su cuarto en Coruscant solo para molestar a Lando. Senni tenía razón, siempre encontraban otra forma.

Brea le sonrió a su hermana y esperó a que la zona estuviera despejada; en cuanto Jabba y sus hombres dejaron de ver en su dirección, salieron del hangar y regresaron a la calle.

Brea y Senni Tonnika necesitaban un nuevo plan para ser libres. Parecía que esa vida estaba tan lejos como el espacio profundo de la galaxia. Pero, por ahora, mientras estaban escondidas en un callejón, al menos se tenían una a la otra.

—Me debes un transporte —le dijo Senni a su hermana después de un largo silencio.

Brea quería decirle que le debía mucho más que eso.

Querían ver el siguiente paso de Jabba, pero una pelea se adueñó de las calles. Brea levantó su capucha para ver mejor lo que pasaba manteniéndose pegada a la pared y vio a un grupo de stormtroopers marchar con sus blásters desenfundados. Su presencia inició un murmullo en las calles y todos los vieron correr al muelle de embarque 94.

Entre todo lo que pasaba, algunas personas pedían a gritos que los stormtroopers entraran en acción; esa distracción le dio una idea a Brea.

Los hangares contiguos se habían quedado sin nadie que los vigilara. Cualquier nave de Jabba se vendería muy bien y, si ese sería su último trabajo, lo harían con estilo.

—¿Qué sucede? —susurró Senni al oído de su hermana y estiró el cuello para tratar de ver lo que pasaba.

—Nos vamos de este planeta.

Brea sonrió, tomó a su hermana de la mano y la guio hacia la calle, sabiendo muy bien que no dejarían de correr hasta que estuvieran rodeadas de estrellas.

# LOS SECRETOS DE LONG SNOOT

Delilah S. Dawson



—¿**S**abes cuál es tu problema, Long Snoot?

Me dice el humano al tiempo que me da un codazo para llamar mi atención, y yo se lo permito.

—¿Cuál? —le pregunto. Me es difícil hablar su idioma, debo forzarlo a través de dos hileras de dientes y después por mi sensible hocico, un órgano capaz de producir miles de emociones en mi propio idioma con un solo movimiento.

—Eres un espía engreído. Eres inmoral y arrogante al mismo tiempo. Verás, puedes ser uno o lo otro, pero no puedes ser ambos —dice mientras agita de lado a lado el ácido que considera una bebida; los humos que emana hacen que se me arrugue el hocico—. Crees que eres mejor que nosotros, finges que no eres más rico que nosotros, que encajas en un lugar como este, pero solo eres otro extraterrestre metiendo tu asqueroso rostro donde no te incumbe.

—Tomaré eso en consideración —le respondo al tiempo que mi hocico se arruga creando un elegante poema que él nunca entenderá.

—Vaya —contesta el humano y se levanta—. Ni siquiera sabes cuándo te están insultando. No eres lo suficientemente inteligente para ofenderte.

El hombre se va a otra mesa llena de humanos tan escandalosos como él, se ríen de mí, de la criatura con el largo hocico que se esconde detrás de varias capas de ropa y unos *goggles*. Me fastidia su especie, son ruidosos, groseros, ingenuos y analfabetas, especialmente en los planetas del borde exterior, como Tatooine. Su

sudor apesta a miedo y desesperación. Están atrapados aquí igual que yo pero, a diferencia de mí, ellos eligieron esta vida.

—¿Sabes cuál es tu problema? —murmuro en mi propio idioma—. Que tu especie entera se cree un sol alrededor del cual orbitan hermosos planetas y lunas, pero en realidad no son más que una piedra más, destinados a orbitar alrededor de algo más grande, ingenuos de su propia insignificancia.

El hombre no lo hubiera entendido, aunque se lo dijera en su propio idioma. Pronto descubrirá que su bolsa de piel llena de créditos ha desaparecido. Ese es un idioma que sí entenderá, pues, verás, se equivocó al decir que yo era rico.

\* \* \*

Cuando llegué por primera vez a este lugar me llamaron Long Snoot; nadie se preocupó por preguntarme mi nombre o especie, lo que al principio pensé que era la descortesía más grande. Pronto descubrí que era una forma de que los ladrones y criminales se mantuvieran seguros, escondidos en un planeta en el que no vale la pena buscarlos. ¿Les dije que mi nombre es Garindan ezz Zavor y que vengo de una casa muy respetable de Kubindi? ¿O que mi clan es conocido por reproducir y cosechar una cepa muy buscada del escarabajo picolet? ¿Les dije que mis hijos son senadores, oradores y artistas reconocidos y que mis nietos llenan las guarderías y escuelas que traerán la gloria futura a nuestro enjambre?

No, no lo hice.

Para empezar, porque nadie me preguntó, pero también porque sus insignificantes pensamientos no me importan. Solo son carroñeros obligados a trabajar para un depredador más grande. El destino nos trajo aquí a todos, pero no me mantendrá por mucho tiempo más.

Volteo hacia abajo para ver mis cuentas en el datapad. Ayer era rico bajo cualquier descripción, entonces, un espía encapuchado me proporcionó un mensaje indescifrable de Kubindi. Hacía años que no escuchaba mi propio idioma y estaba más que listo para pagar la enorme cantidad que demandaba.

—Padre, ven a casa —dijo mi hija; cualquiera hubiera podido escuchar el pánico en su voz—. Madre ha muerto y la familia está en problemas. Nosotros...

El mensaje terminó ahí. El extraño desapareció y mi cuenta se quedó casi en ceros. No me importó. Al escuchar eso mi enfoque cambió.

Antes quería regresar a casa con riquezas para derrocharlas durante un tiempo de ocio. Después podría empezar a liberar a Kubindi del control del mentiroso Imperio. Ahora tengo alrededor de tres días estándares para conseguir suficiente información y créditos para salir de este planeta y llegar a casa, en donde deberé enterrar a mi pareja con todos los honores debidos y retomar el control de mi clan.

Pero mis conexiones son vastas y ya he logrado conseguir los códigos que necesito para llegar a casa. El momento se aproxima, así que ajusto mi capucha y mis *goggles*, salgo de la cantina y le dejo medio crédito al cantinero, Wuher, uno de los humanos más educados que conozco.

Es un placer estar en el exterior, lejos del olor a borrachos tontos y sin bañarse. La luz de este planeta me cegaría si me quitara los *goggles*, pero el aroma del aire nocturno es agradable. La arena limpia el viento y siempre enrosco mi hocico, feliz de oler el aire fresco. Sé que más tarde tendré que volver a adaptarme a otro olor, al de los enormes y cálidos dewbacks y rontos y a notas más ligeras de jawas, aceite y metal. La forma en la que los olores cambian entre sí con cada nueva brisa es como una sinfonía para mi nariz. Pero lo único que logran es que extrañe aún más mi planeta; esos olores me recuerdan mi hogar. No he probado paté de leevil o unas robustas piernas de beesh en años. Lo único más dulce será frotar hocicos con mis hijos y conocer a mis nuevos nietos, de los que estoy seguro que habrá muchos.

Atrapo una polilla y trato de tragármela antes de que pueda percibir su asqueroso sabor. Todo se ha reducido a comer polillas.

El aire se vuelve seco mientras corro por los callejones y por debajo de las tiendas de fábrica. Los humanos me miran, su sudor huele a desconfianza y ansiedad. Me ven como un monstruo salido de sus pesadillas, como una criatura deshonesto y horrible que solo vive para estafarlos y hacerlos sentir menos. Si tan solo supieran que yo los veo igual, pero además como opresores y esclavistas. Solo estoy aquí porque personas como ellos me trajeron y me abandonaron; ellos están aquí porque quieren.

Llego al punto de encuentro antes que mi contacto y me recargo en la pared de arcilla. Dejo que mis sentidos exploren la noche: encuentro criminales que cuentan créditos, asesinos con sangre en sus manos, guardias con blásters humeantes, mujeres ahogadas en desesperación, niños que se mueren de hambre y cientos de especies diferentes que duermen tranquilamente detrás de sus puertas cerradas bajo varios seguros. Esto es normal en las partes más pobres de Tatooine, toda la vida honorable está en las afueras, en las granjas de humedad. Las cosas que nunca huelo aquí son pintura fresca, la resina recién aplicada a un instrumento musical, el ligero olor a nuez de tinta recién usada o el maquillaje recién aplicado de los actores que están por salir a escena. De todos los lugares en los que un kubaz culto podría terminar, es irónico que esté en un planeta sin arte, decencia ni educación. Pero no importa, pronto me iré de aquí.

Huelo a mi contacto antes de verlo. Por supuesto que es un humano y está nervioso, sudando, su piel aún apesta a la armadura que ha usado todo el día, estafando, intimidando y matando a su propia especie por una orden que no termina de comprender, pero que no cuestiona. Sucede que yo tampoco cuestioné las cosas correctas y por eso estoy aquí.

Está agitado y aún trae su bláster. Mientras menos hable yo, más cómodo se sentirá él. Así que me limito a acercarle la bolsa de piel llena de créditos que le robé a

mi vecino en la cantina, la sacudo un poco y el ruido atrae su atención.

—Voltéala para que pueda ver bien —susurra.

Es una demanda tonta, hay demasiados créditos ahí, más de los que puedo sostener en mis manos, pero vacío suficientes para satisfacerlo. A pesar de los *goggles* puedo ver que sus ojos empiezan a brillar, quiere algo tanto como yo y ambos estamos dispuestos a hacer cosas por debajo de la mesa para conseguirlo; me pregunto qué hará con este dinero. Tal vez un criminal ha secuestrado a una chica que cree que es el amor de su vida o tal vez su hijo esté a punto de ser vendido al mejor postor. Quizás él también solo desea escapar de las mentiras del Imperio. No importa, guardo de nuevo las monedas en la bolsa y él la toma sin tocar mi guante y me da un pedazo de papel con varios códigos escritos en idioma básico.

—¿Estos me ayudarán a pasar el bloqueo? —pregunto.

El humano se echa hacia atrás al escuchar mi voz, me han dicho que les recuerda el chillido de los insectos, lo que tiene sentido, pues mi especie es descendiente de insectos. Nunca se cuestionan el hecho de que me haya molestado en aprender su idioma mientras que ellos ni siquiera intentan aprenderse mi nombre. Si yo le dijera que su voz me recuerda a los quejidos de un mono-lagarto kowakiano, seguro me dispararía sin pensarlo.

—Los códigos son buenos, al menos por unos días. Lo ideal sería que volaras en una nave sin armas, como comerciante. Nada que los rebeldes puedan usar.

Cuando dice la palabra «rebeldes» escupe al suelo y puedo oler que la arena absorbe la humedad. Así que este todavía cree que su bando es el bueno.

—Tu amigo está a punto de ser asaltado —le digo, y él se quita la capucha y voltea. El sonido de un golpe y un grito hace que salga corriendo por la esquina para ayudar a su compatriota, que lo había estado resguardando todo este tiempo. Mi trabajo ha terminado y desaparezco en la oscuridad.

El olor a su sangre me persigue. Hasta para los criminales este es un lugar peligroso.

\* \* \*

Vivo aquí, pero no diría que este es mi hogar. Mi especie construye hermosas y complejas colmenas, cada miembro ocupa una celda en la que sueña con larvas. Mi hotel en Tatooine se siente demasiado pequeño para ser un hogar y demasiado grande para ser una celda para dormir. Seguramente alguien guardó bestias aquí, pero prefiero los rastros de ese olor al de los humanos o al de las demás especies. Las bestias tienen intereses honestos, la mayoría de ellos obligados por su química corporal. Sus olores son predecibles, inofensivos y confiables.

Las personas emiten miles de feromonas en sus secreciones, sus pensamientos y emociones se entremeten como murmullos en un concierto. Tatooine no es un lugar

apto para personas que prefieren un lenguaje no hablado, en especial cuando quienes comunican ni siquiera saben que se están mintiendo. Es una pena que mi negocio me mantenga esperando horas y horas en una cantina; el aire está lleno de lujuria, codicia y miedo. Quizá por eso me odian, porque saben que alguien está escuchando todo eso.

Cierro mi puerta como todo el mundo. Mi luz azul es relajante y suspiro al quitarme por fin mi capucha y mis *goggles*. Me preocupa que al regresar a Kubindi mi familia y mis amigos se enfoquen demasiado en las arrugas que me ha dejado mi disfraz, las apretadas líneas de piel enmarcaron permanentemente mis ojos y hocico con un círculo. Mi cabello se mantendrá levantado, pero otras partes de mí se sentirán decaídas. Entre los kubaz pocas cosas pueden ser ocultadas, así que sin duda me veré fuera de lugar.

Mi datapad pita, alertándome sobre una nueva recompensa. Debo ser selectivo, ya que, a pesar de todas mis fortalezas, tengo también muchas debilidades, y solo elijo trabajos que no las expongan. Por ejemplo, nunca acepto uno en el que deba pelear con alguien, nunca mato, no secuestro, difícilmente uso mi bláster, pero me aseguro de que todos lo vean. La información es mi moneda de cambio y, afortunadamente, eso es lo que se necesita ahora. El Imperio ha puesto una muy buena recompensa sobre cualquier información que los conduzca a dos droides específicos: uno dorado y uno chaparro. Mañana temprano los encontraré; mi hocico se agita de emoción. El precio de ese trabajo pagará mi salida de este planeta y el regreso a Kubindi. Significa que el mismo Imperio que me sacó de mi hogar con falsas promesas pagará mi viaje de regreso a mi planeta.

En la guardería, nuestros instructores nos enseñan la historia del Imperio y de la Rebelión. El Imperio era nuestro amigo, pero los rebeldes habían saboteado nuestros esfuerzos tecnológicos para mantenernos dentro de nuestro planeta. Si ayudábamos al Imperio, este prometió darnos un lugar en la política y en el comercio intergaláctico. Los astutos droides de protocolo que hablaron por el Imperio en Kubindi fueron cuidadosamente bañados en aceite caliente antes de bajar de sus naves para reunirse con nuestros sabios y, llenos de orgullo, nos condujeron a su gran nave mientras nuestra gente celebraba. No pudimos detectar sus mentiras.

Yo fui elegido como uno de los estudiantes de la academia que estudiaría diplomacia con el Imperio y después podría regresar con mi pareja a mi colmena con un mayor conocimiento. Al menos eso fue lo que nos dijeron. En vez de eso, me enseñaron a ser un espía y mis habilidades para leer el lenguaje corporal, oler feromonas o armas y escuchar conversaciones desde lejos me convirtió en una herramienta más en la mano de la tiranía de la galaxia. Mis cincuenta compañeros y yo fuimos esposados y obligados a escuchar propaganda, adoctrinamiento y reprogramación. Como era de esperarse, yo no caí en sus trampas.

Me escapé en una misión y traté de regresar a Kubindi, pero descubrí que mi planeta estaba resguardado por tropas imperiales. Desde entonces he estado



trabajando de manera silenciosa y frecuente para crear la realidad en la que ahora vivo.

Después de este trabajo tendré suficientes créditos para rentar una nave y ahora tengo los códigos imperiales que necesito para pasar desapercibido por el bloqueo imperial. Y tengo un datapad lleno de la más reciente información, diagramas y manuales sobre tecnología avanzada y viajes hiperespaciales. Cuando regrese a Kubindi, mi gente sabrá que el Imperio los tiene como rehenes, alejados de un universo enorme y saboteando cada intento por salir de nuestro planeta. También tengo la información necesaria para construir armas que destruirán sus ruidosos cazas TIE.

Mañana encontraré a los droides, recogeré la recompensa y me iré.

\* \* \*

Mi día inicia en la cantina de Chalmun. Labria, el devaroniano, ya está aquí, escondiendo su siniestra sonrisa y golpeteando con los dedos al ritmo de una música que nadie más puede escuchar. Yo me siento en un gabinete oscuro y ordeno lo único que puedo tomar, un *shot* de aguamiel fermentada de Geonosis. Me he tardado meses en acabarme la botella, pero le dejo propina a Wuher para que no la tire. Apenas quedan unos cuantos tragos más en la botella, los gusanos se revuelcan al fondo del líquido verde, meto mi hocico y doy un trago pequeño, tomo del mismo vaso en el cual miles de bocas también lo han hecho.

Puedo escuchar casi todo lo que se dice en esta cantina y, al medio día, aún no hay noticias sobre los droides. Sorbo el último gusano en el fondo del vaso y me voy como cualquier otro encapuchado que sale de la cantina de Wuher. Una vez afuera decido hacer algo que difícilmente haría, respirar profundo con mi hocico, atrayendo todos los olores de varias cuadras a la redonda. Siento que mis ojos me empiezan a doler, son demasiados olores, este lugar está lleno de pieles y suciedad. Sigo el olor a metal caliente, pero solo es un jawa que vende mercancía. El siguiente olor a droide me lleva a un basurero al lado de la casa de un mafioso. Corro de droide en droide, intentando cazar al dorado y al chaparro. Mi esperanza empieza a desaparecer: si están en el desierto, me costará mucho trabajo encontrarlos; aun con mis *goggles*, la luz me lastima y consume.

Entonces lo olí, algo nuevo.

El tubo de escape de un viejo speeder y el olor de unos droides que han pasado varias horas bajo el sol. No están tan cerca como me gustaría y cuando llego al lugar ya no están ahí, probablemente estén escondiéndose en uno de los miles de edificios laberínticos. Decido esperar afuera de la cantina de Wuher y entonces escucho que adentro inicia una pelea. Ponda Baba y Evazan están molestando a los forasteros de nuevo. Me escondo en la sombra mientras ellos caminan hacia afuera, Evazan lleva

en sus manos el brazo de Ponda Baba, como si estuviera a punto de realizar una de sus asquerosas cirugías. El olor a piel quemada hizo que mi hocico se retorciera y vi que unas cuantas gotas de sangre todavía brotaban de la herida. Una vez que se fueron entré a la cantina y me quedé parado contra la pared, con la capucha puesta. Hay un aroma extraño en el aire, algo que nunca he olido antes, como roca quemada y carne cocida, como si los relámpagos tuvieran olor. Seguí el olor hasta tres humanos y un wookiee. Era el vergonzoso Han Solo. Los nuevos humanos necesitaban transporte a Alderaan para ellos y dos droides.

Casi reí. ¿Acaso estos humanos no saben qué es la discreción? Son buscados, la ciudad está llena de stormtroopers, pero anuncian sus intenciones a la vista de todos. Es ridículamente fácil, pero los droides no están con ellos, así que salgo corriendo de la cantina y me escondo en una oscura esquina entre la cantina y la nave de Han. Si su trato fructifica, y sé que lo hará, porque Han necesita dinero y una razón para huir de Tatooine, vendrán hacia acá.

Pronto mis esfuerzos tendrán recompensa. Los hombres pasan caminando con dos droides, uno dorado y uno chaparro. Mientras corren hacia el *Halcón Milenario*, mi hocico tiembla de felicidad, entonces busco un lugar silencioso para contactar al Imperio. Gracias a que contestó un droide de protocolo puedo hablar en kubaziano, y es un pequeño placer usar las palabras que usaría en mi planeta.

—He encontrado a los droides —informo—, puerto espacial de Mos Eisley, muelle de embarque 94.

—Entendido —responde una voz mecánica—. Acreditaremos la recompensa tras su captura.

Cómo odio a los droides. Mi especie comunica todo lo que quieren que sepas, los humanos comunican todo, pero los droides no comunican nada.

Sigo a mis presas para asegurarme de que vayan hacia la dirección que reporté. En vez de entrar corriendo por la rampa, se quedan parados afuera, yo me quedo recargado en la pared para pasar desapercibido y entonces llegan los stormtroopers para capturar a los droides.

—¿Este es el muelle de embarque 94? —me pregunta uno.

—¡Sí, por ahí! ¡Por ahí! —respondo, aunque en mi emoción olvidé hablar en idioma básico, el trooper entiende lo suficiente y sigue el camino que le indico.

Cuando los disparos inician, yo huyo. El olor de los blásters quema los pelos en mi hocico y las luces me dan dolor de cabeza. No estoy hecho para este lugar y me da un poco de placer dejar que alguien más haga el trabajo sucio. Regreso a la cantina y pido otro trago, es gratificante acabarme la botella justo antes de irme, como si evidenciara que no queda un solo kubaz en este maldito planeta.

—¿Dos en un día? —pregunta Wuher, pero sé que no espera una respuesta.

Él sigue atendiendo a otros clientes, yo doy un sorbo y volteo a ver mi datapad. Los créditos deben aparecer en cualquier momento y entonces elegiré al

contrabandista menos terrible para que me lleve a casa. Pagar por el mensaje de mi hija acabó con mis ahorros, por lo que esta recompensa es imperativa.

—La banda es buena, ¿no lo crees? —comenta Labria, dándome el beneficio de una sonrisa y mostrando sus puntiagudos dientes, que contrastan con su roja tez.

—Funcional —por primera vez respondí con honestidad—, pero no pueden llegar a las notas más altas.

—No sabes lo que dices —dice el devaroniano sacudiendo su cabeza y elevando las orejas en señal de molestia.

Lo que él no sabe es que una banda Kubindi tiene al menos tres veces la cantidad de músicos que este modesto grupo bith, y la complejidad de nuestra música quedaría lejos de su alcance. Yo alguna vez fui un percusionista reconocido.

—Quizá tengas razón —digo.

Reviso mi datapad, pero los créditos no aparecen. Mientras lo miro fijamente, llega un nuevo mensaje.

«Los droides no fueron capturados, no se pagará la recompensa».

Eso es todo.

Mi hocico se desinfla y queda colgando, decepcionado. Tengo un día o dos, tal vez solo unas cuantas horas para conseguir suficientes créditos para salir de este planeta mientras los códigos imperiales que compré aún sirven. Busco por la sección de anuncios un nuevo contrato o alguno que haya pasado desapercibido para conseguir los suficientes créditos para salir del planeta, no más. Mi clan es lo suficientemente rico para comprar esta cantina y a todos los que están en ella, pero el mensaje de mi hija requirió todo mi dinero; ellos no pueden salir de Kubindi y yo no puedo mandarles un mensaje, así que aquí estoy sentado, rodeado de basura, tan cerca y tan lejos de despedirme de mi pareja y de reunirme con mis hijos y nietos.

—¿Malas noticias, Long Snoot? —pregunta Labria.

Sacudo la cabeza. Si me entendiera, si pudiera leer una pequeña fracción de mi lenguaje corporal, no tendría ni que preguntar. Pero lo único que ve es una capucha, unos *goggles* y un hocico. Nada más y nada menos.

No hay buenas recompensas, nadie quiere información. No hay nada que pueda lograr solo con mis sentidos y mi inteligencia.

—Necesito un trabajo —le digo a Labria—. Algo rápido. Hoy.

Él me ve con interés renovado y oigo que sus dientes rechinan mientras piensa.

—¿Conoces a Derrida, la kettoniana? —pregunta.

Yo solo asiento.

—Necesita un acompañante para un trabajo hoy por la noche.

—¿Por qué no lo tomas tú?

Labria ríe y escupe su bebida dorada.

—Es demasiado trabajo.

—¿Por qué no lo ha tomado nadie más?

Voltea a ver alrededor de la cantina de manera pretenciosa y entonces lo entiendo. Lo he visto durante mucho tiempo y sé que nada es gratis, así que le doy medio crédito.

—Es contra la Alianza. A nadie le gusta tomar bandos —dice con desdén—. Al menos a los humanos no. Yo digo que un maestro es lo mismo que otro.

Está equivocado, esa misma presunción hizo que terminara en este lugar, con mi gente engañada por el Imperio y pensando que la Alianza era el enemigo. Al estar solos en el espacio creímos lo que se nos dijo. Qué equivocados estábamos. Aun sabiendo que el Imperio ha esclavizado mi planeta y ha tratado de convertirme en un ser incapaz de pensar por sí mismo, necesito esos créditos. Los necesito más de lo que considero que es correcto. Además, desde mi entendimiento sobre historia galáctica, un pequeño asesinato en un planeta recóndito nunca cambió la historia de la galaxia.

—Dile que lo haré —anuncio.

Enseguida Labria escribe un mensaje en su datapad.

—Hecho. Ella te enviará las coordenadas —confirma y da un trago a su bebida; después voltea a verme como si lo hiciera por primera vez—. ¿Sabes?, algunos dicen que eres el mejor espía en todo Mos Eisley. Algunos dicen que tienes mucho dinero, otros dicen que eres avaro, sin escrúpulos y sucio; dicen que solo lo haces por el gusto de destruir los planes de alguien más. Así que, dime, Long Snoot, ¿quién eres realmente?

Por un momento clavo mi mirada en la cantina antes de darme cuenta de que él no puede ver mis ojos detrás de los *goggles*. Lentamente y con seguridad golpeo la barra con un dedo. Labria ríe y me regresa mi medio crédito.

—Estoy muy lejos de mi hogar —respondo.

Tomando el medio crédito salgo de la cantina para prepararme para lo que será mi última cacería.

# RENACIÓ EN LA TORMENTA

Daniel José Older



CUERPO DE STORMTROOPERS DE LA ARMADA IMPERIAL, DIVISIÓN DE LA MILICIA IMPERIAL, IMPERIO GALÁCTICO

FORMULARIO OFICIAL DE REPORTE DE INCIDENTE IMPERIAL

INSTRUCCIONES:

*Por favor, llene completa y totalmente. ¡Los detalles son de gran ayuda! A veces un detalle insignificante puede cambiar la historia completa. Por ende, no omita nada. ¡Sea meticuloso! Siga las instrucciones cuidadosamente y responda las preguntas señaladas en cada sección. ¡Describa los acontecimientos! Y recuerde: cualquier falla en el cumplimiento del protocolo militar imperial puede resultar en acciones disciplinarias como descuento de pago, pérdida de equipo, expulsión y/o ejecución. Recuerde también que este es un documento imperial oficial y que cualquier discrepancia con lo escrito aquí y lo sucedido en la realidad es una infracción del protocolo imperial. ¡Gracias por su servicio!*

*Nombre:* Sardis Ramsin

*Número de Operación:* TD-7556

*Cuerpo:* Storm Tropper

*División:* Sandrooper

*Unidad:* Patrulla a pie número siete

*Oficial Comandante: Comandante TD-110*

*Lugar del incidente (asentamiento, planeta, región): Mos Eisley, Tatooine, Borde Exterior.*

*¿Hubo otros miembros de su pelotón involucrados en este incidente?: Vaya que sí, muy involucrados.*

*¿Quiénes? (¡Sea específico!): Literalmente, todos.*

*¿Resultó lastimado algún oficial durante el incidente?: Espero que sí.*

*Por favor, enliste a todos los oficiales heridos durante el incidente: Preferiría no hacerlo.*

*¿Es usted un oficial? (Si es así, no conteste estas preguntas): No.*

*¿Fue usted lastimado en este incidente?: ...*

*¿Están a salvo todos los participantes en el incidente?: Definitivamente no, por un kriff.*

*¿Cuáles son los eventos específicos que condujeron al incidente en cuestión? (¡Sea específico!):*

Bueno, supongo que empezó en el cuartel de Mos Eisley, ¿verdad? Fuimos enviados como un regimiento especial designado por Gran Moff Tarkin a un asqueroso planeta en el trasero de la galaxia para recuperar a un par de droides desaparecidos. Al menos eso escuché. No nos dicen mucho; bueno, supongo que tú sí sabes, ya que tú = ellos, pero me estoy saliendo del tema. Ahí estábamos, en unas literas, solo teníamos puestos nuestros leotardos negros que, por cierto, y ya que estamos en eso, son perfectos cuando te estás congelando hasta las pelotas en Faz o Rhen Var, pero en los desiertos de Tatooine con sus dos soles hacen que te cocines por dentro y permiten que la arena llegue hasta los lugares más profundos e inhóspitos del cuerpo. Así que, gracias por eso. Además, los reguladores de temperatura que instalaron en nuestros cascos son una burla, no sirven para nada, así que... quizá quieran mejorar eso.

Como sea, ahí estábamos, esperando ansiosamente las órdenes del comandante 110. El comandante TD-4445 había llegado a la ciudad con su escuadrón montado (según sus melodramáticos gritos por el comunicador). No sé de qué se quejan tanto los montadores; si me lo preguntas, ellos tienen el puesto perfecto. Mientras que nosotros nos tambaleamos como hologramas en una mesa de dejarik, esos afortunados malagradecidos pueden cruzar el desierto montados en las espaldas de los dewbacks. Hay algo elegante en esos animales, no sé qué sea y no puedo describirlo, simplemente se mueven como si cada partícula de su ser estuviera alineada y completamente libre. Te llevarán por el desierto, a través de un río y hasta por los edificios. Acabarán con quien sea que se te ponga enfrente. Prácticamente son

los mejores amigos de los stormtroopers. Antes de que digan algo, sí, sí apliqué para ser un montador y no, no me aceptaron. No, no sé por qué y sigo un poco enojado.

Como sea, estaba sentado preguntándome por qué no me habían aceptado con los montadores y, en lugar de eso, estaba con esta inútil patrulla a pie. Y Tintop estaba siendo tan molesto como siempre. Le había dado algo a TD-787 que lo había vuelto gaseoso y TD-787 estaba a punto de golpearlo (¡de nuevo!) cuando el viejo Crag habló; toda la unidad 7 sabe que cuando Crag habla debemos poner atención. Aunque, si soy honesto, noventa y nueve por ciento de lo que el anciano dice es porquería de bantha, pero, como sea, al menos irrumpe con la monotonía del día a día.

—¿Sabe alguno de ustedes de dónde viene nuestro nombre? —preguntó Crag misteriosamente. TD-787 se había detenido a medio camino, justo antes de ahorcar a Tintop, pero entonces se dio la vuelta y respondió:

—Siempre creí que era porque nuestros cascos tienen forma de cubeta.

Todos ahogamos una risa, porque habría sido realmente chistoso si TD-787 lo hubiera dicho como un chiste, pero él nació sin el más mínimo sentido del humor, lo que honestamente lo hace parecer más chistoso que serio. Como sea, todos nos reímos un poco, menos Crag; la expresión del viejo clon seguía igual de seria.

—¡No ese nombre, inútil!

—Es porque nacimos en la tormenta —dijo el comandante 110 desde la puerta, y entonces, como 110 siempre tiene que decir todo dos veces, repitió solemnemente—: Nacimos en la tormenta.

No puedo mentirles, se veía impresionante ahí, de pie con su traje completo, sin casco e iluminado por los dos soles de Tatooine; su sombra se extendía por todas las barracas.

—Sí —dijo Crag—. En la tormenta de la historia. Mientras la galaxia pasaba del caos al orden, nuestro regimiento se creó para mantener ese orden.

—Esa es una versión —dijo el comandante 110. Aun sin poder verlo bien supe que estaba sonriendo un poco; podía oírlo en su voz. Estaba teniendo uno de esos típicos momentos patrióticos en los que el Imperio Galáctico en su totalidad parecía resplandecer en sus ojos, y cualquier ridícula misión que tuviéramos por delante le parecía completamente plausible. Era parte del diseño y está bien, solo que tenía arena en el trasero y el día no estaba enfriando, así que honestamente solo quería que llegara al punto por el que había ido a visitarnos, y finalmente lo hizo—. Tenemos órdenes, chicos.

Todos se quejaron, pero 110 nos ignoró sabiamente.

—Vamos a avanzar a Mos Eisley.

(Las barracas en las afueras del pueblo estaban diseñadas para evitar que nos familiarizáramos con los nativos, ¡pero eso era prácticamente imposible!, si saben a lo que me refiero. Además, mientras más lejos estábamos del pueblo, más cerca

estábamos del desierto infinito lleno de moradores de las arenas, banthas y un millón más de maneras de morir. Además, claro, de arena, arena y más arena.)

Así que ir a Mos Eisley no era lo peor, para nada. Solo digamos que, si esos droides hubieran vagado por el desierto, no habrían regresado a la base completos. Ya es lo suficientemente malo tener que ir a un apestoso planeta con una misión secreta o lo que sea, así que no me hagas lidiar con arena encima de eso. ¿Sabes? De todas maneras, los dewbacks estaban ahí y, bueno... un stormtrooper puede soñar.

Así que nos alistamos con nuestra ineficiente, tecnológicamente arcaica e incómoda armadura, nos pusimos nuestros cascos con forma de bote de basura que no nos dejan ver nada y tomamos los blásters E-11 que nos dieron, los cuales, por cierto, requieren que uno esté lo más lejos posible de su objetivo para poder atinarle. ¡Gracias por eso!

*¿Qué acciones tomaste con base en los eventos iniciales que condujeron al suceso en cuestión?:*

Nada, nos quedamos sentados ahí.

Por favor, mi querido sistema de interrogación, ¿qué tipo de *kriff* pregunta es esa? 110 nos dio la orden de movernos, así que nos movimos; de no ser así, nos ejecutarían, ¿recuerdas? O cuando menos nos ahorcarían a larga distancia a manos de su amado y loco hechicero al mando. Preferiría no tener que pasar por eso, ¡gracias! Nos alistamos, salimos juntos y pronto llegamos al centro de Mos Eisley, hirviendo por todas las capas de armadura y el leotardo negro, y con unas ganas enormes de beber algo, y no me refiero a algo que nos quitara la sed, no, sino a algo que nos deshidratara aún más, como jawa juice. Por si no les ha quedado claro, queríamos una bebida alcohólica.

Mira, no teníamos una pista que seguir, así que ¿cuál es la diferencia entre una dirección u otra en un agujero lleno de ratas?

—Creo que pudieron haber ido a la cantina —dije de forma autoritaria y sin dejar espacio para el debate.

Pero por supuesto que TD-787 no sería TD-787 si no llevara la contraria por el simple hecho de hacerlo.

—¿Qué te hace creer eso, Sar?

Estaba a punto de gritarle cuando 110, el comandante 110, levantó una mano para pedir silencio.

No sé si alguna vez has estado en Mos Eisley, pero está colmado de ocho millones de formas de vida y a veces formas mecánicas, babosas, escurridizas, retorcidas, con muchas extremidades, a veces con muchos tentáculos, apestosos, ruidosos y sangrientos (a veces literalmente). Sí, es un puerto espacial, pero si estás buscando una parte olvidada de la galaxia y sus habitantes, entonces tienes tu destino perfecto. Así que muchos droides sospechosos pasean por las calles sobre sus



oxidadas llantas, a veces atorándose en la arena. Esperan afuera de las tiendas de los chatarreros y casas de cambio, pitando y chillando con superioridad.

En caso de que no se hayan dado cuenta, no me gustan los droides. Me molestan.

Eso fue lo que hizo increíble que el comandante 110 tuviera una sensación muy extraña sobre un speeder que se acercaba a nosotros con dos droides, un anciano y un joven al volante. A mí me parecían comunes y corrientes, pero 110 tiene ese tipo de presentimientos y los sigue; por algo es él quien porta la hombrera naranja y no yo, así que... hago lo que él diga.

Rodeamos el speeder y nos pusimos amenazantes y serios; al fin y al cabo nosotros somos quienes tenemos los blásters. Sin importar lo inútiles que sean, pronto hubieran acabado con el chico, y el anciano tampoco hubiera sido un problema.

110 preguntó por cuánto tiempo habían tenido a los droides y ellos respondieron. La verdad no estaba poniendo mucha atención porque no estábamos muy lejos de la cantina y pensé que si nos apurábamos con aquello podría estar tomando jawa juice en menos de una hora. Pero 110 tenía otros planes, claro, como si, para esconder a los droides, la Alianza Rebelde necesitara de un extraño anciano y de un adolescente que necesitaba un corte de cabello.

El estimado comandante 110 les pidió sus identificaciones; si hubieran podido ver mis ojos a través del estúpido casco, me habrían visto poner la mirada en blanco. Creo que los de todos nosotros, menos los de TD-787, porque como ya dije antes, es molesto.

Entonces el viejo dijo: «No necesita ver nuestras identificaciones», y lo primero que pensé fue: «¿Este anciano es parte del Imperio?». Se portaba como si lo fuera, como si de alguna manera fuera uno de nosotros, pero lastimado, loco y debilucho. Tal vez fue por su acento. Pero ese pensamiento no duró mucho, porque lo siguiente que pasó fue que estuve cien por ciento seguro de que no necesitábamos ver sus identificaciones. Para ser honestos, no me parecía muy relevante al inicio, pero presta atención: tú me hubieras pedido que me pusiera sus documentos e identificaciones frente a la cara (y probablemente que me quitara el casco para que pudiera verlos bien) si hubieras querido que los revisara, pero en ese momento era imperativo que no los viera; de hecho, en ese momento lo único que quería era irme de ahí y no solo para emborracharme con jawa juice.

También pareció que el comandante 110 entró en razón, porque dijo: «No necesito ver sus identificaciones».

Casi grité: «¡Gracias al cielo!», pero me contuve.

—Estos no son los droides que buscan —dijo el anciano.

Y tenía razón. Tenía mucha razón. ¡Por supuesto que no lo eran!

También 110 estuvo de acuerdo y después el anciano dijo que podíamos irnos a ocuparnos de nuestros asuntos y yo pensé: «¡Sí! ¡Sí, anciano! ¡Di eso!», y ¡110 estuvo de acuerdo! ¡Palabra por palabra!

—Pasen —dijo el asombroso anciano.

—Pasen —asintió el comandante 110 y, porque es él, no puedo evitar repetirlo una vez más.

*¿Qué otras acciones tomaste a partir de que tuvo lugar el incidente en cuestión?:*

Bueno, ¡pues fuimos a emborracharnos con jawa juice! ¿Tú qué crees? En ese momento ya estábamos hartos.

Por supuesto que llegamos a la cantina y ahí estaban. No, no los droides que buscábamos, sino los dewbacks. Dos hermosos y resplandecientes dewbacks; creo que eran hembras. Respiraban profundamente, pensando en sus vidas de dewbacks, absorbiendo los rayos del sol. En ese momento, para ser honestos, no me importaron los droides, el Imperio Galáctico o incluso el jawa juice. En ese momento lo único que quería era acercarme, poner mi mano sobre su hocico, cerrar los ojos y permanecer quieto, ¿sabes a lo que me refiero?

Pero el hecho de que los dewbacks estuvieran ahí también significaba que los chicos de TD-4445 estaban cerca, así que entramos para ver lo que estaba pasando o si alguna otra unidad ya había entregado los droides antes que nosotros.

—Atentos, chicos —dijo el comandante 110 y Crag rio. Entramos a ese chiquero y de inmediato fuimos rodeados por varias formas de basura y excremento estelar. Ese lugar tiene un olor perpetuo a leche barata y cuerpos que han sido amontonados por demasiado tiempo en sus respectivas naves y que no se han bañado en mucho tiempo.

Lo primero que vi fue un itoriano que se veía nervioso; al menos eso creí. Ni siquiera iba con la intención de golpear a alguien, pero ese itoriano se sobresaltó desde que nos vio entrar. Le lancé una mirada, pero obviamente no pudo verla, así que no importa, pero de todas maneras no tardaría en irse. En la cantina entera se escucharon los murmullos de que algo debió de haber pasado. Uno de los pequeños bichos raros de ojos saltones estaba limpiando la sangre de alguien del suelo y escuchó susurros sobre un sable de luz. ¡Un sable de luz! Estoy cansado, muy cansado. El cantinero señala a TD-787 y a 110 hacia una mesa en la esquina en donde siguen algunos tipos involucrados, yo aproveché la oportunidad para señalar que quería una bebida, el cantinero me vio, pero bufó y se dio la vuelta. Entonces me di cuenta de que Tintop logró conseguir una bebida. El tonto se levantó el casco para tomar su bebida y estuve a punto de gritarle cuando escuché un *¡ahem!* A mi lado había un talz, los conoces, ¿verdad? Son esas pequeñas cosas grises peludas que se ven como si hubieras golpeado a un ewok en la cara. Estaba sentado a mi lado, rascándose su asquerosa trompa y viéndome, al menos eso creo. Entonces dijo algo que no entendí, así que solo sacudí la cabeza y el cantinero (hablando de caras que han sido golpeadas demasiadas veces) tradujo lo que dijo el talz.

—Dice que los droides que están buscando fueron arrastrados al desierto por los moradores de las arenas.

Entonces, como si cerrara el trato, el cantinero puso una bebida frente a mí. Volteé a ver a Tintop, quien le dio grandes tragos a su bebida y después busqué a 110, Crag y TD-787, que estaban molestando a la banda. Levanté los hombros y volteé a ver al talz con sus ojos saltones. Hay que conseguir más información, ¿verdad?

—¿Sabe hace cuánto tiempo se fueron? —pregunté al mismo tiempo que me levanté el casco para darle un gran trago a mi bebida.

—Se fueron justo antes de que ustedes llegaran; dice que llevaban un bantha —dijo el cantinero después de que la criatura gris hablara en su idioma.

—¡Un bantha! —gritó Tintop de forma que su borrachera se hizo evidente, entonces se acercó demasiado a mi oreja y susurró—: No podemos confiar en esta bola de pelos, sabes que esta cantina no es amigable con los imperiales, Ram.

Respondí levantando los hombros, siendo honestos (que creo que eso estamos siendo), ya no sé qué tan amigable sea yo con el Imperio. Odio mi unidad, odio mi uniforme, odio que me puedan llevar sin previo aviso a cualquier basurero galáctico para deshacernos de algún troglodita unicelular. Tengo un constante sentimiento de que el mundo podría ser un lugar muy hermoso si nos quitáramos los lentes llenos de mierda que son parte de este ridículo ejército.

Tintop también levantó los hombros, no sé si fue porque compartía mis sentimientos hacia el Imperio o no; por lo general a Tintop no le importa nada y menos cuando se emborracha con jawa juice.

Crag y 110 regresaron para decirnos que no había nada ahí además de un tonto engreído y su wookiee, y que el interrogatorio a la banda no rindió frutos. Nosotros les decimos lo que descubrimos.

—Maldita sea —dijo 110 al caminar hacia la salida de la cantina, empujando a quien se le pusiera enfrente—. ¡Kriff!

*Describe el incidente en cuestión. ¡Sea específico!:*

Ja, bueno, acerca de eso... Cuando salimos de la cantina todo sucedió muy rápido. Los dewbacks seguían ahí, pastando y sonriendo, creo. ¿Puede sonreír un dewback? Yo creo que sí. Al vernos asienten con la cabeza. De inmediato, TD-4445 nos contactó a todos a través del comm.

—Estamos investigando el rumor de que algunos rebeldes han rentado una nave y buscan huir de Tatooine con los droides.

—A nosotros nos dijeron que se dirigían al desierto con moradores de las arenas —informó 110—. ¿Quién es tu fuente?

—Garindan —respondieron.

—¿Garindan el kubaz? —preguntó 110.

—Afirmativo, está siguiendo a los sospechosos. Los mantendremos informados.

No suelo tener muchos prejuicios, pero los kubaz son una especie absurda. Sin excepciones. Muy bien, una axila con *goggles* y un hocico enorme me dio información. ¿Iba a creerle? Honestamente, no. Al menos no yo y se lo hice saber a 110.

—Aun así —dijo TD-787, tan detestable como siempre—, es una fuente imperial confirmada. Primero debemos seguir su pista, ¿verdad, comandante?

Tal vez fue el alcohol, pero casi golpeo a TD-787 en ese momento. Creo que le hubiera hecho un favor a todo el escuadrón. Digo, los dewbacks estaban ahí y hasta donde sabíamos los rebeldes estaban escapando mientras hablábamos, perdiéndose en el interminable desierto de Tatooine. El comandante 110 sacudió la cabeza y después asintió, tan inútil como siempre.

—Debemos seguir la pista imperial —murmuró.

—Tenemos confirmación —anunció TD-4445 por el comm—. ¡Los rebeldes se dirigen al hangar! ¡Todas las unidades diríjanse al muelle de embarque 94!

—Ahí está nuestra respuesta —gruñó el comandante 110 y después corrimos entre las abarrotadas calles, empujando a un grupo de jawas. Sabía que eso estaba mal, podía sentirlo en todo mi cuerpo, era inescapable. Pero soy un soldado. Un stormtrooper. Soy el enmascarado que se asegura de que se sigan las reglas del Imperio Galáctico. ¿Qué podía hacer al respecto? Corrí al lado de mi unidad, intentando ignorar el dolor que a gritos me pedía detenerme, como si fuera un rayo tractor que quisiera llevarme de regreso a la cantina, a los dewbacks.

—¡Por aquí! —gritó Crag, porque él siempre debe ser quien tenga la razón, y entonces llegamos a un lugar que ya habíamos pasado; las polvosas paredes, los callejones y las miradas fijas de los nativos me parecían conocidas, pero todo este planeta se ve igual, así que no puedo asegurarlo—. Ahora por aquí —insistió Crag y lo seguimos, porque ¿qué más podíamos hacer? Estamos hechos para seguir órdenes, esa es la única razón de nuestra existencia. Ordena que matemos y mataremos, ordena que muramos y levantaremos los brazos para que nos impacte el disparo de un bláster. Esa es nuestra insignificante existencia, dependiendo de quién esté a cargo. Esa carrera por las calles es el ejemplo perfecto de nuestras tristes vidas. Resulta obvio que nadie supiera en dónde estaba el hangar, pero no importó, los rebeldes seguramente estaban a punto de salir de la ciudad y de adentrarse en la arena infinita—. Allá —señaló Crag y parecía que estaba cansándose o que estábamos por llegar a nuestro objetivo.

En poco tiempo me di cuenta de que estábamos acercándonos porque escuchamos varios motores que se encendían y disparos de varios blásters no muy lejos. Después, un pedazo de basura que apenas podía decirse que era una nave salió de entre los edificios que nos rodeaban y despegó hacia el cielo. El comm estaba haciendo mucho ruido con tantas unidades que pedían apoyo, pero seguimos a cientos de clicks de distancia. En cuanto la nave desapareció, algo en mí me dejó en libertad y supe lo que debía hacer. No sé cómo, pero así fue. Para ser honestos, ni siquiera fue una decisión consciente. Antes de darme cuenta de que estaba moviéndome, ya estaba corriendo por las calles, no sé cómo logré descifrar el laberinto que es esa ciudad, solo corría como si un hilo invisible me jalara y entonces ahí estaba, y ahí estaban ellos, justo

afuera de la cantina, donde los había dejado, los dos dewbacks, se veían elegantes, aunque un poco impacientes.

Estaba corriendo, debí estar haciéndolo porque, cuando me acerqué, uno de los dewbacks gruñó y se levantó, ¡pero entonces me subí a uno, jalé el cable que los liberaría y corrimos juntos!

*¿Cuáles fueron sus acciones en respuesta al incidente en cuestión?:*

Corrimos por las calles de Mos Eisley, los dewbacks y yo. Sentí como si fuéramos un solo ser, una imparable ola de hombre, músculos, dientes y monturas. Los contrabandistas y comerciantes locales se quitaban de nuestro camino. Adelante, el desierto, inmenso e infinito. Algo debía de estar haciendo, recordé brevemente, algo urgente, pero no parecía tener importancia, lo único que me importaba era el ruido del aire arenoso que chocaba con mi casco, las bestias debajo de mí y el desierto que teníamos por delante.

Rebeldes. Droides. Es verdad. En las afueras de la ciudad. Bajé el paso al que corríamos y saqué mis macrobinoculares. No había nada más que arena en el horizonte, salvo algún hotel o torre de comunicaciones. La bestia se movía impaciente debajo de mí; quería volver a sentir la emoción de correr sin control. Yo también. Y entonces, ¡ahí! A lo lejos se veía un bantha, y un grupo de moradores de las arenas lo rodeaba, se movía a través de una duna y pronto lo perderíamos de vista. Golpeé el costado del dewback con mis talones y juntos corrimos por el desierto.

*¿Cuáles fueron los resultados de sus acciones durante el incidente? ¡Sea específico y no omita nada!:*

Es curioso que pregunten eso. La galaxia entera se condensó a mi alrededor, se convirtió en arena y dunas. El mundo entero se volvió un vistazo único del vacío infinito que tenía frente a mí. La bestia resoplaba debajo de mí, lanzándose hacia ese vacío. Saqué mi datapad y lo usé para transmitir este reporte, que muy probablemente será lo último que sepan de mí. En algún momento me di cuenta de que ya no llevaba puesta mi armadura y que el sol enviaba a dulces emisarios de luz que bailaban sobre mi piel. La arena se levantó repentinamente con mucha fuerza; parecía que el mundo entero estaba en llamas y gritaba con ese polvo desértico, fue como un gentil, pero terrible susurro de que el mundo que alguna vez pensé que estaba muerto en realidad era como yo, vivo y renacido en la tormenta. Absolutamente libre.



**R**yland subió al puesto de observación y escudriñó el cielo. Los cazas ya surcaban los aires delante del transporte que escoltaban hacia el exterior del sistema. Él sabía que estaba haciendo lo correcto. Sabía que Eron y Rhee cuidarían bien a Laina, que serían unas buenas madres para ella y la criarían como si fuera suya hasta que pudieran reunirse de nuevo. Él sabía que era demasiado peligroso quedarse con ella en Yavin, el cual se convertiría en un blanco militar si el Imperio descubría su existencia. También sabía que pudo haberse ido con ella, que nadie en su sección le habría dicho nada, y en ese momento podría estar abrazando a su hija pequeña mientras salían de la atmósfera hacia algo parecido a la paz y la seguridad.

Ryland sabía que no era la única persona en la base —o incluso la única persona en servicio en ese preciso instante— que había perdido algo, que había renunciado a algo, o que había hecho algún sacrificio en servicio a la Rebelión contra el Imperio. Pero saber todo aquello no hacía que las cosas fueran más fáciles o menos dolorosas en ese momento.

Se secó las lágrimas, llevó el visor hacia sus ojos y le dijo adiós a su hija mientras observaba cómo el transporte que la llevaba acariciaba la atmósfera y desaparecía hacia la oscuridad del espacio.

«Aquí la Torre Dorada al transporte Echo Delta Uno», dijo a través del comunicador. «La atmósfera está despejada y están listos para dar el salto al

hiperespacio. Que la Fuerza los acompañe». Él no creía en la Fuerza, pero quizás ese día podía hacer una excepción. Quitó el pulgar del botón del comm. «Cuiden a mi pequeña», dijo en voz baja, se sentó, y una lágrima rodó por su mejilla.

## Dieciocho horas antes

Ryland ajustó la cámara y se aclaró suavemente la garganta. Miró a Laina, que dormía inquieta en su cuna. Se había quitado las cobijas y solo la cubrían a medias; se había movido tanto que había quedado atravesada en el cochón. Sus piernas pateaban lentamente y sus ojos temblaban de lado a lado. Él esperaba que estuviera soñando algo alegre. Quizá Fiona estaba ahí, con ella, quizás los tres estaban juntos nuevamente. Sería lo suficientemente cuidadoso para no despertarla. Dirigió su atención hacia el lente de la cámara y comenzó a grabar.

«Hola, Laina. Te grabo este mensaje antes de que te vayas en un transporte con dirección a tu nuevo hogar, con tus tías. No sé cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a verte, y es importante para mí que no tengas que esperar hasta ese entonces para saber quién eres, de dónde vienes y quiénes son tus padres.

»Espero que estemos juntos cuando seas lo suficientemente grande para ver esto y entenderlo, y deseo que nos riamos de lo tonto que me veo en este momento. Desde que me uní a la Alianza Rebelde he tenido que despedirme de muchos amigos y, en ocasiones, ni siquiera he tenido la oportunidad de decirle adiós a otros tantos». Ryland respiró profundo para calmarse. Vivir bajo la ocupación imperial era horrible, por lo que la Rebelión no solo era lo correcto, también lo necesario. Mucha gente había dado sus vidas o, peor aún, su libertad, en servicio a la lucha.

«Así que», dijo con una sonrisa que deseaba que no pareciera tan forzada, «si esta es la manera en la que me estás conociendo... Hola, mi vida. Yo soy tu padre. Tengo treinta y ocho años estándar en este momento, y tú casi dos. No puedo darte información muy específica, porque si el Imperio alguna vez ve esto, podría ponernos a todos en peligro; pero, ahora mismo, estamos en una base rebelde y tú estás durmiendo por allá». Tomó la cámara y la dirigió hacia ella. «¡Esa eres tú! ¡Eres tan pequeña en este momento!». Él la miró y escuchó su respiración acompasada. Podía sentir que estaba a punto de perder la calma, la tenía a su lado en un lugar que sabía que no era seguro, pero al menos estaban juntos, aunque, si los reportes acerca de la estación imperial eran ciertos... Volvió a tomar fuerzas y giró la cámara hacia él. «Tú y yo llegamos aquí cuando solo tenías seis meses, justo después de que tu madre murió. Te contaré sobre ella en un segundo, pero primero quiero que sepas de dónde vienes.

»Naciste en una colonia minera subterránea de una luna, en un lugar llamado el Borde Exterior. No hay atmósfera en esa luna, así que algunas de las personas que viven ahí nunca han estado en la superficie y nunca han visto las estrellas. Pero en el lugar al que te diriges verás las estrellas cada noche. Tu madre y yo no somos de ahí,

y probablemente no sea muy seguro decirte de dónde venimos (si estamos viendo esto juntos te lo diré de inmediato. ¡Ponle pausa a esto y pregúntame!); lo que sí puedo decirte es que ambos éramos mecánicos. Yo sigo siéndolo, solo que ahora trabajo en Y-Wings en lugar de en extractores. Nos conocimos cuando trabajábamos en el mismo sector».

Ryland sostuvo un holo de Fiona y se lo mostró a la cámara.

«Ella es tu madre. Su nombre era Fiona, y era mi ser humano favorito en toda la galaxia, hasta que tú llegaste. Era inteligente y amable. Entendía cómo funcionaban las máquinas mejor que las personas que las diseñaban, y nunca conocí a nadie que las arreglara tan rápido como ella. La amaba tanto como ella te amaba, y te amaba más que a nada.

»Heredaste los hermosos ojos de tu madre, pero parece que también mis bobas orejas grandes. Lo siento». Se rio. «Tu madre amaba la música y las matemáticas; cuando eras una pequeña, pequeñísima bebé, te cantaba la canción de “Mamá Luna” todos los días». Su voz se entrecortó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Extrañaba muchísimo a Fiona.

«Muy bien. Entonces... Unos meses antes de que nacieras, el Imperio llegó a nuestra colonia. Un oficial imperial nos reunió en el núcleo y nos dijo que la compañía para la que trabajábamos había sido adquirida por el Imperio. Dijo que la compañía no cumplía con las regulaciones de seguridad, pero eso era una mentira. Él lo sabía y yo lo sabía. El Imperio necesitaba doonium y nosotros teníamos de sobra. Si hay algo que debes saber y entender sobre el Imperio es que tomará lo que quiera. El Imperio tomará todo aquello que te importe, cada cosa y cada ser que ames, si es que los dejas».

Se dio cuenta de que había hecho las manos puño y sus hombros estaban rígidos. Intentó relajarse, mirar al suelo y extender sus manos. Tocó el anillo que aún portaba en su mano izquierda mientras la sangre regresaba a sus dedos.

«El Imperio nos quitó a tu madre, cariño. Un oficial imperial llamado Duggan la mató solo porque podía. Quiero que sepas esto para que nunca olvides la causa por la que estamos peleando y por qué te estoy enviando lejos de mí.

»También quiero que sepas que no todos tienen la valentía suficiente para rebelarse contra el Imperio, y esas personas, que llamamos “colaboradores”, son tan malos como el Imperio. Incluso pueden ser peores, porque tienen conocimiento de causa. Por uno de esos colaboradores tu madre no está aquí. Su nombre era Corbin y había sido nuestro amigo durante años, hasta que llegó el Imperio. Todo sucede tan rápido, Laina, que ni siquiera te das cuenta de que está sucediendo. Un día, tus amigos desayunan contigo en una cantina y a la hora de la cena portan un uniforme imperial».

Fuera del cuarto, una voz apagada anunció el cambio de turno. Ryland tendría que despertarla pronto, prepararla para el viaje. Despedirse de ella.



«A Corbin, su nuevo uniforme le quedó a la perfección. Era como si siempre hubiera querido portarlo, porque así podía sentirse importante, pero no lo era. No era más importante que el bláster que utilizó Duggan para matar a tu madre. Sé que estoy hablando demasiado de él, pero necesitas entender que el Imperio existe por personas como Corbin, lo suficientemente débiles o ambiciosas para unirse a gente como Duggan. Y la Rebelión existe por personas como tu madre, que están dispuestas a arriesgar su libertad y sus vidas con tal de enfrentarse a ellos.

»Corbin no tenía una familia antes de que llegara el Imperio, y cuando vio lo felices que estábamos tu madre y yo por tu llegada se puso celoso. Comenzó a hacer pequeñas cosas para molestarnos, como hacerme trabajar turnos extra, y gritarle a tu madre que no podías estar con ella en la cantina, sin importar que todo el personal amara tenerte cerca.

»Y esto siguió así hasta que a tu madre se le acabó la paciencia y le dijo que dejara de ser un bravucón. Bueno, más tarde, esa noche, Corbin apareció en nuestro cuartel con Duggan, el oficial imperial a cargo. Corbin le dijo a Duggan que tu madre y yo éramos espías rebeldes encubiertos. En ese entonces no lo éramos, y Corbin lo sabía. Solo éramos unos padres que intentaban cuidar a su familia, y solo estábamos hartos de ser mandoneados por alguien con un poco de poder.

»Aún no sé si Duggan le creía a Corbin, o si solo quería usarnos a tu madre y a mí para asustar e intimidar al resto del personal. Pero él y sus oficiales de confianza nos ordenaron confesar que éramos espías rebeldes frente a todos y, como no tuvimos nada que confesar, Duggan la mató. Solo le disparó, justo frente a mí, con tanta naturalidad como si apagara una luz».

Ryland extendió la mano y dejó de grabar. ¿Acaso Laina necesitaba saber todo aquello? Si esa era la única grabación que tendría de él, si la iba a ver mientras crecía, ¿quería hacerla revivir la muerte de su madre noche tras noche? Regresó la cinta y se observó diciendo: «... la Rebelión existe por personas como tu madre, que están dispuestas a arriesgar su libertad y sus vidas con tal de enfrentarse a ellos», y ahí volvió a presionar el botón para grabar de nuevo.

«Todos los que nos hemos unido a la Alianza Rebelde hemos perdido algo, a alguien o algún lugar que amábamos. Yo perdí los tres, y no es fácil para mí despedirme de ti el día de hoy, pero necesito enviarte a un lugar en donde estarás segura, en donde podrás crecer y tener una familia, si así lo quieres. Espero que no tengamos que necesitar a la Alianza Rebelde cuando tengas la edad suficiente para unirte a ella. Pero en caso de que así sea, quiero que sepas que está en tu sangre el espíritu de lucha. Eres la hija de tu madre.

»Te extrañaré cada día que pase, pero sé que estarás a salvo con tu tía Rhee y tu tía Eron. Ellas ayudaron a nuestra familia a escapar del Imperio y me presentaron a los rebeldes. No me queda tiempo para contarte esa parte de la historia, pero puedes pedirles que te la cuenten cuando estés lista para saberlo. Ellas te aman demasiado y te llevarán a un planeta llamado Alderaan, que está lo suficientemente lejos de

cualquier conflicto. Estarás a salvo ahí. Podrás crecer, hacer amigos y tener el tipo de vida que me habría gustado que tuvieras. Lucharé por ti el tiempo que sea necesario y te veré muy pronto.

»Te amo demasiado, Laina, y desde ahora te extraño».

Detuvo la grabación y guardó el archivo.

Ryland caminó hacia la cuna de su hija y puso su mano en su hombro.

—Mi vida —le dijo con dulzura—, es hora de despertar.

## Dieciocho horas después

Cuando terminó su turno, Ryland rechazó la invitación para reunirse con otros pilotos del Escuadrón Azul en la cantina y decidió tomar un transporte hacia su cuartel. Se detuvo en la puerta, su mano se sentía pesada al momento de introducir el código de acceso. Por primera vez desde que había llegado de Burnin Konn, un año antes, abriría la puerta para encontrar un cuarto vacío del otro lado.

Había estado parado ahí durante varios minutos, cuando Mol Hastur, su vecina, se acercó. Ella se detuvo y puso una mano sobre su hombro.

—Hiciste lo correcto, Ry —le aseguró.

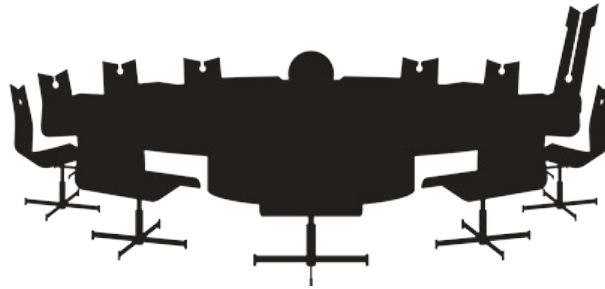
—Lo sé —contestó.

—La Fuerza está con ella —le dijo Mol—. Está con todos nosotros.

—Gracias, Mol. Espero que estés en lo cierto. —Introdujo su código y entró a su cuarto. La puerta chirrió al cerrarse con fuerza tras él.

# COMPLETAMENTE OPERACIONAL

Beth Revis



**E**l propósito de un arma es ser disparada.

Cualquier hombre de la milicia podría decírtelo. Trata todas las armas como si estuvieran cargadas, nunca asumas que un bláster fue hecho solo para aturdir y no para matar.

El General Cassio Tagge, jefe de la Armada Imperial, sabía esto. Mientras caminaba por los pasillos de la estación espacial más grande jamás construida en aquella o cualquier galaxia, estaba profundamente consciente de que caminaba a través del corazón de un arma. El poder emanaba a través del doonium.

Él no estuvo a bordo de la Estrella de la Muerte cuando se realizó la prueba de disparo inicial sobre Jedha, pero se unió al poco tiempo y fue testigo de la prueba sobre Scarif. Hizo una pausa y puso una mano sobre la resplandeciente pared metálica; recordó el estruendo del poder mientras la Estrella de la Muerte se recargaba y disparaba. Fue una sutil vibración, algo quizás imperceptible que no había buscado. Esa fue una señal de cuán grande era la estación espacial. Podía destruir la mitad de un planeta y la mayoría de las personas que habitaban la estación ni siquiera se darían cuenta.

Debía dársele el crédito correspondiente al Director Orson Krennic. Incluso cuando el Estado Mayor habían cuestionado la validez de un arma tan enorme y costosa como aquella, Krennic insistió en que era posible y necesaria. A Tagge nunca le había agradado Krennic, lo encontraba un tanto obsesivo; aunque quizás era necesaria la obsesión de un hombre con la potencia del fuego para crear algo como la Estrella de la Muerte.

Y un hombre como Gran Moff Tarkin para quitársela.

Tagge hizo una pausa, su mano seguía acariciando la pared metálica del pasillo. Se enderezó y, sin querer, llegó a la sala de reunión antes de tiempo. Sus pensamientos, entretenidos en Krennic, recordaron la última reunión del Estado

Mayor en esa sala, la misma en que Krennic insistió que la Estrella de la Muerte podía hacer más que destruir una ciudad pequeña como Jedha. Krennic empujó su silla hacia un lado, se levantó y golpeó con su puño la mesa. Tagge, dos asientos a un lado, admiraba la pasión del hombre por aquella estación espacial, al mismo tiempo que le molestaba la manera infantil como la presentaba.

Al final, Krennic consiguió lo que quiso. Otra prueba de disparo, una más grande. Ahora el asiento que estaba a dos lugares de Tagge estaba vacío.

El propósito de un arma es ser disparada. Solo debes asegurarte de estar en el lugar indicado antes de hacerlo.

Tagge pasó de largo la sala de reunión; sus zancadas tenían un propósito. Tenía una oficina privada que dividía la sala de estrategia, y ahí llevó los reportes y los videos de Scarif.

Krennic siempre había sido un hombre demasiado voluble para una posición de mando. Tenía agallas, eso era cierto, pero confiaba demasiado en ellas. Tagge era un hombre de gráficas, de datos, hechos e información. Eran fríos, pero eran verdaderos.

Y la verdad de aquel asunto era que el Imperio tenía un problema.

Los droides de vigilancia habían informado acerca de cierta actividad rebelde en la superficie de Scarif, antes de que el planeta fuera destruido, y Tagge había reunido con mucho cuidado la información. A diferencia de las pequeñas unidades de miembros de la Alianza dispersas por toda la galaxia que causaban algo de enojo, cuando mucho, Scarif mostraba una concentración de unidades considerable. Mostraba comunicación. Si tomas cinco hormigas y las pones en frascos separados, no pueden hacer nada. Pero si las pones en el mismo frasco trabajarán en armonía hasta romper el frasco. Las hormigas no eran exactamente sensibles, pero eran destructivas.

Lo mismo podía decirse de los rebeldes.

Tagge agitó su mano, descartando los videos de Scarif, y dirigió su atención a la lista de nombres del Senado Imperial que había reunido. Algunos eran demasiado obvios: la cabeza de Mon Mothma tenía precio por ser una traidora descarada y la de Bail Organa también lo tendría pronto si no ponía fin a sus tendencias rebeldes. El hombre se movía en la política como el aceite en el agua, coqueteando más con la insurgencia, valiéndose de la jerigonza y de la suerte. La conformidad maliciosa seguía siendo conformidad, pero no faltaba mucho para que el senador cayera por su propio peso. Pero también había otros. Opiniones polémicas, dudas hacia el Emperador... Hasta ahora permanecían en frascos separados, pero la dramática huida de Mon Mothma del Senado había abierto las tapas de los frascos.

El Senado estaba enardecido.

Y entonces estaba Scarif. Tagge no podía dejar de pensar en eso, en la transmisión que se había filtrado. En los planes de la Estrella de la Muerte. La información robada estaba por ahí, en algún lugar de la galaxia, una amenaza escondida en el vasto vacío del espacio.

Era difícil imaginarse que la estación espacial en la que se encontraba, tan sólida y tan poderosa, podía tener una debilidad. Pero Tagge se obligó a mirar su información y no las sólidas paredes que lo rodeaban. Por un lado un agitado Senado y por el otro un grupo de rebeldes bajo la mira, pero en constante comunicación, y por allá esa maldita cinta con información... no era difícil unir esas piezas.

Tagge continuó observando la información, acomodándola en su mente. Se debatía entre pedirle o no al Emperador acceso a los planes robados en Scarif. Todas las otras copias habían sido guardadas bajo los más altos estándares de seguridad... tan altos que, incluso él, jefe de la Armada Imperial, tenía acceso restringido. Él entendía la preocupación, pero sabía que, si examinaba aquella información, podría encontrar algo antes de que los rebeldes lo hicieran.

—¿General Tagge? —la voz de un oficial de menor rango resonó a través del intercomunicador.

—Diga —contestó Tagge con impaciencia.

—El Almirante Motti quiere verlo.

Tagge gruñó su respuesta y la puerta de su oficina se abrió.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo el Almirante Conan Antonio Motti. Su mirada recorrió la oficina y reparó en las pantallas que Tagge estaba examinando; a pesar de que no dijo nada, la expresión desdeñosa de su rostro indicaba su desaprobación sobre las preocupaciones de Tagge.

—Vamos —indicó Tagge con brusquedad.

Los dos hombres no cruzaron palabra alguna mientras recorrían el pasillo que los llevaba a la sala de reunión del Estado Mayor. Algunos oficiales de mayor rango ya estaban en sus lugares, platicando entre ellos. Conversaciones triviales, palabras carentes de significado. Tagge tomó su lugar sin hablar, frunciendo el ceño. Aquellos hombres eran ancianos. Habían tenido su guerra y creyeron que le habían puesto fin definitivamente. Se recargaban en sus asientos, cómodamente, confiados en la seguridad de la estación espacial que los rodeaba.

Tagge se juró que nunca caería en una pasividad como aquella. Era inevitable, se haría viejo y canoso como aquellos jefes de alto rango, tendría guerras que lo respaldarían como a ellos, pero nunca se recargaría en su silla y bebería su café ignorando una amenaza que se avecinaba solo porque no quería creer que existía.

—¿Algo está mal? —le preguntó uno de los jefes de alto rango a Tagge al ver su ceño fruncido.

Antes de que pudiera responder, Motti lo interrumpió.

—Es un paranoico —dijo con un tono displicente.

Tagge se tragó su furia, pero no podía hacer otra cosa más que insistir en contar la verdad.

—Hasta que esta base esté completamente operacional, seguimos siendo vulnerables. —Alcanzó a ver el destello de triunfo en Motti al haberlo opacado

exitosamente, pero de cualquier manera continuó—: La Alianza Rebelde está muy bien equipada. ¡Son más peligrosos de lo que se imaginan!

—Peligrosos para su flota, comandante. No para esta estación espacial.

Motti respondió tan rápido que Tagge estaba seguro de que había estado planeando lo que diría desde que entró a la sala de estrategia.

Tagge observó las miradas furtivas alrededor de la sala. Los consejeros de alto rango estaban de acuerdo con Motti. Tagge se dio cuenta de que lo decían porque estaban cómodos y eran poco severos debido a la protección que sentían al estar dentro de esas paredes de doonium. Se habían suavizado. Eran débiles. Eran incapaces de percibir que el gran láser redondo en el núcleo de la Estrella de la Muerte era, al mismo tiempo, un blanco fácil y un arma.

Una imagen del Director Orson Krennic apareció en la mente de Tagge y tuvo que resistirse a la necesidad de mirar el asiento que alguna vez ocupó en esa sala. Recordó la enfurecida manera en la que el director aseguró que la Estrella de la Muerte estaba lista, que revolucionaría la galaxia y aplastaría cualquier pensamiento fugaz acerca de aquello llamado «Rebelión».

«¿Para que estos hombres me escuchen necesito que mis venas salten de mi cuello, que comience a babear por la rabia y que mis ojos adquieran una mirada enloquecida?», se preguntó Tagge.

Después recordó el destino de Krennic y pensó: «¿Es eso lo que les sucede a los hombres que han discutido en esta sala?».

A pesar de eso, necesitaba que vieran el panorama completo. Que lo entendieran.

—La Rebelión seguirá recibiendo apoyo en el Senado Imperial hasta que...

Gran Moff Wilhuff Tarkin entró a la sala y las palabras de Tagge se ahogaron en su garganta.

—El Senado Imperial ya no será una preocupación más para nosotros. Acabo de recibir un mensaje que indica que el Emperador ha disuelto el consejo de manera permanente. Los últimos vestigios de la República han sido erradicados.

Tagge sintió que una esquirla de hielo recorría su espalda. «¿Ya no existe el Senado?», pensó. Se imaginó de nuevo a las hormigas y las tapas de los frascos desapareciendo. El hormiguero se alzaría.

—¡Eso es imposible! —exclamó Tagge—. ¿Cómo mantendrá el control el Emperador sin la burocracia?

Se dio cuenta de que uno de los consejeros de alto rango le dirigía una mirada desaprobatoria, pero la ignoró. No eran las armas las que mantenían la obediencia de las personas, a pesar de lo que Motti, Krennic o Tarkin pensarán. Las armas irritaban a las personas, les recordaban que podían pelear. Era la mediocridad de la burocracia lo que los hacía aceptar su destino. Muéstrale a un hombre un bláster y verá la manera de tomarlo y usarlo en tu contra. Dile a un hombre que puede pelear en una corte y nueve de cada diez veces desaparecerá para evitar el tedio que esto implica.

—Ahora los gobernadores regionales tienen el control directo de sus territorios — continuó Tarkin, incluso se percibía flojera en su voz—. El miedo hará que los sistemas estén bajo control. —Le dirigió una mirada rápida a Tagge—. El miedo a esta estación espacial —continuó, dirigiéndose al resto del grupo.

Tagge ignoró la sutil indirecta y la manera en la que Motti se regocijó en ella.

—¿Y qué hay con la Rebelión? —insistió—. Si los rebeldes han obtenido una lectura técnica completa de esta estación es posible, aunque también improbable, que encuentren una debilidad y la aprovechen.

Tagge había intentado que Tarkin le respondiera pero, en lugar de eso, la áspera y profunda voz de Lord Vader inundó la sala.

—Los planos a los que te refieres pronto volverán a estar en nuestras manos.

Tagge pensó por un momento que había escuchado gritos y alaridos a la distancia. El ruido de una batalla en una pequeña área, el silbido de un arma que no reconoció. Pero antes de que su cerebro pudiera procesar esos sonidos, quizás imaginarios, ya no se escuchó nada.

Cuando miró al frente, Lord Vader lo enfrentó. No era la primera vez que Tagge especulaba qué habría detrás de esa máscara, y después se preguntó si en realidad quería saberlo. Apretó los dientes, intentando ocultar lo mucho que lo intimidaba la mirada de Lord Vader.

Dejó de respirar hasta que el hombre con el traje oscuro dirigió su atención hacia Motti. Los miró ecuánime mientras intercambiaban palabras, mientras Vader caminaba de Tarkin a Motti. La tensión se percibía mientras la furia de Motti crecía.

Vader alzó la mano.

Motti tartamudeó hasta no poder proferir palabra alguna, solo se escuchó una respiración difícil que buscaba aire con desesperación.

Motti describió la religión de Vader como creencias antiguas y relacionadas con la hechicería, y Tagge no podía estar más de acuerdo. Ninguna otra cosa más que la brujería podía hacer que Motti estuviera ahogándose, mientras Vader a unos cuantos metros de distancia levantaba las manos y las apretaba.

Tagge no pudo evitar llevarse la mano a la boca, pero sabía que eso era mejor que hablar. Los hombres alrededor de la mesa observaban que a Motti se le dificultaba respirar, hasta que Tarkin, aburrido, le ordenó que lo soltara.

Tagge observó el lugar a dos asientos del suyo y, después, su mirada se encontró con la de Motti. Una fina capa de sudor salpicaba las cejas de Motti y sus ojos aún estaban ligeramente fuera de órbita debido a la asfixia; no volvió a decir nada más y tampoco Tagge.

Su información había estado equivocada, ahora lo sabía. Tagge había visto los ángulos de manera equivocada y había calculado los resultados basándose en información incompleta. Había asumido que la mayor arma del Imperio era la Estrella de la Muerte, pero comenzaba a darse cuenta de que quizá lo era el mismísimo Lord Vader.





# REPORTE DE INCIDENTE

Mallory Ortberg



**N**o le dio la razón, ¿saben? Lo hizo enojar, lo volvió violento, pero no le dio la razón. Quizá ya revisaron el video o tal vez no. En mi opinión, un intento de asesinato en una reunión del Estado Mayor del Imperio Galáctico amerita una investigación personal y profunda realizada por los miembros del Alto Comando; pero, por supuesto, caballeros, actúen como crean conveniente. El punto es que, sean cuales sean las conclusiones que saquen acerca del incidente que sucedió entre Lord Vader y yo durante la reunión informativa de la mañana de ayer, él estaba equivocado, e intentar aplastar la tráquea de alguien no te hace estar menos equivocado, si desde el inicio estuviste equivocado. Él lo estaba. Y no voy a concederle esa discusión.

Yo mismo me someteré por voluntad propia a disciplina si estoy en el error, pero creo que estoy en lo correcto al decir que fui designado jefe de la Armada Imperial. También creo que estoy en lo correcto al constatar que la Armada Imperial es una organización militar cuyas metas y propósitos tienen una naturaleza marcial, buscamos entablar combate en hostilidades armadas y, por su puesto, ganarlo; claro que tenemos el derecho de depositar todas nuestras esperanzas en la maravilla tecnológica que representa esta estación espacial. No estaba fuera de lugar al sugerir que dicha estación espacial es tanto una maravilla de la tecnología como el orgullo de la Armada Imperial, y que nos daremos por bien servidos si la usamos cuanto antes y tantas veces como sean necesarias o posibles.

Me gustaría tomar esta oportunidad para señalar que no tengo objeción alguna con las creencias religiosas del caballero; tampoco tengo problema alguno en tener que trabajar de nuevo con Lord Vader en el futuro, asumiendo que el Imperio está dispuesto a tomar todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad pública. Con la garantía personal de que Lord Vader se limitará a usar palabras para ganar discusiones en el futuro, como corresponde a un miembro del Consejo Imperial de su rango, y se reservará los actos de violencia absoluta para los miembros de la Alianza Rebelde. Les puedo asegurar, caballeros, que no tengo interés alguno en guardar rencores ni en recrear el tipo de enemistades insulsas como las que recientemente han caracterizado el día a día de las operaciones del Senado Imperial.

Por otra parte, no soy un fanático; me enorgullece decir que, en mi sector natal, Seswenna, hay alrededor de trescientas tradiciones religiosas con adeptos activos, todos reconocidos oficialmente por su administrador imperial. Yo soy un hombre de fe, como era de esperarse, y creo que la unidad imperial solo puede reforzarse a través de un diálogo cooperativo y constructivo entre ciudadanos que siguen distintas tradiciones espirituales. Aceptaría, bajo las circunstancias apropiadas, la oportunidad de conocer más acerca de la interpretación de Lord Vader sobre la Fuerza y cómo enriquece su vida diaria.

Lo que no acepto es que Lord Vader quiera meter a la fuerza y por mi garganta sus creencias religiosas. Esta era una reunión militar en una instalación militar a la que asistía exclusivamente personal militar; no me disculparé por pedirle a Lord Vader que se abstuviera de desviar esa conversación y convertirla en una perorata sobre su preferencia religiosa. Y tampoco me disculparé por intentar darles el crédito a los hombres, mujeres y neutrales cuyos años de dedicación hicieron que este día fuera posible al elogiar las capacidades de la Estrella de la Muerte. Tengo la creencia de que los directores más efectivos deben ofrecer al menos la misma cantidad de elogios que de críticas.

De cualquier manera, si ya revisaron el video —lo que les sugiero hacer ampliamente—, reconocerán dos cosas. La primera, y la más importante para mi argumento, es que Lord Vader expresó un notorio desprecio al proyecto de la Estrella de la Muerte frente a sus subordinados, muchos de los cuales han dedicado sus vidas con tal de ver finalizada la estación. Aquello fue, por no decir algo peor, un discurso que minó la fe pública tanto en la visión del Imperio Galáctico como en su capacidad. El Imperio ha invertido alrededor de veinte años, infinitas horas de trabajo y cerca de un billón de créditos en el desarrollo de la Estrella de la Muerte. Y estoy seguro de que no necesito recordarles, caballeros, que no cumple con ninguno de nuestros propósitos tener un miembro entre el Estado Mayor que menosprecie descaradamente la empresa militar más costosa de la historia reciente. Ha tenido más de dos décadas para expresar cualquier tipo de preocupación relevante a nuestros equipos de ingeniería y desarrollo, y también ha sido libre de hacer cualquier tipo de sugerencia que crea necesaria para la creación de una unidad sensible a la Fuerza para Gran Moff

Tarkin o incluso para el propio Emperador. El día que estamos listos para el lanzamiento del proyecto militar más ambicioso en la historia imperial no es el día indicado para hacerlo. Y mucho menos frente a la primera reunión conjunta con los gobernadores imperiales y los almirantes de la retaguardia.

Emplearé las palabras exactas que utilizó Lord Vader, minutos antes de que me agrediera: «No se enorgullezca tanto de este terror tecnológico que creó. La capacidad de destruir un planeta es insignificante comparada con el poder de la Fuerza».

(No tengo ni qué decirlo, caballeros, pero estoy perfectamente acostumbrado a las pequeñas peleas en la sala de reunión de vez en cuando. Soy un hombre de la milicia. No intento causarles lástima. Estoy perfectamente bien. No estoy pidiéndoles un trato especial).

Perdón, pero: «No te sientas tan orgulloso». ¿De la Estrella de la Muerte? ¿De la estación especial en la cual estamos llevando a cabo una reunión, en la cual el mismísimo Emperador ha depositado su mayor esperanza? ¿Así es como el liderazgo imperial espera inspirar a nuestras tropas? ¿Pedirles que dediquen sus carreras y vidas a la innovación tecnológica solo para decirles que «no se sientan tan orgullosos» cuando sus esfuerzos finalmente den resultados? ¿Me he perdido de un cambio oficial en las políticas? No me disculparé por sentirme orgulloso de mi trabajo ni tampoco por alentar a mis empleados a sentirse orgullosos por el suyo. Si el Imperio quiere reprenderme por esto, ¡que así sea!

Francoamente, esto se siente como un acto de proselitismo laboral. Una vez más, no tengo objeción alguna con la fe personal de Lord Vader. Sin embargo, debe aclararse que, hasta el día de hoy, el número de planetas destruidos únicamente con el poder de la Fuerza es cero.

La segunda cosa que quiero que noten, caballeros, mientras miran la cinta, es que Lord Vader es forzado a dar varios pasos en mi dirección antes de —voy a utilizar una expresión coloquial debido a la falta de un término más preciso— estrangularme con la Fuerza. Por todo aquello que dijo acerca de que el poder de la Fuerza es mayor que las capacidades destructivas de la Estrella de la Muerte, me parece un poco ingenuo que ni siquiera pueda estrangular a un individuo que está del otro lado de la sala. Me imagino que el día de hoy Lord Vader habría tenido que acercarse mucho al planeta Alderaan si hubiera querido demostrar cuán rigurosamente sus habilidades con la Fuerza superan las de la Estrella de la Muerte.

Pero me estoy desviando un poco. Estoy aquí para rendir cuenta de los eventos que transcurrieron en la reunión de ayer y me presento por alguna posible corrección, nada más. Nos encontrábamos en la sala de conferencias principal en la plataforma oficial; entre los presentes estaban el Vicealmirante Tallatz, el Almirante de retaguardia Tiaan Jerjerrod, Kendal Ozzel, el Comandante Cassio Tagge, el Almirante Nils Tenant y su servidor. Discutíamos sobre los diferentes niveles de amenaza que enfrentan nuestros respectivos comandos. El Comandante Tagge, en mi opinión,

estaba penosamente corto de miras acerca del tema de la Alianza Rebelde. A pesar de que lo admiro por su preocupación por el bienestar de sus tropas, la amenaza que implica una variopinta flota de X-Wings y Y-Wings de segunda mano liderada por una tripulación de pilotos con entrenamiento poco profesional en mi opinión es mínima. Y eso por no decir que no hay tiempo ni lugar para discutir acerca de la amenaza rebelde; nadie nunca ha ganado una guerra por exceso de confianza; simplemente las preocupaciones de Tagge no son universales. Sus miedos no son mis miedos, por decirlo de alguna manera.

Justo en ese punto se unieron Gran Moff Tarkin y Lord Vader, quien nos informó que el Senado Imperial había sido disuelto de manera oficial y permanente por el Emperador. Aprovecho la oportunidad para decir que pienso que esta acción era algo de esperarse y solo nos beneficiará como una organización que avanza. Tagge, quien minutos antes había temido que el apoyo rebelde en el Senado pudiera destruirnos, en ese momento temió lo opuesto: concretamente dijo que, sin el aparato de la burocracia, el Emperador sería incapaz de mantener el orden. Yo quisiera decir, personalmente, que no creo que el Emperador requiera tal ayuda, y que el constante cuestionamiento de Tagge a las acciones del Emperador, si no es que suena descaradamente traidor, al menos dice mucho de su falta de aptitudes para comandar. Quizá después de que el Alto Comando haya terminado de investigar el arranque de Lord Vader, debería centrar su atención en las competencias de Tagge, en su lealtad y, sobre todo, en el valor que tiene para nuestra organización.

En ese momento descarté el argumento de Tagge y el de Vader (y este era que la Rebelión, en caso de tener en su posesión los planos de la Estrella de la Muerte, representarían inmediatamente una amenaza para nuestra seguridad), señalando que el hecho de obtener información técnica no era lo mismo que un ataque inminente. Hay planos de cada destructor estelar, de las mansiones de los gobernadores, del palacio imperial y de los astilleros navales del Imperio, y la mayoría tiene respaldos guardados alrededor de toda la galaxia en complejos destinados únicamente al almacenamiento de información. ¿Acaso Tagge sugería que la mera existencia de los artefactos necesarios en el proceso arquitectónico representaba una amenaza en potencia?

Debo añadir que tenemos una unidad de inteligencia militar cuyo único trabajo es evaluar la credibilidad de las posibles amenazas. Por lo que, después de eso, alenté a los almirantes a que, habiendo invertido tanto tiempo y energía en construir la Estrella de la Muerte, usaran esa unidad. Difícilmente tengo que decirles, caballeros, que esto fue meramente para reafirmar la doctrina oficial de Tarkin; esta ni siquiera está en disputa. Si los rebeldes atacan nos defenderemos. Mientras tanto, creo que debemos seguir empleando cualquier método que esté a nuestro alcance para ponerle fin a la guerra.

El resto de la historia ya lo saben. Por alguna razón, Lord Vader discrepó de mi idea de usar el arma que acabamos de construir, sugiriendo que debemos

enorgullecemos menos de nuestros logros militares como organización y, una vez más, predicó en voz alta sus intereses religiosos personales. Quizá me precipité con mi respuesta, pero solo dije la verdad: la devoción de Lord Vader a una fe casi extinta no ha logrado que recuperemos las cintas robadas; ni siquiera le ha dado una pista de la localización de la base secreta de los rebeldes, tampoco ha destruido un planeta. Su respuesta fue extravagante y sirvió para llamar la atención, ciertamente, pero no podría refutar ni siquiera uno de mis argumentos. ¿Acaso encontró inquietante mi falta de fe? Nunca he dicho que soy partidario de su secta. Encuentro inquietante su falta de fe en esta instalación militar. No asisto a las ceremonias religiosas de Lord Vader y no le pido que venere al equipo arquitectónico de la Estrella de la Muerte. Lo único que pido es que se abstenga de interrumpir mis reuniones y que deje de insistir en que le rinda pleitesía a la Fuerza.

También, como dije antes, me opongo a que me estrangule. No concedo nada. Me mantengo, como siempre lo he hecho, en que, si construimos la Estrella de la Muerte, debemos usarla. Complacería a los miembros del Estado Mayor notar que en el presente puedo confirmar que esta estación espacial es completamente operacional y que hasta ahora ha excedido cada expectativa que habíamos depositado en su construcción. No tengo duda alguna de que el Emperador se sentirá satisfecho al escuchar esto. Yo mismo inicié la secuencia de disparo bajo las órdenes de Gran Moff Tarkin; Lord Vader puede confirmarlo, si les interesa preguntarle. Debo agregar que el planeta de Alderaan fue seleccionado, apuntado y destruido sin la ayuda de la preciada Fuerza de Lord Vader y, más bien, todo gracias a la capacidad, agilidad y eficiencia del equipo de operaciones de la Estrella de la Muerte. No tengo más comentarios al respecto.

# CAMBIO DE OPINIÓN

Elizabeth Wein



La parte más ardua del trabajo era mantener tus emociones bajo control. No podías permitirte ninguna demostración de incomodidad, aunque la luz fuera demasiado brillante. Estabas entrenado para enmascarar tu respuesta física al dolor, el miedo, la sorpresa y *lo que fuera*. No solo en tu rostro, sino en todo tu cuerpo. Te sentías orgulloso de ello, además. De guardia, debías tener la cara de piedra y permanecer tan inmóvil como un droide. Y Lord Vader siempre sabría si vacilaste, si contrajiste un dedo o hasta una ceja, aunque no estuviera viéndote.

Era más fácil estar entre las filas sin rostro, con armadura, de los stormtroopers, en donde nadie te vería contraer una ceja debajo de la dura máscara blanca.

Estar allí, al lado de Vader, flanqueándolo, un metro delante o detrás de él, al paso de la pareja cuyo nombre ni siquiera conocías y con quien nunca habías intercambiado una palabra, era un honor y un privilegio. Tenías el rostro descubierto. Tu máscara era invisible. Estabas en el círculo interno.

Todos sabían que eras ambicioso, de otra manera no estarías aquí. Pero ni siquiera podías mostrarlo. No podías mostrar nada. Veías, aprendías y *sabías* cosas que nadie, excepto el propio Lord Vader, sabía.

Por eso te uniste, para eso habías venido y era de lo que tenías sed: estar aquí en la vanguardia de la tecnología militar, estar entre los primeros en atestiguar cómo la galaxia entregaba sus tesoros y secretos al Imperio Galáctico, siempre en expansión.

Y aquí estabas, a bordo de la más poderosa estación de batalla que la galaxia hubiera visto, al lado del estratega más temido y poderoso del Emperador...

Sin embargo, en ocasiones requerías toda tu concentración para mantener la boca quieta y la frente recta.

Caminabas delante de Vader, a su derecha, mientras él avanzaba a zancadas por los estériles corredores del bloque de detención. Tú y tu contraparte silenciosa tenían que caminar a su ritmo, mientras sincronizaban sus pasos a la perfección entre ustedes, en un juego desafiante y, a menudo, intimidante de habilidad. Sin embargo, en esta ocasión, después de que Vader había tecleado los códigos para abrir la puerta al prisionero sin suerte al que estaba por interrogar, él se adelantó para entrar en la celda antes que tú.

No hubo invitación para que siguieras, pero claro que lo hiciste de manera automática.

Este era exactamente el tipo de momento que *odiabas*. No importaba cuánto hubieras entrenado para ello, nunca dejaste de *odiar* que te tomaran por sorpresa.

La prisionera era una jovencita.

Eso te impactó. Sabías que la Princesa Leia Organa de Alderaan era miembro del Senado Galáctico. Pero no imaginaste que sería tan joven y nunca en un millón de años se te habría ocurrido esperar semejante belleza cautivadora.

De rostro redondo, pequeño y bien cuidado, todavía llevaba la túnica blanca de diplomático; estaba sentada, recta y desafiante, contra la pared fría y lisa de su celda, con su largo cabello oscuro todavía enrollado nítidamente alrededor de la cabeza con elegancia formal. Sin embargo, este trabajo te había hecho bueno para leer rostros, y bastó una mirada para darte cuenta de que estaba aterrada. Trataba de controlarse, pero no lo hacía bien. Sus ojos oscuros estaban abiertos y asustados, y retrocedió hacia un rincón de la celda, abrazándose a sí misma, cuando Vader se acercó.

Todo esto te golpeó en el segundo que te tomó entrar en el pequeño cuarto. Lord Vader se elevaba alto y amenazante sobre la chica, que estaba acobardándose. Pero mantuviste tu rostro inmóvil. Eras mejor en esto que ella.

«No la mires», te recordaste. «No la mires a los ojos».

La unidad que formabas con tu contraparte se dividió cuando diste un paso al costado y cada uno de ustedes quedó a un lado de la puerta, para que el negro globo amenazante que era el droide interrogador entrara flotando.

No pestañeaste cuando flotó a menos de la distancia de un brazo de tu cabeza, con la aguja hipodérmica de la sonda mental peligrosamente cerca de tu propio ojo. No estaba aquí por ti.

Los ojos oscuros de la chica se agrandaron cuando la vio. Lanzó un gritito ahogado y aprehensivo.

—Y ahora, Su Majestad —dijo Vader—, discutiremos la ubicación de su base rebelde oculta.

La puerta de la celda se deslizó suavemente detrás de ti, sellándose para dejar a los cuatro en el interior.

La celda atestada nunca fue diseñada para contener a tantos. Permaneciste rígido y pasivo, y pensaste en la orden que alguna vez habías recibido. Tenías que observar. No te quedaba otra opción más que observar. Pero no te permitirías pensar en algo más que en tu propio futuro brillante.

No funcionó.

Estabas deshecho por el impacto de todo lo que reconociste de ti mismo en esta joven rebelde, frágil, temerosa, desafiante, con una columna vertebral de acero.

Podías ver, seguramente igual que el propio Vader, que la chica sabía más de lo que estaba revelando. Ella resistió y luchó contra la intrusión en su mente, pero no mostró nada de la confusión o la indignación que esperarías de alguien que no tenía nada que ocultar. Ella sabía por qué estaba aquí y, *al igual que tú*, estaba concentrada en resistir, en sostenerse. Todo su ser estaba concentrado en no permitir que Darth Vader viera lo que había en su cabeza.

*Ella era exactamente como tú.*

Cuando la pesada puerta se deslizó para abrirse y la exhaustiva sesión terminó temporalmente, dejaron a la chica sola de nuevo, retorcida en un tembloroso colapso físico y emocional.

Sin embargo, a diferencia de ella, tú no podías permitirte el lujo de la emoción o el colapso.

\* \* \*

La princesa aún no había cedido a nada cuando el Gobernador Tarkin envió por ella.

Llevaba las manos esposadas mientras la conducían por los corredores laberínticos de la Estrella de la Muerte. Sin embargo, había recuperado la compostura. No era obvio que corría para mantenerse a la par; el paso que Vader impuso era difícil de seguir debido a su pequeña complexión. Ella se mantenía en el papel de una joven embajadora en una misión diplomática y seguía representándolo con una compostura de acero, de la misma manera en que tú estabas representando tu propio papel.

Sentiste un golpe en el hueco de tu estómago cuando te diste cuenta de que ella mantenía *tu* paso.

Tú eras un par de dedos más bajo que tu contraparte, y ella estaba midiendo sus pasos contra los tuyos para ayudarse a conservar su dignidad.

Mantuviste la mirada al frente, sin expresión alguna, como siempre.

*No estabas ayudándola.*



Sentiste que tu compostura cedía a pesar de que tu expresión no cambió. Si Vader no hubiera estado tan concentrado en la prisionera, ¿te habría mirado y lo habría adivinado?

«Concéntrate», te dijiste con furia. «¡Concéntrate!». Te esforzaste para que tus suelas duras golpearan la superficie brillante del corredor marcando el mismo ritmo perfecto que el de tu contraparte. Fingiste que no podías escuchar los golpes de los pasos de las botas blancas y suaves de la chica, que coincidían de manera exacta con tus propios pasos.

El Gobernador Tarkin esperaba en el puente de mando, junto con el Almirante Motti. Más allá del blindaje del amplio ventanal curvo había un lienzo negro con luz de estrellas, además del brillo azul del planeta Alderaan, que flotaba serenamente contra su fondo.

Tú y tu contraparte se quedaron atrás para tomar las posiciones esperadas, como deferencia a los comandantes presentes; Vader se detuvo, pero la chica, impávida, se adelantó majestuosamente para encarar a Tarkin. Era formal y despreciativa. Le dijo queapestaba.

Vader dio un paso, alzándose sobre ella con toda la amenaza de su altura. La parte superior de su cabeza sobresalía de su pectoral. Colocó una mano pesada y enguantada, como advertencia, contra la espalda de ella, recordándole que aún era su prisionera —por si lo había olvidado—, aquí, en la sala de control de la Estrella de la Muerte, rodeada de enemigos y de guardias, con sus manos atadas.

Desde tu lugar, detrás de la chica y de Vader, no veías su rostro. Pero podías ver el gesto seco y burlón de Tarkin mientras la tomaba por la barbilla con la mano y le decía que había firmado la orden para su ejecución.

Una vez más, por un momento, tu estómago se hundió por el seco impacto. Pero no tragaste saliva; ni siquiera pestañeaste.

Ella tampoco pestañeó. Le respondió a Tarkin, todavía con una formalidad helada:

—Estoy sorprendida de que tenga el valor de aceptar usted mismo esa responsabilidad.

Tarkin no estuvo a la altura del señuelo educado que le lanzó ella. En cambio, se apartó. Con frialdad, la invitó a mirar la primera demostración ceremonial del poderío de la Estrella de la Muerte.

—Ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador ahora —presumió ante ella.

Estabas ahora tan volcado en el desafío de ella que olvidaste que supuestamente no debías escuchar. Tu fingida indiferencia estaba tan entrenada que surgió de manera automática.

La chica no tenía ese entrenamiento. Ella no se dio cuenta de que Tarkin jugaba con ella. No era consciente de que él había tomado el relevo de su interrogatorio y ya

empezaba a obtener con éxito información que ni Lord Vader ni el droide interrogador le había extraído. Tarkin estaba obligándola a declarar su lealtad.

Ella estaba tan furiosa, desafiante y asustada que ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Sus palabras fueron rígidas y entrecortadas cuando cedió, con voz llena de orgullo y odio.

—Cuanto más fuerte cierre la mano, Tarkin, más sistemas estelares se le escaparán por los dedos.

Ahora él estaba seguro de ella. Acababa de admitir su lealtad a la Rebelión.

Él se dio vuelta y se quedó mirando el globo brillante y azul del planeta a la distancia.

—He decidido probar el poder destructivo de esta estación en tu planeta de origen, Alderaan —dijo él.

Ella se quebró. Tú no, pero ella sí.

—*¡No!* —Ella saltó hacia delante, suplicante, sin cuidar cómo formulaba sus palabras—. Alderaan es pacífico, no tenemos armas...

Él se dio vuelta abruptamente.

—*No puede...* —siguió ella protestando a gritos.

Él la interrumpió, hablando sobre su exclamación.

—¿Prefieres otro objetivo, un objetivo militar? *¡Dinos cuál es el sistema!*

A su manera, atestiguar esto fue más doloroso que el tormento físico que la joven princesa había soportado con feroz determinación, mientras Vader había sondeado su mente bajo las agujas hambrientas del droide interrogador.

Tarkin la había desenmascarado. El acero se había ido. Ella estaba aterrada y desesperada. Pero todavía titubeó, renuente a responder su pregunta.

Ahora Tarkin también estaba al borde de desenmascararse. Había una fría ira en su voz mientras la confrontaba.

—Estoy cansando de preguntarte. —La chica se recuperó de su furia y retrocedió directo hacia Lord Vader—. Así que lo haré por última vez. —Por fin ella se estremeció. Inclino la cabeza para alejarla de Tarkin y luego se esforzó para verlo de nuevo como él lo exigió—. *¿Dónde está la base rebelde?*

El pequeño cuerpo de ella estaba atrapado entre el Gobernador Tarkin y Lord Vader. Todo lo que podías ver era la parte trasera de su cabeza elegante y con brillo. Pero sabías que no estaba mirando a Tarkin. Miraba por encima de su hombro el hermoso planeta azul que flotaba más allá del amplio panel del ventanal, el planeta que era su hogar.

Hubo un momento extraño, de silencio, en que el tiempo pareció detenerse, una pausa en que la joven pensó con esfuerzo y rapidez a quién iba a traicionar.

—Dantooine —dijo, derrotada, mirando todavía sobre el hombro de Tarkin.

Viste la sonrisa siniestra y triunfal de Tarkin.

Después de otro momento, la chica levantó la vista para verlo. Y luego, casi de inmediato, como si no pudiera soportar la victoria en los ojos de él, agachó la cabeza.

Aún no podías ver su rostro y ahora tampoco el de Tarkin.

—Están en Dantooine —repitió ella, con poca firmeza.

Ella mentía descaradamente.

El Gobernador Tarkin habló con Lord Vader sobre la corona lisa de la cabeza agachada de la princesa.

—Allí lo tienes.

Tarkin se apartó de su posición amenazante enfrente de la chica atada e intimidada y por una fracción de segundo se acercó a ti, que permanecías inmóvil detrás de Lord Vader. En esa fracción de segundo pensaste que él también lo sabía, que la había visto mentir y que te miraba para que lo confirmaras.

No te estaba viendo más que como al accesorio silencioso que siempre eras en su presencia, y en otra fracción de segundo ya se había hecho a un lado.

—¿Ves, Lord Vader? —añadió—. Ella puede ser razonable.

Tú permaneciste inquebrantable, inmóvil, sin pestañear. Pero todo tu ser interno estaba temblando de incredulidad.

«Él no lo vio».

Ella estaba mintiendo osadamente y su interrogador *no lo vio*. Vader no lo vio. Nadie lo vio, excepto tú.

El entrenamiento te mantuvo inmóvil. El entrenamiento controló tu cuerpo, pero tu mente corría confundida.

«¿Debes decir algo? ¿Es un truco para probar tu propia lealtad? ¿Alguien lo ha visto a través de tu creciente ambición? ¿Alguien en la jerarquía que te gustaría penetrar ha adivinado que anhelas un puesto de mando? ¿Qué ganarás si hablas contra ella? ¿Mostrará una percepción aguda, tu capacidad para conocer los pensamientos de un prisionero, tu propio potencial inexplorado como interrogador...?».

«No». Entre la tormenta de la incertidumbre, sabías que no eras un interrogador latente. No tenías la habilidad de Tarkin ni el poder de Vader.

No estabas leyendo la mente de la chica. Era más simple que eso.

Sabías que mintió porque era exactamente lo que tú hubieras hecho.

—Continúe con la operación —Tarkin dio la orden bruscamente al Almirante Motti—. Disparen cuando esté listo.

—¿Qué? —gritó la princesa.

Hubo un forcejeo.

—Eres demasiado confiada —le dijo Tarkin, regresando a su personalidad seca y formal.

La princesa saltó hacia delante como si pudiera detenerlo de alguna manera o atacarlo, atada como estaba, pero Lord Vader la tomó por el hombro y la jaló hacia atrás, contra la dura cubierta de su pesada pechera. La mantuvo indefensa allí y la obligó a mirar.

Nadie te obligó a ti. Pero tú y tu silenciosa contraparte se quedaron de frente a la vista del mundo azul condenado y, como sucedió en la prisión, antes, no tuviste otra opción más que mirar.

«Eres demasiado confiada».

Tú te diste cuenta de que no era confiada. Ella podría estar destrozada y estar bajo la amenaza de ejecución, pero aun así no había cedido nada.

Ni siquiera para salvar su mundo.

La destrucción de Alderaan fue cegadora. No hubo ruido en la sala de control de la Estrella de la Muerte; toda la compañía miró, susurró, mientras el terrible brillo estallaba a su alrededor.

Ahora podías traicionarla. Cada vez que enviaran inevitablemente exploradores y sondas a Dantooine, estabas seguro de que no encontrarían nada allí. Podías ahorrarles el esfuerzo, el gasto, la energía desperdiciada. Podías recibir una recompensa por ello, pero la duda floreció en tu corazón y vacilaste.

«Eres demasiado confiada».

No había razón para que el Gobernador Tarkin te recompensara siquiera. Sin embargo, ¿por qué no traicionarla? ¿Por qué no mencionar su falsedad, tan solo porque eras un guardia imperial leal?

El brillo quemó tus ojos. No te atreviste a pestañear. Te mantuviste inmóvil y no dijiste una palabra, momentáneamente cegado. No la traicionarías. Tu espíritu estaba sacudido, y tu lealtad cambió. Tu silencio te hizo su aliado. Ahora estabas tan condenado como ella. Nunca la traicionarías.

Te habías unido a la rebelión.

# ECLIPSE

Madeleine Roux



**B**reha Organa miró el rayo de sol inclinado detrás del hombro de Visaiya. La luz en la galería, arriba del gran vestíbulo del palacio, se tornó dorada y luego anaranjada, señalando el final de la tarde. Otro día sin su esposo y su hija llegaba a su final, pero había pasado tan lentamente como toda una vida.

Pausada y metódicamente, Visaiya le recordaba a la reina su calendario para el resto del día. Con cada palabra, cada «luego» seguido de otra tarea, otra reunión, otro deber, Breha se iba sintiendo cada vez más cansada. Una rígida arruga se formó entre sus ojos mientras miraba ese solitario rayo de sol. Se había colado por uno de los altos ventanales sobre ellas: una sola salpicadura de oro entre el esplendor azul plateado del palacio. De niña, el salón le recordaba el interior de una concha marina, liso y lustroso, siempre ligeramente frío, aun en pleno verano.

—Luego, se espera que fundes una escuela para nerfs necesitados que quieren perseguir sus sueños y volverse bailarines...

Breha apartó su mirada de golpe del rayo de sol, mirando con perplejidad a la mujer de mediana edad que estaba junto a ella. Como consejera, Visaiya era tan importante para ella que Breha a menudo bromeaba que perderla sería como si le cortaran una mano. Hasta pidió que hicieran anillos coincidentes para ambas, simples banditas plateadas que llevaban en el índice derecho.

—Tal vez estoy un poco distraída —admitió Breha, pasando una mano tranquilizadora sobre su propio rostro—. Cancela mis citas para el resto del día, por favor; mi mente está en otro lado.

Visaiya asintió, consultando su datapad con renovada determinación.

—Por supuesto. Es fácil. —Luego hizo una pausa, y Breha hubiera perdido interés de nuevo y dejado que su mente vagara, pero algo en el rostro de la mujer la puso en alerta. Visaiya nunca mostraba preocupación, siempre mantenía una máscara de relajada confianza, pero ahora sus cejas oscuras estaban contraídas, arrugadas, y golpeaba levemente el suelo con el pie debajo de su túnica, creando ondas en la seda.

—Aún no tenemos noticias —le dijo Breha, estirando la mano para tocar la muñeca de la mujer. Tal vez era un gesto demasiado informal, pero estos eran tiempos inusuales—. El Capitán Anderam me ha pedido que ya no lo contacte al puerto espacial. Jura que seré la primera en saber cuando su nave aterrice.

Visaiya no mostró alivio alguno.

—Podría ir y seguir vigilando. No hay problema.

Breha sonrió con gentileza.

—El Capitán Anderam insistió. No debemos molestarlo hoy otra vez.

—Ah, pero solo pidió que *tú* dejaras de pedírselo. A mí no se me hizo esa advertencia.

Por eso Visaiya era su mano derecha. Breha no estaba por encima de admitir que sin ayuda ella no hubiera capoteado el reciente temporal: la disolución del Senado había sido un fuerte golpe, convertía cada noticia que llegaba en una posible calamidad. El Imperio estaba ahora más allá de hacer política; estaba desesperado por aplastar a la Rebelión, y los animales desesperados eran siempre los más peligrosos. Breha apretó los labios brevemente y luego asintió una vez.

—Sé discreta, gracias. Ahora creo que voy a retirarme. No sabía que podría llegar a sentirme tan exhausta.

Visaiya le hizo una reverencia y se alejó, mientras las faldas de seda seguían su marcha como una sombra plateada. Liberada de su carga, pero aún preocupada, Breha se dio vuelta y se abrió paso por la galería. Por lo general, nada que tuviera menos importancia que una catástrofe planetaria podría hacer que abandonara sus labores de reina, pero se sentía cansada, agotada hasta los huesos. Normalmente, ella recibiría con beneplácito un día frenético, porque así mantendría su mente alejada de las ausencias de su esposo y su hija, pero un día tras otro de preocupación la habían derrumbado. Nunca se había sentido vieja hasta hacía poco, nunca le había resultado difícil salir de la cama fresca y llena de energía; pero ahora sentía su avanzada edad con intensidad.

—¿Su majestad? Un minuto de su tiempo, si es posible...

La droide asistente de su hija, WA-2V, se acercó prácticamente de la nada, y la luz de arriba brilló contra su chasis azulado mientras salía disparada detrás de una planta en el corredor que llevaba a los aposentos reales. La droide giró rápidamente detrás de Breha, a solo un palmo de distancia de la cola de su vestido.

—Es solo que... —la droide se apresuró, mientras sus engranes chirriaban por el esfuerzo de mantener el paso—. Bueno, la gala para el equinoccio es en tres semanas

y el sastre realmente debe saber si la princesa puede asistir y, de ser así, si ella preferiría seda o satín.

—Más tarde, 2V —dijo Breha en voz baja y tomada por sorpresa. Y ella que había esperado llegar sin compañía a sus aposentos, brindarse, por fin, una paz momentánea—. Han reprogramado mis citas. No quiero que se me moleste.

—¿Majestad? —Ahora el ministro de Finanzas corría para alcanzarla.

Paz. No la iba a tener.

Veloz, tras los talones del ministro, venía otra cabeza de cromo brillante, el viejo droide tutor de su hija, CZ-7OB, produciendo ruiditos con sus pies metálicos. Ese droide era el único que en realidad tenía una cita, y tal vez ya era demasiado tarde para cancelarla. Breha no aminoró su paso, dando respuestas breves y rápidas a las preguntas del ministro. Pronto se acercaron a las puertas altas y arqueadas que llevaban a los aposentos reales y a los dos centinelas armados que permanecían a ambos lados.

A través de las rendijas de un casco esmaltado, ella vio los ojos del centinela y le movió ligeramente la cabeza de un lado a otro.

—Pero ¡Su Majestad! ¡La túnica! —2V sonaba como si un servo estuviera a punto de salir disparado por la frustración.

—Hazte a un lado, droide, apenas hay crédito en el presupuesto para desperdiciarlo en esas ridiculeces.

Las puertas de los aposentos reales se abrieron y, con ellas, llegó una ráfaga de aire limpio, con aroma a lino, el dulce sonido de su asistente más joven practicando su laúd y el aún mejor recibido golpe metálico de las alabardas de sus guardias chocando tras ellas, para impedir la entrada.

En cuanto Breha entró en el aposento se detuvo y se dio vuelta, abriendo las manos ante ellos, como si se rindiera. El ministro Lintreyst y 2V se detuvieron de golpe, el droide tutor golpeó suavemente contra la espalda de la chica y se disculpó en un murmullo.

*Finanzas. Galas. Sedas. Presupuestos.* ¿Leía regresaría a tiempo para el equinoccio? Parecía improbable y, aun así, en un rincón pequeño y privado de su corazón que no tenía nada que ver con rebeliones o política, Breha esperaba que así pasara. Si regresaba así de pronto, ¿significaría que había tenido éxito o que había fracasado? ¿Cuál resultado se atrevía a desear?

Se estremeció involuntariamente y apretó los ojos. El deber de una madre era preocuparse, pero la responsabilidad de una reina era resistir.

—Suficiente por hoy —les dijo Breha con su voz más firme. Odió la sensación de que la estuvieran cazando y odió aún más la de que esto representaba cierto tipo de retirada—. Los recursos para la gala se asignaron hace meses, Lintreyst, estoy segura de que tú ya sabes; 2V, el sastre puede sacar uno de mis vestidos del almacén; es posible que la princesa no asista a la gala, y sería un desperdicio empezar un nuevo vestido desde cero.

La droide zumbó con satisfacción y hasta hizo girar su mitad inferior, como si no pudiera contener su entusiasmo.

—¿Podría... podría él agregar al menos unos cuantos adornos por aquí y por allá? ¿Un cristal o dos? ¿Algo de pedrería a lo largo del dobladillo?

Caminando hacia atrás en sus aposentos, Breha cerró los ojos de nuevo y reprimió una sonrisa.

—¿Por qué...? Sí, 2V, esa es una idea excelente. Estoy segura de que Leia se sentirá complacida.

Lintreyst, en contraste, no era alguien que se entusiasmara o se sintiera satisfecho con tanta facilidad. Hizo una mueca y se dio vuelta con disgusto; su capa se arremolinó detrás de él mientras desaparecía por el corredor, lejos de ellos. Bueno, por lo menos ese había sido un problema atendido y resuelto.

—¿CZ-7? Puedes pasar —dijo Breha, haciendo un gesto para que el droide avanzara.

Entonces ella sintió que entraba en sus aposentos de verdad, respirando hondo mientras atravesaba primero la antecámara, exuberante con plantas y flores, luego el recibidor, donde su asistente Falena permanecía inclinada, practicando, y finalmente un corredor corto y curvo que llevaba a su balcón privado.

Aire de la montaña. Simplemente no había nada como eso para los nervios.

Breha cerró los ojos contra el sol poniente. Volutas rosadas de nubes se extendían por el cielo, a las que se unía una puesta de sol con una cascada de naranjas y azules profundos y oscuros. En las montañas Juran, brillaba la nieve que se derretía, como una promesa de los meses más cálidos que vendrían; grandes grupos migratorios de thrantas se abalanzaban desde las montañas hacia esas nubes rosadas. Ella sonrió y combatió la inquietud en su corazón, disfrutando como siempre la vista de esas hermosas bestias, alas grises batiéndose, golpeando el aire mientras sus tristes graznidos llenaban el valle.

Detrás de ella, el droide tutor de su hija se detuvo con un chasquido, y ella pudo escuchar el suave zumbido mientras el droide se recargaba en un pie y luego en el otro, esperando.

—Su majestad —empezó el droide, con su voz clara y automatizada—, lamento informarle que hemos descubierto una grave discrepancia en los registros diplomáticos de su hija. Por lo general, bastaría con una simple corrección, pero como la princesa ya se ha ido, el error podría afectar su misión.

Ah, sí, su *misión*. Nadie en el palacio, por supuesto, con excepción de unos cuantos espías y oficiales, sabían exactamente adónde había ido Leia o por qué. Era crucial mantener en secreto la verdadera razón de su viaje. Breha asintió, mientras miraba a un pequeño escarabajo iridiscente que se abría paso por la barandilla del balcón. Empujaba una pequeña voluta de pasto hecho bola; material para algún nido en construcción.

—¿Cuál es la discrepancia?



CZ-7OB deslizó los pies hacia delante, uniéndosele en la barandilla. Si era posible que un droide de protocolo pareciera nervioso, este lo lograba de manera casi constante. Sus brillantes ojos mecánicos se movieron de un lado a otro y luego de arriba abajo; su respuesta llegó después de un largo titubeo. Ella casi podía escuchar los circuitos que se disparaban con rapidez en la cabeza de la cosa.

—De acuerdo con su perfil diplomático, la Princesa Leia habla huttés y shyriiwook con fluidez. Por desgracia, y Su Majestad está consciente de ello, la princesa apenas habla el shyriiwook. Esto es, naturalmente, una falla mía y no de la princesa, pero me preocupa que ese error pudiera avergonzarla. Ah, es demasiado... demasiado humillante.

Breha se permitió lanzar una sonrisa y se dio vuelta, colocando una mano maternal sobre el hombro del droide.

—No es tu culpa que Leia no se esfuerce con más rigor. Yo no me preocuparía. Me cuesta trabajo imaginar un escenario en el que hablar shyriiwook con fluidez pudiera beneficiarla. —Los ojos del droide parpadearon, más brillantes, como si estuvieran en *shock*—. En esta misión en particular, por supuesto —agregó rápidamente la reina.

Asintiendo, CZ-7OB bajó la vista hacia sus manos.

—Tal vez sea cierto, Su Majestad, y es un alivio escucharlo, pero más alarmante aún es mi descubrimiento de que... que... —y aquí el droide se inclinó hacia delante, susurrando—, dudo al hacer siquiera esta acusación, pero la princesa alteró *ella misma* el registro.

Detrás de ellos surgió una suave risa.

—Eso *sí* suena a nuestra hija.

Tanto Breha como el droide se sobresaltaron, pero fue la reina quien perdió el ritmo de la respiración y dejó que su comportamiento real la abandonara por un momento. Su esposo había regresado, deteriorado, quizás, pero tan guapo como siempre, con una capa café muy gastada. Corrió hacia él, arrojándose agradecida a sus brazos abiertos. El aire de la montaña de su hogar era un bálsamo, de verdad, pero el abrazo de su amado era una bendición. La guerra, la Rebelión, la ausencia de su hija. Todo desapareció de su mente por un solo instante.

—Tanto tiempo —susurró ella, apartándose de él y tocándole la mejilla—. Tanto tiempo.

—Y aquí estoy de nuevo —respondió Bail, agachándose un poco para besarla—. CZ —dijo él, como distraído, sin apartar nunca sus ojos del rostro de Breha—, ve ahora y corrige el registro, y siéntete seguro de que todos nosotros agradecemos tu... tu particular estilo de diligencia.

El droide se tambaleó ante ellos, recompensándolos con ojos grandes y brillantes mientras se alejaba.

—Solo espero que mi corrección no llegue demasiado tarde. Es aterradoramente fácil insultar a un wookiee.

—Pero ¡Visaiya debió avisarme! —La mente de Breha iba de un lado a otro—. Debiste cruzarte con ella, y ¡ese maldito Anderam! Le dije que me alertara en cuanto...

Bail la mantuvo a la distancia de sus brazos mientras el droide se iba, pero la sonrisa que él lanzó no alcanzó sus propios ojos. Algo estaba profundamente mal. Ella observó nuevas arrugas en los ojos de él y franjas más extensas de cabello gris en sus sienes, y su corazón se retorció ante la idea de todos los peligros a los que él había sobrevivido para regresar a ese balcón. Se apretó contra él y luego le permitió que la llevara al barandal, mientras entrelazaban sus manos sobre el mármol frío. Una segunda bandada de thrantas se remontó sobre ellos y sus graznidos rebotaron como un eco en el perímetro del valle y las alturas del palacio.

—No te enojas con ellos, corazón. Les dije que quería darte una sorpresa. Había estrellas, pero extrañaba este lugar, y más a ti —susurró él, volteando a ver el cielo.

Con desesperación, Breha quiso darse más tiempo para sentirse aliviada, pero apretó con más fuerza la mano de él.

—Scarif... ¿Los rumores son ciertos? ¿Podrían ser ciertos?

Su esposo apartó la vista de ella mientras bajaba su barbilla y suspiraba. Pareció palidecer, mientras una expresión distante, temerosa, aparecía en sus ojos.

—No debes pensar en eso ahora —le aseguró. Sus ojos se encontraron y él se esforzó por lanzar una media sonrisa—. Tenía tantas esperanzas de que esta fuera una reunión más feliz, pero las noticias que tengo... —Guardó silencio, y por un momento pareció enfermo.

—El Senado fue disuelto —dijo ella—. Lo escuché hace días, Bail. Es monstruoso. Sabía que el Emperador era audaz, pero esperaba por lo menos un poco de sutileza...

—¿El Senado? —Bail sacudió su cabeza mientras apretaba cada vez más la mano de ella—. Eso no es lo que debo decirte. Pensaba que yo sabía lo que iba a decirte, y lo correcto es que sea yo quien te dé la noticia, pero ahora que llegamos a ello...

Breha estaba callada, aterrada de que si decía otra palabra, él tan solo titubearía de nuevo. En la barandilla, miró que el pequeño escarabajo sucumbía ante un súbito viento, caía, y todo su trabajo quedaba perdido y disperso.

Bail respiró a fondo y ella vio que recuperaba firmeza aun con su palidez enfermiza. Se conocían desde hacía tanto tiempo, habían sobrevivido a tantas cosas, pero en toda su historia privada, ella nunca lo había visto con ese aspecto. Su esposo, un hombre de valor y fe inquebrantables, ahora se sacudía hasta sus entrañas.

—Perdimos al *Tantive* —susurró—. Está destruida.

Por un momento, Breha no pudo escuchar una sola cosa. Pánico. Ella conocía bien esa sensación, la había sentido cuando llegó la noticia de la disolución del Senado, pero esto era algo más. Esto no solo era pánico, era un perfecto lugar hueco, tallado dentro de su propio pecho. Un gemido alto en su cabeza ensordeció todo, excepto la sangre que golpeaba sus oídos. Parpadeó, atravesando con la mirada el

rostro de su esposo, la barandilla, las montañas... Hasta que sus ojos finalmente se fijaron en ese pequeño escarabajo que rodaba por la barandilla. Bail había caído de rodillas, lo poco que quedaba de sus fuerzas había durado hasta que logró entregar ese mensaje.

«Cae ante ti ahora».

Ese vacío en el pecho de ella debía ser llenado con algo o colapsaría hacia su interior, como un pulsar indefenso. Un propósito podía llenar el vacío. Por ahora, al menos. Breha dobló las manos, las juntó y las apretó cada vez con más fuerza, como si ese solo punto de presión pudiera de alguna manera mantenerla de pie y entera.

—Debemos saber más que eso. Enviar otra partida de exploración de una vez. Debieron expulsarse cápsulas de escape. No es tan fácil matar a nuestra hija; ella habrá hecho todos los intentos posibles por sobrevivir. Necesitamos un mapa de todos los planetas cercanos a ese campo de asteroides. Allí empezaremos a buscar sobrevivientes. ¿Quién informó de esto? ¿Se puede confiar en ellos? —exigió, escuchando que su voz se elevaba hasta que lograba controlarla de nuevo—. No aceptaré ningún informe hasta que haya visto los restos con mis propios ojos.

Ella exigió saber qué estaba haciendo exactamente el Senado acerca de eso, pero recordó que se encontraban solos en esto, perdidos en un yermo desconocido.

Bail asintió, estiró un brazo hacia ella. Con manos temblorosas, ella lo ayudó a levantarse.

—He pedido todo eso y más —le aseguró él—. Tal vez ya no tengamos al Senado, pero no carecemos de aliados. Breha, hay un escuadrón buscando, pero ahora estamos en guerra. Sabes que usaría todos los recursos posibles, pero debe haber un equilibrio entre nuestra pérdida personal y las necesidades de la Rebelión.

Las lágrimas salían sin invitación, y Breha se sintió impotente ante ellas. «Nuestra pérdida personal». Se inclinó hacia su esposo, encogiéndose a fondo en su abrazo, ocultando la agitación en su barbilla, que señalaba que su momento de resolución política férrea se estaba desmoronando.

—No está perdida —dijo ella—. Aún no. No me rendiré. Pero, Bail, nunca debimos consentir esto, dejarla ir...

Él recargó su barbilla pesadamente sobre la cabeza de ella, y Breha se sintió de pronto vieja y temerosa, frágil, golpeada por todos lados por una guerra que no podía detener y una maldad que no podía comprender.

—Esta guerra apenas está empezando, y debemos hacer aquí todos los preparativos posibles. Aunque no hagamos nada más que buscarla, aunque no hagamos nada más que mantener la esperanza, la guerra *está* aquí —dijo él en voz baja—. Leia *la* peleará cuando la encontremos. Podemos intentar mantenerla oculta y segura aquí en Alderaan, si la recuperamos, o cuando lo hagamos, pero ambos sabemos que encontrará una manera de irse.

—Sí, lo sé. —Ella se apartó, tallándose los ojos con ambas manos—. Debemos salir a buscar, también. El Capitán Anderam puede preparar un transporte para

nosotros, debemos elevarlo.

—Lo siento —dijo él—. Tú sabes tan bien como yo que es demasiado peligroso. Si pudieron apoderarse del *Tantive*, podría pasarnos lo mismo.

Breha sacudió la cabeza de un lado a otro y se abrazó a sí misma, frotándose como para calentar unos brazos ya calientes. Su furia cedió ante su tristeza y regresó con su esposo, dejando que él la doblara con un fuerte abrazo, mientras el último roce reconfortante del sol caía sobre sus caras.

—Por supuesto... Por supuesto, eso es verdad, pero no puedo quedarme sin hacer nada, amor. Me rehúso a quedarme cruzada de brazos.

Ella tomó un pequeño dispositivo holográfico de los bolsillos de sus voluminosas faldas, descubriendo que aun esa simple tarea necesitaba toda su concentración. Quedarse de pie y respirar se sentían como tareas injustamente crueles. Pero ella misma se dio fuerza, preparada para ser reina por un largo tiempo y madre en el momento en que la llamada entrara.

Mientras aceptaba la transmisión, la imagen azul del Capitán Anderam cobró vida, temblorosa, en el holograma.

—Tal vez debemos quedarnos aquí —dijo en voz baja Breha—, pero tenemos pilotos y agentes capaces, y ellos buscarán donde nosotros no podamos.

\* \* \*

Saber que no llegaría el sueño no hacía que su ausencia fuera más fácil de tolerar. Un temblor constante empezó en sus manos, uno que Breha sentía que hacía eco en su cerebro. Aún no había noticias de su hija, ni nada que indicara si estaba viva o muerta, y la posibilidad de que nunca descubrieran realmente el destino de Leia se iba volviendo más grande cada día. Esa posibilidad colgaba sobre ella como un punto ciego y, en ciertos momentos, exhausta al punto de la fantasía, juraba que un vacío negro empezaba a oscurecer permanentemente su visión.

Todo punto luminoso en cada dispositivo de comunicación la enviaba a otro paroxismo de miedo expectante. Ella no dejaba que nadie, excepto Bail, la viera, o por lo menos hacía su mejor esfuerzo para ocultar la oscuridad cansada debajo de sus ojos y el temblor de sus manos.

Dos días. Dos días habían pasado desde el regreso de su esposo y se sentía como toda una vida; además, la falta de sueño mezclaba las horas hasta que ya no podía hacer más que adivinar la hora o el día. En otros tiempos, la sala grande y abovedada del extremo norte del palacio había hospedado a dignatarios y había sido el lugar de discusiones políticas serias y sobrias, pero ahora se había vuelto el centro de información, mientras sus agentes mejor entrenados buscaban en silencio a Leia. Breha pasaba demasiado tiempo allí. Comía allí, cuando tenía el estómago para ello. Y miraba a Bail a través de la vastedad de la mesa de reuniones; sus miradas

rebotaban en las del otro. Si una de esas miradas duraba un poco, Breha se sentía a punto de estallar en lágrimas.

No habría lágrimas enfrente de sus generales.

Ella vio que un paje cruzaba desde la puerta de altos arcos hasta la mesa y permanecía junto al codo de Bail. Su intercambio en susurros se perdió entre la plática constante de hombres y mujeres alrededor de ellos y el flujo continuo de llamadas holográficas entrantes y salientes. Pero Breha observaba con atención, porque cada nuevo fragmento de información traía una chispa de esperanza. Las pistas, casi todas vacías, parecían circular interminablemente hacia la misma conclusión: el *Tantive* había sido aniquilada y, con ella, toda alma a bordo.

Bail sacudió la cabeza, y ella observó el mismo temblor enérgico en sus manos mientras se pellizcaba el puente de la nariz con frustración.

—Alguien debe saber algo. ¿Me escuchan? Regresen —dijo, elevando su voz con irritación—. *Regresen y revisen de nuevo, y luego vuelvan a hacerlo.*

El paje se quitó la gorra azul de la cabeza y se inclinó para salir del salón, afligido; su rostro joven y dulce adquirió un color carmesí brillante.

Breha se unió a su esposo, encontró su mano debajo de la mesa y la tomó. Él no la miró, pero se recargó imperceptiblemente en el hombro de ella.

—Ellos también están preocupados, Bail. No lo olvides.

—No debí gritarle.

A ella solo le quedaban sonrisas cansadas, así que le dedicó una.

—Él te disculpará.

—¡Ah, sus majestades! —WA-2V entró rodando en el caos del salón, abriéndose paso hábilmente entre la multitud preocupada hasta donde permanecían Bail y Breha. Sus brazos delgados sostenían un vestido, uno que Breha reconoció como suyo alguna vez. Lo habían modificado ligeramente, ajustando el largo para el tamaño pequeño de Leia y le habían agregado una salpicadura brillante de joyas al dobladillo. La droide se detuvo de golpe ante ellos y Breha tuvo que levantar una mano para evitar que el vestido se le cayera a 2V. Sus dedos acariciaron la familiar seda y surgió una nueva oleada de dolor—. Tenía razón: fue mucho mejor idea modernizar uno de sus viejos vestidos —dijo la droide, acomodando las mangas—. Este es muy especial, y sería una pena dejarlo en el almacén. ¡Le quedará perfectamente bien a la princesa!

—Este no es el momento —interrumpió Bail, volteando hacia la asistente—. Hay otras... consideraciones que necesitan nuestra atención.

Pero la droide siguió mirando a Breha, extendiendo el vestido vacío. La reina se esforzó para poner su mano sobre la rica tela, adormeciendo ella misma el dolor fresco.

—Es adorable —le aseguró a la asistente—. Cuando Leia regrese, se sentirá complacida.

La droide rodó hacia delante y hacia atrás, jugueteando.

—También lo creo así, majestad —respondió con un chirrido—, y pronto regresará a casa para verlo.

Un hombre azul cobró vida a su izquierda; un holograma entrante del Capitán Anderam brillaba como una miniatura que gritaba frenéticamente desde sus oficinas en el puerto espacial.

—¿Ahora qué? —Bail caminó con pasos majestuosos hacia el extremo de la larga mesa, metiéndose entre dos ministros agachados sobre el holograma.

Breha llegó allí un instante después, inclinándose hacia delante para hablar con claridad al dispositivo grabador:

—¿Anderam? ¿Me escucha? ¿Hay noticias?

—¡Arriba! —El capitán se oía lleno de pánico—. ¿Pueden verlo? Algo está colocándose en posición de órbita; nadie avisó...

—¿Qué estás diciendo? No tiene ningún sentido —replicó Breha, mirando que la llamada empezaba a fallar. Algo estaba interfiriendo con la transmisión—. Capitán...

Pero Bail la agarró por la muñeca, volteando hacia ella lentamente mientras sus ojos miraban el piso entre ellos.

—Vamos —susurró—. Afuera. ¡Transfieran al capitán a mi línea privada!

Ella dejó que él la guiara velozmente del salón al pasillo y levantó sus faldas para seguirle el paso, con la respiración atrapada en su garganta mientras él los llevaba a toda prisa por el palacio, hasta el balcón más cercano: el paraíso familiar al aire libre justo afuera de sus aposentos. Ambos se detuvieron de golpe y Anderam regresó a la vida en la mano de Bail mientras levantaban la vista al cielo que se oscurecía.

—Pónganse... a salvo... —La voz del capitán era solo un crujido ahora.

—Piensa, Bail. El *Tantive* fue destruida y nuestras comunicaciones bloqueadas. —Ella suspiró y miró mientras la imagen del capitán se cortaba por completo—. Ellos deben de saber que fue Leia. Esto es una represalia.

Su esposo empezó a caminar de un lado a otro. Gotas de sudor escurrían por sus sienes mientras arrojaba el intercomunicador con frustración. Casi todo lo que murmuró para sí fue demasiado débil para poder escucharlo.

—Imposible. ¡No se atreverían!

Tal vez todo esto era una distracción, algún complot imperial para evitar que buscaran a su hija. Nada era seguro, se recordó a sí misma; no podría creerse nada hasta que tuvieran una confirmación absoluta. Y si la atención del Imperio se había volcado en Alderaan, entonces era mejor: el hecho de que se distrajeran aquí podría permitir a su hija escapar de los escombros. Siempre y cuando ella sobreviviera, habría esperanza; no importaba en qué distante planeta aterrizara Leia, ella encontraría una manera de entregar los datos y completar su tarea.

Una sombra cayó por el balcón, envolviéndolos en una fría y repentina oscuridad. Ella estiró la mano instintivamente hacia Bail, engarzando su brazo en el de él mientras ambos se daban vuelta al mismo tiempo para encarar el valle. Breha se cubrió los ojos con la palma de la mano, mirando hacia arriba, al cielo y al enorme

objeto que lo atravesaba lentamente. En un instante, la cosa lo había oscurecido por completo.

—¿Qué podría ser tan grande? —murmuró Breha. El miedo formó un nudo apretado en su estómago y ella se aferró con más fuerza a su esposo. ¿Qué estaban viendo? Una vez había atestiguado un eclipse en Coruscant, pero esto era mucho más rápido. Tan *poco natural*.

Junto a ella, Bail jadeó y luego pareció perder la fuerza de sus piernas. Volteó hacia ella, con los ojos vacíos; su boca se movió pero permaneció en silencio. Al final, encontró su voz y miró el piso a sus pies.

—El asesino de planetas.

Ella resistió el surgimiento de la náusea que la golpeó como una ola rompiente y llevó las manos al rostro de Bail, para obligarlo a que la mirara. No podía ser cierto. No en Alderaan. Estaban en el corazón de la galaxia, un planeta importante, un bastión de tradición, paz y prosperidad.

El símbolo perfecto para destruir. El mensaje perfecto para enviar. Ningún planeta era demasiado sagrado, demasiado populoso... ningún planeta estaba seguro.

—Mi amor, ellos no podrían —dijo, aunque sabía que sí podían.

Bail pasó sus manos suavemente sobre las de ella y unieron sus frentes.

—Por lo menos estaremos juntos.

—¡No! —Ella se negó a creerlo. ¿Cómo podría existir tanta maldad?—. Debe... debe de haber tiempo. El puerto espacial está demasiado lejos, pero podemos alcanzar nuestra nave privada. Nosotros... ¡podríamos evacuar a la mayor cantidad posible! Debe de haber algo, cualquier cosa, que podamos...

El sonido fue increíble. Se voltearon hacia él, asombrados y llenos de pavor: un amortiguamiento del aire que extrajo todo el ruido alrededor de ellos antes de que un tremendo estallido, como un trueno, escindiera el aire. Bail la atrajo a sus brazos, aplastándola mientras la luz los cegaba: un anillo blanco que creció desde el horizonte, extendiéndose rápidamente, trayendo árboles, bestias y rocas con él.

—Ella lo logró —murmuró Breha; sus manos temblorosas se hicieron bola bajo su capa y sus ojos incrédulos miraron mientras el planeta mismo estallaba con miles de géiseres brillantes y terribles—. Lo sabría si ella se hubiera ido, Bail.

—Está viva. —Él besó la frente de ella, dejando sus labios allí mientras el palacio se sacudía debajo de ellos y las vigas que sostenían el balcón en lo alto se quejaban y cedían. Los asistentes dentro de sus aposentos lanzaron un gemido de terror y el castillo se hundió cuando faltó el suelo que lo sostenía.

Los huesos le dolieron a ella. Se sintió como si los sacudieran para arrancarlos.

—Ella está viva —dijo Bail una vez más.

Breha cerró los ojos.

—Lo sé.

Las montañas se elevaron, doblándose hacia ellos, tragándoselos por completo. Ella sintió la calidez de su esposo, su aliento sobre su cuello y después el aroma de

cenizas y fuego, y en el siguiente momento, el olvido.



# AL BORDE DE LA GRANDEZA

Pablo Hidalgo



ENTONCES:

«Puede disparar cuando esté listo».

Wilhuff Tarkin no era un tipo que ensayara sus palabras. Él no se paraba ante un espejo a imaginar sus momentos de triunfo, moviendo la boca o susurrando frases que quedarían grabadas en la historia.

Pero estas palabras fueron diferentes. Había esperado más de dos décadas para pronunciarlas. Estas palabras empezaban un frenesí insondable de acciones y reacciones en lo profundo de la enorme arma que él mantenía bajo control, y desencadenarían un torrente de fuego primordial que borraría a los enemigos del Imperio en un ardiente instante.

Le molestaba que el Director Krennic ya hubiera dado la orden de hacer un disparo de prueba que había vaporizado a Jedha, pero esas precauciones eran necesarias. «¿Y si hubieran fallado?». Mejor que esa vergüenza cayera a los pies de Orson Krennic que del Gran Moff Tarkin. La prueba de Krennic resultó espectacular, pero el buen director estaba destinado a recibir solo una mención al pie de página en los anales del Imperio, como alguien tangencialmente relacionado con un desastre minero en la anciana luna.

Tarkin había modulado cuidadosamente su propia distancia del proyecto con los años, revoloteando aún más cerca cuando los signos apuntaban al éxito, flotando más lejos cuando las demoras carcomían la paciencia del Emperador. En ese momento sobre Jedha, la Estrella de la Muerte había pasado de concepto a demostración, y Tarkin había pasado de ser un defensor distante a arquitecto en jefe.

Krennic había tratado de robar ese momento. ¿Qué es lo que había dicho? ¿Que estaban parados allí en medio de su logro? «Qué sinsentido». Esas afirmaciones eran tan absurdas como las de un albañil que se siente orgulloso de un parapeto construido a nombre de un rey. Es el castillo *del rey*. La gloria siempre asciende hacia el cielo.

Ahora Tarkin estaba parado en la cima del cielo, mirando a Scarif hacia abajo, un mundo violado por los intrusos rebeldes. Un mundo *infestado*, sus secretos (secretos *imperiales*) expuestos a parásitos rebeldes. Estos secretos no eran irremplazables; eran duplicados de los registros de desarrollo militar en Coruscant y, conociendo al Emperador, en algún otro lugar. Eso era poco importante, la amenaza rebelde estaba *aquí y ahora*. El asunto requería una decisión ejecutiva.

Los rebeldes no pudieron dejar Scarif. Era necesario purgar la información como un miembro que debía amputarse antes de que la infección se extendiera por todos lados.

Krennic estaba allí abajo, ¿o no? Regresó a la ciudadela en Scarif para limpiar el desastre que había empezado. Bueno, Tarkin podía hacerle un favor y esterilizar ese desastre de manera mucho más efectiva desde su punto de observación actual, dentro de la Estrella de la Muerte, orbitando muy arriba, sobre el planeta tropical.

Scarif daba vueltas abajo, trayendo la ciudadela al horizonte.

—Puede disparar cuando esté listo —dijo Tarkin, por fin. Y se permitió la más breve de las sonrisas.

AHORA:

Tarkin permanecía de pie en el puente de mando de la Estrella de la Muerte, rodeado por la instrumentación luminiscente y la maquinaria que producía zumbidos. El General Tagge esperaba cerca, igual que el Almirante Motti, examinando una pantalla con datos, aunque estos oficiales dejaron de percibir una mirada de la otra presencia en el piso: la imponente forma de Darth Vader, Señor Oscuro de los Sith.

—Su resistencia a la sonda mental es considerable. Tomará tiempo arrancarle cualquier información —retumbó la voz de Vader, describiendo la tenacidad de su prisionera, la Princesa Leia Organa de Alderaan.

«Tiempo». La palabra hizo eco en la mente de Tarkin, trayéndole de nuevo ideas del pasado. «Has hecho del tiempo un aliado de la Rebelión». Tarkin había regañado a ese idiota de Krennic sobre esos temas.

—Se ha efectuado la última comprobación —sonrió Motti alegremente. El almirante se aseguró de que Tarkin quedara de pie directamente entre él y el caprichoso Señor Oscuro. Motti y Vader habían tenido un *desacuerdo* reciente sobre asuntos de espiritualidad y procedimientos—. Todos los sistemas funcionan. ¿Qué rumbo debemos tomar?

Una Estrella de la Muerte operacional y toda la galaxia al alcance, un momento que se había fraguado durante dos décadas y que Tarkin aún no podía saborear. Las preguntas zumbaban a su alrededor como un mosquito en una recámara: ¿dónde estaban esos rebeldes?, ¿desde dónde actuaban?, ¿dónde se encontraba su base?

Y la pregunta más punzante: ¿de qué servía tener el arma más poderosa del universo si esta niña podía desafiarlos?

—Podría terminar cediendo a una nueva forma de persuasión —propuso. El Senado y sus llamados a la población ya no existían más; el Emperador se había encargado de eso con la largamente esperada disolución de ese cuerpo pependenciero. Los planetas que cometieron traición pero a los que se les permitió cierta protección al invocar las simpatías de los ciudadanos del Imperio no tendrían voz para hacer llamados a la población. Estos mundos necesitaban un recordatorio del aspecto que tenía ese poder definitivo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Vader, aunque sin duda el Señor Oscuro ya sospechaba el destino del tren de pensamientos de Tarkin.

—Creo que ha llegado la hora de demostrar el poder total de esta estación —dijo Tarkin. Se dio vuelta hacia el joven almirante—. Ponga rumbo a Alderaan.

Motti sonrió.

—Es un placer.

\* \* \*

El salto de la Estrella de la Muerte al hiperespacio ocurrió con mínimos incidentes. No era un asunto menor, literalmente, propulsar un objeto tan enorme a velocidades superiores a las de la luz, pero la maravilla de la ingeniería que era esta estación de combate actuó a la perfección. Solo pudieron sentirse ligeras sacudidas en la espaciosa oficina de Tarkin, donde resonaron como anillos en una taza de agua sobre la superficie brillante de su escritorio.

Tarkin se sentó a revisar los informes de ingeniería que se deslizaban por el monitor de su escritorio. De acuerdo con los estándares de Krennic, cada salto al hiperespacio era acompañado con una lista exhaustiva que hacía una crónica del desempeño de cada sistema y subsistema que intervenía en el proceso. Los dedos huesudos de Tarkin movieron una página de información, pero pronto perdió interés. La estación funcionaba, él no necesitaba una autopsia de cada evento mecánico. Que los ingenieros los estudiaran a conciencia.

Apartó de su vista ese flujo de datos técnicos y desplegó las noticias que venían de la capital. La desbandada del Senado exigía la atención de los medios de comunicación, y las agencias de holonoticias repetían obedientemente la historia que los asesores del Imperio habían preparado. Los traidores rebeldes habían infiltrado el Senado. Esa infiltración dio como resultado un devastador ataque terrorista sobre una instalación militar del Imperio en Scarif. Durante el tiempo que durara la emergencia, el Emperador necesitaba control absoluto para poner un rápido fin a esta amenaza y exterminar de raíz a los insurgentes que tenían acceso al corazón de la burocracia imperial.

Tarkin consideró que una demostración impactante del arma principal de la Estrella de la Muerte era la manera perfecta de respaldar ese decreto con un ejemplo

innegable del poder imperial. Tarkin tenía la autoridad para tomar esas decisiones. De seguro no necesitaba pedir permiso a Coruscant para llevar a cabo sus planes.

La puerta repiqueteó, interrumpiendo la lectura de Tarkin. Desde su escritorio, quitó el sello de la puerta e invitó a su visitante a pasar. Motti dio un paso al frente.

—Deseo felicitarlo, gobernador, de una manera más personal de lo que permitirían los formalismos. Usted ha logrado lo que muchos incrédulos considerarían imposible —dijo. Las aletas de la nariz de Motti se dilataron mientras respiraba a fondo—. La Estrella de la Muerte está lista y es suya.

—Tomo nota de sus conceptos y los aprecio, Motti, pero no soy alguien que desperdicie el tiempo en demostraciones exageradamente emotivas —dijo Tarkin mientras miraba con atención al almirante—. Usted no vino aquí solo para compartir esas palabras.

Motti tragó saliva.

—Señor, si me lo permite. Esta estación puede destruir cualquier planeta que seleccione. Toda la flota estelar, en batalla campal, no podría detenernos. No podría detenerlo a *usted*. Ahora tiene en su mano el poder de la vida y la muerte sobre cada ser vivo de la galaxia.

Tarkin esperó, sin decir una palabra.

—El poder definitivo —continuó Motti— descansa en usted.

—Y en el Emperador, por supuesto —dijo Tarkin, arponeando a Motti con su mirada.

—Por supuesto, gobernador —replicó rápidamente Motti—. A eso es a lo que me refería, pero el Emperador está lejos de aquí y usted es quien tiene el mando real.

Tarkin estiró la mano para tomar su agua, pero seguía examinando a Motti con cuidado.

—Esta no es la primera vez que habla de esa forma, Motti —dio un breve sorbo—. Diga lo que tiene en mente.

—Si usted lo ordena —la pausa de Motti fue casi imperceptible—. La estación de batalla se ha vuelto la mismísima fuente de poder del Imperio. Todo ese poder recae en su mando. Y nada más que su mando.

—Está cerca de la traición, Motti —le previno Tarkin. Había sabido que la conversación llegaría a esto cuando Motti se presentó.

—¿Es traición señalar que usted podría exigir un puesto de autoridad tan solo detrás del Emperador? —preguntó Motti.

—No me importaría tener al Emperador como mi enemigo —dijo Tarkin, rompiendo el contacto ocular con Motti para mirar los informes de Coruscant. Con la presión de un botón, colapsó el flujo de datos.

—Pero el mando de la Estrella de la Muerte lo hace su igual —dijo Motti—. Podrían compartir el dominio de la galaxia.

El ligero énfasis en «compartir» pintó un cuadro claro de la motivación en la mente de Tarkin. Devolvió la mirada a Motti y le sonrió sin mover los labios.

—¿Contigo como mi mano derecha?

—Soy su servidor dispuesto, Gobernador Tarkin.

Tarkin se puso de pie. Motti dio medio paso expectante al frente, pero Tarkin permaneció detrás de su escritorio.

—Gracias por sus impresiones relacionadas con la operación de esta estación, almirante, pero ahora regresaremos a la formalidad del procedimiento y el registro, y seguiremos con la misión que el Emperador ha decretado.

Motti asintió, recuperando su postura más rígida y el grado de circunspección que dictaban los protocolos imperiales. Aunque el brillo se mantenía en sus ojos. Había tomado un riesgo, pero Motti lanzó de lleno el primer golpe en una ambiciosa apuesta por el poder y aún seguía en posesión de su rango y su vida. Tarkin le indicó que podía irse con un movimiento de cabeza, y Motti dio vuelta sobre sus talones y salió de la oficina.

Tarkin pensó que fue en la política donde falló Krennic. El ingeniero bocón conocía las complejidades de los hiperdrives y las tasas de conversión de energía, pero no había percibido los peligros de la corte imperial. Krennic quería ascender pero se perdió en la manera de trepar. Tarkin le había bloqueado todos los caminos, y ni siquiera la Estrella de la Muerte le había permitido ascender.

Krennic había sido un constructor que pretendía ser un líder. Al final, fue su perdición.

\* \* \*

Tarkin estaba de pie en el puente de mando. El Almirante Motti le había informado de la reversión segura del hiperespacio y que ahora la Estrella de la Muerte se acercaba amenazante a Alderaan.

Tarkin había visitado el mundo en muchas ocasiones. Estaba lleno de historia, su familia real había lanzado muchas de las antiguas expediciones que extendieron por primera vez la galaxia. Semejante *pedigree* lo elevaba a alturas intocables de importancia, y una nube de arrogancia lo rodeaba. Los Organa habían pensado que podían actuar con impunidad y desafiar los decretos del Emperador, porque la historia les había permitido ocupar un lugar *especial* en los corazones y en las mentes de la gente.

Alderaan y su realeza estaban por recibir una lección.

—Gobernador Tarkin —dijo una voz arrogante envuelta en un acento afectado—. Como siempre sujetando la correa de su fiel perro Vader. Noté su olor a carroña en cuanto me trajeron a bordo.

A pesar de su cuerpo pequeño, completamente eclipsado por el negro opresivo de Darth Vader, la Princesa Leia Organa permaneció erguida y orgullosa. Tenía una

fracción de la estatura y la edad de Tarkin, pero marcó bien su territorio mientras intercambiaba dardos revestidos de cortesía. Tarkin se cansó pronto del intercambio.

—Princesa Leia, antes de tu ejecución, quisiera que me acompañaras a la ceremonia que pondrá en funcionamiento esta estación. —Tarkin abrió los brazos, abarcando toda la Estrella de la Muerte—. Ningún sistema estelar se atreverá ahora a oponerse al Emperador.

Leia lo encaró y habló sin matices.

—Cuanto más fuerte cierre la mano, Tarkin, más sistemas estelares se le escaparán por los dedos.

—No después de demostrar el poder de esta estación. Y en cierta forma, tú determinaste la elección del planeta que será destruido primero —dijo Tarkin. Se dio vuelta hacia el monitor del puente de mando que desplegaba la imagen verde-azulada de Alderaan, de manera muy parecida a Scarif, cuando tuvo por última vez el control del arma principal de la Estrella de la Muerte. Excepto que ahora no habría medias tintas en la operación de la estación de combate.

—Ya que te niegas a revelar la ubicación de la base rebelde, he decidido probar el poder destructivo de esta estación en tu planeta de origen: Alderaan.

Leia respiró con dificultad. Allí estaba. La grieta en la fachada. El desmoronamiento de la esperanza. La muerte de esa chispa de rebelión. Leia suplicó. Tarkin lo saboreó.

Vader estaba tan impasible e inexpresivo como siempre.

Esta vez, la explosión que emanó del superláser de la estación de combate fue diferente. Los ocho rayos tributarios se canalizaron en uno solo que redujo Alderaan a escombros ardientes. Decenas de miles de años de historia fueron barridos en un instante.

Tarkin vio su futuro en la onda de choque de fuego que irradió el cosmos. Pensó en el distante Emperador y en lo poco que importaría la reacción de Palpatine. Pensó en la chica, sollozando ante la destrucción de su mundo traidor. Pensó en las palabras de Motti. Y en ese momento de triunfo, Tarkin no pudo sino pensar en Krennic y en todo lo que le había arrebatado al insignificante hombre.

**ENTONCES:**

Los hombros le quemaban. Carne chamuscada se resquebrajaba con cada movimiento.

La conciencia de Orson Krennic nadaba en la oscuridad inducida por el dolor. Sus sentidos concentraron la borrosa luz del sol en una imagen comprensible. Estaba en Scarif, en el puño de lo que solo podría describirse como una pesadilla, pero no era un sueño; todo era verdad y tan solo había empeorado.

Krennic miró al cielo y vio su creación: la Estrella de la Muerte, flotando ominosamente más allá de las nubes, girando con lentitud.

«Tarkin», pensó Krennic furioso. Ahora Tarkin tenía el control de su estación de combate. O así lo pensaba Tarkin.

«No conoces el poder sobre el que estás parado, Tarkin. No sabes cómo domarlo».

Si los rebeldes habían podido robar los datos técnicos de la estación de combate, el curso de acción inmediato de Krennic sería ordenar una revisión completa de los esquemas. Ahora, consciente de la traición de Galen Erso, Krennic hubiera peinado los datos para encontrar cualquier cosa, cualquier aberración, sin importar lo insignificante que fuera. Hubiera tapado cualquier hueco que Erso pudiera haber dejado en la armadura de la Estrella de la Muerte.

Krennic lo hubiera hecho así, aunque algunos se hubieran burlado, porque la Estrella de la Muerte tuvo un éxito probado. Krennic hubiera sacado de línea la estación para examinar cada tornillo. Hubiera capoteado el revés político de privar al Emperador de su nueva arma para asegurar que funcionaría sin errores.

Porque Krennic era ingeniero. Tarkin, no. Tarkin no podía sondear la complejidad de esta creación. En lugar de eso, Tarkin sería consumido por la impaciencia.

Tarkin era un político que pretendía ser arquitecto. Al final, Krennic lo sabía, esa sería su perdición.

«Mi creación será tu destrucción».

Y con un destello de energía verde, canalizada a través de una serie de cristales compuestos de kyber, diseñados y producidos por Galen Erso, a cuya hija acababa de atrapar entrando a la fuerza en el propio corazón de los secretos imperiales, Orson Krennic se convirtió en polvo.

# DEMASTADO REMOTO

Jeffrey Brown





# EL GATILLO

Kieron Gillen



**T**al vez Aphra no tenía el aspecto de una rebelde. Tal vez no iban a dispararle a ella.

Mientras avanzaba a tropezones entre la maleza y la rasguñaban las crueles espinas de Dantooine, se dio cuenta de que todo lo que tenía eran sus prejuicios del aspecto real de los rebeldes. Ella los imaginaba con barbillas sobresalientes, pechos hinchados por el orgullo y cabezas crepitando ligeramente con un exceso de idealismo desubicado. Así no era Aphra. Dicho eso, con blásters duales a la cadera, *goggles* sobre su raído casco de piloto y un cuerpo delgado, ella se parecía más a una carroñera exitosa o a una criminal sin suerte que a una doctora en Arqueología. Sería mejor mantener la cabeza gacha, regresar al *Ark Angel* y largarse de ese tonto planeta verde antes de que su camino se cruzara con el de una de las patrullas imperiales.

No importaba qué aspecto tuviera. Si la encontraban cerca de la base rebelde, sería sospechosa de esa manera asesina, inevitable y sospechosa que tanto le agradaba al Imperio.

La vida de Aphra alternaba entre encontrar interesantes artefactos antiguos y reactivar interesantes artefactos antiguos, con breves periodos intermedios en que vendía interesantes artefactos antiguos. A ella le gustaba describirse a sí misma como una falsa arqueóloga. Otros tendían a describirla como traficante de armas. Después de pasar los mejores años de su adultez temprana actuando así, no tenía muchos argumentos para oponerse con firmeza.

Había estado escondida en Dantoo Town, tratando de reactivar y actualizar algunos droidekas sobrantes de la guerra. Lograr que los campos de deflexión se integraran con las cápsulas cohete recientemente agregadas resultó una pesadilla (su primer experimento llevó a que se detonara la carga dentro del campo). A Aphra le tomó dos semanas reconstruir los droides desde cero. Ella hubiera resuelto fácilmente el problema... de haber tenido un modulador colicoideo de pulso de campo 3.23.

Ninguno de sus contactos habituales tenía uno, así que se dedicó a buscarlo entre los desperdicios. Creyó que tenía una pista. Esta base en el extremo de Dantooine había sido lo bastante secreta para no atraer la atención, pero lo bastante grande para ocultarse a cualquiera que realmente pusiera atención. Aphra hackeó las transmisiones de una estación orbital, lo que le permitió rastrear los movimientos regulares pero secretos de cazas estelares en órbita y de regreso. Ella supuso que eran criminales o criminales con ilusiones de altruismo (es decir, rebeldes). Pero ahora llevaba tiempo sin actividad. Tal vez estaba abandonada. Tal vez llena de desechos.

La propia base estaba integrada elegantemente con las interminables copas del bosque de Dantooine. Desde la órbita tal vez se pensaría que era un ejemplo más grande de una de las muchas granjas de savia del planeta. Se necesitaba el ojo de un experto para distinguir las bahías de cazas estelares en un círculo alrededor de un bunker bajo principal. Durante el tiempo que pasó recogiendo desechos en el lugar, Aphra había descubierto un par de cosas. En primer lugar, definitivamente había sido una base rebelde. En segundo, los rebeldes eran preocupantemente eficientes para limpiar lo que dejaban atrás. Ella estaba segura de que criminales reales habrían dejado más que un revoltijo útil. Maldita sea la Rebelión.

Aphra abrigaba sentimientos... encontrados hacia la Rebelión. Sus instintos eran buenos, pero no bastaba con que fueran buenos. Personas como los rebeldes, todas con gran corazón y mente elevada, llevaron a la Guerra Civil Galáctica. En la medida en que Aphra tenía una orientación ética, se había formado a la sombra de la guerra. La mayoría necesitaba orden. Mejor el Imperio, cuando la alternativa era *esa*. Miles de millones de personas débiles morían con esa alternativa.

No era que Aphra necesitara a alguien, por supuesto.

Se estaba abriendo paso a través de lo que estaba convencida que era la sala de comunicación central antes de que la desmantelaran cuando el *Ark Angel* le envió una alerta. Un sobrevuelo de cazas TIE había disparado sus alertas. Ella apenas tuvo tiempo suficiente para correr fuera del complejo y lanzarse en dirección de la maleza. Luego cayeron las cápsulas y brillantes equipos asesinos de stormtroopers se dispersaron por la base como insectos.

Aphra decidió que en realidad no necesitaba tanto el modulador colicoideo de pulso de campo 3.23 y corrió de regreso a su nave a través de un purgatorio de espinas, savia viscosa y esa humedad del bosque que todo lo inundaba.

Estaba por salir de la maleza a campo abierto cuando vio que la curva camuflada de la nariz curveada de su crucero que se elevaba inusualmente sobresalía debajo de la telaraña holográfica que había dejado para ocultarla.

Aphra había alcanzado la seguridad.

Un segundo después se dio cuenta de que no era así. Tres stormtroopers que hacían un barrido perimetral se abrían paso sin advertirlo hacia el *Ark Angel*. Era un problema obvio para ella. También era un problema para ellos, porque estaban a punto de dar contra la capa de microminas que había dejado para frenar el

acercamiento. Un dilema moral. O, como Aphra prefería pensar sobre ello, dilema a secas. Lo «moral» nunca entraba en juego.

Opción uno: deja que se topen con las minas, acaba a quien sobreviva con sus blásters, pone el *Ark Angel* en órbita, tratando de esquivar el inevitable destructor estelar que trajo aquí a todos estos troopers, es casi seguro que tiene que abandonar los cascarones de droideka que dejó en Dantoo Town y quemar otra identidad de transpondedor en el *Ark Angel*. Ah, y también matar a un montón de gente.

La alternativa era... Aphra suspiró, desenfundó su bláster y dio un paso al frente, con las manos en alto y una sonrisa amplia.

—¡Hola, chicos! —gritó—. ¿Cómo puedo ayudar a los finos caballeros del ejército imperial?

Además, esas minas eran *costosas*. No iba a desperdiciarlas en stormtroopers.

\* \* \*

Los stormtroopers la interrogaron, revisaron sus ropas y la escoltaron (maldita sea: la arrastraron) hacia el complejo. Encontraron ambos blásters y el cuchillo, pero le dejaron sus herramientas, lo que probablemente fue un error. Si la hubieran revisado, habrían encontrado la masilla explosiva en la funda de su gorro, almacenada de manera segura en dos paquetes inactivos. Si lograba idear un pretexto para quitarse el gorro y jugar con la masilla durante casi un minuto, serviría de algo. Tal vez podría ofrecerse a mostrarles animales de arcilla.

La empujaron hasta lo que alguna vez fueron los cuarteles generales de los rebeldes y ahora eran de las tropas imperiales. El personal de apoyo se movía por todos lados, pero Aphra sabía que eran irrelevantes. El único hombre que importaba en la sala estaba de pie, vestido con un uniforme imperial, mirando los holomapas del área con una expresión poco complacida. Aphra no le dio demasiada importancia a eso. Sospechaba que, fueran buenas o malas noticias, esa expresión se quedaría allí, frunciendo el ceño, perpetuamente decepcionado. Era una nube gris con un uniforme gris.

Era un general. Aphra no pudo interpretar la cadena de botones coloridos en su solapa, pero satisfacía cada prejuicio que Aphra tenía del Alto Mando Imperial.

Ella sentía el arma aún en la región lumbar cuando el stormtrooper presentó su informe.

—La encontramos deslizándose por el perímetro exterior, General Tagge —dijo el stormtrooper con una voz sorprendentemente delgada—. Dice que es de Dantoo Town. Su moto speeder se encuentra oculta al este de la base. Estamos tratando de localizarla.

La speeder no existía, pero de ninguna manera dejaría que alguien husmeara por el *Ark Angel*. Aphra sonrió, porque trataba de causar una buena primera impresión y

porque había identificado correctamente a este Tagge como un general. Su conocimiento de los rangos militares después de la caída de la República era por lo menos nebuloso.

—Este... me rendí. Entregué mis armas. Solo quiero ayudar —dijo ella con toda la sinceridad que pudo reunir. Tagge la miró por encima. Gruñó poco convencido y volvió a mirar el mapa.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy robando cosas. Bueno... recogiendo desperdicios, pero creo que merezco recibir algún beneficio por mi honestidad, ¿verdad? La base fue abandonada hace meses, así que me imaginé que, si quedaba algo aquí, era mío.

Tagge le devolvió la mirada, analizándola, como si fuera una hoja de cálculo y quisiera revisar si las columnas concordaban o no.

—Te encuentro en medio de una base rebelde abandonada y ¿aseguras que no sabes nada? —dijo él.

Aphra arriesgó su mejor intento de jadeo inocente. Tal vez había alcanzado la altura de una «falsa inocencia».

—¡De seguro no eran *rebeldes*! —dijo ella—. Los rebeldes son pequeños y desorganizados, apenas más que bandidos. Este lugar debió de contener docenas de naves espaciales. Es seguro que los rebeldes no podían sostener una base como esta.

El rostro de Tagge estaba tan inmóvil como las máscaras de los stormtroopers.

—Creo que estás confundiendo ser lista con ser inteligente —dijo Tagge.

Aphra se estremeció un poco. Sería tonto que le dispararan por eso, aun para ella.

—Lo siento. Nadie tenía idea de que esta era una base rebelde. Llevaba varios meses abandonada cuando llegué aquí. Además —hizo una pausa, buscando un ángulo que le permitiera continuar su vida bendecida sin heridas de bláster—, esta es la fuerza militar más grande que jamás se haya visto en Dantooine. El planeta es tranquilo. La luz interior es una novedad. Una demostración de fuerza como esta y todos alrededor aquí sabrán que nadie puede soñar con resistirse al Imperio.

Tagge resopló: un solo ruido agudo. Una risa o el equivalente de Tagge.

—No creo que haya ninguna posibilidad de que subestimen la seriedad del Imperio. Hoy, carroñera, el Imperio destruyó Alderaan.

El lugar quedó en silencio. Tagge dejó que el hecho quedara colgando del aire, mientras un silencio expectante dominaba. De inmediato fue echado abajo.

—¿Cómo? —preguntó Aphra—. ¿Bombardeo de superficie? Aun con una flota de destructores estelares eso tomaría semanas. ¿O una bioplaga, como en Genosha? ¿Esta es tecnología de la Iniciativa Tarkin? Me ha encantado el trabajo que he visto salir de los laboratorios. ¿Es como una cosa que aplasta ciudades o algo que deja los edificios en pie? ¿Estamos hablando de seres conscientes o de un evento de extinción completa de la flora y la fauna? De verdad, ¿cómo? ¿Ignición atmosférica? He visto planes para eso. Ah, fisura del manto. El núcleo expuesto de magma puede destroz

por completo una civilización. O... oh, me estoy torturando a mí misma. ¿A qué se refiere *exactamente*?

Tagge se le quedó viendo.

—Me refiero a que el planeta ahora es polvo.

Aphra estaba levemente consciente de que esa no era la respuesta que Tagge estaba esperando, pero la excitación de ella tenía su propio impulso.

—¿Polvo como... *polvo*? ¿Pedazos de asteroides y gente flotando en el espacio? ¿*Eso*?

—La Estrella de la Muerte destruyó Alderaan —dijo Tagge, arrastrado en cierta forma por la estela del entusiasmo de Aphra.

—Guau —dijo Aphra—, es asombroso.

Ella estaba consciente de que estaban midiéndola.

—Eh... bien hecho, Imperio —dijo Aphra.

El torpe silencio fue roto cuando los otros stormtroopers entraron en el cuarto, saludando.

—Señor —dijo el primero—, hemos buscado su speeder y no pudimos encontrarlo.

—Por supuesto —dijo Aphra—, lo escondí. Eso es lo que significa «esconder».

El silencio regresó. La rutina Aphra de Aphra había visto mejores resultados.

Tagge caminó lentamente hacia ella, con los brazos detrás de su espalda, y se le quedó viendo con detenimiento. Una vez más, la hoja de cálculo de Aphra fue conciliada mientras Tagge hacía su análisis final.

—No creo que seas una rebelde —dijo él.

Aphra trató de evitar la risa. Iba a vivir.

—Creo que eres un problema —dijo él— y sospecho que el mundo estaría mejor sin ti.

Oh, no. Ella no iba a sobrevivir. Pasaría lo opuesto.

\* \* \*

Cuando Tagge ordenó al trooper que la llevara al bosque, la ejecutara y reanudara la búsqueda, Aphra tuvo que combatir la urgencia en su cuerpo de correr, patear y arremeter. Su cabeza gritó. Su rostro se retorció. Si corría ahora, le dispararían. Si peleaba, sería arrastrada fuera por una multitud. En cambio, se comportó, y el stormtrooper la guio. A cada paso, ella buscó una apertura. Tenía que haber algo. Su suerte aparecía en este tipo de situaciones. Su suerte la sacaría de esta. Así era como funcionaba.

Una voz en su interior agregó una burla: «Así es como funciona hasta que deja de hacerlo».

Ella se estremeció. Sabía que al final de cuentas llegaría a Eso. Tal vez esto sería Eso.

—¿Es la primera vez que ejecutas a alguien? —preguntó con voz quebrada.

—No hables, prisionera —dijo el trooper. Su voz también era poco firme.

Muy bien. Aphra podría aprovecharse de eso. Aphra se rio con nerviosismo, mirando lentamente sobre su hombro, y guiñó.

—O ¿qué vas a hacer? ¿Dispararme?

Siguieron hasta la orilla del bosque, y Aphra se portó como un modelo de obediencia.

—¿Estabas a bordo de la Estrella de la Muerte? —preguntó ella.

—¿Estás muy interesada en la destrucción planetaria? —replicó él, después de una pausa.

—Eh... ¿quién no? —dijo ella, parándose sobre un tronco mientras pensaba si podría correr para ponerse a resguardo en el siguiente tronco. No, no podría. A menos que quisiera hacerlo con un agujero de cinco centímetros en la espalda.

—Un arma como esa, y ¿tú estás *entusiasmada* por ello? —preguntó él.

—Tan solo te hace pensar. ¿Cómo diseñas siquiera algo como eso? —dijo ella, antes de mirar atrás para revisar la distancia. ¿Podría correr más rápido que él? Era poco probable. Aunque pudiera, él estaba a medio metro de distancia.

—Quiero decir... ¿crees que la Estrella de la Muerte tenga un gatillo? —preguntó—. Alguien ordenó que dispararan, pero eso es fácil. ¿Alguien en realidad tiene que jalar el gatillo?

Ella entró en el bosque. Él la siguió, a dos mortales pasos de ella.

—Apuesto que no. Apuesto que es un montón de gente, de modo que todos pueden negar parte de su responsabilidad. Seis ingenieros. Todos cargando recámaras de disparo, y solo cuando todas están activas el arma se ensambla. Así es como yo lo haría. Porque si algunos llevan sobre sus hombros el peso de saber que mataron todo un planeta... eso los quebraría. Simplemente no podrían apretar el botón.

»Así es como lo hacen los escuadrones de disparo en algunos mundos —siguió, mirando hacia atrás—. Hay alguien cuya arma no dispara en realidad, así que siempre pueden pensar: “Hey, tal vez yo no lo hice”. Son esas pequeñas ilusiones las que nos hacen seguir adelante. Es más difícil cuando no tienes manera de engañarte a ti mismo. Tú estás haciendo esto solo. Tienes tan mala suerte como yo —continuó ella—. Bueno, casi tan mala suerte.

Aphra se dio vuelta y se detuvo.

—¿Alguna vez has matado a alguien a sangre fría?

—Date vuelta —ordenó él.

—Hey, estoy tratando de ayudar. Quiero facilitarte las cosas. Esto va a quedarse contigo para siempre y, si voy a morir, realmente quiero pensar en esto. Imagina matar a Alderaan. ¡Alderaan, entre todos los lugares! Alderaan es agradable. ¿Quién

volaría Alderaan? Vaya lugar estupendo. Increíble historia. Buen lugar para fiestas. Diablos, hasta grandes puestas de sol. Ahora ni siquiera tiene un cielo.

Aphra dio un paso lento hacia él, sosteniéndole la mirada.

—Y tú estás aquí, con un arma apuntando a una dama platicadora, y siempre vas a recordar este día.

Y medio paso, jalando la herramienta de su pretina, tratando de recordar el código que necesitaba.

—La gente va a preguntarnos a todos dónde estábamos hoy. ¿Dónde estabas cuando murió Alderaan? Y tú vas a decir: «Ese día fui a caminar por un hermoso bosque de Dantooine y le disparé a esa rara e inocente dama que recogía basura».

Aphra casi dejó caer el arma y trató de no torcer el rostro por la furia. «No lo arruines todo, Aphra».

—Si sientes ganas de ponerte filosófico, podrías agregar algo como... —Ella sonrió—: «Toda la inocencia murió ese día», y la gente asentirá y sabrá que no porque hayas hecho esa cosa realmente mala tú eres una mala persona.

Aphra estiró la mano hacia él, mientras activaba la herramienta. Las luces se encendieron, pero en silencio. Su mano tocó la de él, sosteniendo su mirada y segura de que si él la bajaba y veía su herramienta cerca de su bláster, todo terminaría.

—Está bien —dijo ella—. Te perdono.

Él jaló el gatillo. Se escuchó un clic.

La rodilla de Aphra fue hacia una entrepierna que carecía de la suficiente protección. Mientras él se tambaleaba, ella arrebató el bláster de la mano de él.

—Siempre puedes hacer que se atasquen los blásters del modelo imperial si conoces la frecuencia correcta. Como yo. —Ella apuntó su propia arma hacia él—. Se reinicia después de un par de segundos.

Hubo un zumbido bajo cuando el arma se reactivó.

—Nunca le has disparado a alguien a sangre fría —dijo ella, dirigiendo el cañón hacia él—. Adivina quién sí lo ha hecho.

El stormtrooper tropezó, retrocediendo, cayendo sobre un tronco y luego congelándose, con las manos levantadas. Hizo todo lo que pudo pensar.

—No, por favor —rogó.

Aphra negó con la cabeza.

—Ellos te entrenan para disparar. Te entrenan para seguir órdenes. Te entrenan para... bueno, otras cosas. Marchar, supongo. Pero no te entrenan para que supliques por tu vida. Quítate el casco.

Aphra esperaba repetirlo, pero él se quitó el casco de inmediato. Tenían esa cosa de seguir las órdenes clavada en su ser. Él era como diez años menor que Aphra, sin haber llegado siquiera a los veinte años. Nariz muy grande, ojos azules y asustados. Ella suspiró.

—¿Ves?, ahora eres un ser humano. Si suplicas por tu vida, quieres que la gente sepa que eres una cosa viva que respira y no algún raro droide brillante. Es fácil

matar stormtroopers. ¿Por todo eso acerca de los gatillos que te acabo de contar? No creo que nada de eso sea verdad. Creo que la Estrella de la Muerte tiene un gatillo, porque creo que es fácil matar un planeta. ¡Todo es tan abstracto! Por eso, tipos como Tagge se sienten bien con mandar ejércitos a la muerte mientras ordenan a sus troopers que me aparten de su vista para poner un disparo de bláster en mi pecho. Un planeta no tiene un rostro. Se necesitaría un auténtico monstruo para jalar el gatillo si Alderaan tuviera rostro.

Los ojos de él se movieron entre Aphra y el negro del cañón del arma.

Aphra siempre había defendido al Imperio como la mejor opción disponible; mejor que la anarquía. Hoy, el Imperio había destruido un planeta, peor que el costo de una guerra en una tarde. Ella no tenía idea de qué hacer con estas emociones. Tal vez cuando se hubiera tranquilizado podría justificarlo: «¿Qué es un planeta si eso cimienta una paz verdadera?». Eso suena como el tipo de lógica que ella aceptaría. Las necesidades justifican los fines y todo eso. Pero, justo ahora, ella acababa de desear que hubiera un mejor Imperio y que hubiera alguien que pudiera *hacer* eso.

El chico estaba llorando. Aphra sintió una mezcla de pena y furia en su interior. El entusiasmo de ella era real. Su ira también. Todo lo era. Sin embargo, estaba nublado por la pena, la pena de que ella tenía razón. Pudo haberle disparado a un stormtrooper. Ella no iba a dispararle a este chico con rostro mojado y ojos aterrados.

—Está bien —dijo, empezando a retroceder—, este es el trato, ponte tu casco de nuevo, diles que me disparaste. Si te preguntan, diles que supliqué, pero no preguntarán. Otra muerte hoy no va a importar mucho, ¿verdad?

Ella disparó el bláster al suelo. Él saltó hacia atrás.

—Esa es tu gente pensando que has hecho tu trabajo —dijo ella—. Alderaan está muerto y la carroñera y el stormtrooper están vivos. ¿Suena bien?

Él asintió. Ella se estremeció, luego se dio vuelta y corrió, dejando caer el bláster donde él pudiera encontrarlo.

A los cien metros escuchó gritos. A los doscientos, escuchó el grito de la alarma. A los cinco minutos, ella había puesto el *Ark Angel* en órbita, había cazas TIE a su popa con los motores rugiendo y ahora veía la daga blanca de un destructor estelar surgiendo a la vista delante de ella. Mientras luchaba con la computadora de navegación, buscando una ruta al azul seguro del hiperespacio, se maldijo por otro momento de debilidad en un universo que no tenía lugar para uno solo. Algún día habría de aprender.



# DE MSE-6 Y HOMBRES

Glen Weldon



08:00.01 ... SALIR DE MODO DE SUEÑO  
08:01.03 ... SINCRONIZAR CON red DS-1OBS  
08:02.00 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación de Batalla Orbital DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: óptimo

Sensores de proximidad: óptimos

Sensores internos de bahía: óptimos

Puertas dorsales: óptimas

Hologradora: óptima

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: profundidad de recubierta frontal izquierda SUB-ÓPTIMA; requerirá reemplazo en 30 ciclos

08:04.12 ... INGRESO A MODO DE ESPERA

08:15.37 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada.

08:15.38 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación TK-421. Nivel de seguridad: lambda

—Días, G7.

08:15.40 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «días G7» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*.

—Ábreme.

08:15.45 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «ábreme» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA: DE-SENGANCHAR CERRADURA, ABRIR PUERTAS DORSALES

—Estupendo. Lleva este servo rastreador a TK-450 en la bahía de embarque 228. Tú conoces el procedimiento.

08:15.55 ...COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «lleva este servo rastreador a TK-450 en la bahía de embarque 228» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA: SUBROUTINA ENTREGA / RECEPCIÓN DE CARGA

08:16.23 ... CARGA RECIBIDA DE BIOFORMA TK-421

08:16.33 ... CERRAR PUERTA DORSAL, ENGANCHAR CERRADURA

08:16.36 ... CONECTAR SENSORES INTERNOS DE BAHÍA

08:16.45 ... CARGA A BORDO IDENTIFICADA: servo, rastreador imperial 97-DX-8

08:16.52 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

08:44.33 ... LLEGADA A DESTINO: DB-228

08:45.04 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: receptor detectado.

08:45.10 ... IDENTIFICAR RECEPTOR: denominación TK-450. Nivel de seguridad: ro.

08:45.33 ... ALERTAR RECEPTOR DE PRESENCIA: *bipbip*.

—¡Oh! No te veía allá abajo, amigo.

08:45.48 ... DESENGANCHAR CERRADURA, ABRIR PUERTAS DORSALES

—Aquí está. Por fin. Llevaba seis ciclos esperando esto.

08:45.55 ... ENCENDER HOLOGRABADORA PARA RECONOCIMIENTO DE RECEPCIÓN

—Ah. Correcto. «TK-450, reconociendo recepción de carga». Aquí vas. De todos modos, les tomó a ustedes mucho tiempo allá abajo. Estamos respaldados; he mantenido a doce naves esperando en tripulaciones de rastreo. El General Tagge estuvo aquí arriba ayer. Esa vena en su frente palpitando. Ustedes, chicos, en realidad deben empezar a...

08:46.39 ... APAGAR HOLOGRABADORA

—Guau, está bien, ¿sabes?, no había terminado. No, ¿sabes qué?, bien. Eso es típico. Me doy cuenta de que TK-421 te programó. Eres *igual* a él, ignoras lo que no quieres oír. Bien, pequeño. Como sea.

08:46.46 ... CERRAR PUERTAS LATERALES, ENGANCHAR CERRADURA

—¿Sabes qué? 421 no duraría un minuto aquí arriba, es todo lo que te digo. Y él lo sabe. Nunca tuvo que lidiar con gente. Solo pasa cada ciclo allá abajo hablando con droides que apenas pueden unir dos procesadores sinápticos. Nunca ha tenido oficiales como Tagge resoplándole en el cuello. O Tarkin. O la mascota de Tarkin, el pulmón de acero con capa. Me gustaría ver a 421 tratar de ver a ese tipo con las holoplacas de transpariacero. Se desmayaría...

08:46.59 ... INFORMACIÓN IRRELEVANTE PARA PARÁMETROS DE MISIÓN DE SUBROUTINA ENTREGA / RECEPCIÓN

08:47:00 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

09:12.07 ... LLEGAR A DESTINO: UNIDAD DE MANTENIMIENTO SECTOR AA-345

09:12.10 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada.

09:12.12 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación TK-421. Nivel de seguridad: lambda

—Eso fue *rápido*, G7. El más rápido droide ratón de la flota. Son esos nuevos rotores que puse, es lo que te digo. ¿Sabes qué?: deberíamos ponerte en un circuito de carreras. ¿Te gustaría eso?

09:12.15 ... CONSULTA DE BIOFORMA «te gustaría eso» REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*.

—Esa transferencia ya viene, G7, te llevaré conmigo. Es una promesa. De mí para ti. Nos instalamos en Coruscant, te pintamos algunas franjas de carrera y empezamos a sumar créditos. Tan solo espera, amigo. Ya verás.

09:13.33 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «tan solo espera amigo ya verás» REGISTRADO. ANÁLISIS SINTÁCTICO: RETÓRICO. NO SE REQUIERE RESPUESTA

—Estamos *atrapados* en esta estación, G7. Esa es la verdad. Oh, no me malinterpretes: seguro, ¿estéticamente? Es estupendo aquí. Líneas limpias, bonita paleta de colores de un gris tranquilizante y la iluminación es, ¿cómo te digo?, *seriamente* halagadora. Cuando estaba estacionado en Lasan, todo tenía iluminación arriba de la cabeza. ¿Puedes imaginarlo?

09:14.00 ... CONSULTA DE BIOFORMA «puedes imaginarlo» REGISTRADA. ANÁLISIS SINTÁCTICO: RETÓRICA. NO SE REQUIERE RESPUESTA

—Íbamos por allí todo el tiempo viéndonos tan... *cetrinos*. Era deprimente. Pero ¿esto, aquí? ¿Iluminación de pared, no del techo? Eso es *inteligente*. Es ingeniera imperial en acción. Si llegamos a ese lugar en Coruscant, G7, definitivamente voy a llegar con este... todo este... esquema de iluminación. ¿Sabes?, estos largos...

delgados, uh, óvalos de pared verticales, supongo que así los llamarías. Absolutamente. Y sí: vaporizador de planetas del tamaño de una luna. Lo comprendo. No estoy diciendo que no sea sexi, vivir en una gigantesca máquina mortal en órbita. Pero no hay descanso, esa es la cosa. Siempre estás *activo*. Todos esos procedimientos, esas inspecciones de último minuto. Odio tener que llevar este casco todo el tiempo. Quiero decir, es *tan* malo para la piel, G7, no tienes idea. Tan solo *mira* esto.

09:15.02 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «tan solo mira esto» REGISTRADO. ANÁLISIS SINTÁCTICO: IMPERATIVO. RESPUESTA REQUERIDA: ENCENDER HOLOGRABADORA

—Me refiero a que puedo meterme en problemas tan solo por quitarme esta estúpida cubeta, pero de esto es de lo que estoy hablando. Me refiero a este grano aquí en mi barbilla. Es del tamaño de un mono-lagarto kowakiano, para ser franco. Qué horror, me siento tan espantoso. ¡No me mires!

09:15.56 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «no me mires» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA: APAGAR HOLOGRABADORA

—Como sea. Estoy divagando. Registra la entrega de la carga. Entra en modo de espera.

09:16.43 ... MÚLTIPLES COMANDOS DE BIOFORMA REGISTRADOS. RESPUESTA REQUERIDA: REGISTRAR ENTREGA DE CARGA CON BASE DE DATOS DS-1OBS. INGRESADO EN MODO DE ESPERA

\* \* \*

13:31.04 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada.

13:31.05 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación: TK-421. Nivel de seguridad: lambda.

—Despierta, G7.

13:31.09 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «despierta G7» REGISTRADO. SALIR DE MODO DE ESPERA. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVO: *bipbip*.

—Abre.

13:35.45 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «abre» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA: DESENGANCHAR CERRADURA, ABRIR PUERTAS DORSALES

—Entrega al piso de detención.

13:44.09 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «entrega al piso de detención» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA: SUBROUTINA DE ENTREGA / RECEPCIÓN DE CARGA

13:44.15 ... CARGA RECIBIDA DE BIOFORMA TK-421

13:44.18 ... CERRAR PUERTAS LATERALES, ENGANCHAR CERRADURA

13:44.28 ... CONECTAR SENSORES INTERNOS

13:44.35 ... CARGA IDENTIFICADA: reemplazo de aguja hipnópodérmica de inyector C-7R para droide interrogador IT-O

13:44.39 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

14:59.04 ... LLEGADA A DESTINO: bloque de detención AA-23

14:59.35 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: receptor detectado. Droide interrogador IT-O también detectado.

14:59.40 ... IDENTIFICAR RECEPTOR: denominación desconocida. Nivel de seguridad: gamma.

—*Aquí estás.* Es mejor que traigas mi aguja infusora, droiderata. La puse en esa orden hace dos ciclos. ¡Tales demoras son imperdonables! ¡Él ya se encuentra en camino ahora! ¿Y bien? *Abre. Abre.*

14:59.49 ... COMANDO DE VOZ DE RECEPTOR «abre abre» REGISTRADO. RESPUESTA REQUERIDA: DESENGANCHAR CERRADURA, ABRIR PUERTAS DORSALES

—¡Por fin! Tienes suerte. Apenas tendré tiempo suficiente para instalarla antes de que él llegue aquí. Por ti, debo apurarme. Si tengo que demorar este interrogatorio por la incompetencia de tu rango...

15:00.00 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma acercándose desde el turboelevador del corredor sur. Llegada en 00:00.10.

—¡Es él! ¡Vamos! ¡Sal! ¡Rápido!

15:00.03 ... CONFLICTO DE PROTOCOLO. CONFLICTO DE PROTOCOLO. 1. LA SUBROUTINA DE CARGA / ENTREGA REQUIERE EXPRESAMENTE RECONOCIMIENTO DE HOLOGRABADORA DE RECEPCIÓN DE CARGA POR EL RECEPTOR. 2. COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «vamos sal rápido» REGISTRADA. REQUIERE RESPUESTA

RESOLUCIÓN DE CONFLICTO: BIOFORMA EMISORA DE COMANDO DE VOZ «vamos sal rápido» TIENE NIVEL DE ACREDITACIÓN GAMMA; SUPERA EL NIVEL LAMBDA DE SUBROUTINA DE CARGA / ENTREGA

RESPUESTA REQUERIDA: REGRESO INMEDIATO A UNIDAD DE MANTENIMIENTO, SECTOR AA-345, MÁXIMA VELOCIDAD

15:00.05 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES, A TODA VELOCIDAD

\* \* \*

—¡Ay!

15:00.09 ... ALERTA DE INFORME DE INCIDENTE: COLISIÓN EN RUTA ... ALERTA DE INFORME DE INCIDENTE: COLISIÓN EN RUTA ... ALERTA DE DAÑO INCURRIDO A UNIDAD MSE-6

—¡Señor! ¿Está herido?

15:00.15 ... OBJETO DE COLISIÓN: bioforma aproximándose previamente detectada

15:00.17 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: alfa uno. ESTATUS: posición prona

15:00.18 ... ALERTA: DAÑO CATASTRÓFICO A MATRIZ DE HOLOGRABADORA DETECTADO

15:00.19 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO DE EVALUACIÓN DE DAÑO:

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: óptimo

Sensores de proximidad: SUBÓPTIMOS

Sensores de bahía interna: óptimos

Puertas dorsales: óptimas

Hologradora: SUBÓPTIMA: MALFUNCIONAMIENTO CATASTRÓFICO INMINENTE

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: profundidad de cubierta de frontal izquierda SUBÓPTIMA: requerirá reemplazo en 30 ciclos

—¿Qué... qué sucedió?

—Lo siento, señor. Esa unidad MSE-6 tan solo... corrió directamente hacia usted. A toda velocidad. No tengo idea de por qué. Debe de tener un mal motivador. Lo siento, señor.

—Ouch. Cosas bestiales esos droides ratón. Siempre escurriéndose bajo los pies. ¿Por qué...?

—Haré que lo fundan para chatarra, señor, y el trooper que lo despachó en esta condición lamentable recibirá el castigo más severo.

—Sí, sí. Haz eso. Incompetencia grosera.

—Permítame ayudarlo a levantarse, señor.

—Y en un momento tan crucial para el Imperio, cuando tanto depende del *rigor* y la *disciplina* colectivos y, ¡ay! Ay. Blagg, parece... parece que me raspé la cadera,

Blagg.

—Lo siento, señor.

—*Deja de decir que lo sientes y haz algo sobre... Espera, ¿qué está pasando...?*

15:00.19 ... FALLA EN SISTEMA DE HOLOGRABADORA DETECTADA.

REPRODUCCIÓN INICIADA

15:00.20 ... ABORTAR REPRODUCCIÓN. ANULAR

—¿Qué le está pasando, Blagg?

15:00.22 ... NO ES POSIBLE ABORTAR REPRODUCCIÓN ... ANULACIÓN SIN ÉXITO ... NO ES POSIBLE ABORTAR REPRODUCCIÓN ... ANULACIÓN SIN ÉXITO

—Está... tratando de reproducir una holograbación, creo, señor.

—¿Una... grabación? ¿Qué tipo de graba...?

15:00.26 ... FALLA EN APAGAR REPRODUCCIÓN DE HOLOGRABADORA

«Me refiero a que me puedo meter en problemas tan solo por quitarme esta estúpida cubeta, pero de esto es de lo que estoy hablando. Me refiero a este grano aquí en mi barbilla. Es del tamaño de un mono-lagarto kowakiano, para ser franco. Qué horror, me siento tan espantoso. ¡No me mires!».

—¿... Qué?

«Qué horror, me siento tan espantoso. ¡No me mires!».

—Trataré de apagarla, señor.

«Qué horror, me siento tan espantoso. ¡No me mires!».

—¿Quién es él? Es... *hermoso*.

15:01.33 ... APAGADO DE EMERGENCIA DE SISTEMA DE HOLOGRABADORA LOGRADO

—¿Qué? ¡No! ¡Tráelo de regreso! ¡Reproduce todo el mensaje!

15:01.40 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «reproduce todo el mensaje» REGISTRADO. REQUIERE RESPUESTA. CONFLICTO: 1. BIOFORMA EMISORA DE COMANDO DE VOZ TIENE NIVEL DE ACREDITACIÓN ALFA-UNO, SUPERA TODOS LOS COMANDOS Y SUBROUTINAS CONOCIDOS. 2. HOLOGRABADORA EN FALLA IRRECUPERABLE. REQUIERE REINICIO COMPLETO DEL SISTEMA Y MANTENIMIENTO

RESOLUCIÓN DE CONFLICTO: RESPUESTA REQUERIDA, NEGATIVA: *bipbop*.

—No creo que pueda obedecer, señor. No sin una revisión de los sistemas.

—Ya veo.

—¿Debemos proceder a la celda de ella y empezar el interrogatorio, señor? Tan solo necesito instalar la hipodérmica en el droide de tortura...

—Droide *interrogador*, Blagg.

—Sí, por supuesto, señor. Lo siento, señor. En el droide interrogador. Y entonces podemos proceder.

—Oh, no, Blagg, yo no debo realizar el interrogatorio, y tú tampoco. Ese es trabajo de Vader. Él lo hace tan... lo disfruta. Tan solo vine para asegurarme de que todo vaya de acuerdo con lo programado. He recibido informes.

—Le aseguro, señor, que estoy trabajando lo más rápido posible. Estoy siguiendo lo programado, pero está tomando más de lo necesario asegurar el equipo necesario, y...

—Excusas, Blagg, no me interesan. Pero te diré qué es lo que sí me interesa: ese trooper en la holograbación.

—¿Sí, señor?

—Supongo que es quien despachó a este horriblemente caprichoso droide. Y al que, si no estoy equivocado, estás por culpar de la lamentable falta de preparación de tus secciones.

—Señor, yo... Sí, señor.

—Voy a regresar a mis cuarteles, Blagg, y voy a llevar a este horrible droidito conmigo.

—¿Señor?

—Voy a poner algo de hielo en mi cadera, Blagg, y me encargaré *personalmente* del trooper cuya incompetencia es responsable del doloroso inconveniente que he sufrido. En cuanto a tu prisionera, Vader bajará a interrogarla personalmente. Pero, por supuesto... solo una vez que hayas tenido el tiempo adecuado para preparar al droide interrogador. Yo no desearía *apresurarte*.

—No, señor, por supuesto. Le aseguro que todo estará listo, señor.

—Tus garantías, Blagg, carecen de sentido en extremo. Resultados, teniente. Esto es lo que importa en esta coyuntura. Estamos ante el amanecer de un gran día para el Imperio, Blagg, si pueden evitarse tonterías completas como las tuyas. Ella debe decirnos lo que sabe, esa es tu única prioridad. Déjame el manejo de ese trooper... a mí. Puedes retirarte.

—Señor, sí, señor.

—Ahora. Ven aquí: droide.

15:04.44 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «ven aquí droide» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*.

—Tu hologradora está espectacularmente fuera de línea, pero confío en que tus otros sistemas estén funcionando, aunque sea crudamente. Puedes seguir comandos básicos, ¿sí? ¿Tu cita más bien entusiasta con mi tobillo justo ahora no ha deshabilitado catastróficamente tu procesador de matriz central?

15:04.50 ... CONSULTA DE VOZ DE BIOFORMA «puedes seguir comandos básicos sí» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*



—¿Y tus funciones motoras? Si te volteo boca arriba, sobre esas rueditas asquerosas y mugrientas tuyas, por ejemplo... ¿así? ¿Todavía puedes encontrar tu camino, idealmente sin irte directo contra los transeúntes y causarles angustia mental y física indebida, como lo has hecho conmigo?

15:50.43 ... CONSULTA DE VOZ DE BIOFORMA «todavía puedes encontrar tu camino idealmente sin irte directo contra los transeúntes y causarles angustia mental y física indebida como has hecho conmigo» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. ANÁLISIS SINTÁCTICO: SARCÁSTICA PERO NO RETÓRICA. RESPUESTA REQUERIDA. AFIRMATIVA: *bipbip*.

—Excelente. Ve a mis cuarteles inmediatamente y cierra.

15:50.43 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «ve a mis cuarteles inmediatamente y cierra» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA: AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

17:37.22 ... LLEGADA A DESTINO: CUARTELES DE OFICIALES: SECTOR GM1-A

17:37.23 ... ENTRAR EN MODO DE SUEÑO

\* \* \*

—Aquí estamos. Despierta, MSE-6-G735Y.

XX:XX.XX ... SALIR DE MODO DE SUEÑO

XX:XX.XX ... SINCRONIZAR CON red DS-1OBS; ALERTA: REGISTRO DE PASO DE 2.52 CICLOS EN MODO DE SUEÑO; SINCRONIZAR CRONÓMETRO INTERNO

09:44.03 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: óptimo

Sensores de proximidad: óptimos

Sensores de bahía interna: óptimos

Puertas dorsales: óptimas

Hologradora: óptima

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: óptimas

—Sí. He reparado tus sistemas, hasta donde un viejo recuerda mecánica básica de droides de sus días en la Academia.

09:44.36 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada.

09:44.38 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: alfa uno.

09:44.55 ... ALERTA DE GEOSINCRONIZACIÓN DE UBICACIÓN: CUARTELES DE OFICIALES: SECTOR GM1-A

—Por fortuna, tus mapas de circuitos son lo más simple del universo. Me ha tomado unos cuantos ciclos poner tu hologradora en línea otra vez. También te he conseguido un nuevo juego de ruedas, porque no quería que esas desagradables y sucias ruedas con que llegaste dejaran huellas de aceite de armas, agua con basura y quién sabe qué más en mi alfombra. Mi adorable nueva alfombra, que (no creo que tus sensores rudimentarios sean lo bastante sensibles para registrarlo) es fibrateda de Coruscant. Un solo centímetro cuadrado de ella vale más que 100 droides-alimañas como tú, todos juntos. Ahora. ¡A nuestro asunto! Voy a grabar un mensaje para tu amo, el stormtrooper denominado TK-421. Y voy a colocar un artículo dentro de tu bahía de carga, que le entregarás a él, junto con el holomensaje que estoy por grabar, lo que es tu objetivo. Y una cosa más, por favor, presta atención:

»Por este medio invoco el protocolo imperial alfa uno. Reconocimiento.

09:46.02 ... ALERTA ALERTA COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA SUPERA TODAS LAS INSTRUCCIONES PREVIAS. RESTABLECER. COMANDO DE VOZ ENTRANTE «por este medio invoco el protocolo imperial alfa uno reconocimiento» ASUME PROTOCOLO DE PRIORIDAD. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*.

—Sí, muy bien. De esas instrucciones que acabo de dar, no existirá holograbilidad. Ni datos de geosincronización. Ni subida de rutina a la red imperial. En cambio, desviarás esas instrucciones, y todas las siguientes subrutinas relacionadas, a mi neuronube de dataefemérides personal, donde se albergarán hasta el momento en que las entregues, cuando se revolverán sumariamente y se expurgarán de tu memoria. Reconocimiento.

09:46.33 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «reconocimiento» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*.

—Muy bien, entonces. Encender hologradora.

09:46.40 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «encender hologradora» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA. ENCENDER HOLOGRABADORA

[MEMORIA FALTANTE]

\* \* \*

[MEMORIA FALTANTE]

XX:XX.XX ... TERMINAR REPRODUCCIÓN DE HOLOGRABADORA.

—Vaya, vaya, vaya, vaya. Eso sí que es... eso sí que es *algo*, G7.

XX:XX.XX ... SINCRONIZAR CON red DS-1OBS; SINCRONIZAR CRONÓMETRO INTERNO

10:38.16... ALERTA: MEMORIA FALTANTE

10:38.16 ... ALERTA: UBICACIÓN DESCONOCIDA; GEOSINCRONIZACIÓN REQUERIDA

10:38.17 ... ALERTA: PUERTAS DORSALES ABIERTAS, BAHÍA INTERIOR VACÍA.

10:38.19 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: óptimo

Sensores de proximidad: óptimos

Sensores de bahía interna: óptimos

Puertas dorsales: óptimas; ALERTA: ABIERTAS

Hologradora: óptima

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: óptimas

10:38.51 ... GEOSINCRONIZACIÓN DE UBICACIÓN: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

10:38.52 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada

10:38.53 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación TK-421. Nivel de seguridad: lambda.

—Quiero decir que no recibes un holomensaje como *ese* todos los días. Parece que le llamé la atención a alguien, G7. Lo que siempre es halagador, no te voy a mentir. ¡Todavía lo tengo! No sé cómo sucedió, pero tengo la sensación de que tú tuviste algo que ver con eso. ¿Eh? Muy bien. Esto... esto podría ser bueno, G7. Muy bueno para los dos. Si juego bien esto, podría lograr para nosotros esa transferencia a Coruscant. Y si juego esto *demasiado* bien, podría obtener para nosotros... lo que sea. Sin embargo, ¿cómo jugarlo?, he ahí la pregunta. Mi siguiente jugada es crucial, G7. No puedo actuar con demasiada firmeza, porque él quiere tener el control, eso es muy evidente. Y ciertamente no es tímido con sus intenciones. Así. Directo, pero no

agresivo, ni rudo... Todavía. Aunque probablemente deba... arreglarme *un poco*, ¿verdad?

10:39.44 ... CONSULTA DE VOZ DE BIOFORMA «aunque probablemente deba arreglarme un poco verdad» REGISTRADA. ANÁLISIS SINTÁCTICO: INCONCLUSA. DATOS INSUFICIENTES

—No, claro, debo hacerlo. Él es un oficial, pasó por la Academia. Siempre quieren toda esa cosa de «gruñido militar tosco y como de agua en el trasero». Tú sabes: «Oh, no, señor. Yo nunca... nunca he hecho *esto* antes». Créeme, conozco a los de su tipo.

»Muy bien. Enciende hologra... ¡Espera!

10:40.23 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «enciende hologra espera» REGISTRADO. ANÁLISIS SINTÁCTICO: ENCENDER HOLOGRABADORA; DETENER GRABACIÓN

—Casco... *fuera*, creo, para esto, G7. Dale algo para empezar. Así. Está bien. Enciende hologradora.

10:40.39 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «enciende hologradora» REGISTRADO. ENCENDER HOLOGRABADORA

—¡Señor! TK-421, reconociendo su orden. ¡Me reportaré a sus cuarteles cuanto antes, señor! En cuanto me... bañe con esto de aquí, esta nanoespuma que me envió. Tremendamente considerado de su parte, señor. Será un honor para mí reparar su unidad de acuacicio, señor. Le doy las gracias, señor, ¡gracias por haber enviado amablemente a mi pequeño droide MSE-6 de regreso y tan bien arreglado! Usted tiene un don, si no es demasiado osado de mi parte, señor. ¡TK-421 fuera!... Apagar hologradora.

10:41.40 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «apagar hologradora» REGISTRADO. APAGAR HOLOGRABADORA

—Siempre hay que dejarlos con un poco de adulación al final, G7. Una pequeña marca como esa, para que sea lo último que escuchen antes de colgar, y será lo primero en que piensen la próxima vez que los veas. Nunca hace daño. Está bien, ahora sube a sus cuarteles, entrega el mensaje y quédate en modo de espera.

10:41.45 ... MÚLTIPLES COMANDOS DE VOZ DE BIOFORMA REGISTRADOS

—Subiré en unos minutos. Tan solo voy a ponerme presentable. A hacer algunos ejercicios de lagartijas.

10:41.55 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

11:35.33 ... LLEGADA A DESTINO: CUARTELES DE OFICIALES: SECTOR GM1-A

11:35.33 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada

11:35.34 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: alfa uno

—¿Sí? ¿Y bien? ¿Qué dijo él? ¿Va a venir?

11:35.34 ... CONSULTA DE VOZ DE BIOFORMA «qué dijo él» REGISTRADA. INICIAR REPRODUCCIÓN DE HOLOGRABADORA

«Le doy las gracias, señor, ¡gracias por haber enviado amablemente a mi pequeño droide MSE-6 de regreso y tan bien arreglado! Usted tiene un don, si no es demasiado osado de mi parte, señor. ¡TK-421 fuera!».

—Vaya, pero sí es demasiado adulator... Ah, bueno. Los juegos que jugamos.

11:36.48 ... ENTRAR EN MODO DE ESPERA

\* \* \*

12:03:48 ... SENSOR DE PROXIMIDAD: dos bioformas detectadas

12:03.49 ... IDENTIFICAR BIOFORMAS: 1. Denominación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: alfa uno. Denominación TK-421. NIVEL DE SEGURIDAD: lambda.

12:03.55 ... SALIR MODO DE ESPERA

—¡Señor! ¡TK-421 reportándose!

—Sé quién eres, trooper. Entra.

—Sí, señor...

—Pero, primero, quítate la armadura.

—¿Señor?

—Tu *armadura*. No quiero tu grasa de ruedas, carbón de bláster y quién sabe qué más en mis aposentos; apenas me han puesto una alfombra nueva y...

—Ya veo, señor. Es adorable. Fibratejada de Coruscant, ¿o no?

—Así es. Veo que hay más en ti de lo que ven los ojos, trooper.

—¡Oh, se siente tan bien entre los dedos de mis pies! ¡Eso es calidad, se nota, es *habilidad artesanal*! Ah. Hum. ¿Dónde debo dejar mi armadura, señor? ¿Mientras estoy en el trabajo?

—En la silla junto a la cama, trooper... Hay un veermok oculto, por cierto. Asquerosas criaturas.

—¡Caray! ¡Muy impresionante, señor!

—Por supuesto. Bueno, la unidad de acuaocio está por allí. Ocúpate de tus asuntos. Yo tengo que... prepararme para una reunión con los jefes conjuntos. Yo estaré justo... por... allí.

—¡Sí, señor!

—¡*Psst!* Droide. Ejecuta protocolo imperial alfa uno. Reconocimiento.

[MEMORIA FALTANTE]

\* \* \*

[MEMORIA FALTANTE]

XX:XX.XX ... SALIR MODO DE SUEÑO

XX:XX.XX ... SINCRONIZACIÓN CON red DS-1OBS; ALERTA: REGISTRO DE PASO DE 7.52 CICLOS; SINCRONIZAR CRONÓMETRO INTERNO

08:33.06 ... ALERTA: MEMORIA FALTANTE

08:33.07 ... ALERTA: UBICACIÓN DESCONOCIDA.  
GEOSINCRONIZACIÓN REQUERIDA

08:33.10 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: óptimo

Sensores de proximidad: óptimos

Sensores de bahía interna: óptimos

Puertas dorsales: óptimas

Hologradora: óptima

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: óptimas

08:33.15 ... GEOSINCRONIZACIÓN DE UBICACIÓN: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

—Bienvenido de regreso al mundo, G7.

08:33.16... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada

08:33.20 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación TK-421. Nivel de seguridad: beta [NOTA: ACTUALIZAR]

—Sí, lo sé, lo sé. Tu memoria está... recortada. No te preocupes. No estás funcionando mal. Es... bueno, él solo está siendo cuidadoso. «Una abundancia de precauciones», lo llama. Él habla así. A la larga, es para bien. No lo tomes como algo personal, ¿de acuerdo? Tiene mucho encima. Están pasando muchas cosas. Está *muy* estresado.

08:33.42 ... CONSULTA DE VOZ DE BIOFORMA «no lo tomes como algo personal de acuerdo» REGISTRADA. ANÁLISIS SINTÁCTICO: INCONCLUSA. DATOS INSUFICIENTES

—Él tiene esta coraza, ¿sabes? Este exterior helado. Tiene que ser así, todo depende de él. Pero conmigo, puede dejarlo de lado y ser él mismo. Hablamos de tonterías, G7. Después de eso. Durante, a veces. Dice que soy el único que puede

hacerlo reír. Es... dulce. Lo que estoy diciendo, G7, es que si puedes aguantar aquí un poco más de tiempo, nos iremos de aquí.

»Y entre tú y yo... mira, G7, tan solo vas a tener que confiar en mí en esto. Hay algunas cosas que no necesitas ver, francamente. Cosas de seres humanos. Complicadas. Revueltas. De cualquier modo, tengo buenas noticias: logré que nos transfirieran. Sin embargo, no a Coruscant; todavía no, pero estamos acercándonos. Ahora estoy en la seguridad de la estación. Arriba, en el piso 300. No es glamoroso (más que nada, labores de guardia, lo sé), pero dice que es un trabajo muy fácil. Y tengo que llevar un rifle bláster y dar órdenes a la gente. Todo es *muy* macho.

»Dejaremos que pase un poco de tiempo, ¿ves?, y luego él me elegirá para que sea su asistente personal. Y entonces, G7: Coruscant. Tú en el circuito de carreras de droides. Yo instalado en su *penthouse*, que dice que tiene iluminación sobre la cabeza, está bien, pero quiero decir: eso puede arreglarse. Tiene un balcón que da a las ruinas del palacio imperial, tú sabes. Muy dulce.

»Espera, detente. Estoy recibiendo algo... una transmisión en el casco.

»... *TK-421 aquí. Sí, señor.*

»¡Llegó mi primera tarea, G7! ¡Tarea de guardia: te dije! Custodiar un... *Comandante, por favor, repita... custodiar un carguero ligero capturado. Entendido, comandante. TK-421 fuera.*

»Bueno, ahí tienes. Parame por allí con una bláster durante quién sabe cuántos subciclos. Pero tan solo es por ahora, G7. Muy bien, dirígete a sus cuarteles. Él va a necesitar tus... servicios, cuando yo suba allí.

08:35.22 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «dirígete a sus cuarteles» REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA: AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

09:08.26 ... LLEGADA A DESTINO: CUARTELES DE OFICIALES: SECTOR GM1-A

09:08.27 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada

09:08.28 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: alfa uno

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? Él... ¿él me ha enviado algo? ¿Un mensaje? O ¿algo más?

09:08.30 ... CONSULTA DE VOZ DE BIOFORMA «él me ha enviado algo un mensaje o algo más» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA, NEGATIVA: *bipbop*.

—Entonces, ¿qué estás...? ¿Sabes qué?, no importa. He tenido un día terriblemente excitante en el trabajo: di una presentación que estuvo *excesivamente*

bien, *explosivamente* bien, je, je, je, je, y ahora estoy bastante, estoy bastante *motivado*.

»Encuétralo. Tráelo aquí. De inmediato.

09:09.13 ... COMANDOS DE VOZ DE BIOFORMA «encuétralo tráelo aquí de inmediato» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. RESPUESTA REQUERIDA. SUBROUTINA DE RASTREO / GEOLOCALIZACIÓN. EJECUTAR

09:09.15 ... SUBIR A RED DS-1OBS. RASTREAR FARO DE GEOSINCRONIZACIÓN DE ID DE CASCO DE UNIDAD TK-421

09:09.48 ... FARO DE GEOSINCRONIZACIÓN DE ID DE CASCO DE UNIDAD TK-421 LOCALIZADO. BAHÍA DE EMBARQUE 327

09:09.50 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES, MÁXIMA VELOCIDAD

\* \* \*

09:52.21 ... ALERTA: ACTUALIZACIÓN DE RUTA REQUERIDA: FARO DE GEOSINCRONIZACIÓN DE ID DE CASCO DE UNIDAD TK-421 EN MOVIMIENTO PARTIENDO DE LA BAHÍA DE EMBARQUE 327. MOVIÉNDOSE POR EL CORREDOR 327E-6

09:52.30 ... ACTUALIZAR RUTA PARA INTERCEPTAR EN EL BANCO DE TURBOELEVADORES L301-E. ENCENDER MOTORES, MÁXIMA VELOCIDAD

09:59.02 ... APROXIMACIÓN A BANCO DE TURBOELEVADORES L301-E

09:59.04 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: 3 bioformas detectadas

09:59.07 ... IDENTIFICAR BIOFORMAS: 1. Wookiee, denominación desconocida. Nivel de seguridad: N / A. Nivel de amenaza: desconocido. 2. Denominación TK-710. Nivel de seguridad: zeta. 3. Denominación TK-421. Nivel de seguridad: beta [Actualizado]. EJECUTAR SUBROUTINA DE RECUPERACIÓN POR COMANDO DE VOZ «encuétralo tráelo aquí de inmediato» PRIORI...

09:59.08 ... ALERTA

09:59.09 ... ALERTA: ANOMALÍA BIOMÉTRICA DE TK-421 DETECTADA. ALERTA: ANOMALÍA BIOMÉTRICA DE TK-421 DETECTADA

09:59.10 ... BIODATOS DE TK-421 EN CONFLICTO CON BIODATOS ALMACENADOS EN RED IMPERIAL. VARIACIÓN DE ALTURA: -12.7 cm. INTENTANDO RECONCILIAR

09:59.11 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTo2j390rtqhwp9

09:59.12 ... ALERTA ALERTA DESPLIEGUE DE AGRESIÓN DE WOOKIEE INICIADO ALERTA ALERTA ALERTA NIVEL DE AMENAZA: ROJO. CANCELAR AUTODIAGNÓSTICO ALERTA ALERTA



09:59.13 ... ALERTA ALERTA EJECUTAR SUBROUTINA DE AUTOPRESERVACIÓN / HUIDA. SUPRIMIR FUNCIONES MÁS ELEVADAS. ENCENDER MOTORES, MÁXIMA VELOCIDAD ALERTA ALERTA

09:59.14... ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA

\* \* \*

10:05.22 ... ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA

10:06.23 ... NIVEL DE AMENAZA: VERDE. TERMINAR SUBROUTINA AUTOPRESERVACIÓN / HUIDA. RESTABLECER FUNCIONES SUPERIORES

10:06.38 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: SUBÓPTIMO, MÚLTIPLES INSTANCIAS DE MEMORIA FALTANTE DETECTADAS

Sensores de proximidad: óptimos

Sensores de bahía interna: óptimos

Puertas dorsales: óptimas

Hologradora: óptima

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: óptimas

10:07.41 ... GEOSINCRONIZACIÓN DE UBICACIÓN: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

10:47.45 ... ENTRAR EN MODO DE SUEÑO

[MEMORIA FALTANTE]

\* \* \*

[MEMORIA FALTANTE]

XX:XX.XX ... SALIR DE MODO DE SUEÑO

XX:XX.XX ... SINCRONIZAR CON red DS-1OBS; ALERTA: REGISTRO DE PASO DE 3.73 CICLOS EN MODO DE ESPERA; SINCRONIZAR CRONÓMETRO INTERNO

08:33.03 ... ALERTA: MEMORIA FALTANTE

08:33.07 ... ALERTA: UBICACIÓN DESCONOCIDA;  
GEOSINCRONIZACIÓN REQUERIDA

08:33.10 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DENOMINACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: entrega / reparación

ASIGNADO A: unidad de mantenimiento, sector AA-345, Estación Orbital de Batalla DS-1

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: SUBÓPTIMO, MÚLTIPLES INSTANCIAS DE MEMORIA FALTANTE DETECTADAS

Sensores de proximidad: óptimos

Sensores de bahía interna: óptimos

Puertas dorsales: óptimas

Hologradora: óptima

Motores dinadrive 9-ES: óptimos

Ruedas: óptimas

08:33.15 ... GEOSINCRONIZACIÓN DE UBICACIÓN: CUARTELES DE OFICIALES: SECTOR GM1-A

08:33.16 ... ALERTA: SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada

—Tu amo, pequeño droide, está muerto.

08:33.17 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: denominación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: alfa uno.

—Asesinado. Por basura rebelde. Robaron su armadura y metieron su más bien notable cuerpo en un espacio reducido. Quiero que sepas que pagarán por esto. En cuestión de segundos, esta estación aniquilará a los últimos excrementos lamentables de la Rebelión y tu amo será vengado. Él era más inteligente de lo que dejaba ver. Pensó que no lo notaría, pero... ah, bueno. Yo tenía tantos planes para él, ¿sabes? Para... para nosotros. Tantos planes.

08:34.05 ... ALERTA: SENSORES DE PROXIMIDAD: EXPLOSIÓN DETECTADA EN piso 100, sector GM1-B, corredor L104E. FLUCTUACIÓN MENOR EN CAMPO MAGNÉTICO DE ESTACIÓN DE BATALLA. EJECUTAR SUBROUTINA DE REPARACIÓN. AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

—¿Adónde crees que *vas*? ¡Quédate aquí!

08:34.011 ... COMANDO DE VOZ DE BIOFORMA «quédate aquí» PRIORIDAD ALFA UNO REGISTRADA. APAGAR MOTORES

—Este ataque rebelde a la estación no tendrá consecuencias. Son plagas, mynocks, se vaporizarán contra nuestras defensas más externas. Ignóralos a ellos y a

cualquier daño menor que logren infligir antes de que se destruyan. Porque hoy, pequeño, hoy ya no serás un droide inferior de reparación y mantenimiento. Hoy, y solo hoy, por obra de tu amo, permanecerás como testigo del poder destructivo de esta estación de batalla.

08:34.49 ... ALERTA: SENSORES DE PROXIMIDAD: EXPLOSIÓN DETECTADA EN piso 200, sector XR-8, corredor R383E. MICROBRECHA EN CUBIERTA DE CONTENCIÓN DE IONES. NO EJECUTAR SUBROUTINA DE REPARACIÓN, PRIORIDAD ALFA UNO

—¡Los tontos irresponsables! ¡Déjalos que vengan! Ahora. Me dirijo al puente de mando. Espera treinta segundos y sígueme allí. Encuentra un buen lugar para que veas la destrucción, pero quédate fuera de la vista, aléjate de los pies y *no* me reconozcas en la sala. ¿Comprendido?

08:35.45 ... MÚLTIPLES COMANDOS DE VOZ REGISTRADOS, PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: *bipbip*.

08:35.50 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma ida

08:36.20 ... AUTONAVEGAR RUTA; ENCENDER MOTORES

\* \* \*

08:36.36 ... ALERTA ALERTA

08:36.37 ... ALERTA REPORTE DE INCIDENTE: EXPLOSIÓN EN RUTA ... ALERTA REPORTE DE INCIDENTE: EXPLOSIÓN EN RUTA ... ALERTA DAÑO A UNIDAD MSE-6 INCURRIDO

08:36.38 ... FUENTE DE EXPLOSIÓN: pared de corredor.

08:36.43 ... ALERTA: DAÑO CATASTRÓFICO A UNIDAD MSE-6 DETECTADO. VARIOS SISTEMAS DESHABILITADOS

15:00.19 ... EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO DE EVALUACIÓN DE D02xx19hüp

DENOMINACIÓN: MSE-6 hu95r:xxseaq45

FUNCIÓN: entrega / rep28h3t8940h

ASIGNADO A: unidad de man5 y7j778j90yu89p

REVISIÓN DE SISTEMAS:

Procesador de matriz de circuito modular: SUBOPTIMj29034thl uht94h

Sensores de proximidad: SUBOPT29428t7180jg390

Sensores de bahía interna: FUERA DE LÍNEA

Puertas dorsales: FUERA DE LÍNSquw932jij

Holorregrabadora: FUERA DE LÍNEA

Motores dinadrive 9-ES: SUBOPTin29j—[ifj92gj

Ruedas: Izquierda, Derecha, FUERA DE LÍN0i09iE

15:00.26 ... DAÑO EXTENSO POR DISPAROS DE BLÁSTER DETECTADO, BAHÍA INTERNA CON BRECHAS, PUERTAS DORSALES CERRADAS Y FUNDIDAS, RALLADURAS AVANZADAS DE CARBÓN POR TODO EL CHASÍS

—Hey, mírate, pequeño. Te ves bastante mal, ¿eh?

15:00.54 ... SENSORES DE PROXIMIDAD: bioforma detectada.

15:00.58 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: ...trabajando ... trabajando ...

—Ese panel de pared te frío bastante cuando voló. Viste todo. Me imaginaba que seguramente estabas desahuciado. Pero no, estarás bien. Hombre, eres una cosa tenaz.

15:01.13 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: ... trabajando ... trabajando ...

—*Base rebelde, 30 segundos y contando.*

»Tengo que ir a mi estación. Regresaré por ti, después, y te compondré.

15:01.23 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: ... trabajando ... trabajando ...

—Aunque no demasiado bien, ¿verdad? Vas a conservar *algunas* cicatrices de la batalla. Te hacen parecer rudo. Por ejemplo, definitivamente yo conservaría esas franjas rudas de ralladuras de carbón, si fuera tú.

15:01.33 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: ...trabajando ... trabajando ...

—*¡Base rebelde, en rango!*

15:01.43 ... IDENTIFICAR BIOFORMA: Stormtrooper, denominación ... trabajando ...

—Gracioso, pero bajo esta luz, ¿sabes cómo se ven esas franjas? Son carriles de ca...

# BACHE

Ben Acker y Ben Blacker



**R**egresé a la Estrella de la Muerte dos segundos antes de que sonara la alarma. Estoy adolorido y cansado, la cabeza me está matando; todo lo que trato de hacer es terminar mi turno. Dejé mi arma personal en el depósito, mis blancos y negros están en desintoxicación, he ingresado la información de mi casco en la estación de registro y estoy listo para quitarme de un regaderazo el hedor del agrio desierto de Tatooine cuando la escucho. ¿Qué alarma es esta? Corta, corta, larga. Corta, corta, larga. Corta, corta, larga. Pausa. Corta, corta, larga, y así. Alerta de intruso. Estupendo. Si esto es una maniobra, juro por los ancestros que yo mismo lideraré la revuelta. Mi cabeza está palpitando ahora, al ritmo de la alarma. Corta, corta, larga. «Ay, ay, ayyy».

La cámara de higiene está a diez metros frente a mí, llamándome como un oasis en ese horrible planeta desértico, si tuviera el sentido común de contar con un oasis. Estoy tan cerca que puedo oler los solventes, pero puedo sentir al moff que llega sin invitación. Si corro de prisa, ¿llegaré a ella? Las pantorrillas se me endurecen. Será un desafío hacer que mis cuádriceps corran. Corto, corto, largo. Corto, corto, largo. *Clac, clac, clac*. Las botas del moff me dejan congelado en mi lugar. Permanezco atento cuando no tengo nada más que mi toalla. El moff está aquí, parado entre la puerta de la cámara de higiene y yo. Se burla de mi toalla como si en ella tuviera algo impreso acerca del Emperador.

—¿Esa alarma? —El moff señala sobre su cabeza el sonido que viene de todos lados—. ¿Crees que es para otras personas?

La alarma es exactamente para otras personas. Los troopers que están empezando su turno, con armadura fresca y limpia. Mi turno se ha terminado. Hice uno triple. Estoy frito por dos soles que competían para ver cuál me dejaba fuera de combate. Todavía tengo el sabor de la arena. Soy afortunado de que mi armadura no dejara de funcionar apropiadamente, como las de TD-422 y TD-909. El casco de TD-328 se quebró en una tormenta de arena y aceleramos para llegar aquí de prisa en lugar de seguir en el *Devastador* a Alderaan. Él está en la enfermería y yo no puedo asegurar que me sienta mucho mejor. La cabeza me palpita. Siento como si estuviera cayendo con algo. Estoy completamente agotado. Si se diera la orden, podría dormir justo aquí, de pie como un tauntaun. Daría lo que fuera por recibir esa orden. Pero nadie da la orden de dormir.

—Señor, no, señor —digo—. La escucho.

—Escucha esto, TD-110 —previene—. Hay intrusos en mi base —como los moffs siempre parecen hacerlo, me está diciendo algo que ya sé—. A ningún stormtrooper se le otorgará un respiro hasta que esta situación se rectifique.

«Respiro. Rectifique». Los moffs son tan ingeniosos con las palabras. Leen más de lo que nosotros tenemos la oportunidad de gruñir, porque estamos ocupados luchando sus batallas. Debe de ser agradable. Algún día, espero llegar a mostrar ingenio al dirigir a los fuertes, armados y con armadura, sin miedo de recibir un disparo de bláster en cuanto dé la espalda.

Como siempre, olvidé la lucha de clases en el momento en que me vestí. Tal vez sea la memoria sensorial y la adrenalina de estar en la línea de fuego, o tal vez sea la temperatura fría y el oxígeno puro, pero ya no estoy agotado. Siento la cabeza clara; el dolor una vez punzante es solo una presión sorda debajo de mis orejas, como si estuviera esforzándome por escuchar algo. Me siento fuerte. He puesto mi arma personal en mi mano y mi unidad a mi lado. Algunos que han sido lo suficientemente idiotas para colarse en una fortaleza armada con «Muerte» en su nombre morirán hoy, y espero que ayudemos a matarlos.

Así ha sido siempre la vida. Casi he olvidado por completo la época en que crecía en los yermos de Parsh, porque también pude haber sido salvaje. Lo mismo podría decirse de todos los demás en Parsh en ese entonces. Era salvaje, en su infancia que abarcaba eones. Reunidos en clanes, muriendo de hambre y salvajes. Mi época como ayudante fue patética. Con mayor frecuencia necesitaba la protección del alphon de mi clan y, por tanto, con mayor frecuencia despertaba su ira. Esa época se adelgaza en mis recuerdos porque ha quedado tan distante para mí como si le hubiera sucedido a alguien más. Cuando el Imperio nos encontró, ellos encadenaron a los alphonis y los pusieron a trabajar construyendo minas. A mí se me ignoró casi por completo, porque todavía era frágil, un ayudante inútil. Mi alphon todavía procuró que se me alimentara, porque me encontró un nuevo propósito. Él usó mi invisibilidad para que pasara un mensaje a los alphonis encadenados. Su intención era la revolución. Entonces encontré un nuevo propósito para mi alphon. Lo reporté al Imperio. Ya no

era inútil o invisible. Yo mismo neutralicé a mi alphon con un arma personal que me dieron para ese fin. Tamaño y fuerza no son nada ante un bláster. Ese fue el día que nació. La sangre quemante de mi alphon fue mi bautizo. Nuevo Parsh, ahora un laberinto sofisticado de ciudades en las nubes, brilla como una joya en la corona del Imperio, igual que yo, con mi voluntad y mi entrenamiento, soy un guante armado en su puño.

Los intrusos, basura rebelde, ahora escuchamos, están abajo en el bloque de detención AA-23. De subir hasta TD-787, echaríamos el bloque completo al espacio. Esa no sería mi decisión. En cambio, miraría a los rebeldes a los ojos mientras los convertimos en átomos con los blásters. Volvería a ver el registro grabado de eso durante un mes. Lo he hecho antes. Es importante ver lo que haces bien. Las grabaciones que descargamos a los bancos de información permiten eso. Veo una mirada en los ojos de mis víctimas que me satisface, como si cada una de ellas finalmente se diera cuenta de que no debió negarse al socorro del Imperio, pero ahora es demasiado tarde. La resistencia a recibir ayuda de los mejores te hace, como lo era mi alphon, demasiado estúpido para disfrutar el regalo de la vida. Desearía tener una grabación de mi alphon, de cuando lo envié a congregarse con los ancestros de Parsh. La miraría eternamente.

Mientras el moff nos da nuestras órdenes, siento comezón en mi cráneo. El dolor de cabeza se ha reducido casi por completo, pero ahora se planta firmemente en una ridícula comezón. ¿Me contagié de algo en Tatooine? El resumen de la misión no mencionaba parásitos cerebrales, pero parecía el tipo de planeta que tiene muchos, ¿y desde cuándo los resúmenes de las misiones son perfectos? Tendré que visitar la enfermería una vez que envíe los blancos en AA-23 a reunirse con los ancestros de cualquier planeta del que fueron tan estúpidos de salir. O lo haría, si fuera adonde se nos despachara. Se nos está enviando a la estación de embarque. La sala de control 327 está comprometida. Recibimos órdenes de investigar la brecha de seguridad y volver a poner los intercomunicadores en línea. Espero que los insurgentes que la comprometieron aún estén allí. Mi unidad los pondrá fuera de línea.

Hago que TD-787 sea el hombre punta para este asalto. Esta comezón, este cosquilleo me está importunando, y maldita sea si dejo que alguna gripa o un parásito del planeta Podunk arruine la misión. Se siente como si fuera a estornudar, pero desde mi nuca. Si tan solo pudiera seguir adelante y estornudar ya, me sentiría mejor. A falta de eso, TD-787 está en la punta. No será una misión compleja. Él puede manejarla. Necesita empezar a manejarla.

Si no nos llama a formación en cinco segundos, lo quitaré de la punta.

TD-787 nos llama a formación. Por fin.

Nos cruzamos con otras unidades en su camino al bloque de detención. MG-26 me saluda con la cabeza mientras pasa. Su unidad respaldó a la nuestra en Lothal. Es un conscripto, pero leal. De vez en cuando comemos juntos. Deberíamos comer otra vez. Los moffs no pueden distinguir a un trooper de otro, porque así está diseñado.

No sé si saben que nosotros podemos distinguir quién es quién, pero estoy seguro de que no lo aprobarían. Nos reconocemos entre nosotros por la manera en que nos movemos. Cuando corremos, también podríamos gritar nuestros signos de llamada. Está SS-922, tal vez el más holgazán de los stormtroopers, avanzando al final de su unidad, para sorpresa de nadie. Está TA-519, el primer stormtrooper al que conocí, dedicado y sabio. PD-528 y yo ascendimos en los rangos juntos. Me debe treinta y cinco créditos. Casi tropieza con un droide ratón y luego casi le dispara. En nuestro camino al cuarto de control veo unidades con las que he luchado lado a lado. Unidades junto a las que estoy orgulloso de servir. Unidades que exterminarán a los rebeldes de manera tan completa y rápida que todos regresaremos a nuestras literas en poco tiempo, mirando la transmisión de quien sea que haya tenido la suerte suficiente de haber matado a los intrusos.

Pasamos corriendo junto a ese fanático Darth Vader cuando sale de la oficina del jefe de jefes de nuestro jefe. No creo que Vader sea bueno para manejar gente. Me sorprende constantemente verlo caer parado, pero así es como son las cosas. Hay demasiadas mentes militares calificadas en esta base, y todos ellos se someten a él. Hay demasiados rumores acerca de cómo debe ser su relación con el Emperador para tener esa influencia. Es mejor que no me preocupe mucho por saber la verdad. Mientras tomamos las escaleras hacia la sala de control, pienso un sarcástico: «Que la Fuerza te acompañe» con toda mi voluntad, sabiendo que nunca ha habido ni nunca habrá algo parecido a «la Fuerza». Gira su grueso casco para mirarme y mi mente vuela: «Por mis ancestros, la Fuerza es... la Fuerza es... la Fuerza es una coincidencia, eso es lo que la Fuerza es».

Es cuando (y como) la presa se rompe. Esa comezón, ese cosquilleo en mi cerebro, inunda mi cráneo e invade mi memoria. Nuestra misión en Tatooine consistía en localizar y detener a un par de droides, y ¡yo vi a esos droides! Un viejo movió sus dedos como abanico hacia mí y (no puedo creerlo) los dejé pasar. Ni siquiera revisé sus papeles. Tan solo los dejé pasar. Nunca he desobedecido una sola orden y ahora yo...

«¡Ay!» Golpeo mi cabeza en el umbral camino a la sala de control. Me regresa a este momento. Hay hombres muertos por todo el lugar. TK-421 está muerto. No conocía bien a TK-421, pero era fuerte. No se merecía esto. Ninguno de ellos se lo merecía. Nuestros soldados están muertos y no hay señal de que alguien los castigue por ello.

Castigo. Me castigarán por lo que hice en Tatooine. Lo merezco. ¿Por qué los dejaría pasar? ¿Por qué no revisaría su identificación? Mi propia voz rebota como un eco en mis oídos. «Muévanse». Debo tener un parásito. Tal vez tengo envenenamiento por soles gemelos.

El pánico es poco familiar. Lo recuerdo mal de cuando era ayudante, pero ahora regresa. Separado de mi clan, perdido en los bosques mientras la luna se ponía y caía la verdadera oscuridad. Serían horas antes de que el primer sol saliera, y no había



certeza de que lo vería. Pierdo la concentración y el cuarto se oscurece, como el bosque. Vuelvo a poner atención; estos cascos requieren enfoque o sería difícil ver en ellos. TD-787 está haciendo el trabajo, aunque yo no lo haga. Él saca a un par de droides del closet de suministros. Les lanzo una mirada superficial; no son los droides que estoy buscando. Nos dirigen al piso de la prisión, que es donde todos deberíamos estar. Es toda la excusa que TD-787 necesita para llevar la unidad a la acción.

Me deja de guardia, solo con mis pensamientos. ¿Hay algo, cualquier cosa, que pueda hacer acerca de mi infracción en Tatooine? ¿Debo reportarme al moff ahora? ¿En medio de una misión? ¿Dejar mi puesto? No se sabe cuán urgente podría ser el informe. Estos droides eran lo suficientemente importantes para despachar un contingente a Tatooine, el más inútil de los planetas en el sector. Hasta donde sé, esos droides tenían la llave para otro milenio de gobierno imperial. Hasta donde sé, esos eran los droides más importantes de la historia. El droide de protocolo (el que debo tomar en cuenta) interrumpe mis pensamientos, trayéndome de regreso de Mos Eisley a la sala de control. Se disculpa a sí y a su contraparte. Tienen que ir a mantenimiento. «Ustedes y yo», pienso con amargura, y les hago adiós con la mano a los droides en su camino.

Otra vez. Les hago adiós con la mano a los droides en su camino *otra vez*.

El reconocimiento me golpea dentro del casco. ¡Esos eran los mismos droides! Dorado, alto y oficioso, y azul rechoncho. El viejo de Tatooine debe de haber contaminado de alguna manera mi unidad de ingreso de datos. Más tarde habrá tiempo para la culpa. Por ahora, ¡tengo que atrapar a esos droides!

Antes de que pueda informar que voy en su persecución, mi intercomunicador crepita y cobra vida; se me dice que me reporte al comando. Ya no siento la comezón en mi cabeza. Tengo calor, a pesar del sistema de enfriamiento de mi traje. Sé con absoluta certeza que han revisado mis transmisiones. Saben lo que he hecho.

Mi única esperanza está en redimirme justo ahora. ¡Allí! El astromecánico azul gira con decisión mientras el dorado se esfuerza por mantener el paso. Levanto mi arma de fuego. Todo lo que se necesita son dos disparos. Mi signo de llamada suena de nuevo en mi intercomunicador. Lo sacudo y apunto. Pondré un agujero en el azul primero...

—TD-110, baje su arma —suspira el moff con urbanidad— y repórtese al comando. ¿Está esperando una invitación tallada? Considere que esta lo es. —Me mira por la comisura del ojo—. Y vaya.

—Pero... —digo, y él me detiene con una mirada. Estoy desgarrado. Quiero defenderme. Sé que mi futuro cuelga de este momento. Puedo gruñir y quejarme cuando estoy agotado y cansado, pero todo lo que poseo en esta vida es la necesidad de servir al Imperio.

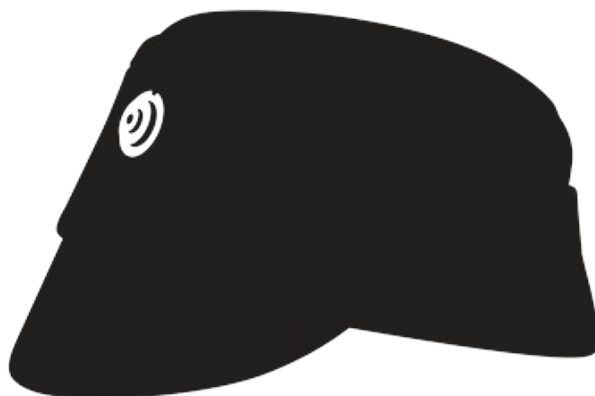
—No se necesitan comentarios adicionales, TD-110. ¡Todo lo que se necesita es obediencia!

Bajo mi arma, me muerdo el labio y miro cómo los dos droides dejan la estación de embarque. PB-106 me quita el arma. Él y su unidad me escoltan al comando. Es mejor que no diga una palabra a menos que se me hable, y es mejor que no se me hable. No puedo interpretar nada en la marcha de PB-106. No hay simpatía, deber ni furia. Nunca podré preguntar, porque los moffs han visto las transmisiones y ahora me expulsarán de la Estrella de la Muerte. Probablemente a algún pedazo de hielo flotante, como Ottinger 7, para que pase el resto de mis días estremeciéndome y esquivando a los lanudos tawds de cola larga.

Tomo los corredores por última vez. Me encanta este lugar. Más que cualquiera en que haya estado, era un hogar. Juro por los ancestros de Parsh y los mayores del Imperio que si tengo que pelear cien años, me probaré a mí mismo. Regresaré a la Estrella de la Muerte. Juro que lucharé para regresar a casa.

# FIN DE GUARDIA

Adam Christopher



**L**a Comandante Pamel Poul volteó y se paró de su silla de mando, levantando el datapad con la mano para revisar la hora.

Solo faltan diez minutos. Diez muy largos minutos, hasta el final de otro turno de doce horas de... bueno, de casi nada en absoluto. Doce horas de rutina, de protocolo, de responder consultas simples, de dar órdenes simples. Doce horas de supervisar una tripulación reducida mientras vigilaban los sistemas muy autónomos y redundantes de la más grande estación de batalla en la historia de la galaxia.

Eso le acomodaba *a la perfección* a la Comandante Poul. Ella pudo ser una oficial de carrera, dedicada más a la Armada Imperial que al Emperador que esta servía, pero no era una guerrera. A diferencia de muchos de sus amigos de la infancia, quienes crecieron en un sector con más recursos que la ecumenópolis de Coruscant, Poul nunca había tenido deseos de ser piloto u oficial de campo. Ella nunca había deseado servir en el frente: nunca abrigó algún deseo de ser héroe, porque el negocio de la Armada Imperial era la guerra, y en la guerra ser un héroe provocaba que te mataran. Y ahora que se sentía como si la lucha del Imperio contra la insurgencia rebelde estuviera por alcanzar el punto de ignición, morir en batalla era lo último que Pamel Poul se proponía.

No. La Comandante Poul era una *administradora*. Ella se deleitaba en las funciones de una oficial ejecutiva: logística, administración, supervisión. Sí. Era aburrido. Podía ser aburrido, pero ella disfrutaba su trabajo y, más importante aún, era buena en él: lo bastante buena para lograr un rápido ascenso, lo bastante buena para que la asignaran al más grande logro tecnológico del Imperio: la Estación de Batalla Orbital DS-1, como comandante de estación.

El hecho de que la Estrella de la Muerte no necesitara mucho *mando* real era irrelevante. La estación de batalla era tan enorme (160 kilómetros de diámetro, con una tripulación completa que se rumoraba que era de más de un millón, aunque el número exacto permanecía clasificado), que sería imposible dirigirla desde una sola sala de control o centro de comando. Lo que la Estrella de la Muerte tenía, en cambio, era una multitud de puestos de mando, puestos de comunicación y estaciones de supervisión dispersas en varios pisos a través de los sectores de la estación, todos ellos bajo la vigilancia de una de las cuatro salas de control, cada una colocada en un piso intermedio en uno de los hemisferios de la estación. La Comandante Poul estaba asignada al control de estación oeste y, aunque era posible que tomara el control directo de los sistemas de la Estrella de la Muerte, si era absolutamente necesario, Poul se sentía orgullosa de que cientos de miles de tripulantes de la estación en su hemisferio dependieran de su vigilancia constante.

Mientras ponía su datapad a dormir, Poul pasó la vista por la sala. El control de estación oeste, como sus tres contrapartes, era una cámara cuya circunferencia estaba recubierta con consolas de monitor, ante las que estaban sentados dos docenas de alféreces y oficiales novatos, mirando pacientemente monitores, revisando datos; el cuarto estaba lleno con el constante sonido de sus murmullos mientras hablaban en voz baja en sus auriculares con micrófono. Arriba del anillo de consolas brillaban cuatro pantallas enormes, trapezoides, una en cada punto cardinal, proporcionando un flujo continuo de información de estatus. Los datos eran casi excesivos como para asimilarlos, pero Poul apreciaba las actualizaciones que daban un panorama a simple vista de los diversos sistemas de los que ella era responsable.

Uno de ellos había estado provocando algo parecido a un dolor de cabeza menor durante los últimos treinta minutos. Poul bajó del estrado de mando y se cruzó de brazos mientras levantaba la vista hacia la pantalla que tenía enfrente. En ella, un enjambre de indicadores multicolores, en constante movimiento, que representaban el control de tráfico del hangar 250 al 350, se arrastraban como moscas zess, pero Poul ignoró el revoltijo confuso y se concentró en cambio en un bloque rojo que pulsaba en el lado izquierdo.

La bahía de embarque 327 estaba bloqueada, y todo el tráfico se había dirigido a las bahías 328 y 329.

Las demoras en los vuelos no eran poco comunes, una consecuencia inevitable del enorme volumen de tráfico y la coordinación que esto requería (supervisada tanto automática como manualmente) entre los quinientos diferentes hangares y bahías de embarque enterrados por toda la piel de la estación. Tener la bahía de embarque 327 fuera de acción no era, en realidad, más que un inconveniente menor, pero seguiría siendo una molesta alerta de estatus que manchaba su informe de turno que, de otra manera, sería perfecto, a menos que pudiera lograr que las desviaciones se limpiaran en los siguientes (volvió a revisar la hora en su datapad) *siete* minutos.

Poul frunció el ceño y se dirigió a la estación de monitor debajo de la pantalla. Dos tripulantes estaban colocados en sus consolas de control, uno (el Alférez Toos) estaba encorvado a lo largo de sus controles mientras miraba una pequeña pantalla cuadrada enfrente de él, mientras su compañera, la Subteniente Slallen, echada hacia atrás en su asiento, con los brazos cruzados, negaba con la cabeza. Cuando Poul se acercó, ninguno de los dos pareció percatarse de su presencia.

—Recuérdame de nuevo —dijo Slallen—. ¿Qué estamos viendo aquí?

Toos chasqueó la lengua y dio unos golpecitos en la pantalla con un índice.

—Vamos, ¿me estás diciendo que no reconoces un clásico cuando lo ves? —Él silbó suavemente entre sus dientes—. Tan solo espera a que le diga a tu hermano cuando regrese de Scarif.

Slallen ladeó la cabeza.

—Lo que reconozco, *alférez*, es una pieza de chatarra cuando veo una. Me sorprende que no se haya roto en cuanto el rayo tractor lo atrapó.

—¿Pieza de chatarra? Subteniente Slallen, me desesperas, en verdad. Esa pieza de chatarra, como tú la llamas, es...

—Un carguero ligero YT-1300 —dijo Poul, reposando una mano sobre el respaldo de la silla de Slallen—, que en realidad está alterando el calendario de la bahía de embarque.

Slallen y Toos se enderezaron de inmediato, con las espaldas completamente rectas. Toos se aclaró la garganta.

—Sí, señora. Lo siento, señora.

—No te disculpes, *alférez* —dijo Poul—. Tan solo despeja la bahía de embarque, *ahora*.

—Señora —dijo Slallen—, el Capitán Khurgee todavía tiene una partida de rastreo a bordo de la nave. Necesitamos autorización de la cubierta del hangar para poder levantar el bloqueo.

—¿El rastreo todavía no termina? ¿Qué están *haciendo* allí abajo?

Toos y Slallen no dijeron una palabra; ambos oficiales novatos tan solo levantaron la vista hacia su comandante. Poul suspiró.

—Bien —dijo ella—. Sigán vigilando y háganme saber cuando el Capitán Khurgee haya terminado.

Al otro lado de la sala de control, el turboelevador siseó al abrirse. Poul se dio vuelta y vio salir al reemplazo de su turno.

—En realidad, no —dijo Poul—. Háganselo saber al Comandante Sheard.

Poul se dio vuelta y le lanzó a Sheard un saludo causal, que él regresó antes de recorrer el arco de la sala hacia ella. Poul le entregó el datapad a su compañero y le dio un breve informe sobre los eventos del último turno; en particular sobre el estatus del misterioso carguero que estaba retrasando el horario en la bahía de embarque 327.

Sheard asintió mientras escuchaba, pasando uno de sus índices a lo largo de la parte inferior de su grueso bigote, luego dio unos golpecitos en el respaldo de la silla

de Toos.

—Muéstrame la nave, pantalla principal.

—Señor.

El Alférez Toos se dio vuelta en la silla hacia su consola. Accionó un interruptor y la vista del carguero en la bahía de embarque que se mostraba en la pantalla de su consola destelló en la pantalla de la pared principal. Toos y Slallen se echaron hacia atrás en su asiento y levantaron la vista hacia la imagen, mientras Poul retrocedía un paso y daba un golpecito con un dedo en la orilla de su datapad.

—No sabía que estas cosas aún estuvieran volando —dijo el Comandante Sheard.

Poul asintió. Él tenía razón: el YT-1300 era una nave antigua, casi una reliquia. Y mientras miraba la pantalla de arriba, ella pensó que el ejemplar de abajo, en la bahía de embarque 327, no era la excepción. La nave estaba abollada, el casco tenía raspaduras de carbón en varios lugares, las placas de empuje vectoriales que cubrían los puertos del impulsor principal no solo necesitaban una simple limpieza sino su reemplazo completo.

Pero esa nave tenía algo. Poul había visto un par de cargueros de la serie YT en sus tiempos (ambos habían dejado atrás su época de servicio y ciertamente no estaban en operación) y, aunque no podía recordar los modelos exactos, este parecía... diferente. ¿Acaso el plato sensor no era más grande que el estándar? Y el armamento dorsal era un cañón láser cuádruple. La YT-1300 poseía armas, por supuesto, pero un arma como esa *tenía* que carecer de licencia.

Poul no sabía por qué habían capturado la nave y la habían arrastrado a la bahía de embarque, pero era muy probable que se tratara de contrabandistas o piratas. Eso tenía sentido. La nave estaba modificada, personalizada, mucho más allá de las especificaciones de fábrica.

Pero una pregunta completamente diferente era: ¿por qué la Estrella de la Muerte estaba actuando como policía de las vías del hiperespacio?

Poul ladeó la cabeza mientras miraba la pantalla.

—El Alférez Toos dijo que tienes un hermano en Scarif, Slallen. ¿Diseñador de naves?

La Subteniente Slallen se dio vuelta en su silla.

—Arquitecto naval, señora. Tomamos Diseño de Naves Espaciales juntos como materia optativa en la Academia, pero él era quien tenía el talento. —Ella se dio vuelta y volvió a señalar la pantalla—. Usted no ve muchos ejemplos funcionales de este tipo de nave antigua. Tendré que enviarle una cinta de datos, una vez que él esté fuera de operaciones.

—¿Cuál es su encomienda? —preguntó el Comandante Sheard.

Slallen se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. La operación en Scarif es clasificada. No he tenido noticias de él desde hace cuatro semanas. —Ella se hundió, solo un poco, en su silla—. Íbamos a

reunirnos cuando tuviéramos permiso de tierra, pero aún no he recibido noticias de él. Supongo que su operación se ha extendido.

—Muy posiblemente —dijo Poul y lo dejó allí. Porque ella sabía algo que la subteniente evidentemente desconocía: que la propia Estrella de la Muerte *había estado* en Scarif y había dejado el sistema tan solo tres días antes. Slallen tenía razón: la operación en el planeta *era* clasificada. La Comandante Poul había estado de guardia y tenía un rango lo bastante elevado para que se le informara de su destino, pero ni ella sabía cuál había sido la misión de la estación. Se habló durante la comida que fue otra puesta en funcionamiento: algo acerca de una segunda prueba, luego de la primera sobre la luna de Jedha. Aunque Poul no sabía de qué era la prueba.

Pero eso era lo principal de la Estrella de la Muerte. La estación de batalla era tan grande que, a menos que un destructor estelar se estrellara contra ella, la mayoría de la tripulación no tendría idea de lo que estaba pasando en un momento determinado. Solo el personal esencial para la misión tenía la acreditación necesaria. Poul comprendía eso. No solo era asunto de seguridad, sino también de logística pura.

Poul movió la cabeza en dirección del Comandante Sheard. Su turno había terminado y era momento de irse.

—El control de estación oeste es...

Una alarma repicó en la consola enfrente del Alférez Toos: Poul vio que una luz roja parpadeaba junto a su mano, a la que rápidamente se le unió otra. Junto al alférez, Slallen miró su propia consola, revisando los sistemas, mientras Toos empezaba a recorrer una serie de interruptores, revisando su monitor mientras lo hacía, con una arruga firmemente grabada en su rostro.

Poul y Sheard intercambiaron una mirada, luego Poul se inclinó sobre la consola entre los dos oficiales novatos.

—¿Hay algún problema?

—Eh, sí, señora... eh, tal vez. —Toos accionó algunos interruptores más, luego dio vuelta a un dial mientras empezaba a recorrer una serie de frecuencias de vigilancia conectadas temporalmente al sistema de seguridad de la estación. En su pequeña pantalla, la vista de la bahía de embarque fue reemplazada por una pantalla tras otra de estática rugiente mientras recorría los canales.

Ante su consola, Slallen tenía una mano en su auricular mientras escuchaba, luego reconoció el mensaje y se dio vuelta hacia los dos comandantes.

—Hay una alarma desde el piso cinco. Bloque de detención AA-Veintitrés. El subcontrol informa que todos los sensores del bloque están deshabilitados.

—Confirmado —dijo Toos, señalando su pantalla, que solo mostraba estática—. Las cámaras están inactivadas.

Poul miró al Comandante Sheard, quien se cruzó de brazos y dio un paso atrás.

—Todo suyo, comandante.

—Gracias —dijo ella, antes de voltear de nuevo hacia el alférez—. Comunícame con el bloque de detención.

Toos recorrió de nuevo los intercomunicadores y abrió el canal, pero la luz junto al interruptor no cambió de rojo a verde, como se esperaba, sino a azul.

—Tienen su intercomunicador en modo seguro —el alférez miró a la Comandante Poul—. Tendremos que esperar a que ellos respondan.

Poul levantó su datapad y rápidamente recorrió el directorio de la estación. Sus ojos saltaban sobre los datos, luego asintió.

—El bloque de detención AA-Veintitrés está reservado para prisioneros políticos —dijo ella—, así que la comunicación segura es la norma. Muy bien. Tan solo esperemos que respondan rápido.

Entonces sonó el intercomunicador de la cubierta. Poul se acercó a la consola mientras Toos abría el canal. El alférez movió la boca para hablar, solo para que el operador en el otro extremo se anticipara.

—Ah, todo está en orden. La situación es normal.

Poul miró a Sheard, quien frunció el ceño. Toos y Slallen se miraron entre sí. Luego Toos oprimió de nuevo el interruptor del intercomunicador.

—¿Qué pasó?

—Eh, una ligera falla en un arma en, eh, pero todo está perfectamente, estamos bien, todos bien aquí ahora, gracias.

Poul no reconoció la voz, pero quien fuera sonaba como si le faltara el aire. Ella miró su datapad, abajo, para revisar, pero levantó la vista sorprendida cuando la voz surgió de nuevo.

—¿Qué tal ustedes?

Toos le regresó la mirada a Slallen, quien asintió. Él volvió a inclinarse sobre el intercomunicador.

—Enviaremos una patrulla.

El canal volvió a la vida.

—Eh, negativo, negativo, tenemos, eh, un escape en el reactor aquí, que... quedará cerrado en unos minutos. Eh, es un escape grande y peligroso.

—¿Quién es el oficial en servicio allí abajo? —preguntó el Comandante Sheard.

Poul revisó su datapad.

—El Teniente Childsen.

Toos negó con la cabeza.

—Señora, ese no suena como el Teniente Childsen —oprimió el botón del intercomunicador—. ¿Quién es? ¿Cuál es su número de clave?

—Eh...

Entonces el intercomunicador estalló y la sala de control se llenó con un rugido de ruido blanco. Toos se contrajo y bajó todo el volumen, luego probó de nuevo el intercomunicador.

—Bloque de detención AA-Veintitrés, ¿cuál es su estatus? Por favor, informe.

Le respondió la estática. Lo intentó varias veces más y luego se rindió.

—Nada. Comunicación caída.



Slallen levantó la vista hacia la Comandante Poul.

—Deberíamos mandar una patrulla. Tengo un equipo de seguridad listo y esperando.

Poul levantó una mano.

—Mantenlo en espera —se dio vuelta hacia Toos—. Alférez, informe de sistemas. Si hay una fuga en un reactor, podría ser seria. Necesitaremos que intervenga ingeniería.

Toos recuperó las transmisiones de datos a su consola, luego se echó hacia atrás en su asiento y negó con la cabeza. Golpeó ligeramente un botón y la pantalla principal cambió de la vista de la bahía de embarque a un esquema de la rejilla de alimentación de energía para este hemisferio de la estación.

—Los sistemas de alimentación están en estatus normal. La salida es constante. No se detectan variables.

—Entonces no hay un escape en el reactor —dijo Slallen—. Señora, la patrulla está lista para partir.

Poul asintió.

—Mándalos. Pero necesitamos informar esto. Comuníqueme con el Gran Moff Tarkin.

Slallen asintió y se dio vuelta hacia su propio escritorio de comunicación, seleccionando el canal antes de llamarlo.

—Puente de mando, salón listo —salió una voz femenina del escritorio.

—Con el Gran Moff Tarkin, por favor.

—El Gran Moff Tarkin se encuentra en este momento en una conferencia.

El Comandante Sheard sacudió la cabeza y avanzó a zancadas hasta el estrado de mando. Se acercó a su silla y la jaló, luego cortó el canal de comunicación de Slallen desde el panel de su descansabrazos.

—Este es el control de estación oeste. Habla el Comandante Sheard. Esta es una solicitud de prioridad roja. Comuníquenos de inmediato con el Gran Moff.

—Un momento, señor.

El intercomunicador repiqueteó de nuevo.

—Sí.

No era una pregunta, era solo una afirmación, dicha por un hombre viejo con un acento entrecortado. Poul rechinó los dientes: solo había estado frente al Gran Moff Tarkin dos veces, y habían sido demasiadas. Podía imaginar el aroma empalagoso del lavallevell, la hierba rica, de flores moradas, que parecía colgar por la oficina del comandante en jefe de la estación de batalla como una nube. Se encontró con la mirada del Comandante Sheard mientras él daba su reporte a su superior.

—Tenemos una alerta de emergencia en el bloque de detención AA-Veintitrés.

—¿La princesa? Alerta a todas las secciones.

Poul sintió que el aire se atoraba en su garganta. ¿Princesa? ¿Cuál princesa?

Entonces escuchó la voz del hombre con quien Tarkin conferenciaba, la profunda y resonante voz de bajo que formó un eco en el canal abierto de comunicación.

Bueno, tal vez «hombre» era la palabra equivocada, porque quién sabe qué había dentro de ese traje.

—Obi-Wan está aquí. La Fuerza está con él.

El intercomunicador hizo un clic de desconexión.

Lord Vader. El asesor de Tarkin: su *ejecutor*. Poul sabía que él estaba a bordo de la estación, pero aun así, escucharlo hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral. Ella miró a Sheard y vio que su garganta se agitaba y que él tragaba saliva. Al parecer, Vader tenía ese efecto en mucha gente.

Entonces Poul se dio cuenta de que la sala de control se había quedado en silencio, el constante murmullo del personal estaba ausente mientras todos miraban a los dos comandantes.

Ahora le tocó a Poul tragar saliva. Slallen estaba sentada con la espalda rígida y las manos sobre la consola, lista para ejecutar la siguiente orden. Junto a ella, Toos imitó su postura, pero él parecía pálido, con sus propias manos dobladas firmemente en sus piernas.

La Comandante Poul hizo un ademán al subteniente.

—Envía a la patrulla. Que pongan esta situación bajo control. —Luego subió al estrado de mando, mientras, detrás de ella, Slallen daba la orden.

—Está invitada a quedarse, comandante —dijo Sheard mientras él se paraba junto a la silla vacía del estrado, pero Poul volteó, respiró a fondo y le lanzó una sonrisa a su colega.

—No, gracias, mi turno se ha terminado. Buena suerte, comandante.

Mientras la Comandante Pamel Poul se dirigía al turboelevador, lista para un regaderazo, algo de comer, algo de beber (tal vez algo muy fuerte), trató de ignorar la creciente sensación de intranquilidad y la bola rodante de frío que parecía haber tomado el lugar de su estómago.

Ella no sabía lo que estaba pasando (con el viejo carguero, con el bloque de detención) y Tarkin había dicho «princesa», ¿o no? ¿De qué se trataba? Pero no era su problema, ya no. Que Sheard lo manejara, y ella podría leer su informe en el siguiente turno.

Un turno que, Poul esperaba, representaría otras doce horas de aburrimiento glorioso, de rutina.

Ahora, eso sería perfecto.

# EL BAUTISTA

Nnedi Okorafor



*Hay algo vivo aquí.*

Luke Skywalker

**C**uando vinieron, ella no estaba lista. Se encontraba dormida, de modo que tenía la guardia baja. Por lo general, los vodranos no llegaban hasta esas profundidades en los pantanos. La rodearon antes de que pudiera darse cuenta de que estaban allí.

Sin embargo, Omi tenía el espíritu de una guerrera, de modo que ya estaba luchando apenas despertó. Rudas manos vodranas cubiertas de piel agarraron cada uno de los tentáculos de Omi, sus gruesas y duras uñas presionaron la carne suave de Omi, sacándola del agua. Se gritaron instrucciones entre sí en su lenguaje aceitoso que siempre le recordaba la basura delgada en la superficie del agua, cuando era demasiada la luz que atravesaba los árboles. Ella golpeó y onduló su carne transparente, pero no era mucho más grande que cada uno de ellos. Retorció su cuerpo, tratando de morder extremidades o torsos, pero estaba atrapada. Luego algo la acuchilló y sintió que el frío fluía en el lugar sensible entre dos de sus tentáculos. Las fuerzas la abandonaron.

A través de una neblina horrible quedó impotente para detener su captura. Enrollaron cada uno de sus tentáculos en una gran bola y los encadenaron con bandas de metal brillante, gruesas y magnetizadas. Se estaba desvaneciendo, perdiendo conciencia, mientras elevaba su tallo ocular, observando detenidamente todas las caras de los vodranos, duras, nudosas, sin expresión. Cayó en la oscuridad mientras

varios de ellos la echaban en el tanque esférico como una burbuja y del tamaño de un cuerpo que no explotaría. Ella debió de pasar la vista por el pantano, su hogar, por última vez. En lugar de eso, quedó inconsciente antes de que su cuerpo se acomodara en el fondo del tanque. Soñó con su hogar...

«Tierras suaves sobre las que podía viajar. Aguas cálidas y ricas, lodo para chapotear, explosiones de gas del pantano, árboles largos y delgados. Aquí había música, juego y mucho qué comer y mirar. Omi se movía por el pantano sabiendo que era su hogar, y su tallo ocular giraba mientras viajaba, viendo mucho del mundo. Cuando ella se acomodaba para un sueño profundo de noche, estaba segura y caliente, sin que su mente estuviera fija en la supervivencia, sino en el lugar al que planeaba ir a continuación...».

Omi despertó, recordando al instante en que había sido capturada, e instantáneamente atrajo sus tentáculos. Cuando estuvo segura de que nada la tenía agarrada, hizo un inventario. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete tentáculos. Todos intactos. Y entonces Omi se acomodó un poco, mirando alrededor.

Estaba en una esfera de cristal grueso y transparente, con su tapa atornillada fuertemente, lo mejor para preservar los gases en el agua del pantano. La esfera estaba colocada contra una ventana, entre otra carga. Hasta donde podía saber, era la única cosa viva en este lugar. Contenedores blancos, grandes y pequeños, estaban apilados hasta el alto techo; un camino estrecho llevaba a una puerta abierta. Omi podía ver las tierras pantanosas fuera de su ventana, justo más allá de un plano de tierra, de aspecto duro. Ella había visto antes estas bestias voladoras que atravesaban el cielo, muy por arriba de los árboles, y eran tan grandes que uno podría estar dentro de ellas y vivir. Volaban de aquí para allá. Nunca imaginó que sería tragada por una y echada en un tazón de cristal. Se acurrucó contra su prisión transparente, tratando de acercarse lo más posible a su hogar.

Todo empezó a retumbar y las pilas de carga se agitaron sin caer. El agua en su tanque chasqueó de un lado a otro. Ella volteó su tallo ocular hacia la ventana y se dio cuenta de que su hogar se estaba alejando. Al principio lentamente, luego más rápido de lo que podía imaginar. Algo parecía jalarlo hacia abajo. ¿Qué le pasaría a las tierras pantanosas si se les presionaba contra el suelo? Ella cerró su ojo. ¿Esta gran bestia acababa de destruir su hogar? Fue así como Omi experimentó por primera vez la sensación de la antigravedad. Empezó a flotar en su tanque, perdiendo el sentido de la ubicación. «Nada de esto es posible», fue todo lo que pudo pensar. «Nada de esto es posible, pero está sucediendo».

Fue como si estuviera en todos lados al mismo tiempo. Donde se había acurrucado contra la esfera tratando de permanecer cerca de su hogar, de pronto sintió que su cuerpo quería estar por toda la esfera. Palpitó con terror y después de experimentar esta intensa emoción por varios minutos, sintió que algo en lo profundo de su ser chasqueaba y se dejaba ir. Flotó hacia arriba y luego se dio vuelta hacia lo que su ojo le dijo que era de cabeza, pero sus otros sentidos, como la percepción de

sus tentáculos, la sensación del agua, el peso de su cuerpo, le indicaban algo diferente.

Mientras flotaba, dio vuelta a su ojo para ver de nuevo por la gran ventana y se quedó viendo por primera vez la profundidad del espacio exterior. Los latidos de su corazón se aceleraron. Este era un lugar que supuestamente nunca debió ver. Estaba destinada a viajar por el pantano, no por este... este *más allá*. Se sintió empujada vigorosamente hacia el espacio. Se presionó contra el cristal redondo de la esfera y de pronto toda la carrera, el impulso, el flujo y la tensión en sus siete tentáculos y su cabeza se detuvieron. Todo se detuvo.

Quietud. Nada. Pero todo. Había un propósito. Omi se retorció. Luego involuntariamente su cuerpo pasó a ser transparente y más tarde del color negro con pinchazos de la luz estelar. «El hogar seguirá siendo el hogar, pero debes ir», lo comprendió, más que oírlo. Y supo en lo profundo de sus corazones que no moriría. No, estaba en el lugar correcto. En el momento indicado.

«Mantén tu camino». Esta vez escuchó las palabras en el profundo y complejo idioma de zumbidos en que su gente a menudo hablaba cuando no estaban alimentándose. Lo hablaban para asustar a toda la comida cercana, y el agua transportaba por completo estas reverberaciones. Oírlo ahora fue como sentir una brisa final del hogar. Aunque estaba mirando el espacio, escuchó que la voz zumbaba desde su carne: tal vez venía de los delgados vínculos que su gente decía que la encadenaban a los demás para formar su carne.

Hubo un gran destello, y Omi lo supo al instante. Al menos en ese momento, ella quedó convencida de que el lugar en que estaba se iba a quemar. Luego pasó el momento y ya no estuvo segura de nada, excepto de esa sensación de unidad. Sin embargo, ¿qué significaba siquiera esa sensación? Ya no estaba segura. Tal vez era solo su miedo a la muerte.

No hacía mucho tiempo se había visto igualmente falta de memoria, cuando entabló batalla con otro de su clan. Recordaba que este se había identificado como macho, y se encontraron mientras cruzaban por un pedazo de tierra, yendo en direcciones opuestas. El nombre de él había sido Iduna y ella se había sentido intrigada por su identidad de macho. Su gente podía escoger el género que quisiera. Eran físicamente hermafroditas, así que la elección propia decía mucho de uno como individuo. En su época, ella había conocido a varias hembras y a otras más que eran diangous (el género más común), pero nunca había conocido a un macho hasta ese momento.

Él quería intercambiar unos cuantos huevos. Ella se negó y él se puso furioso. Entablaron una batalla violenta y sangrienta, y durante la batalla ella peleó con gran concentración y precisión. Para ella, la batalla había sido como una discusión que logró controlar y, al final, ganar. Iduna se dio cuenta pronto de que, si no huía, ella lo mataría. Por fortuna, Iduna eligió no morir.

Tal vez Omi se había sorprendido a sí misma con sus increíbles habilidades para el combate, pero mientras luchaba, el terror de la experiencia y el miedo a la muerte la habían dejado tan falta de memoria que no podía recordar de qué dirección venía. Así fue como había terminado en la parte sur de la tierra, en lugar de en la oeste, durmiendo en el lugar perfecto para que la raptaran y se la llevaran al espacio.

\* \* \*

Pasaron lo que debieron de ser días, y Omi seguía preguntándose si la visión de este lugar elevándose en llamas había sido inspirada por su miedo intenso. La obsesión sobre la visión feroz era todo lo que mantenía a raya su inquietud y furia por ser raptada. Su sentido de arriba y abajo había regresado, y Omi podía pensar con claridad. Dos veces un vodrano había venido y espolvoreado algún pescado oloroso, aunque de alguna manera seco y blando, a través de un pequeño agujero en la tapa.

Fue el sabor de ese pescado el que alimentó lo suficiente la furia ya incubada de Omi para hacer su intento de fuga. En su antiguo hogar, todo tenía sabor, jugos, sal, la especia de la comida que el pescado había ingerido en sus panzas, pero esta gente la secuestró y después la alimentó con comida que era un insulto. Y su única vista era el espacio exterior lleno de estrellas y la carga blanca al otro lado de su esfera. Ella tenía que salir de aquí.

Palpó la tapa de su prisión con sus tentáculos, tocando suavemente cada hueco, aun los más pequeños, probando la presión. La tapa estaba hecha de una sustancia lisa y dura que nunca había sentido, y tenía un olor picante y ahumado; el material del que estaba hecho era débil. Empujó y sintió que cedía un poco. Empujó de nuevo, usando sus ventosas para agarrar y girar. La tapa produjo un clic y empezó a deslizarse fácilmente en círculo. Siguió girando hasta que cayó al suelo con un golpe sordo. Esperó y luego extendió su tallo ocular desde su prisión de agua de pantano. Se arrastró para salir.

En el pantano, ella se movía libremente sobre la tierra húmeda de un cuerpo de agua al siguiente. Dejar la esfera no fue muy diferente. En lugar de árboles, bordeó contenedores duros hechos de algún material con olor picante y ahumado. En lugar del aire húmedo y fragante que acariciaba su piel, la atmósfera era seca, crujiente y chupaba su piel, pero el piso era plano y ella se movía con suficiente facilidad sobre él. Liso y negro. Cuando se deslizó hacia el corredor, se detuvo por un momento. Todo era ángulos, muerte, cada cosa era lisa, dura y más negra. Las entrañas de esta bestia que viajaba por el espacio estaban podridas o muertas.

Nunca en su vida había visto un lugar como este, pero ella aún era joven, así que siempre había algo más que ver. Por un segundo, regresó al momento épico en que miró afuera, al espacio, y se volvió una con él, y con ello llegó su visión de que este lugar iba a elevarse en llamas. ¿Eso sería porque esta bestia volaría hacia un sol?

No podía pensar en eso ahora. Su tentáculo frontal se crispó. Algo venía. Sintió su llegada antes de verlo, porque la vibración zumbaba a través del suelo. Entonces se presionó contra la pared, se tornó negra y brillante, se mezcló a la perfección.

La criatura rodó por el corredor como un gran ratón negro o, más exactamente para Omi, como un insecto. Negro y con cuerpo parecido a una cápsula, de movimientos rápidos; algo en él no estaba bien. Omi se contrajo a sí misma para volverse más plana contra una pared. Al igual que la gigantesca bestia en la que todos viajaban, Omi estaba segura de que el insecto grande no estaba vivo. Pasó de prisa sin darse cuenta del abultamiento en la pared, a pesar de ser del mismo color y tener el mismo brillo. Omi permaneció así durante varios minutos mientras otras criaturas muertas parecidas pasaban rodando y caminando de un lado al otro del pasillo, algunas pequeñas como tortugas del pantano, otras altas como vodranos y una tan grande como un Hutt. Luego Omi sí vio pasar a uno de los Hutts, junto a lo que podría ser un vodrano con una cubierta dura y blanca.

Cuando el pasillo finalmente volvió a quedar en silencio, Omi supo que esta debía ser su oportunidad de escapar. Olió la humedad cercana. Estaba más allá de las duras paredes, y ella tenía que encontrarla antes de que se secara por completo. Rodó en medio del corredor, mientras la carne le dolía por falta de humedad. Dejando a un lado su coloración negra por su habitual morado profundo y maduro, se deslizó hacia el olor del agua. Había llegado al final del corredor cuando dos individuos parecidos a vodranos con su cubierta blanca casi la pisan.

Uno exclamó en un idioma que no era vodrano. El otro le apuntó con algo negro y largo. De alguna manera, ella supo que debía moverse antes de que eso disparara fuego. Un cráter humeante apareció junto a ella. Solo tenía segundos. Retrocedió hacia el que estaba más cerca de ella, en lugar de hacia el más retirado. Estaba en medio de un huracán de terror una vez más, como lo había estado durante la pelea con el miembro macho de su tribu. Cuando había luchado por su vida.

Con el terror llegó esa dulce claridad. Lanzó sus dos tentáculos frontales hacia él, moviéndose como un pez señuelo. Tenía que hacer algo imposible. No podía fallar al atrapar las partes del cuerpo que necesitaba apretar. Milisegundos. No podía fallar. O habría de morir. Ella no iba a morir en ese lugar frío y muerto. Estaba destinada a mucho más. No podía fallar.

Estaba esa voz de nuevo. Reverberando a través del espacio entre los milisegundos. A través del espacio en su carne. Diciéndole que confiara. Que se entregara.

Atrapó las piernas y quedó encima de él en segundos, con el espolón en su tentáculo izquierdo. Así que picó. No podía ver al otro; era la debilidad de contar con un solo tallo ocular. Tenía demasiados puntos ciegos. Pero en ocasiones podía ver de otras maneras. Sí. El primero estaba trastabillando hacia atrás, dándose vuelta hacia el otro, levantando su arma. Ella pudo oler el humo del suelo quemado.

Saltó. Y mientras daba vuelta en el aire hacia el segundo, todos sus tentáculos se extendieron y, por un momento, fue una estrella de siete puntas en el espacio. Su tentáculo trasero fue el primero en golpearlo y le siguieron los otros tres. El quinto y el sexto lo agarraron y el séptimo hundió su espolón de veneno a través del casco blanco, en la carne abundante de abajo. Se sintió como si golpeará el caparazón de un cangrejo grande.

Omi golpeó húmedamente en el piso, y ahora su cuerpo gritó de dolor. Ella se quedó viendo lo que había hecho. Giró su tallo ocular para mirar por el pasillo en una dirección y luego en la otra. Sus ventosas podían probar el suelo. *Había* agua cerca. Pero ¿podía llegar allí sin que la descubrieran de nuevo? ¿Y el agua estaba en otro contendor? Por primera vez se preguntó adónde podía ir aquí. Dentro de esta bestia que terminaría quemada.

Omi decidió regresar por donde había venido. Con rapidez. Moviéndose y ocultándose. Lenta, gradualmente. Aun mientras el caos hacía erupción detrás de ella cuando descubrieron los cuerpos, mantuvo su curso y al final regresó al platón transparente, levantó la tapa grande y volvió a colocarla encima. La giró con firmeza de regreso a su lugar y se acomodó en el fondo del tazón en una bola arrugada, justo cuando los guardias entraron violentamente. Cerró su ojo, sintiendo su escrutinio mientras se acercaban a ella. Debajo del agua, escuchó sus voces distorsionadas mientras se acercaban al cristal y lo golpeaban. Abrió el ojo con laxitud y lo cerró.

Después de unos segundos, entreabrió su ojo y vio que uno de ellos probaba la firmeza de la tapa del tazón. Después de rodear este y revisar el almacén, los dos se fueron, y Omi terminó sola de nuevo. Miró al espacio. Su piel adolorida recuperó su hidratación habitual en el agua de pantano. Por lo menos había eso.

\* \* \*

Después de un momento, a Omi dejó de preocuparle cuánto tiempo había pasado. Venían y la alimentaban con pescado oloroso; unas veces picado, otras entero. Pescado repugnante que no sabía a nada parecido a lo que había en su hogar y, cuando lo comía, lo extrañaba mucho más. Colocaron dos barras sólidas de metal sobre la parte superior de su tazón, pero solo ella sabía que era un desperdicio de tiempo. No tenía intención de escapar. No había adónde escapar en esa nave condenada: animal vivo o muerto, no le importaba a ella.

Todo lo que podía hacer era esperar. Con el tiempo, quién sabe, tal vez habría otra oportunidad de escapar a algún lugar, en algún planeta.

Entonces la vio, primero a cierta distancia en el espacio y luego cada vez más cerca. Parecía una fruta de la muerte. Suspendida allí, en el espacio. Del tamaño de una luna. Pronto llenó la vista de la ventana y Omi ya no pudo ver arriba, alrededor ni debajo de ella. Se volvió el mundo. Y hacia él volaron.



Por segunda ocasión, Omi sintió la desorientación de ajustarse a otro tipo de gravedad, la de esta enorme luna muerta. Estaba en la nada; luego reconoció el fondo de su tazón y se hundió en él. Cuando vinieron de nuevo, ella estaba dormida. El tazón se sacudía mientras lo transportaban hacia lo que parecía un insecto grande y plano.

La condujeron por corredores estériles, esta vez más allá del lugar donde había matado a los dos individuos en su búsqueda abortada de libertad. El lugar donde todo había sucedido estaba limpio, desocupado. Y luego atravesaron el lugar interior más grande que Omi había visto jamás. El techo parecía tan alto como el cielo, pero era un techo. Podía ver eso. En la parte superior había más barras y una red de tubos de metal. En ese lugar vio más pájaros, insectos de metal y gente parecida a vodranos en cubiertas blancas. Cientos. El piso era liso, como las copas de los viejos árboles muertos del pantano que habían sido barridos por los vientos. Una vez, ella trepó a uno de esos árboles, por curiosidad. Su superficie era tan seca y los vientos cerca de las copas tan mordientes, que probablemente nunca haría eso de nuevo.

Entraron en un túnel estrecho, oscuro, donde el piso se tornó poroso y una luz roja brillaba a través de perfectos agujeritos cuadrados. No había tierra, sino una especie de reja rígida que podía sostener el peso de todos. El sonido de los pies de quienes la escoltaban al golpear contra la dura superficie mientras caminaban. Se detuvieron ante un gran agujero en la pared con los garabatos 3263827 grabados sobre la entrada, y entonces estuvo segura de que iba a morir. Los símbolos parecían imágenes de su cuerpo, en caso de que la desmembraran.

¿Era aquí donde se la iban a comer? Ella podía oler materia orgánica, fuerte y acre de una manera que le recordó su hogar. El insecto que iba debajo de ella se elevó, levantando de alguna manera el tazón lleno de agua. La tiró a ella y su agua de pantano en el agujero y entonces Omi se hundió por un túnel negro; lanzó sus tentáculos hacia fuera, pero no logró asirse. Su cabeza rebotó de un lado a otro, sus dientes afilados traquetearon. Plegó sus tentáculos y su tallo ocular y acercó su cabeza lo más posible hacia sí.

¡*Plash!* Se hundió en una sopa de agua, partes de metal, piezas que no eran metálicas pero que estaban igual de muertas, excremento de la gente parecida a vodranos que dirigía la nave y otras materias orgánicas. A medida que pedazos y piezas saltaban y se presionaban contra su cuerpo, ella se permitió hundirse, todavía en una bola protectora, hasta que rebotó suavemente en el fondo.

Esperó. Algunas de las cosas que flotaban a su alrededor eran duras, otras suaves, ninguna estaba viva. Olió cosas que podía comer y que eran mejores que el pescado oloroso alienígena. Lentamente, estiró un tentáculo y tentaleó el suelo debajo de ella. Metal, y no todo liso. Se hizo nudo de nuevo y permaneció así por horas. Lo que aprendió en ese tiempo fue que este lugar estaba tenuemente iluminado con luces sucias en el techo, el agua era tibia y cada tanto caía basura en ella, dando a Omi algo

nuevo para comer. No era su antiguo hogar, pero era lo más cercano a él que podía haber en medio del espacio.

\* \* \*

Con el tiempo, Omi comprendió mejor que estaba en un planeta muerto que nunca había estado vivo. Un planeta pequeño y hecho de materiales que nunca conocerían la vida. Pero las cosas que podía consumir eran tiradas en el falso pantano, y supuestamente por eso la habían capturado y tirado allí. Ella se hizo más fuerte y grande. Extrañaba su hogar y deseaba encontrar un tanque transparente sin tapa junto a una ventana donde pudiera ver la vastedad del espacio. Sin embargo, nunca olvidó que tenía un propósito, aunque no sabía cuál era.

Omi sobrevivió en el falso pantano al memorizar la rutina de las paredes. Dos veces al «día», las gruesas paredes de metal retumbarían una ocasión, en silencio, y luego volverían a retumbar y lentamente avanzaría una hacia la otra. La primera vez que esto sucedió, Omi no entró en pánico. Había pasado horas explorando el falso pantano, aprendiendo sus partes superficiales y profundas, su perímetro, buscando un escape.

Había un gran tubo cerca de la parte inferior cuya apertura estaba protegida por una barrera invisible, hasta el momento en que se dejaba escapar el agua vieja durante el avance de las paredes. Sin embargo, había una gran hendidura en el fondo, donde algo imposiblemente duro había hecho una profunda mella en la pared izquierda. Cuando las paredes avanzaban, ella permanecía allí, protegida, hasta cuando las paredes habían presionado todos los escombros que ella no había consumido hasta que formaban una hoja gruesa. La hoja era expulsada a través de un largo hueco abajo.

En ese fatídico día, una hora antes de que sucediera, Omi vio de nuevo el espacio exterior. Cuando estaba en el interior sin ventanas. Era imposible. Estaba en su lugar justo cuando la hoja de metales comprimidos y materiales muertos fue expulsada. En ese momento, todo pareció estallar dentro de su mente. De pronto, después de pasar tanto tiempo sola aquí, ya no lo estuvo. Y lo que la acompañaba era enorme y hermoso. Una vez más, cambió involuntariamente su carne al negro del espacio con las motas de las estrellas distantes. Y lo que estuviera con ella le dijo a través de su piel que tenía una misión y la realizaría en este falso pantano. Le dijo a Omi que estaba en el lugar correcto en el momento indicado.

Cuando las paredes se apartaron una de la otra, ella quedó sola de nuevo. Las paredes estaban separándose, pero simultáneamente parecían cerrarse contra ella porque de nuevo tuvo la visión de que todo se elevaba en llamas y de nuevo quiso escapar de su prisión, pero antes tenía que cumplir una misión. Se tiró más basura en

el falso pantano y pronto encontró un gran trozo de carne podrida, la consumió y se acomodó en el rincón mientras la basura fresca absorbía el agua.

Cinco minutos después, los cuatro cayeron en su prisión.

Los tentáculos de Omi se crisparon cuando reconoció inmediatamente algo en el macho más pequeño. Sí, era un macho, no solo por elección sino por diseño físico. Sin embargo, había algo en él que era como ella; podía olerlo en él. Él también había dejado el hogar, como ella lo hizo mucho tiempo antes. Estaba eso, pero había algo más, también, si ella se relajaba y se concentraba por completo en él. Había algo brillante y eléctrico que ella sentía en cada parte de su propia carne. No comprendía sus idiomas y deseó que fuera lo contrario. Lo primero que le habría exigido era saber por qué él pudo someterse a Eso. Porque si aún no lo había hecho, ella sabía que con el tiempo lo haría. Tal como ella hizo cuando enfrentó y mató a esos dos individuos con caparazón blanco cuando estaba tratando de escapar.

Ella salió del agua, cambiando a su color gris sucio debajo de la iluminación lúgubre y rosada, pegando las ventosas de sus tentáculos a la pared para tener una mejor vista. Allí permaneció, con sus tentáculos extendidos, como una araña gigante en la pared. Uno de ellos era una hembra sin pelo y tres eran machos más grandes, uno de ellos protegido con pelo. Omi estaría pendiente de la hembra, a pesar de su falta de pelo. La hembra sería la más salvaje y astuta. Si alguno de ellos podría matar a Omi, sería esa. Omi cayó al agua con una suave salpicadura.

Se encogió y se movió a hurtadillas alrededor de los pies de ellos. Cuando rozó la pierna del macho pequeño, escuchó que Eso le hablaba de nuevo, y sus tentáculos se estremecieron con su exigencia. Ella no quería; tenía mucha comida aquí abajo, carne, huesos, gruesos tallos verdes que había llegado a disfrutar de manera especial. Y todo lo que percibía de estos cuatro que no podían verla era miedo. Omi no tenía razón para hacerle daño a alguno de ellos.

Ella supo cuando lo hizo. Fue su decisión. A pesar de que se sintió como si lo hubiera decidido mientras era parte de algo más grande. Sí. Se dio vuelta suavemente debajo de la superficie, luego se revolvió y estiró cuatro tentáculos ante ella. Abrió la boca y no pudo resistirse a lanzar un rugido desde lo profundo de su cuerpo, el retumbar de su habla reverberando debajo del falso pantano y a lo largo de las paredes metálicas hasta el techo. Los individuos se estremecieron, hablaron entre sí, se congelaron y miraron alrededor. Ella sacó su tallo ocular a la superficie, porque necesitaba ver el rostro de aquel.

Luego enrolló un tentáculo alrededor suyo y lo jaló hacia abajo. Él gritó y pataleó, y luego empezó a ahogarse. En el hogar de ella, en ocasiones el cielo se arremolinaba, combatía contra sí y la luz se estrellaba en el agua. Si esto sucedía cerca de donde Omi estaba oculta, sentiría que todo su cuerpo se tensaba, poniéndose duro como una piedra, y sentiría también que la luz viajaba a través de ella. Tocarle fue parecido: todo en el cuerpo de ella estaba pendiente de todo en el de él. Ella se preguntó si todo en él estaba consciente de todo en ella. Se preguntó si esta criatura

podría ser su pareja, no para procrear, sino para la aventura. El destino *de él* también fue dejar su hogar.

Ella estaba segura de su misión, pero ahora también estaba *insegura*. ¿Y si él moría? Algo pasó junto a ella y estalló, rojo y caliente. Los demás estaban atacando. El *dolor* hizo explosión en uno de sus tentáculos y el agua a su alrededor se tiñó de azul con su sangre. Ella lo soltó y lo dejó salir a la superficie.

Su tentáculo trasero colgaba inutilizado, con un enorme agujero en su centro. Lo acercó a su cuerpo y una segunda explosión, aún más poderosa de dolor, vibró a través de ella tan intensamente que por un momento perdió la conciencia. Pero la energía en ella, alrededor de ella, a través de ella, era más fuerte. Tenía una misión y era justo ahora. Volvió a jalarlo.

Él peleó con ella, pero ella era más fuerte. Lo puso quieto, envolviendo sus otros tres gruesos tentáculos alrededor de él. Luego escuchó un brillante zumbido, que vibró a través de su cuerpo. Por tercera ocasión vio que este lugar, junto con la pequeña bestia en que había llegado, se elevaría en llamas.

Pero ¿qué le estaba sucediendo a él ahora? Mientras luchaba, apretado contra los tentáculos, pateando y con burbujas de aire escapando de su boca, él empezó a descamarse. No, no se trataba del material protector que cubría su piel. Con sus ojos agudos ella lo vio: una sombra se desprendió de él, y la carne de esta sombra, de aspecto pálido y delicado, estaba desnuda. Se sacudió para apartarse de él; la cara de esta oscura versión tenía la boca y los ojos abiertos, como en *shock*. Luego la sombra se disolvió en el agua. La misión de Omi se había completado. Ella estaba tan preocupada con lo que había visto que casi se le olvida liberarlo. Casi. Cuando lo hizo, él nadó frenéticamente a la superficie. Las paredes retumbaron.

Mientras volaba a su espacio en la pared, sabía que él estaría bien. Y cuando las paredes detuvieron su marcha habitual hacia delante para presionar todo el metal y los desperdicios restantes y formar una hoja, ella no estaba sorprendida. Aunque uno de los machos más grandes escupió una bola de fuego más al falso pantano después de salir, ella no sintió miedo.

Pronto, los cuatro se habían ido, y Omi nunca volvió a ver al que era tan parecido a ella. Pero confiaba en que él seguiría adelante para realizar grandes cosas, porque ella había sido elegida para bautizarlo a través de una suerte de muerte. Para su pueblo, el agua era donde se daba la vida. El agua era el Gran Limpiador Cuando Llegaba el Momento de ser Limpiado. Y esto también era verdad para quienes no podían vivir en ella.

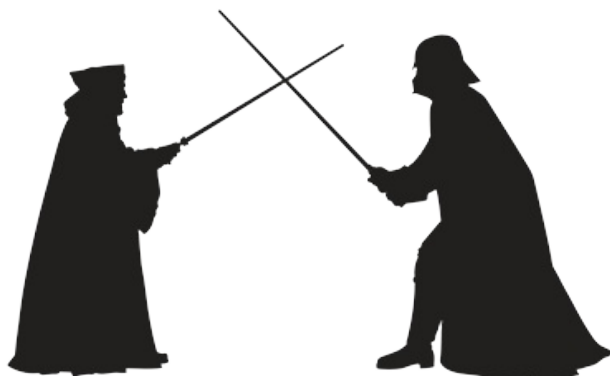
El tentáculo herido de Omi se cayó y creció uno nuevo. Ella siguió viviendo en el falso pantano, nadando en él, comiendo su basura, ocultándose en su espacio seguro. Días, meses, ella no lo supo. No había un sol tenue con el que pudiera marcar el tiempo. No había otras personas de su tribu para que le dijeran la hora. Sin embargo, de vez en cuando, eso que ella podía sentir en su carne y más allá le hablaba y le contaba sus historias del universo. Le contó de personas, lugares, guerras y lecciones

profundas. Le enseñó a girar su cuerpo de maneras que no creía posibles hasta que lo hacía. En ese oscuro lugar, aprendió a hacer que un gran trozo de metal retorcido y dos piezas de aislamiento anegado se elevaran por el aire como grandes aves. O tal vez Omi solo estaba hablando y enseñándose a sí misma, y todo su conocimiento venía del interior de sus propias células.

Cuando llegó el fuego que consumió cada parte de la gran bestia que la había tragado, Omi se sometió a su destino. Y su último pensamiento fue: «¿Quién seré la próxima vez?».

# HORA DE LA MUERTE

Cavan Scott



**M**e llamo Obi-Wan Kenobi y estoy muerto.

Sé cómo suena. El viejo y loco Ben con sus locas y viejas historias. Pero esto no es una locura. Está sucediendo. Por lo menos, creo que así es.

En un momento estoy parado en el corazón de la nueva estación de batalla del Imperio, enfrentando al hombre que, para bien o para mal, ha definido los últimos treinta años de mi vida. Cierro los ojos y espero, escuchando el barrido de su sable láser y...

Y *¿qué?* ¿Qué pasa enseguida?

—Si me abates, me volveré más poderoso de lo que puedas imaginar.

¿Dije esas palabras? ¿Las *creí*? No tengo idea. Ya no.

Sucede una y otra vez. Cierro los ojos, esperando lo inevitable. Escucho la respiración rasposa de Vader, el crujir de su armadura, el grito del sable láser. Siento el dolor punzante en mi costado.

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable...*

Me incorporo, gritando en la quietud de la habitación. No estoy donde estaba. La estación de batalla, los troopers, hasta Vader... todos se han ido, como si nunca hubieran existido.

Estoy en casa, posado en la losa de pourstone que ha servido como cama durante casi veinte años. ¿Dónde está mi colchón? Miro alrededor del cuarto estrecho. Todo está como debería, aunque faltan algunas de las adiciones más recientes. La silla que construí con madera de japor. El juego de tazones de arcilla recolectados de una

caravana de jawas del desierto. El humidificador comprado a Watto, a un precio muy inflado, debo agregar.

¿Me han robado? No, así se veía la cabaña en los primeros días de mi exilio, cuando aún grababa una especie de calendario en la pared sobre mi cama para marcar el paso del tiempo. Recorro con mi mano la superficie picada. Tres años anotados en la piedra.

Había encontrado la cabaña del viejo explorador asentada en lo alto de un acantilado azotado por el viento. Estaba vacía, abandonada desde hacía mucho tiempo, pero supe de inmediato que me serviría bien. Las paredes eran sólidas, el techo firme y las cavernas debajo del sótano eran un lugar ideal para la meditación y el entrenamiento. Pero sobre todo era remota, rodeada por un vasto mar de dunas. Me dejarían solo.

Balanceo las piernas sobre el áspero piso de piedra. Es cuando me doy cuenta. No me duelen. Por primera vez en años, mi cuerpo no se queja cuando me empujo para salir de la cama. Bajo la vista a mis manos. Son las de un hombre mucho más joven. No se agitan ni tiemblan. La piel es flexible, bronceada, pero aún no descolorida por el brillo constante de los soles gemelos. Flexiono los dedos y espero escuchar el crujido de las articulaciones reumáticas. Nada. Los dedos son fuertes. Hasta podría decirse que son diestros.

Los paso por mi barba y se me ocurre algo. Corro a la parte de atrás de la modesta morada, paso junto a la estufa y la despensa, hasta el espejo deslustrado que cuelga de la pared del fondo. Mi rostro en el cristal está casi por completo libre de arrugas, la piel es suave. El cabello alborotado es grueso, solo la barba muestra un asomo de gris.

El mundo se sacude. Lanzo una mano contra la pared para estabilizarme. Este es el pasado. El colchón, la silla, los tazones y el humidificador; no faltan. Simplemente no han llegado.

Me lanzo hacia delante, cayendo en el ciclo en remolino de mi muerte.

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

Pero esta vez hay más. Mucho más. Un bebé recién nacido, acunado en mis brazos, llorando mientras su madre lanza su último suspiro. Qui-Gon hundido hasta las rodillas, mientras el humo se eleva del agujero aserrado en sus intestinos.

Ojos que alguna vez me miraron como a un hermano corrompidos por el Lado Oscuro, de un amarillo quemante por el odio. La pira de Maul agitada bajo el cielo del desierto. Un brazo cortado que se crispa por la luz de mi sable. Túnicas vacías que caen al suelo.

Una voz grita mi nombre.

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable...*

Me incorporo, jadeando para respirar. Estoy de regreso en la cama; motas de polvo bailan entre la luz que atraviesa las ventanas estrechas de la cabaña.

Mi visión se nubla y estoy en el templo de Coruscant, como era mucho antes de que Palpatine hiciera una burla de esas paredes sagradas. Yoda me mira desde el otro lado de la cámara. Una sonrisa irónica arruga esa cara vieja.

—Para todo, una razón hay.

—Pero ¿por qué aquí? —grito mientras me deslizo de regreso a la cabaña golpeada por el sol—. ¿Por qué ahora?

No hay respuesta. Me siento en la orilla de la cama, tratando de recordar lo que pasó cuando viví por primera vez lo que pasó esta mañana. Bajo la vista, veo un fantasma de mí mismo, más joven, que se retuerce y da vueltas en la losa, atrapado en una pesadilla. Gime, se queja, se sienta muy derecho, con una sola palabra en sus labios mientras despierta. Un solo nombre.

—¡Luke!

Y luego estoy solo de nuevo.

Sé qué día es. Reconozco el nudo en la boca de mi estómago, el sentido de presentimiento que hace que mi piel vibre. Luke está en peligro. Algo que cambiará todo está por pasar.

«Ve con él», urge una voz dentro de mi cabeza.

—Sí, maestro —respondo, cubriéndome los ojos mientras salgo a la luz del sol. Neda me espera, descansando debajo de un refugio improvisado, con pieles de animales tensadas a través de un marco desvencijado. La estructura permanecerá mucho tiempo después de que la pobre cosa muera de vieja, y la cubierta andrajosa me mantendrá despierto por las noches mientras se agita incesantemente con el viento. Luego, una mañana, se irá, arrancada del lado de la casa por una tormenta en el desierto.

Pero eso no ha sucedido aún. Mi confiable, aunque arisca, eopie está viva y sana, husmeando en la tierra, buscando raíces en el suelo chamuscado para alimentarse. Tengo una irresistible urgencia de lanzar mis brazos alrededor de ella, pero Neda me recibe con su habitual desdén; un hosco resoplido es su único saludo antes de que reanude la infructífera búsqueda de sustento. Muy bien. Tal como debe ser, pero por ahora su desayuno necesita esperar.

Ella no se queja cuando aprieto las agrietadas correas de cuero alrededor de su parte media, me ignora por completo mientras me monto sobre la silla.

—Anda, vieja. Vámonos.

Jalo las riendas, empujando con suavidad mis talones sobre sus flancos cuando no responde. Al final, ella gruñe y hace caso con renuencia, acelerando el paso mientras trotamos por el camino sinuoso que lleva al valle, abajo.

Pronto, vamos a galope a través de las planicies saladas, Neda bufa mientras la presiono más que nunca. Sus anchas patas aporream la arena mientras pasamos junto a



esqueletos de huesos blancos que han sido limpiados por los cóndores de garras. Imagino una procesión de escenarios, cada uno más terrible que el anterior.

¿Son los moradores de las arenas? Owen puede lidiar con los tusken tan bien como cualquiera en los yermos, pero los nómadas tienen una razón especial para odiar a su familia, un resentimiento aún no olvidado y lejos de ser perdonado. ¿Finalmente han cobrado venganza? Los pecados del padre recaen sobre el hijo.

Aprieto las riendas de Neda, apurándola a seguir adelante. Por supuesto, hay otros terrores en Tatooine; la repugnancia del tiradero de basura de grasa que es Jabba el Hutt, por mencionar uno. Owen es un hombre orgulloso. Es más probable que luche a que pague el dinero de protección que Jabba exige a sus vecinos. De seguro, Owen no sería tan estúpido, después de lo que él ha prometido.

No, Owen sabe cuándo pelear sus batallas. Pero ¿qué tal si la amenaza no viene de Tatooine en absoluto, sino de las estrellas? Malhechores y asaltantes son una cosa, pero el Imperio es otra. Owen no tendría una oportunidad contra una escuadra de élite de troopers imperiales. ¿Alguna nave de desembarco ya ha caído como plomada a través de la delgada atmósfera de Tatooine? ¿Mis peores miedos están por volverse realidad?

Imagino la arena aplastándose debajo de pesadas botas negras, una capa oscura ondeando en una tormenta en el desierto, el jadeo mecánico de un respirador.

Y entonces estoy de regreso en la estación de batalla. Vader está esperándome en el corredor, adelante, parado en silencio, con su sable de luz ya pulsando en rojo. Él sabía que venía, que estaba a bordo de su máquina de destrucción. ¿Sabe lo que he hecho? ¿Todos mis esfuerzos han sido para nada?

¿Por qué no dice una palabra, tan inmóvil como una estatua? Diecinueve años. Diecinueve años desde que lo dejé para que muriera. Diecinueve años de revivir su corrupción cada noche en mis sueños.

¿Cuál es su aspecto debajo de esa máscara? ¿Qué ve a través de esos lentes de color rubí? ¿Un amigo? ¿Un enemigo? ¿Una reliquia?

Se muestra tan tranquilo, tan controlado, pero puedo sentir su ira, hirviente como la nebulosa de perdición detrás de esa placa facial sin corazón. Su furia amenaza con desbordarlo, igual que siempre, pero la mantiene a raya. No puedo sino sentirme impresionado. El Emperador ha enseñado bien a mi antiguo padawan. Solo puedo imaginar el veneno que se ha derramado de los labios de Palpatine desde Mustafar.

«Saborea tu odio, mi aprendiz. Nútrelo. Deja que te dé poder. Que te traiga fuerza».

Siempre supe que este día habría de llegar. Solo que no sabía dónde o cuándo. Por supuesto, nunca imaginé que sería en un lugar como este, a bordo de un asesino de planetas como el que nunca ha visto la galaxia.

Un millón de voces gritan como una, cayendo como agua sobre mí, y su dolor es el mío.

Por fin, Vader da un paso adelante para enfrentarme. Mi sable de luz se enciende y la vibración de la celda de energía sube por mi brazo.

—He estado esperándote, Obi-Wan. Por fin volvemos a encontrarnos.

La voz es irreconocible. ¿Qué tan poco de mi amigo queda?

Otro recuerdo me asalta. Una mujer que yace en una cama, con la respiración ahogada. «Hay bondad en él...». ¿Realmente ella lo creía, después de todo lo que él había hecho? Si era así, ¿aún estaría ella aquí? ¿Habría sobrevivido? ¿Qué pensaría de él ahora?

No. Mi amigo está muerto, de eso estoy seguro. La cosa que está frente a mí no es Anakin Skywalker.

—El círculo está completo —declara el usurpador. Su arrogancia es la traición final—. Cuando te dejé, yo era el alumno.

«Cuando te dejé».

Cada palabra es un disparador que me arrastra adelante y atrás en los años. Estoy de pie sobre una piedra suelta, un río de lava fundida se agita debajo. ¿Es aquí donde me dejaste, Darth? ¿O fue antes, cuando saltaste a un speeder y te precipitaste en la noche, o cuando sujetaste a Padmé por la garganta?

Siento que mi propia ira crece, mis años de entrenamiento, de disciplina, se desvanecen. Apenas escucho lo que él está diciendo.

—Ahora yo soy el maestro.

Su imagen parpadea, como una holotransmisión interrumpida. En un segundo, él es el gigante en armadura que veo ante mí; en el siguiente, un cascarón quemado que estira una mano en una orilla carbonizada. Un rostro impassible y angular, el otro ennegrecido y gritando en agonía. Luego hay más, uniendo el ciclo fluctuante. Un adolescente de rostro fresco, ansioso de tomar el manto de un jedi. Un niño esclavo con gran espíritu, colocando unos *goggles* sucios sobre sus ojos inocentes. Un naufrago sin extremidades que cuelga en un tanque de bacta, con la piel necrosada, pálida y llena de cicatrices. Los veo a todos a la vez, todo lo que fue y todo aquello en lo que se ha convertido.

—Eres maestro del mal, Darth.

No puedo usar su nombre real. Me desharía, aun después de todo este tiempo, atorándose en mi garganta. El tiempo para hablar ha llegado a su fin. Esto debe decidirse de una vez por todas.

Golpeo primero; nuestros sables de luz flamean al chocar. La súbita iluminación atrae otra sombra de Coruscant, Anakin protesta contra los palos de madera que lo obligaba a usar en lugar de armas de energía.

—Ya no soy un niño, Obi-Wan. ¿Por qué debo usar juguetes?

—Debes ser paciente, mi joven padawan. Este no es sino el primer paso. Tenemos tiempo.

Ya no. Lanzo un golpe hacia abajo y él lo bloquea, anticipando el ataque. Nuestras hojas se sostienen, los campos de energía se descargan mientras se oprimen

uno contra el otro. Veo mi rostro distorsionado en la superficie reflejante de su casco. Viejo. Cansado. Cerca del final.

Él está resistiendo, probando mis límites. Quiere saber cómo el tiempo ha reducido mis habilidades. Yo estoy haciendo lo mismo con él, explorando si las articulaciones cibernéticas se mueven con tanta suavidad como el músculo pulido por años de entrenamiento. Tal vez nos parezcamos más de lo que me atrevo a pensar.

Ahora él toma el control y los golpes llegan con más rapidez y fuerza. Me veo forzado a agacharme, mientras su sable de luz traza una línea brillante hacia abajo, por la pared de metal.

Llueven chispas y yo parpadeo, el tiempo suficiente para que la tormenta empiece de nuevo. *Ojos. Grito. Sable. Dolor. Anakin. Padmé. Qui-Gon. Maul.*

Estoy de regreso en Tatooine, y Neda resuella por el ejercicio. Ha tomado tanto tiempo cruzar las planicies, que el sol está ahora en lo alto del cielo. No por primera vez, maldigo mi decisión de asentarme tan lejos de la granja de humedad. ¿Qué estaba pensando?

Otro desplazamiento, otro recuerdo: de pie en la puerta de Owen, explicando lo que ha sucedido, pidiendo la ayuda de extraños.

Él deja en claro sus abundantes condiciones.

—Nos quedaremos con él, pero tú no participarás en su crianza. Si *tienes* que quedarte en Tatooine, debes mantener tu distancia, ¿lo escuchas? No verás al niño ni hablarás con él. No debe saber *nada* de su padre.

Neda gruñe mientras jalo la rienda para que se detenga. La granja está adelante; su domo es el único punto de referencia en kilómetros a la redonda. Todo está como debe ser. No hay evidencia de fuego de blásters, ni volutas oscuras de humo ondeando en el aire. Permito que mis hombros se relajen. Tal vez yo estaba equivocado. Quizás Luke no enfrenta peligro alguno.

Neda refunfuña, sacudiendo la cabeza para desalojar a las moscas de la arena que se han posado sobre sus largas pestañas. Le doy una palmada en el cuello, la tranquilizo, pasando mis ojos por el anillo de sensores ambientales y detectores de movimiento que forman una barrera protectora alrededor del hogar adoptivo del chico.

Allí está, con las piernas cruzadas cerca de un vaporizador de humedad. Está inclinado en la arena, jugando con un juguete que no puedo distinguir a la distancia. Sonrío. Puedo adivinar lo que es: lo último en la larga línea de naves espaciales a escala. Me pregunto si Owen sabe de dónde vienen, quién las deja cerca de las tumbas areniscas de Shmi, para que Beru las encuentre. Mientras estoy sentado aquí, mirando a Luke, que hace volar el caza de madera por el aire, pienso en la corbeta de juguete que estoy construyendo en mi taller. Está casi completa. Me siento especialmente complacido con los motores iónicos. Mi mejor trabajo hasta la fecha.

Aun ahora, con solo tres años de edad, es obvio que Luke anhela volar. Es como volver a ver a Anakin. La mata de cabello rubio rebelde, los ojos azul brillante, las

manos en movimiento permanente. Luke no se contenta solo con jugar con esos modelos. Constantemente se la pasa modificándolos, haciéndoles mejoras. De manera muy parecida a su padre.

—Tu poder es débil, anciano.

Nuestros sables de luz chocan. Trato de empujarlo, solo para ser lanzado violentamente hacia atrás. Es como golpear acero. Los brazos de Vader no ceden, y los míos lo hacen demasiado.

—No podrás ganar, Darth. —Él apenas reacciona a la pulla, sabiendo demasiado bien que pretendo provocarlo, volver su ira contra él mismo—. Si me abates, me volveré más poderoso de lo que puedas imaginar.

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

¿Esto es poder? ¿Esta tortura? Soy como una hoja arrojada a una tormenta. El presente y el pasado chocan entre sí. Ya no logro distinguir lo que es real y lo que es un recuerdo distante traído para sentir alivio.

Luke está seguro.

Luke se encuentra en peligro. Estoy en Tatooine. En la estación de batalla. No debería ser así. Esto no es lo que Yoda me prometió. Me siento abrumado. El pasado, el presente, aun el futuro. Veo cosas que todavía no pasan. Leia desplomada junto a una consola, mientras su corazón se rompe. El Capitán Solo cayendo tan lejos. El mal triunfante, luego derrotado y más tarde levantándose de nuevo.

Y, lo peor de todo, Luke, como yo ahora, un viejo, con el rostro arrugado, los ojos obsesionados. Él se aparta de todos los que lo aman, consumido por el arrepentimiento y la tristeza. Es demasiado para soportar, un futuro que nunca quiero ver.

El estridente aullido de una sirena me devuelve al pasado. Mis ojos pasan rápidamente de Luke a los invasores que han disparado los detectores de movimiento. Visten una mezcla de armadura corporal y pieles de animales, su banda abarca por lo menos media docena de especies diferentes. Se ha hablado de bandidos que operan desde Mos Eisley, saqueando granjas y asentamientos en el área, dejando solo devastación y dolor. ¿Por qué no había puesto atención a los rumores? ¿Por qué no intervine antes de que fuera demasiado tarde? Soy un jedi. Fui un jedi. Lo seré de nuevo.

Beru llama a su sobrino, pero Luke no tiene adónde correr. Si trata de regresar al domo, morirá. Si llega a las cavernas al otro lado de las planicies, morirá.

Olvido mis otras vidas en un instante; la traición del pasado, la lucha que está por venir. Todo lo que importa está aquí y ahora. Neda se abalanza hacia delante, mi mano toma el sable de luz en mi cinto. La hoja se enciende mientras me lanzo desde el lomo de Neda, dando una vuelta para aterrizar entre el niño asustado y un bruto muy alto que viste una piel de rencor.

—¡Corre, Luke! ¡Corre!

No puedo saber si el niño presta atención a mis palabras. El bruto enfrente de mí levanta su bláster y yo deslizo mi sable, rechazando fácilmente el rayo. La granja queda invadida en segundos, mientras los merodeadores toman posiciones a izquierda y derecha. Me doy vuelta, bloqueando el fuego de blásters de todas direcciones. Por lo menos no estoy solo en la defensa de la granja. Owen se une a la refriega, con un rifle abollado en mano. No hay tiempo para pensar, solo para reaccionar.

Una mano nervuda me agarra por el hombro. Giro, aligerando a mi futuro atacante de su vida. Mi sable de luz baila por los aires al tiempo que mis alrededores cambian, parpadeando atrás y adelante mientras la forma de Vader se desplaza al frente. ¿Es arena bajo mis pies o la cubierta metálica de la estación de batalla? Los bandidos avanzan y Vader gana terreno. Soy joven y viejo. Estoy aquí y estoy allá. Bloqueo y desvío, ataco y me retiro. Vader es demasiado fuerte; los bandidos, demasiado numerosos. La lucha es contra mí al doble.

Vader hace fintas hacia la izquierda y yo me doy vuelta solo para recibir un vibromazazo en mi pecho. Me deslizo por la arena mientras un gigantesco jabalí gamorreano se abalanza sobre mí, con su arma roma levantada y lista para golpear.

Antes de que yo pueda responder, algo pequeño y frágil golpea el hocico aplastado del gamorreano. El desconcertado matón duda el tiempo suficiente para que mi espada separe sus pies de sus tobillos. Me giro para apartarme del camino mientras el jabalí aullante se estrella donde yo yacía, y algo afilado golpea mi costado. Son los fragmentos del starfighter de juguete que ha lanzado a la cabeza del gamorreano. Luke toma mi mano, tratando de levantarme. Me ha salvado la vida este notable niño.

—¡Luke! —grita Owen desde el otro lado del asentamiento—. ¡Apártate!

Vuelvo a ponerme de pie de un salto, uniéndome a la pelea, que ahora estamos a punto de ganar. La marea ha cambiado y los bandidos han disminuido uno por uno, diezmados por el fuego de bláster y la hoja de plasma. Cuando mi último oponente se enfría a mis pies, Luke lanza un grito de advertencia. Un devaroniano se ha levantado detrás de Owen, listo para golpear con la culata de su bláster la cabeza del granjero desprevenido. Echo atrás mi brazo y lanzo mi sable de luz con todas mis fuerzas. La hoja gira por el aire y da en su blanco. El devaroniano cae; su cuerpo se ha dividido en dos. Estiro la mano con la Fuerza, extinguiendo el sable de luz antes de atraer la empuñadura de regreso a mi palma abierta.

Luke aplaude, corriendo a toda prisa hacia mí, con los brazos tan abiertos como su sonrisa. Hay un crujido detrás de mí y me doy vuelta; el puño de Owen se entierra en mi nariz. Me clavo con fuerza en el suelo, mientras el sable de luz se desliza de mi mano. Todo mi entrenamiento, toda mi experiencia y un humilde granjero de humedad ha logrado lo que ningún droide de batalla o sith: noquearme de espaldas.

—¡Tío Owen! —grita Luke, confundido, mientras su tío arrastra al niño hacia su tía antes de darse vuelta para mirarme con el ceño fruncido.

—Vete. —No hace más que escupir, con un dedo acusador recalcando el furioso decreto—. Lárgate de aquí. ¿No le han hecho suficiente a esta familia?

—¿Hecho suficiente? —farfullo, inspeccionando cuidadosamente mi nariz palpitante en busca de signos de sangre—. No estoy seguro de que lo hayas notado, pero *estaba tratando* de protegerlos.

—No necesitamos tu protección. No te necesitamos en absoluto. Pude haber manejado esto solo. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—Owen, por favor...

Estoy mirando el cañón de su rifle. No tengo idea de cuánto queda en el paquete de energía, y no tengo urgencia en descubrirlo.

—Lo vi —Owen sisea a través de sus dientes rechinantes—. Él trató de salvarte. Mis ojos buscan rápidamente a Luke, ahora seguro en los brazos de Beru.

—Es un niño valiente.

—Pudieron matarlo.

Abro la boca, pero no sale una palabra.

Respirando pesadamente, Owen baja su bláster y me da la espalda.

—Yo lo protegeré —me dice mientras se aleja—. Lo mantendré a salvo.

Miro la espalda de Owen. Beru me mira a los ojos y sacude la cabeza con tristeza. Ella conduce a Luke de regreso al domo y Owen los vigila. Luke mira hacia atrás un momento, antes de que los tres desaparezcan de la vista. Me quedo solo con los muertos, mientras los soles gemelos me golpean.

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

Sé por qué estoy aquí, por qué estoy reviviendo este momento una y otra vez. Fue cuando le fallé a Luke, tal como le fallé a su padre. Siempre creí (siempre esperé) que la furia de Owen hacia mí se enfriaría, que un día me permitiría entrenar al joven Luke en los caminos de la Fuerza. Los hechos de esta fatídica mañana significaban que Owen nunca me permitiría acercarme otra vez al niño. Él no solo había estado furioso, había estado asustado: asustado de la mirada que ambos vimos en los ojos de su sobrino. El valor. El *desafío*.

Habíamos visto esa mirada antes, en otros ojos.

—No debiste regresar —me dice Vader.

Mis recursos están agotados, mi cuerpo grita de dolor. No tengo esperanzas de ganar esta pelea. Él se lanza hacia mí, ataca y contrataca, acuchilla y riposta. El aire es grueso por las descargas de plasma, las luces bailan en la periferia de mi visión. Me veo obligado a retroceder, con los músculos ardientes, el aliento entrecortado. La empuñadura del sable de luz se siente resbaladiza en mis manos, mis oídos repican.

Luke está cerca. Puedo sentirlo, y ruego que Vader no pueda. Tengo tanto que enseñarle al chico. Tanto que compartir. ¿*Por qué* escuché a Owen? ¿*Por qué* esperé tanto tiempo?

«¿No le han hecho suficiente a esta familia?».

Ahora es demasiado tarde. No hay manera de preparar a Luke para lo que se avecina. ¿Con quién lo estoy dejando? ¿Un contrabandista y un wookiee? Aunque por algún milagro hayan encontrado a Leia, ¿qué pueden hacer? Apenas son más que niños. La Rebelión no está preparada para un arma de esta magnitud. Nadie lo está. Y todo es mi culpa.

Le he fallado de nuevo a Luke. No puedo soportarlo. Se acabó. A menos que...

—¿Ben?

El grito de Luke rebota por la bahía de aterrizaje. Aquí está él, mirando la pelea, con la escotilla del carguero abierta detrás de él. Sabe muy bien que yo no puedo ganar. Está congelado por el impacto, inseguro de lo que debe hacer, pero eso no durará mucho. Pronto el hechizo se romperá y vendrá corriendo. Esos ojos valientes, desafiantes, serán cortados por la explosión de fuego de un trooper. Necesita más que un caza de juguete esta vez. Necesita escapar; salvarse a sí mismo, no a mí.

«Ve con él».

La voz en mi cabeza es más fuerte de lo que ha sido durante años. «Sí, maestro». Soy un viejo. Aunque lo intentara, yo no podría correr más rápido que un disparo de bláster, ya no. Nunca llegaré al lado de Luke a tiempo para salvarlo.

Hasta aquí hemos llegado. Soy Obi-Wan Kenobi y estoy muerto.

Miro de nuevo a Vader y sonrío. Ni siquiera puedo empezar a imaginar lo que él hace con eso. Ya no importa. Lo único que importa es Luke.

Enderezo mi espalda, cerrando los ojos mientras levanto mi sable frente a mí. No veo la hoja que barre el aire, apenas escucho su gemido. Imagino a Luke, con las piernas cruzadas en la arena, jugando con una corbeta de madera.

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

*Ojos. Grito. Sable. Dolor.*

—¡Ben! ¡No!

Luke grita de nuevo, consumido por el dolor. Veo todo de una sola vez. El bláster en su mano. Solo abate stormtroopers. Leia grita su nombre. Los troopers avanzan con las armas levantadas. Si Luke se queda, morirá. Si pelea, morirá.

No dejé que pasara antes y no dejaré que pase ahora. Susurro las palabras que dije cuando era niño, palabras que sé que escuchará.

«¡Corre, Luke! ¡Corre!».

Y lo hace. Luke Skywalker corre y no se detiene. Y estoy a su lado. Desde este momento, nunca estará solo. Aprenderá y crecerá, y lo guiaré a cada paso del camino.

Tenemos todo el tiempo que necesitamos.

# HAY UNO MÁS

Gary D. Schmidt



**Y**oda estaba parado en la puerta de su choza. Miraba cómo los rayos de sol atravesaban el cielo gris.

Yoda volteó y miró hacia dentro.

Luego, hacia fuera otra vez.

Era hora. O incluso, ya era tarde. Las lluvias habían cesado hacía más de media órbita. Pronto, el sol caería con fuerza sobre Dagobah y los altiplanos se calentarían demasiado hasta para alguien tan pequeño como él. Le quedaban un par de días. Tal vez menos.

Suspiró. De las dos temporadas en Dagobah, la árida era su favorita. La vista desde los altiplanos le recordaba... un tiempo y lugar de hace mucho tiempo. Pero ahora, las tierras bajas se habrían drenado y los árboles habrían comenzado a emerger de su cubierta acuosa; pronto sería tiempo de plantar sobre el suelo húmedo.

Sembrar era fastidioso, pero hasta un Maestro Jedi necesita alimentarse.

Yoda miró de vuelta al interior de su choza. «La edad, sus ventajas tiene. Todo y más los jóvenes quieren; cada vez menos los viejos necesitamos». Había sentido esa disminución al paso de los dos últimos siglos. Se deshizo de casi todo, excepto de sus posesiones más preciadas, como su bastón. Al principio comenzó como una broma para convencer a los jóvenes padawan de que era solo un jedi viejo y débil. Cojeaba por la clase y ellos le abrían paso. Luego, hacía a un lado su bastón y atravesaba el aire con su sable de luz. Los padawan jadeaban sorprendidos al ver un maestro anciano y cansado dar vueltas con la velocidad y el poder de la Fuerza. Cuando su lección terminaba, volvía por su bastón y se alejaba lentamente, y los jóvenes no sabían qué creer. ¿Lo necesitaba o no?

Si lo vieran en ese momento, lo creerían.



También conservaba el cobertor de su cama: la capa de un viejo amigo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Qui-Gon Jinn se había vuelto uno con la Fuerza? Yoda fue hasta la cama y pasó los dedos por el dobladillo de la capa. A veces, alguien con mucho poder en la Fuerza podía dejar un rastro suyo en lo que alguna vez fue de su posesión, pero en ese caso, ya habían pasado muchos años. Si alguna vez Yoda sintió el rastro de Qui-Gon, en ese momento le fue imposible.

En la repisa elevada sobre la cama, estaba la cazuelita de Obi-Wan, hecha a mano por él mismo. Yoda utilizó la Fuerza para atraer la cazuela hasta sus manos. El asa estaba fría.

Eso era todo, en realidad. Alguna vez tuvo un sable de luz que apreciaba, pero se perdió en las ruinas de la Cámara del Senado. Lo lamentaba. Le hubiera encantado dárselo a la joven Skywalker. Podía imaginarla al sentir su peso, sorprendida en un segundo cuando el rayo se activara.

Pero ella no sabía nada de las costumbres de la Fuerza. Nadie se las había enseñado.

Yoda pensó que eso podría no ser verdad.

Aun así, sonrió. Si los viejos necesitaban cada vez menos en ese mundo terrenal, tal vez era porque pasaban mucho tiempo en el mundo de los recuerdos y lo que pudo haber sido. Y Yoda tenía apego a muy pocas cosas, como para evitar imaginarse a la joven Skywalker mientras crecía y maduraba, aprendía los poderes que estaban muy dentro de ella, y hasta cuando conseguía llevar a la galaxia a una nueva era que ni siquiera ella podría imaginar.

Pero ¿cómo sería posible? ¡Ni siquiera sabe quién es en realidad!

Habían pasado demasiadas órbitas desde que Yoda fue el maestro de algún padawan. Pero a veces, deseaba que...

La choza comenzó a calentarse. Era hora de empacar lo poco que tenía y dirigirse abajo, lejos del aliento incandescente del sol.

No le tomó mucho tiempo. Puso en un saco todas las semillas que había juntado a través de los años, la capa, y luego la cazuelita hasta arriba. Agarró su bastón y se quedó parado un momento en la puerta. Echó un último vistazo a la choza que no vería hasta dentro de ocho órbitas, cerró los ojos y se adentró en la Fuerza para buscar a los droides que alguna vez lo persiguieron sin piedad. Lo hacía cada vez que dejaba la choza, pero ya tenía mucho tiempo desde la última vez que había visto al último. Tal vez el Imperio pensó que ya habría muerto desde hacía mucho y detuvieron la búsqueda. O, más probablemente, al Imperio ya no le importaba el anciano Maestro Jedi.

Yoda volvió a analizar. Tal vez el Imperio tenía razón acerca de la poca importancia que tenía el Jedi.

Comenzó a descender a las tierras bajas. Muchos de los árboles ya estaban sin hojas. Algunos que estaban sobre el agua densa y verde aún las tenían, pero no por mucho tiempo. Yoda pudo ver que el agua había disminuido bajo el sol, como si le

tuviera miedo a la luz. Pronto, las tierras bajas estarían pantanosas de nuevo y el viejo jedi podría plantar las semillas de temporada. Germinarían antes de que el sol comenzara su largo viaje de regreso. Las nubes grises volverían para mantener el aire húmedo, y los brotes crecerían y florecerían para producir los frutos antes de un cuarto de órbita. Para entonces, el sol estaría tan lejos que las lluvias ya habrían inundado todo. Después de todo eso, Yoda podría regresar a los altiplanos con la comida para la temporada larga.

Yoda podía escuchar las voces de sus antiguos padawan.

—¿Cómo es vivir como un Maestro Jedi?

«Si tan solo verme ellos pudieran».

Se talló los ojos con las manos.

«Si tan solo pudieran».

Pero hay peores lugares que Dagobah.

Durante gran parte del día, recorría el camino hacia las tierras bajas, y la arena y las rocas debajo de sus pies se calentaban más y más hasta que llegaba al borde de las inundaciones, donde el agua se había hundido apenas debajo de la superficie.

Entonces, sintió algo en los límites de su adentramiento en la Fuerza.

Y estaba al aire libre.

«¡Por no mantener tu mente en donde estás y en lo que haces esto sucedel!».

Yoda se dirigió hacia su refugio elevado sobre tres rocas mientras azotaba el bastón en el suelo. Su guarida resistiría un ataque. Tal vez dos.

Tenía casi novecientos años, y quería aún más tiempo.

«Tonto».

Pero si iba a tener más tiempo, deseó tener la posibilidad de entrenar a un padawan más. Si tan solo tuviera el tiempo de *entrenarla*.

Llegó a las rocas, y se detuvo.

De nuevo lo sintió.

No era un droide ni una nave imperial.

Se adentró de nuevo en la Fuerza.

No era claro.

Y luego lo fue. Ese rumor antiguo y familiar que tenía la Fuerza; una vibración constante, tranquila. No como una noche silenciosa, sino como la del vaivén seguro y pacífico del mar.

Era Obi-Wan.

Yoda se recargó sobre las piedras y sonrió. Su exilio había sido largo y solitario. Si hubieran permanecido juntos, el Imperio los habría encontrado. Y aún tenían que cuidar del otro Skywalker, que era impulsivo, revoltoso y distraído: un cabeza dura. Necesitaba del cuidado de Obi-Wan. Contrario a la otra, cuya fuerza, voluntad y claridad denotaban que era digna de ser una gran jedi.

Aun así, mientras experimentaba la vibración, Yoda sintió su soledad creciendo. Era bueno sentir a Obi-Wan en la Fuerza, pero sería mucho mejor sentarse y caminar

con él, dar un paseo bajo las estrellas o hasta entrenar una vez más... sería una alegría que casi no pudo imaginarse.

Y luego, otra vibración apareció. Y también le era conocida. Era más severa y fuerte, y palpitaba con ferocidad. En su ritmo llevaba... arrogancia y oscuridad, que también le eran conocidas, pero por primera vez pudo sentir una soledad terrible, iracunda y desesperada.

¡Soledad!

Era Anakin... o lo que fue de él. Estaba en duelo, y el remedio para calmarse era el dolor, el suyo y el de otros. Yoda se llevó una mano al pecho.

Y luego, ambas vibraciones se juntaron; sus pulsaciones luchaban lejos en la Fuerza.

En ese momento, un droide de búsqueda apareció de repente de las tierras bajas, flotando sobre la arena. Se movía rápido sobre el agua.

¿Por qué Yoda no lo sintió?

Por reflejo, la mano de Yoda aterrizó en su cinturón, pero hacía mucho tiempo que no tenía un sable de luz. El protuberante ojo del droide aún no lo veía, pero no tardaría mucho en hacerlo. Sus sensores térmicos captarían hasta su cuerpo diminuto, sobre todo porque su calor se reflejaba en la roca. Poco a poco bajó su saco, buscó dentro de él. Sintió la pequeña cazuela de Obi-Wan. Estaba fría. La frotó y pudo sentir a su padawan... una vez más. Luego, la colocó lentamente en el suelo.

El sensor térmico del droide parpadeó una vez de color azul y la siguiente roja. El ojo saliente giró hacia su dirección.

Yoda cerró los ojos y sintió que la Fuerza fluía a su alrededor, desde la roca a la cazuela de Obi-Wan y hasta por la arena debajo de sus pies, que se elevó cuando Yoda alzó los brazos y voló directo hacia el droide en una ráfaga feroz que lo rodeó en una tormenta cegadora.

Luego, Yoda alzó el brazo derecho aún más alto. Después de un momento, bajó el brazo en dirección al droide. La cazuela de Obi-Wan salió volando hacia el remolino de arena y se estrelló en el ojo protuberante del droide, que se hizo pedazos y soltó chispas.

La explosión fue inminente. Ese tipo de droides tenían un dispositivo de autodestrucción que se activaba cuando se dañaban.

Desde los pantanos se escucharon gimoteos largos y fuertes. No había muchas explosiones en el sistema Dagobah, e incluso, a lo lejos, Yoda pudo escuchar seres con pies pequeños que huían y el revoloteo de reptiles alados. Los restos del droide cayeron con rapidez desde el cielo.

Yoda levantó su bastón y fue a inspeccionar los pedazos. No estaba la cazuela. Sin duda había sido desintegrada.

Y en ese preciso momento, Yoda sintió que Obi-Wan se hacía más y más fuerte, y luego lo sintió moverse como una ráfaga desde el otro lado de la Fuerza. También percibió que Anakin caía aún más en la soledad y el dolor, algo tan terrible, que Yoda

casi se apiadó de él. Casi deseó poder hablar con él y decirle que no debía sentirse solo nunca más. Que habían...

Yoda bajó la mirada y vio que el asa de la cazuela había sobrevivido de alguna forma. Pero Obi-Wan había dejado ese mundo. Yoda se agachó, triste.

Obi-Wan.

Y Anakin. Si tan solo todo lo que le sucedió no hubiera sido ensombrecido y ocultado para todos... no. No era cierto. Si tan solo Yoda hubiera percibido el camino que Anakin seguía. Fue error de Yoda, y por eso hubiera sido tan importante entrenar a la joven Skywalker. ¿Qué hubiera hecho ella para traer a su padre de regreso?

Y para colmo, Obi-Wan no estaba más. ¿Qué significaba eso para el otro Skywalker? Su impaciencia y enojo representaban una debilidad terrible.

Obi-Wan.

Para Yoda, la galaxia se vaciaba a una gran velocidad. Tal vez por eso no percibió a los dos droides hasta que estuvieron a la vista, atraídos por la explosión.

De nuevo, Yoda intentó agarrar su sable de luz y casi sonrió cuando su mano no encontró nada. Por un momento, recordó lo bien que se sentía luchar junto a otro jedi, y sentir la Fuerza que unía sus voluntades en una.

Yoda miró a los droides que se acercaban con sus sensores alertados por su presencia y cuyos dispositivos zumbaban por la satisfacción robótica de cumplir con la misión.

Yoda ya estaba viejo.

Levantó una mano para...

Se escuchó un disparo. Un rayo cruzó por el aire y sobre su hombro. Rebotó en la roca detrás de él y luego en el saco, que se incendió al instante.

¡Su cobertor! ¡La capa de Qui-Gon!

Yoda usó la Fuerza para cerrar el espacio entre ambos droides como una cortina.

El vidrio de sus ojos reventó y los dos cuerpos metálicos se estrellaron entre sí. Ambos cayeron mientras echaban humo. Yoda apagó las llamas y sacó la capa del saco. Estaba un poco chamuscada.

Volvió a buscar dentro del saco. La bolsa con semillas estaba intacta.

Pudo sentir a Qui-Gon riéndose de él desde el otro lado de la Fuerza.

Tenía que concentrarse en el presente, y así lo hizo el resto del día. Enterró a los droides. Tal vez no era necesario, pero lo hizo, por si las dudas. Envolvió las semillas con la capa y amarró los extremos con fuerza. Luego, buscó en la Fuerza una vez más para analizar la atmósfera del planeta con mucho, mucho cuidado. No había más droides.

Tuvo que reprimir la soledad de estar en una galaxia sin Obi-Wan.

Yoda bajó por las colinas y se adentró en las tierras bajas. El suelo era cada vez más húmedo y esponjoso. Era más relajante y fresco que el suelo rocoso y arenoso, tuvo que admitir.

Fue hacia los árboles, donde la maleza aún brotaba de las ramas, y escuchó las voces de todos aquellos que hibernaron debajo del agua durante la temporada de lluvias. Ahora, abrían sus pulmones para respirar aire fresco de nuevo y estiraban las alas, sacudiéndolas para secarlas. Yoda tendría que asegurarse de sembrar las semillas muy profundo y de tapar su aroma con musgo.

Encontró su hogar en las tierras bajas con mucha facilidad. También había sobrevivido a su propia hibernación debajo del agua y, en su mayoría, se veía intacta, siempre llena de moho y humedad, al igual que Qui-Gon, que rio al darse cuenta.

Dentro, el agua del suelo se había drenado y estaría seco en uno o dos días. La litera estaba empapada, pero una hoguera lo arreglaría. Las cosas no tardarían en regresar a la normalidad.

Y así fue.

Cinco días después, la casa estaba seca y firme; un fuego brillante vibraba dentro. Yoda recortó la capa. De cualquier modo, se encogía cada vez más. La repisa sobre la que siempre había estado la cazuelita de Obi-Wan, ahora estaba vacía, y cada vez que la miraba, sentía una extraña quietud donde antes había vibración. Yoda suspiró para sí:

—Lamentarte por ellos no debes. Extrañarlos, tampoco. Regocíjate por aquellos que se vuelven uno con la Fuerza —dijo, pero se sentía solo—. Para dejar atrás a quienes se han vuelto uno con la Fuerza, entrenar debes.

Pero además de triste, era viejo.

Y había fallado.

No pudo ver el camino que Anakin estaba por tomar cuando era un joven padawan.

Y había perdido su oportunidad con la joven Skywalker.

¿Qué pasaría con el otro Skywalker? Necio y lleno de ira, al igual que su padre.

Los días siguientes sembró con su bastón las semillas, muy profundo en la tierra suave y húmeda. Las sembró tan adentro que tal vez no saldrían nunca. Pero juntó el musgo de las ramas para cubrir la parcela. Cuando terminó, parecía que no hubiera plantado nada, como si nada resultara de todo el esfuerzo.

Nada.

Nada.

Nada.

Por la noche, Yoda se sentó frente a la hoguera. Estaba solo. Extrañaba a sus viejos amigos que ya no estaban más. Se adentró en el otro lado de la Fuerza y buscó a Qui-Gon, aunque no tuvo resultado. Lo hizo de nuevo, pero volvió a fallar.

—Qui-Gon está ocupado, Maestro Yoda —dijo Obi-Wan.

Yoda alzó la mirada, aunque no es que lo necesitara. De pronto, sintió que la choza estaba tan llena de... vida. Llena de Obi-Wan, que estaba sentado con las piernas cruzadas en la entrada. Brillaba.

—Nunca habías entrado en una habitación tan silenciosamente, Maestro Kenobi.

Obi-Wan asintió. Le brillaba la cabeza.

—Últimamente he desarrollado algunas nuevas... técnicas.

—Para lograr esta última, al otro lado de la Fuerza, has tenido que entrar.

—Así parece, maestro.

Yoda cruzó la habitación y se sentó en su cama. Ya no estaba húmeda como solía estarlo.

—Viejo estoy, Maestro Kenobi.

—Novecientos años lo confirman.

—Y agotado.

—No tanto como piensa, Maestro Yoda. ¿En dónde está mi cazuela?

Yoda miró a la repisa vacía.

—Un encuentro tuve.

—¿Un encuentro? Uno no tan difícil como para conservar la capa de Qui-Gon, parece ser.

—Siempre es lo mismo contigo. Decisiones difíciles a veces tenemos que tomar en este mundo.

—Como ahora mismo, maestro.

—¿Por eso estás aquí?

—Maestro, quiero que entrene a un nuevo padawan.

—Con que sí, ¿eh?

—Quiero que entrene a Skywalker.

Yoda sintió una gran ilusión. No se había imaginado que en verdad tendría la oportunidad de hacerlo.

—Acepto.

—¿Tan rápido?

—Entrenarla por mucho tiempo, he anhelado.

—Maestro, quiero que entrene a Luke.

Yoda miró directo en el rostro luminoso de Obi-Wan.

—No —respondió Yoda, y azotó su bastón en el suelo—. El elegido él no es. Listo no está.

—¿Y quién lo está?

—Él no. Para ser un jedi, un gran compromiso se debe tener. Él viaja de una nube a otra. Para ser un jedi, la mente más clara se debe poseer. Él no deja de pensar en su speeder. Él no. Ella.

—Maestro.

—Él no termina lo que empieza. Él es imprudente.

—Maestro.

—Y el camino de la imprudencia ya conocemos bien.

El resplandeciente Obi-Wan se sentó en la cama junto a su antiguo maestro.

—Está mojada.

—¿Molesto por estas cosas aún estás, Maestro Kenobi?

—Le impresionaría, maestro.

—Para alguien de novecientos años, más sorpresas ya no hay.

Obi-Wan sonrió.

—Le prometo, maestro, que se sorprenderá.

—Mmm —dijo Yoda. Se bajó de la cama, y se arropó con la capa—. De estar contigo ya casi es hora; de ser uno con la Fuerza.

Obi-Wan negó con la cabeza.

—Aún no.

—Y para decirme esto, ¿tú eres el indicado?

Obi-Wan abrió los brazos como si fuera a abrazar a su antiguo maestro.

—Soy el indicado para decírselo.

—Impertinente aún eres.

—Así es, maestro.

Hubo un largo silencio.

—A la otra Skywalker entrenaré. Está lista —dijo, y Obi-Wan volvió a negar con la cabeza—. ¿Exigente se ha vuelto, Maestro Kenobi?

—Perdóneme, maestro.

—Y si entrenar intento a este chico imprudente, impaciente e irracional con las costumbres de la Fuerza y falla, ¿qué pasará, entonces?

Obi-Wan sonrió.

—Me parece recordar a un antiguo maestro mío que disfrutaba decir algo acerca de intentar.

—Mmm —dijo Yoda, y se arropó un poco más con la capa. Cerró los ojos. Kenobi esperó—. ¿Obi-Wan?

—¿Sí, maestro?

—Por la cazuela perdóname.

—Era vieja y fea.

Yoda abrió los ojos.

—Aun así, lo siento.

—No es nada, maestro.

—Mira, maestro Kenobi, mire, viejo y feo. ¿Qué ve?

Obi-Wan se inclinó para ver.

—Un ente luminoso.

—Mmm —dijo Yoda, y volvió a cerrar los ojos—. Molesto es cuando usan tus propias palabras en tu contra. Un mal presentimiento por esto tengo.

Pero Obi-Wan ya se había ido.

Yoda se acurrucó haciéndose un ovillo con la capa de Qui-Gon. Era hora de dormir. O por lo menos lo intentaría.

Abrió los ojos.

Tal vez no lo lograría.

Las cosas no resultaron como hubiera querido. Para nada. Pero, aun así, estaba entusiasmado —como no lo había estado en mucho tiempo— por el día siguiente.



# PALPATINE

Ian Doescher



*Entra el EMPERADOR PALPATINE. DARTH VADER acaba de decirle que OBI-WAN ha muerto.*

## PALPATINE

La información ha sido recibida.

La verdad es mucho mejor que mis fantasías.

Darth Vader, mi aprendiz y herramienta;

el puño intimidante que escarmienta,

me ha dicho que Kenobi desapareció repentinamente,

y es algo que no vi en mi mente.

A bordo de la Estrella de la Muerte estaba la última amenaza del Imperio,

la batalla se llevó a cabo, los viejos rivales se ven de nuevo.

Kenobi, débil, viejo y cansado,

a su viejo padawan ha enfrentado.

Ambos pelearon y echaron chispas cual fuego y hielo,

aunque Darth Vader fue quien ganó el duelo.

Un par de ataques con su sable de luz rojo,

y el viejo Kenobi cayó. Se convirtió en aire, y Vader salió victorioso.

Fue en Tatooine, reportan los soldados,

donde Kenobi yacía resguardado,

en el misterio estuvo todos estos años,

mientras que yo, el Emperador, historia he creado.  
¿Por qué eligió Tatooine? ¿Y por tan largo rato?  
¿Cuál era su música y cuál su canto?  
¿Cuál era su melodía?  
¿Y por qué tan larga estadía?  
¿Diseñaba un nuevo armamento?  
¿Y qué hay de sus restos?  
Su muerte debió complacer al Emperador.  
Mi corazón debería latir acelerado y con fervor,  
y aun así hay algo que no me puedo quitar de la cabeza.  
Encontraré preguntas para todas las respuestas.  
Aún hay algo que me desconcierta:  
un acertijo que me confunde y me revienta.  
Darth Vader dijo que, llegada la hora,  
en el momento de cometer la tarea devastadora,  
su sable de luz golpeó la capa de Obi-Wan,  
desvaneciendo así el cuerpo del jedi.  
Entonces, no murió. Desapareció,  
y eso es suficiente para llamar mi atención.  
Al final, unas últimas palabras dijo;  
eran una prueba para Vader, un acertijo:  
«Si me matas en este momento,  
me volveré mucho más poderoso, no te miento,  
de lo que jamás podrías imaginar».  
Sus palabras son como agujas: no me las puedo sacar.  
¿Fue una mentira? ¿O es que el jedi cree que soy tonto?  
¿Este es el poder de la Fuerza? ¿He sacado conclusiones muy pronto?  
¿Kenobi podría estar con vida?  
¿Aún habrá alguna respuesta que la lógica diga?  
E incluso si Kenobi está muerto,  
otra preocupación atormenta mi pensamiento:  
si bien este miserable jedi ha sido derribado,  
Yoda aún me tiene preocupado.  
¿A dónde habrá huido el cobarde, verde y lento?  
En algún lugar de la galaxia donde no sopla el viento,  
espera a encontrarse con la furia oscura del Emperador,  
a menos que la escoria haya muerto solo y con dolor.  
Si Yoda y Kenobi siguieran con vida,  
y de la aniquilación de los jedi encontraron salida,  
¿qué otras cosas son ajenas a mi conciencia?,  
¿qué amenaza vendrá por aire, mar o tierra?

Estaría seguro del dominio y mi abundancia;  
tendría pruebas de mi preponderancia.  
Sin duda alguna gobernaría al universo,  
pero las incógnitas me abruman cual hechizo perverso.

El panorama sigue borroso,  
y las dudas en mi mente hacen un círculo vicioso.

Hablan y se burlan estas sospechas fatales:

«Palpatine, ¿no pudiste eliminar a tus rivales?».

Entonces, la muerte de Kenobi no es muy satisfactoria,  
y aún no puedo probar la gloria.

Los hechos me sacuden, pero debería estar contento,  
así que escucha la proclamación de mi propio aliento:  
estos son tiempos de regocijo,

desde ahora, el poder del Emperador quedará fijo,  
es una era de resolución:

la oscuridad es cada vez más profunda en mi nación.

Ningún error habrá en nuestro maléfico plan,

ningún traspíe nos hará fallar,

ningún jedi escondido hará un complot que nos detenga,

ninguna incertidumbre nos hará pasar penas,

ningún tipo de misericordia existirá en nuestro bastión,

ninguna clase de debilidad encontrarán en los bancos de información:

a partir de ahora, el Emperador jamás será acometido,

seremos inmunes y no habrá ni un descuido.

Un reino vulnerable es un linaje condenado;

ese no será el destino del Emperador y su reinado.

Tendré el control absoluto, sin importar qué,

azotaré a mis enemigos por doquier.

El fin de la Rebelión será el principio,

yo soy la parca y Darth es mi demonio.

Cuando la Estrella de la Muerte sea cien por ciento operacional,

arrasará con un resultado fatal.

La astucia de Lord Vader lo hizo encontrar la base rebelde; proseguirá hasta darles muerte.

La Estrella de la Muerte les pondrá fin a los canallas,

y se ampliará su número de bajas:

primero Jedha, Scarif y Alderaan,

y ahora Yavin 4, donde los rebeldes se encuentran.

Pronto, cuando este triunfo llegue,

la galaxia entera se arrodillará sin nadie que lo niegue.

Ven, Muerte, y que los rebeldes conozcan tu poder,

nuestra aliada debes ser:  
eres el jinete, y el Imperio es tu corcel,  
muéstrales el Lado Oscuro de la Fuerza, siempre cruel,  
eres nuestra fortaleza, símbolo y talismán,  
eres suprema y de mi lado siempre estás.  
Te blandiré ágilmente sobre la escoria rebelde,  
y provocaré su inevitable muerte.  
Las noticias que ha traído Vader son prometedoras:  
Kenobi ha muerto, y ahora  
por mi voluntad de hierro, los rebeldes y la galaxia entera  
me llamarán «Emperador» o arderán en la hoguera.  
Hazlo, Palpatine, desata el terror,  
hasta que haya caído el último traidor.

*Palpatine sale.*

# CHISPAS

Paul S. Kemp



**D**ex estaba sentado junto a su cama con los codos apoyados en las rodillas. Tenía la mirada perdida, pero su mente trabajaba con todo. Había más del pasado de lo que imaginaba que le depararía el futuro.

El Imperio llegaría con todo su poder materializado en una estación de batalla con forma de luna, que ya había destruido a más de un planeta. Miles de millones habían muerto. Miles de millones. Todos conocían a alguien que conocía a otro alguien en Alderaan, Scarif o Jedha. Dex fue a Alderaan una vez, con sus padres, años antes de que la República se convirtiera en el Imperio.

El solo pensar en esas vidas olvidadas en un instante de fuego y dolor, le causaban furia y aflicción. Era una atrocidad, y Dex quería que el Imperio pagara por sus actos.

Pero tampoco era ingenuo. Si la Alianza Rebelde quería que el Imperio pagara por sus acciones, en solo unas horas, todo sería... inútil. Dex creía saber cómo terminaría todo. Tenía dos opciones: huir de la luna de Yavin y vivir, o quedarse a pelear y morir.

Y nadie huía.

Nadie. Ya no.

Lo de Alderaan puso a todos en perspectiva, desde soldados de apoyo hasta pilotos. Ya estaban cansados de huir.

Varios rumores empezaron a esparcirse por las tripulaciones de vuelo. Eran acerca de la Princesa Organa y de cómo había regresado con información secreta del Imperio, pero Dex no creía que la mera información fuera de ayuda. La batalla con la Estrella de la Muerte se reduciría a un enfrentamiento entre carne y metal. Y en el Imperio abundaban los dos. Las fuerzas de la Alianza que quedaban en Yavin 4 eran una mezcla de cazas estelares y cruceros de luz. Casi ningún acorazado había

sobrevivido a la batalla de Scarif. La armada completa no podría intervenir ni en un cuarto de la Estrella de la Muerte.

Pero, aun así, nadie huía. Ni uno solo.

«Vuela y destruye lo que puedas». Ese era el lema del Escuadrón Dorado. Dex lo había interiorizado hacía mucho. Volaría sin importar qué.

También tenía su propio lema, basado en algo que su madre decía con frecuencia: «Hasta la chispa más pequeña puede iniciar el incendio más grande».

El pensar en su madre ahuyentaba la oscuridad en él, y eso lo hacía sonreír. En su mente podía ver a su madre en uno de sus vestidos favoritos, con el cabello gris atado en un chongo y una sonrisa que exponía un diente chueco.

Respiró profundamente y luego exhaló. Estaba uniformado con su traje de vuelo. Intentaba calmar su mente. Revisó el crono. Aún faltaban unas horas y luego volaría su Y-Wing sobre una esfera enorme de acero cubierta de armas, y daría lo mejor de sí.

Volarás.

Pequeñas chispas.

Un sonido que hacía preguntas lo regresó a la realidad. Dex le sonrió a su unidad R5, que tenía muchas marcas de guerra y que estaba con él desde su vuelo en Corellia. La apodaba Sparks.

—Son recuerdos, Sparks, nada más. —Sparks le respondió con un chirrido y luego le hizo otra pregunta con pitidos—. Ah, pues... acerca de muchas cosas. Más que nada de mis padres y de Onderon. No los he visto desde... hace mucho. Y mi hermanita, tendría doce años ahora. Doce —dijo, y sacudió la cabeza. El tiempo pasaba tan rápido, y le hacía falta. Sparks rodó junto a Dex y zumbó, comprensivo—. ¿Alguna vez te conté lo que mi madre solía decir sobre las chispas? Por eso te llamé así, Sparks. Por eso, y por el incendio que iniciaste en la luna de Utapau, ¿te acuerdas? —preguntó, y Sparks hizo un sollozo, avergonzado, y luego tembló. Dex sonrió, acarició al droide en la cabeza y le mintió—: Escucha, todo va a salir bien —dijo, y por el sonido de Sparks, supo que vio a través de su mentira—. Haremos todo lo posible, ¿okey? Volaremos juntos —aseguró, y Sparks se alegró y emitió pitidos de entusiasmo— y destruiremos lo que podamos. Así será.

En retrospectiva se dio cuenta de que la frase de su madre era el hilo conductor de su vida. Surgió en su mente cuando se unió a la Rebelión y lo mantuvo de pie en tiempos de oscuridad. Se unió a sabiendas de que el panorama no era alentador, pero siempre encendía una chispa y se imaginaba iniciando un gran incendio.

Aunque las cosas no se veían así. En lugar de eso, parecía que todo iba a terminar en una luna remota.

Una voz se escuchó desde el intercomunicador de la estación:

—La estación espacial imperial ha entrado en el sistema. Repórtense a sus estaciones. Tripulaciones de vuelo, diríjanse a...

Hubo una pausa larga. La terminación de la frase hubiera sido: «a la bahía de partida». Aunque ya les habían dado las indicaciones sobre su misión.

Se escuchó un ruido en el intercomunicador:

—Todas las tripulaciones de vuelo repórtense de inmediato a la sala principal de indicaciones.

Sparks chirrió con una observación.

—Sí, es muy raro. Iré a ver qué sucede. Te veo en la nave.

\* \* \*

La Sala de Indicaciones estaba repleta de pilotos y tripulantes de vuelo. Todos se callaron cuando el General Dodonna habló con un tono sombrío y panegírico.

Dex se acercó, y apareció un diagrama de la Estrella de la Muerte en la pantalla. El General Dodonna les explicó su debilidad: una abertura diminuta al final de un canal muy estrecho. Alguien tendría que disparar un misil de protones en ella y en un ángulo preciso.

Después de la explicación, se escucharon jadeos y algunos negaron con la cabeza; había una sensación abrumadora de pesimismo. Alguien del otro lado de la sala dijo que era imposible hacer el disparo. Alguien más, una voz que Dex no reconoció, respondió diciendo que era «como dispararles a ratas womp en Tatooine».

Dex ignoró el comentario, pues ya había analizado el plan y sabía que era posible lograrlo. Pensó que él era el piloto adecuado para la tarea.

Podía ver la escena en su mente, tan clara como una fotografía. Las palabras de Dodonna no habían frustrado a Dex; lo hicieron sentirse esperanzado, como no había sucedido en días.

«Pequeñas chispas. Y grandes incendios».

Todos salieron de la sala de indicaciones y se fueron hacia la plataforma de vuelo, donde el personal de base y droides preparaban la flota de X-Wings y Y-Wings. Dex corrió hacia su caza. Sparks estaba por ser colocado en su enchufe. Chirrió una melodía mientras Dex se montaba en la cabina. Comenzó la prueba de sistemas, y ya sentía como si flotara, como si ya estuviera volando y estuviera a punto de soltar el misil por el hueco de la estación espacial imperial. Se imaginó salvando a la Rebelión.

Davish lo llamó desde la plataforma de vuelo. Estaba uniformado con su traje de vuelo, sostenía su casco en la mano derecha y tenía esa sonrisa típica en su rostro desgastado por el tiempo.

—Alguien tiene que hacerlo, Davish.

—Supongo que sí.

—Te veré ahí arriba.

—Voy detrás de ti —dijo Davish, y corrió hacia su nave.

Dex se apresuró a hacer la verificación previa al vuelo. Todo estaba en orden. Sparks hizo un pitido de aprobación. El personal de base hizo la señal, Dex activó los

elevadores de repulsión y se elevó de la plataforma.

—Vamos, Sparks.

El droide chirrió en acuerdo.

\* \* \*

Dex salió de la atmósfera azul de la hipervelocidad y regresó al espacio negro. Sparks revisó los sistemas de armas y herramientas con rapidez, y confirmó que todo estaba en orden con un bip. Luego, con otro sonido, le preguntó a Dex acerca de sus signos vitales.

—No, estoy bien —respondió Dex.

Solo estaba un poco aturdido. Había pasado de estar desalentado a sentirse lleno de esperanza tan rápido que aún no se recuperaba. Respiró profundamente y se concentró.

—Atención, Escuadrón Dorado —dijo el Líder Dorado por el intercomunicador. Se escucharon varios «afirmativos».

El escuadrón se colocó en posición de ataque. Dex estaba en la extrema derecha del modo V. Desde ahí pudo ver los X-wings de los Escuadrones Rojo y Verde en formación a su derecha, ligeramente por detrás del Escuadrón Dorado. Aceleraron alrededor de la luna y luego la dejaron atrás. Se escuchaba el parloteo amigable y usual por el intercomunicador.

La Estrella de la Muerte salió a la vista, y la plática cesó. La enormidad de la estación los dejó mudos. Incluso de lejos, Dex pudo ver la diferencia que tenía con las otras estructuras que rodeaban la superficie, como el enorme disco convexo que servía como directriz del arma destructora de planetas de la estación. Repasó el plan de ataque: primero acabaría con los turboláseres. Luego, los escudos deflectores. Después, los Escuadrones Dorado y Rojo se aproximarían al canal.

—No hay apoyo aéreo —dijo Dex.

—Aún no —dijo Davish—. Primero hay que devorar unos turboláseres.

La voz severa del Líder Dorado se escuchó en el intercomunicador:

—Menos parloteo y más concentración. Saben qué hacer. Háganlo.

—Volaremos —dijo Dex.

—Y destruiremos lo que podamos —respondió Davish.

La estación se hizo más y más grande mientras Dex aceleraba hacia ella, hasta que era lo único que se veía por la ventana de la cabina. Sparks escaneó la estación y mostró información útil en la pantalla. Dex vio la ubicación de los turboláseres.

—Aceleren a la velocidad de ataque —dijo el Líder Dorado.

Dex aceleró con todo y dijo:

—Escudos deflectores al máximo, Sparks. Aquí vamos.



Se acercaron a la Estrella de la Muerte y los turbolásers giraron hacia ellos. Líneas rojas de láser salieron disparadas por el espacio. Dex jaló la palanca con fuerza, se elevó, hizo una pirueta y bajó en picada mientras disparaba sus armas. Los cañones de los Y-wings rociaron la superficie de la Estrella de la Muerte, llenándola de fuego. Hizo un giro brusco a la derecha, y puso en la mira una torreta de turboláser. Le disparó, y poco después explotó en pedazos. Después, volvió a jalar de la palanca y se elevó sobre la superficie de la estación. Lo perseguía una ráfaga de lásers. Miró hacia abajo y vio al resto de los Escuadrones Dorado y Rojo cruzar a toda velocidad cerca de la superficie de la estación. Los turbolásers, que estaban diseñados para proteger a la estación de acorazados más que de cazas, tenían problemas con apuntar a los escurridizos X-wings e Y-wings.

—Encuentra algo más para explotar, Sparks —dijo Dex, y el droide le dio las coordenadas de una torre de deflexión.

Empujó la palanca con fuerza y se acercó a la torre. Voló justo hacia el torbellino de láser. Giró y bailó entre las líneas de fuego. Sparks gritó. Dex derribó al turboláser con sus cañones, y luego puso al escudo deflector en la mira. Disparó. Mientras se alejaba, pudo ver las llamas.

—Buen tiro, Dorado Dos —dijo Davish.

—Alguien tiene que ser el héroe —respondió Dex, y volvió a elevarse.

Ya arriba, vio que los turbolásers no disparaban, pero aún no los habían derribado a todos, y eso solo podía significar una cosa.

La voz del Líder Dorado confirmó sus sospechas:

—Aquí vienen los cazas. Dorados Dos y Cinco, iremos al canal. El resto, derriben a esos TIE. Quítenoslos de encima.

—Escaneo activo, Sparks —dijo Dex, y colocó su Y-Wing junto al Líder Dorado y a Davish—. Avísame si llamamos la atención de algún TIE.

Sparks hizo un bip afirmativo. Debajo, elementos del Escuadrón Rojo peleaban con los TIE que salieron de las bahías de despegue de la estación.

—Estará muy angosto en el canal —dijo el Líder Dorado—. Mantengan la formación sin importar qué suceda. Iré a la cabeza con ambos pisándome los talones, ¿entendido?

—Afirmativo —contestaron los dos.

Después de un momento de silencio, el Líder Dorado dijo:

—Aquí vamos.

Los tres Y-Wings se alinearon en el canal. Dex bajó la mirada hacia la oscuridad de la pequeña abertura de la estación de batalla. Se imaginó la diminuta abertura en el final. Necesitaban volar por el canal para que las computadoras de sus naves pudieran hacer los cálculos precisos, y luego disparar.

—¿Todos los sistemas listos, Sparks?

El droide hizo un chirrido de afirmación.

Las tres naves se adentraron en el oscuro canal. Dex y Davish iban justo detrás del Líder Dorado. Volar ahí era casi claustrofóbico; todo por fuera se veía borroso. Iban a toda velocidad. Dex tenía la mirada fija al frente y sobre su mando.

La distancia a la abertura estaba representada por una cuenta regresiva que se proyectaba en la pantalla. Se estaban acercando.

«Pequeñas chispas. Pequeñas chispas».

Sparks lanzó un pitido de alarma un segundo antes de que el Líder Dorado dijera:

—¡Ya vienen! ¡Tres naves a las 2.10!

El escáner mostraba los TIE detrás de ellos, dentro del canal. Se acercaban a gran velocidad. Dex comparó la velocidad a la que se acercaban con la distancia faltante para llegar a la abertura.

Iba a ser difícil.

—Motores al máximo —dijo el Líder Dorado—. Y mantengan formación, carajo.

Sparks ajustó la potencia y la aumentó sobre los motores. El Y-Wing aceleró.

—Deflectores traseros al máximo —dijo Dex, y Sparks redirigió la potencia. Dex sudaba debajo del traje de vuelo. Su respiración se aceleró. Apretó la palanca con toda su fuerza. Lo estrecho del canal no le daba espacio para maniobrar. Miró la pantalla que mostraba la abertura. Solo esperaba a que la computadora fijara la mira para disparar.

Ya casi. Casi.

«Vamos. Vamos».

Uno de los TIE disparó y el láser se impactó en el lado derecho del canal, y la onda de la explosión sacudió el Y-Wing. La nave rosó con la pared del canal, pero Dex la enderezó.

—Estoy bien. Estoy bien.

Los TIE se acercaron mucho más rápido de lo que esperaba. Dex volvió a revisar la pantalla. Faltaba muy poco.

—Mantengan formación —dijo el Líder Dorado con su usual voz monótona cargada de tensión—. Maniobren lo mejor que puedan, pero no rompan formación.

No había mucho espacio para maniobrar. No sin arriesgarse a chocar. Tendrían que confiar en sus deflectores, y estaban muy cerca de la abertura.

—Dales toda la potencia a los deflectores traseros, Sparks.

Dex vio más disparos rojos sobre su cabina.

Ya casi.

La nave se sacudió con un impacto súbito, como si la hubieran pateado desde atrás. Las sirenas se dispararon por la alerta de despresurización. Sparks chirreó, alarmado.

—Me dieron —dijo Dex, con más calma de lo que hubiera esperado—. Destrozaron mi deflector. Mantendré formación. Aguantaré.

Comenzó a salir humo de su panel de control. Hubo un corto eléctrico en algún lugar de la instalación y empezaron a salir chispas. La palanca estaba hirviendo bajo

sus manos. No respondía. Se le dificultaba respirar.

La nave se volvió a sacudir y otra explosión lo hizo ver chispas. Sparks gritó, preocupado. El grito se cortó muy rápido.

Dex vio un destello de su madre. Su sonrisa. A su padre y su bigote. La risa de su hermana.

—Alguien tenía que ser el héroe. Alguien tenía que ser.

Un destello de color naranja, un momento de extremo calor. Un rugido en sus oídos que se sintió tanto, como se escuchó. Y luego, nada.

# LA LISTA FINAL

Jason Fry



—**S**abes que odio ese apodo —dijo Col.

De inmediato, supo que había cometido otro error: Puck Naeco era inmune al miedo y no se le daba la misericordia, ya fuera detrás de la palanca en un caza estelar T-65 o matando el tiempo en la sala de preparación del Templo Massassi, en las profundidades de Yavin 4.

Puck sonrió con picardía. Col dejó que el piloto más viejo lo colocara en posición para dar el golpe final, como había sucedido muchas veces en el simulador.

Otros dos pilotos, John D. Branon y Theron Nett, intercambiaron miradas. Estaban divertidos.

—¿Qué te he dicho de morder el anzuelo? —preguntó Puck.

Col suspiró y dijo:

—No hacerlo.

—¿Y qué acabas de hacer?

—Morderlo. ¿Podrías pensar en otro? Me refiero a que... ni siquiera nos parecemos.

—Yo creo que sí —dijo el técnico de base mon calamari de nombre Kelemah. Su ojo, como de lámpara, giraba al arreglar una manguera de oxígeno con una fuga—. Todos ustedes se parecen.

—Muchas gracias, Kel —dijo Col, con tono irónico.

—Y suenan exactamente igual. Es increíble, en serio. Juraría que son la misma persona.

Puck sonrió y dijo:

—Tiene un buen punto, Fa...

—Ni lo digas —dijo Col, subiendo el tono. Tanto, que los otros pilotos voltearon la mirada—. Lo digo en serio, Puck. Hoy más que nunca.

De algún modo, esas palabras le funcionaron, a diferencia de todos sus otros intentos. Puck asintió, y levantó la mano amigablemente.

—¿Y qué te dijo el chico para ponerte así, Col? —preguntó John D.—. Me lo perdí con tanta acción.

—Dije que es imposible atinarle a un blanco de dos metros con un misil de protones, hasta con computadora.

Puck y John D. se miraron.

—¿Qué? No me digan que no lo pensaron cuando Dodonna nos enseñó el esquema.

—Tal vez —dijo John D.—. Creo que el chico pensó que era posible. ¿Qué dijo él?

La puerta se abrió y otros pilotos entraron a la sala en grupos de dos y de tres. Col vio a varios pilotos: Biggs Darklighter, un recién llegado que tenía un bigote cuidadosamente cepillado y era un blanco fácil para Puck; Elyhek Rue, con su voz grave y actitud sombría; Bren Quersey, volátil y talentoso; y Wenton Chan, un piloto analítico y muy *cool*. Detrás de ellos, la última persona que Col quería ver: el joven piloto Wedge Antilles. Col estaba seguro de que lo habían enviado a Yavin 4 solo para molestarlo.

—Mira, no fue nada —le dijo Col a John D.—. Olvídalo.

—¿En serio? —preguntó Puck—. Hace un momento, estabas haciendo uno de tus berrinches.

Rue, que estaba junto al dispensador de café, parecía ausente.

—¿Y ahora qué, Antilles? —preguntó Rue, y luego, cuando se fijó bien y vio a Col, dijo—: Oh, perdón.

Col se sonrojó antes de que explotaran las risas. Puck puso un brazo a su alrededor y dijo:

—Y eso, Col Takbright, es por lo que eres y siempre serás conocido como Falso Wedge.

\* \* \*

Cuando estaba tranquilo, Col entendía que lo apodaban así por algo más que su parecido físico con Antilles.

Durante las instrucciones acerca de sus misiones, Antilles se limitaba a hacer un par de preguntas específicas, mientras que Col quería saber si el mando de Cazas Estelares había analizado todas las alternativas. Cuando las cosas iban mal en el

simulador, Antilles revisaba la telemetría, y Col descargaba su ira sobre los cascos y el mobiliario. Hasta sus cascos eran opuestos: el de Wedge era color verde mate, y el de Col estaba lleno de líneas de carreras de color amarillo.

Garven Dreis, comandante del Escuadrón Rojo con rasgos escarpados y ojos tristes, le había hecho advertencias a Col acerca de sus rabietas, al igual que el General Merrick, que había muerto junto a muchos otros en Scarif. Veteranos, como Puck y John D., apoyaban el intento de corrección de conducta. Col sabía que las bromas de Puck eran para ayudarlo a ser más sosegado.

Col intentaba ser más como los pilotos admirados por su temperamento apacible, pilotos como Chan y Antilles.

Mientras yacía en su cama mirando hacia el techo de piedra, no pudo evitar que un sentimiento lo sobrecogiera. Cada día, el Imperio devoraba mundos para obtener minerales y combustible, y asesinaba a todos aquellos que se le opusieran. Col vio con una ira creciente cómo la maldad se apoderaba de la galaxia, hasta que una noche se dio cuenta de que no podía perder más tiempo en su cálido hogar sin hacer nada. Dejó Uquine con algunos créditos, un saco y el juramento de vengar a todos aquellos que el Imperio había perjudicado.

Sentado en la oscuridad, pensó que, tal vez, el problema de la Rebelión no era que Col Takbright perdiera el temperamento, sino que personas como Wedge Antilles no tuvieran la ira necesaria.

\* \* \*

Los otros pilotos reían, pero Antilles se veía afligido, y se dio la vuelta. Col asumió que estaba avergonzado por estar equivocado acerca del chivo expiatorio del escuadrón.

Mientras tanto, Rue ya no estaba junto al dispensador de café. Fue hasta donde estaba Col y dijo en silencio:

—Lo siento, Takbright no quería burlarme. Mi mente estaba en otro lado, eso es todo.

—Olvídalo —dijo Col. En esta ocasión, Puck no lo había molestado. Si Rue hacía una broma, entonces sí se alteraría.

John D. captó la mirada de Col e inclinó la cabeza. «Siéntate». Y Col se sentó después de comerse el enojo. Un segundo después, Antilles se sentó junto a él con un suspiro, y dijo:

—Creo que llegó el momento de cambiar las cosas. Oigan chicos, soy yo, Falso Col.

Lo primero que le pasó por la mente a Col fue tumbarlo de la silla con un golpe para que todo el escuadrón lo viera y así terminara el hostigamiento en su contra, pero el Líder Rojo llegaría pronto con la lista final para la misión en la Estrella de la

Muerte y Col no quería que lo encontraran peleando con otro piloto. No sería lo correcto. Col se había ganado el derecho de ser parte de la misión más importante en la historia de la Alianza. No, no había volado en Scarif. El último lugar en el escuadrón lo ocupaba Pedrin Gaul, que murió ahí. Pero Dreis alababa el desempeño de Col en las últimas incursiones y ya llevaba varias misiones de reconocimiento y vigilancia. Solo tenía que mantenerse sereno y esperar lo mejor.

—¡Takbright! Aún no nos has dicho lo que te dijo el chico —observó John D. de nuevo, como un nek royendo un hueso. Aun así, era mejor que el silencio incómodo o lo siguiente que dijera Puck.

—Me dijo que solía usar de tiro al blanco un tipo de peste cuando estaba en su hogar. En un, y escuchen bien, un T-16.

Biggs alzó la mirada hacia Col y le negó con un dedo.

—No te metas con los T-16. Aprendí a volar en uno. Si puedes controlar un skyhopper, puedes con un X-Wing.

—Antes de que Biggs haga otra oda a los nobles pilotos de carga de la galaxia, quiero escuchar más acerca de las pestes —dijo Puck.

Col frunció el ceño y dijo:

—Las llamaba... ratas womp o algo así.

Biggs volteó tan rápido que el café se derramó de su vaso.

—¿Ratas womp? ¿Estás seguro de que eso dijo?

—No inventaría un nombre así.

—No. No puede ser.

Biggs corrió hacia la puerta, y casi tira a Dreis cuando entró a la sala con Zal Dinnes y Ralo Surrel. El líder de escuadrón miró a Biggs con curiosidad y luego se encogió de hombros, ya que los pilotos solían apresurarse a entrar en la sala cuando él llegaba, no a salir corriendo de ella.

Se escuchó el arañazo de las sillas contra el suelo cuando todos los pilotos se pusieron de pie. Col vio que los pilotos movían la boca y arreglaban sus uniformes. Estos hombres y mujeres serían absolutamente serios en sus cabinas, pero esta parte los ponía nerviosos. Era tiempo de saber quién volaría y quién se quedaría atrás pensando en sus naves y palancas, que no estarían en el aire.

—Descansen —dijo Dreis—. Guárdenlo para la hora cero —dijo, pero nadie se sentó—. ¿Así será, entonces? No los culpo. Sin rodeos. Todos saben que tenemos más pilotos que naves. Y dadas las pérdidas que tuvimos en Scarif, consideramos la posibilidad de juntar a los Escuadrones Verde y Azul. Volaría con cualquiera de ustedes y todos merecen un lugar en este baile. Pero, por desgracia, eso no sucederá —dijo Dreis, y la sala se quedó en completo silencio—. Primera división: yo iré a la cabeza. Theron, serás Rojo Diez e irás por el flanco derecho. Puck, irás por la izquierda como Rojo Doce.

Como casi siempre, Nett no tuvo reacción alguna, pero Puck exhaló y luego asintió, y Col nunca lo había visto tan nervioso.

Col se concentró en Dreis. Los doce X-Wings del Escuadrón Rojo se dividían en cuatro divisiones de tres cazas estelares cada una. Por lo regular, Dreis volaba con Nett y Surrel flanqueándolo. Y ya que había sustituido a Ralo por Puck, era muy probable que...

—Ralo —continuó Dreis—, irás a la cabeza de la segunda división como Rojo Once. Branon y Binli irán contigo como Rojos Cuatro y Siete. —Eso tampoco fue extraño. John D. era un veterano y Harb Binli había hecho un buen trabajo en Scarif—. Tercera división —dijo Dreis, y Col vio que los pilotos abrían mucho los ojos y tensaban su postura. Dreis tenía que tomar decisiones difíciles en las divisiones tres y cuatro—. Zal, irás al frente como Rojo Ocho. Contigo irán Naytaan y Porkins, como Rojo Nueve y Rojo Seis —dijo, y Dinnes asintió un poco hacia Nozzo Naytaan y Jek Porkins. Solo quedaba una división. Los ojos de Col se deslizaron entre las parejas de Antilles y Chan, Rue y Quersey, y los otros pilotos—. La cuarta división será guiada por el novato, Luke Skywalker —dijo Dreis. Eso sí que era una sorpresa. Los pilotos murmuraron e intercambiaron miradas de asombro.

—¿El chico de las ratas womp? —preguntó Col y se ganó una mirada tensa de parte de Puck.

—¿Así lo llamaremos ahora? —preguntó Dreis—. Volará como Rojo Cinco, asumiendo que sus prácticas en el simulador sean efectivas. Antes de que alguien tenga algo más que decir, recuerden que sin el joven Skywalker, la princesa hubiera sido ejecutada y nos tendríamos que enfrentar a la estación de combate solo con nuestras plegarias.

Quedaban dos puestos en el escuadrón. Puck miró a Col con severidad. No tuvo que interpretar su mirada.

—Darklighter irá nuevamente por el flanco derecho de Luke como Rojo Tres, si es que alguien encuentra a Biggs a la hora del vuelo.

Solo quedaba un puesto. Col rezó para que el Viejo no lo dejara fuera.

—Wedge, irás por la izquierda como Rojo Dos. Pero antes, ve a ver a Kelemah, tiene que decirte un par de cuestiones acerca de tu nave.

Col se recargó en la pared y bajó la mirada hacia su traje de vuelo. Vio vagamente la unidad de soporte vital a la altura del pecho y la franja de bengalas alrededor de su pierna. Ambos eran inútiles. No los necesitaría para quedarse sentado a esperar mientras que los otros hacían el trabajo al que estaban destinados.

—No se me dan mucho los discursos, pero creo que la ocasión lo amerita —dijo Dreis—. Todos saben a lo que nos enfrentaremos. Y también saben que muchos valientes, incluyendo amigos nuestros, dieron su vida para que podamos derribar el objetivo. —Alguien aplaudió un poco, y se detuvo cuando nadie lo siguió—. Ustedes son tan valientes como ellos. Lo confirmé hace varios días. Sé que en la próxima hora volveré a verlo. Tendremos que confiar en nosotros, como siempre. Y si lo hacemos, me enfrentaría a cualquier amenaza que la galaxia tenga que ofrecer. Bueno, eso es



todo. Los técnicos ya empezaron a preparar todo. Vayan a sus naves en diez minutos. Los veré arriba.

Col permaneció inmóvil mientras que los otros pilotos y técnicos comenzaron a salir de la sala.

—Mala suerte, chico —dijo Puck—. Mantente firme. Si consiguen más naves, necesitarán más pilotos.

—Pero el Escuadrón Rojo solo tiene doce —dijo Col—. Si consiguen más naves, estaré al final de la línea. —Puck comenzó a decir algo, pero Col se dio la vuelta—. Solo... déjame en paz —dijo Col, y apoyó la frente en la pared. La piedra antigua se sentía relajante, fresca y suave.

La sala se quedó en silencio, y Col alzó el rostro para ver que estaba solo. El único sonido que se escuchaba era el murmullo de los depuradores de aire que trabajaban en contra de la humedad incesante de la jungla lunar. Las sillas quedaron desarregladas, y había envolturas de barras de raciones y tazas con café a medias sobre las mesas.

«Alguien necesita limpiar esto. Si el Coronel Cor ve la sala de preparación así, comenzarán los regaños».

Pero no habría más indicaciones. Pronto, todo a su alrededor sería un campo de escombros que rodearía a Yavin. ¿Qué sentido tenía limpiar? ¿Por qué hacer algo más que sentarse y esperar a morir?

La rabia llegó en un instante. Sillas volaron por la sala, mesas volteadas. Y aún después, la ira de Col iba en aumento mientras buscaba nuevas víctimas. Vio su casco de vuelo que colgaba de su barbillería en un estante. Se emocionó con la idea de ir hacia él y el que estaba al lado: el de color verde mate.

Oh.

La puerta se abrió. Antilles miraba el desastre, y a Col parado en el centro de la sala con la respiración agitada.

—Supongo que olvidaste tu casco —dijo Col en un tono grave y con las orejas rojas.

—Kelemah me preguntó en dónde estaba —dijo Antilles, y caminó cuidadosamente entre la catástrofe—. No es la mejor manera de empezar el baile.

Antilles evitó mirar los ojos de Col mientras iba por su casco. Lo tomó y regresó a la puerta. Pero luego se detuvo, y volteó.

—Lamento que no vayas con nosotros. Lo digo en serio, Col. Y yo no tengo nada que ver con ese estúpido apodo.

—No tienes por qué lamentarte —dijo Col con una sonrisa—. Te toca volar contra el Imperio, mientras que pilotos buenos como yo nos quedamos sentados a hacer nada. Solo recuerda que volarás por todos nosotros. Y será mejor que no nos defraudes.

Antilles asintió, pero su mirada ahora era dura como piedra.

—Volaré por ti, Col. Y por muchas otras personas también. La galaxia cuenta con nosotros. No estás solo en esta pelea y nunca lo estarás. A menos que insistas en alejar a todo mundo.

El sonido de los pasos de Antilles al alejarse disminuyó poco a poco hasta que se perdió entre las voces distantes, el sonido de la maquinaria y los anuncios inteligibles: la actividad de una base rebelde que se alistaba para la guerra.

Col escuchó los sonidos por un rato más. Luego, comenzó a acomodar las mesas y las sillas

\* \* \*

Entró a la sala de guerra, y vio que la Princesa Leia, delgada y vestida de blanco, estaba en la mesa principal de mando junto a Dodonna y otros peces gordos de la Alianza. Analizó la sala, y vio un cúmulo de uniformes de vuelo naranjas en una pantalla auxiliar. Eran Rue, Chan, Quersey y Kelemah.

Col se puso firme cuando lo vieron, y ellos solo asintieron. Rue y Chan le hicieron un espacio.

—La estación de combate está en la órbita del gigante de gas —dijo Chan—. Están a menos de quince minutos de posición de disparo.

—¿Cuándo planean emitir el código K-1-0? —preguntó Col.

—No creo que piensen en evacuar —contestó Quersey—. La mayoría del equipo primordial se fue con la flota. Todo está en manos de los pilotos ahora.

«Y no hay nada que pueda hacer». Los pilotos eran la última línea de defensa contra la estación del Imperio que destruye planetas. Necesitarían cada ventaja que tuvieran. Además de mucha suerte.

Kelemah le dio un golpecito a una lectura mostrada en la pantalla táctica, y murmuró algo acerca de lo que vio.

—¿Problemas con alguna nave, Kel? —preguntó Chan.

—El estabilizador izquierdo de Rojo Doce se desalineó, pero Naeco sabe cómo arreglarlo. Me preocupa más Rojo Dos. Después de Scarif, tuvimos que poner un parche en las vías hidráulicas traseras.

—Wedge lo puede resolver —aseguró Chan.

Col repasó los planes mentalmente y no le gustó lo que descubrió.

—Si las vías fallan, digámosles adiós a las maniobras reducidas.

—Antilles está al tanto de eso y aun así decidió ir —dijo Kelemah—. Era volar con los parches o no volar.

—Es un gran riesgo —dijo Col, y se ganó un grito de Quersey.

—Mira a tu alrededor, Col. Todos somos parte del más grande riesgo de la galaxia.

Por las bocinas, el Líder Dorado anunció que los Y-Wings comenzarían su ataque. El Líder Rojo dirigió a sus X-Wings a través del eje de la estación de combate para atraer la atención hacia ellos.

Col miró en la pantalla táctica, e intentó unir los parpadeos brillantes que indicaban la posición de los cazas, con el parloteo en el canal del escuadrón. Los X-Wings habían hecho grupos de dos y de tres, y rociaban la superficie de la estación de combate con láser. Eran una distracción para que los Y-Wings hicieran lo suyo en la diminuta abertura. Los pilotos con los que Col había servido arriesgaban sus vidas para aumentar las probabilidades de la Alianza.

—Los turboláseres no pueden con ellos —gruñó Kelemah—. Están hechos para derribar acorazados y no cazas estelares.

En ese momento, Porkins anunció que había un problema, y el punto rojo que representaba al Rojo Seis disminuyó la velocidad. Un grito de agonía se perdió en el ruido de la estática, y luego el punto se desvaneció.

—Hasta pronto, Piggy —dijo Rue en voz baja—. Te vengaremos.

Una alarma hizo que los controles enloquecieran. Kelemah hizo una señal con la mano llena de manchas hacia las lecturas de nuevas luces.

—TIE —dijo Rue—. Si el Imperio sabotea nuestros sensores, esos cazas estarán sobre nuestras naves antes de ser detectados.

Se les advirtió a los pilotos. La mesa se convirtió en una constelación cambiante de puntos rojos y verdes. Col se dio cuenta de que estaba agarrando el borde de la mesa con tanta fuerza, que tenía los nudillos blancos. Se dijo que debía relajarse. Después, vio que otros pilotos hacían lo mismo.

Un punto verde se adhirió a John D., y un momento después, el veterano rebelde había muerto. Luego, un TIE le disparó a Skywalker, que voló por una zona de muchos disparos. Ambos puntos, rojo y verde, desaparecieron. Chan se inclinó para ver más de cerca.

—¿Perdimos al chico?

Los dos puntos reaparecieron, y Skywalker le pidió ayuda a Biggs. Pero fue Rojo Dos quien vaporizó a su perseguidor.

—Antilles ya lleva tres —dijo Kelemah—. Desearía que no pusiera tanta presión en esos parches.

—Shh —dijo Chan—. El Escuadrón Dorado comenzará su jugada.

Col estudió la telemetría de los sensores de los Y-Wings, negó con la cabeza, y dijo:

—No tienen espacio para maniobrar en ese canal. Con todas esas armas, perderán los escudos delanteros.

Los pilotos de los Y-Wings hicieron un cambio en los blancos de sus computadoras, y una cuenta regresiva apareció en sus pantallas.

—Dejaron de... disparar —dijo Dorado Dos, incrédulo.

Un momento después, unos cazas TIE los perseguían. Col quería que la cuenta regresiva terminara.

Y de pronto, Dorado Dos estaba muerto. El Líder Dorado le siguió. Dorado Cinco estaba condenado, pero logró alertar al Escuadrón Rojo que los cazas llegaba desde atrás. La Estrella de la Muerte estaba a menos de cinco minutos de destruir el planeta.

Col se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración, y dejó escapar el aire de sus pulmones con violencia. Miró las lecturas tácticas e intentó contar los puntos rojos.

—Se están devorando a los otros Y-Wings —dijo Chan al ver a Col—. Rojo Ocho y Rojo Siete fueron derribados mientras luchaban con los TIE.

Dinnes y Binli estaban muertos. Col recordó sus rostros llenos de orgullo cuando regresaron de Scarif y cómo hubiera dado todo por volar con ellos.

—Es el turno del Viejo —dijo Rue—. Lo conseguiré, ya verán.

Col asintió en un intento de convencerse. ¿O no era Dreis una leyenda con vuelos anteriores a las Guerras de los Clones? Además, tenía a Theron y a Puck a su lado. Se imaginó que Puck destruía la estación de combate y que se convertía en un héroe rebelde, y después lo elegiría como su aprendiz mientras conseguían más victorias.

Con la Estrella de la Muerte a tres minutos, Dodonna le dijo a Dreis que mantuviera a la mitad de su grupo fuera de la línea de fuego de otro ataque potencial.

—No tendremos una tercera oportunidad —dijo Col, y Chan lo calló.

Dreis les ordenó a Skywalker, Darklighter y Antilles que mantuvieran sus posiciones mientras que Rojo Nueve y Rojo Once se encargarían de los TIE.

Los tres X-wings entraron en el canal, y Col se dio cuenta de que decía cosas en voz baja. Le rezaba a Puck que se cuidara, y les pedía a todas las fuerzas cósmicas que guiaran los misiles de Dreis.

Rue estaba inmóvil en la mesa. El sudor le resbalaba por la frente. Quersey daba patadas al suelo. Chan se mordía el labio inferior.

—Ese fue el sexto de Antilles —dijo Kelemah—. Sí que se arreglan las cosas.

Col miró los tres puntos que se acercaban a la equis parpadeante que representaba la pequeña abertura. Deseaba poder acelerarlos.

—Manténganse alerta de los cazas —dijo Dreis.

Un timbre avisó que su computadora había fijado la mira en el blanco.

—¡Vamos, jefe, tú puedes! —dijo Col.

Y entonces, se escuchó un grito. La luz que representaba a Rojo Doce, se extinguió. Puck estaba muerto. Col bajó la mirada, incrédulo.

—¡Dispara! ¡Están justo detrás de mí! —gritó Naytaan.

—Ya casi —dijo Dreis, como si suplicara.

—No puedo detenerlos —advirtió Naytaan, y luego se escuchó un grito.

Hubo otro timbre, y Dreis gritó:

—¡Ahí van!

Varias conversaciones empezaron al mismo tiempo.

—¡Dio en el blanco! —gritó alguien en el canal del escuadrón.

Col miró a Quersey, y vio la misma esperanza y agitación en su rostro que sabía que él mismo tenía.

—Negativo —dijo Dreis. Los puntos verdes se acercaron a su posición—. No entró. Se impactaron en la superficie.

Dreis le ordenó a Skywalker que se alistara para intentarlo. Y luego, el motor derecho del Viejo explotó. Dreis gritó hasta que su X-wing se estrelló en la superficie de la estación.

Una voz lúgubre avisó que la Estrella de la Muerte llegaría a posición de disparo en un minuto y contando.

—Biggs, Wedge, terminemos con esto —dijo Skywalker. Sonaba mucho más viejo que el joven con ropa polvorienta que alguna vez se sentó junto a Col—. Entraremos e iremos a máxima velocidad.

Los tres X-wings volaban por el canal. Skywalker iba a la cabeza, y Darklighter y Antilles iban detrás y a gran distancia, para detener a los cazas que todo mundo sabía que vendrían. A esas velocidades casi suicidas, Col sabía bien, cualquier error haría que los cazas se estrellaran contra las paredes del canal o contra otro T-65.

Rojo Nueve se tuvo que ir. En la mesa, Rojo Once estaba solo, rodeado por puntos verdes.

—Saquen a Surrel de ahí —suplicó Col—. No podrá sobrevivir con esas posibilidades.

—No —dijo Chan—. Pero puede ganarles un poco más de tiempo.

—Cazas —dijo Antilles—, se acercan a 0.3.

La computadora de Skywalker fijó la mira en el objetivo, y algo comenzó a parpadear en las lecturas tácticas de Kelemah, y su piel de color marrón cambió a color rosa claro.

—Le dieron a Antilles —dijo—. El impacto averió las vías hidráulicas. Si no se quita del camino, será tan peligroso como esos TIE.

Col casi pudo ver a Wedge girando y luchando por mantener el control, atrapado en el canal estrecho.

—¡Dile, Kel! —gritó Col.

—No lo lograré —dijo Antilles, decepcionado, y su punto rojo se alejó del canal.

Un momento después, el punto rojo que representaba a Surrel, desapareció. El Escuadrón Rojo se había reducido únicamente a Skywalker y Darklighter.

—Los TIE se acercan —dijo Chan—. Es una carrera.

—¡Apresúrate, Luke! —dijo Darklighter, y luego dudó—. ¡Espera! —dijo, preocupado. Un segundo después estaba muerto.

Treinta segundos.

Col vio que el punto rojo de Wedge regresaba al canal, y traía consigo a una nube de TIE que se le acercaban.

—¿Qué está haciendo?

Kelemah analizó sus aparatos y dijo:

—Activó el sistema hidráulico auxiliar. Pero eso solo le dará máximo un minuto de control. Si regresa al canal, nunca saldrá.

Col suplicó en silencio que Wedge no desperdiciara su vida, no después de haber sobrevivido tanto tiempo. Pero creía que él mismo habría hecho lo mismo: volverse a unir a la pelea de forma imprudente, en lugar de ser recordado como alguien que huyó.

Nadie que hubiera volado un T-65 diría eso, pero ¿Wedge pensaba en eso? Y si estuviera en su lugar, como Col hubiera deseado, ¿hubiera pensado en eso?

Y luego todo pareció suceder al mismo tiempo. La Estrella de la Muerte llegó a posición. La computadora de Skywalker se apagó, y el Chico Rata Womp dijo que todo estaba bien. El carguero que había llevado a la Princesa Leia de regreso a Yavin 4 salió de la nada, y dispersó a los perseguidores de Skywalker con un ataque suicida. Y Wedge, en lugar de bajar al canal haciendo uso de lo último del fluido hidráulico, alejó su X-Wing de la Estrella de la Muerte.

Skywalker disparó sus misiles. Col creyó escuchar al joven piloto jadear al momento de hacerlo, y el ruido en la sala de guerra se hizo más fuerte y agudo.

La Estrella de la Muerte se desvaneció del panel táctico, dejando solo cuatro puntos rojos en medio de la nada.

Col y los demás miraron las lecturas. Nadie respiró. Nadie se atrevió a hablar.

—Objetivo destruido —dijo alguien en los controles. Y la sala de guerra enloqueció. Col golpeaba a Rue en la espalda mientras abrazaba a Quersey y a Kelemah, y luego chocaba las manos con Chan tan duro, que dolía.

Luego, se vio envuelto en la turba de pilotos, soldados y técnicos que corrían hacia el hangar principal. Llegaron a tiempo para ver al carguero que aterrizaba junto al templo, a un Y-wing que hacía lo propio a poca distancia y a dos X-wings que entraban al hangar.

La mayoría fue directo al T-65 con los patrones en «V» en cada ala, pero Col fue directo al X-wing junto con otros pocos rebeldes. Esperó en la base de la escalera. Wedge bajó lentamente y le dio la espalda a Col.

Antilles se quitó el casco y aún le daba la espalda. Su cabello estaba despeinado y lleno de sudor. Levantó los hombros, y luego los dejó caer.

Wedge se dio la vuelta y vio a Col. Por instinto, dio un paso hacia atrás.

—No había nada que pudiera hacer.

Y luego Col le dio un gran abrazo de oso.

—Derribaste a seis TIE, corriste por el canal a máxima velocidad y mantuviste tu nave intacta sin el sistema de maniobras; hiciste todo eso y luego trataste de regresar, maldito loco. Hiciste lo que todos habrían hecho y más.

Cuando Col soltó a Wedge, Antilles lo miraba boquiabierto.

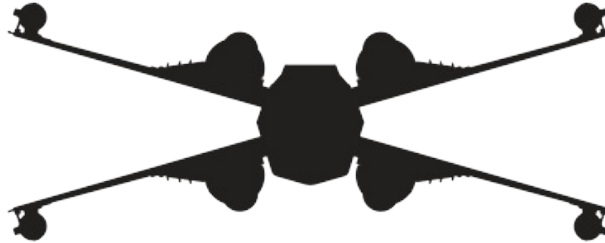
—Solo espero que los demás piensen lo mismo que tú.

Col puso un brazo alrededor de sus hombros.

—Si no lo hacen, díles que el que voló fue Falso Wedge. Porque sería un honor ser confundido contigo, por cualquiera de ustedes. Ahora, vamos. Nos espera una gran celebración.

# HIJO DEL DESIERTO

Pierce Brown



**E**l miedo, que sé que durará hasta que vea la silueta alada en forma de ojo de los cazas TIE abalanzándose hacia mí a través del espacio oscuro, se propaga en mis entrañas mientras Dodonna termina de dar indicaciones. Pero hay otra sensación. La misma que sentí antes del amotinamiento del *Rand Ecliptic*.

Paz.

La sensación de una integridad serena, como si el camino nómada que me llevó a la Academia Imperial, a mi primer puesto a bordo del *Rand Ecliptic* y a mi consecuente deserción a la Alianza, me hubiera llevado al principio. Como si, a pársecs de Tatooine, miles de millones de kilómetros de la Estación Tosche y de las granjas de humedad de mi familia, hubiera encontrado de nuevo mi hogar.

Escuché su voz durante las indicaciones.

Vi su rostro de granjero, el mismo que usaba para sonreír con picardía antes de una carrera en el Cañón del Mendigo o cuando mataba alguna rata womp a toda velocidad, y aun así, no puedo creer lo que veo.

El copete lleno de arena del chico desaparece del túnel como el trasero de un bantha que huye mientras Dodonna da indicaciones. Grito su nombre, pero no me escucha. Wedge me dice que un granjero y un contrabandista regresaron a la princesa a salvo. Pero hay más sistemas agrícolas bajo la bota del Imperio que los granos de arena en una playa mon calamari. Ni siquiera un droide de protocolo de la más alta tecnología podría calcular las probabilidades de que el granjero sea de Tatooine ni mucho menos un piloto menor, además de mí, que se haya abierto camino a través de la Aguja de Piedra en el Cañón del Mendigo.

Pero parece que tiene sentido. Predestinado.

Mi camino me guía aquí, al punto de una crisis, donde puedo dar un golpe de libertad y donde ha llegado mi mejor amigo. Qué suerte. Es como si los cuentos que escuchamos de niños fueran verdad.



Me abro paso entre oficiales de vuelo y pilotos rebeldes, y me tropiezo con un droide astromecánico que me arranca un trozo de piel de la espinilla. Grito de dolor. Cogeo sobre una pierna hasta que llego con Jek Porkins. Me desplomo a su lado, y él envuelve mi cabeza con su brazo en un intento de alborotar mi bigote con sus dedos de jamón.

—Fíjate por dónde vas, cerebro de láser —dice Porkins, y se ríe como un Hutt. Logro zafarme de su fuerte abrazo. La mayoría de los pilotos veteranos de la Alianza, tan vago como suena, alistan a nuevos reclutas, sobre todo gracias al nacimiento de sus escuadrones de cazas. Pero Porkis, un piloto engreído de Bestine, cree que su deber es hacer novatadas, incluso cuando estamos a punto de iniciar una batalla—. Espero que seas mejor en el aire que caminando —dice con una sonrisa.

—Suena como una invitación —le respondo con una carcajada—. ¿Quieres intentarlo otra vez, Porkins? —le pregunto, y sonrío. Me empuja a un lado.

—Oh, soy mucho para ti, pastor de nerfs.

Hasta que estoy en el hangar me encuentro con mi viejo amigo. Él pasa la mano por el fuselaje de un T-65 con la misma expresión nostálgica que tuvo cuando se fue de la Estación Tosche hace apenas unas semanas. Ahora lleva puesto un traje de vuelo.

—¡Oye, Luke! —le grito.

Se da la vuelta y veo su sonrisa de granjero.

—¿Biggs?

Me río.

—¡No lo puedo creer! —digo, y pongo un brazo alrededor de sus hombros. Las preguntas no pueden esperar—. ¿Cómo estás? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Vendrás con nosotros?

Luke no pierde el tiempo.

—Volaré. Tengo grandes historias que contarte.

Estamos juntos. ¿Cómo terminó aquí? No hay tiempo de preguntar. Ni mucho menos para decirle la alegría que me da verlo.

—Skywalker —dice Garven Dreis, el líder del Escuadrón Rojo, y se acerca por detrás de ambos. Señala el T-65—, ¿estás seguro de que puedes maniobrar esta nave?

Veo el pánico en los ojos de Luke, e interrumpo antes de que pueda responder.

—Señor, Luke es el mejor piloto en todo el Borde Exterior.

Garven sonrío, pues sabe que no hago cumplidos innecesarios. Dice:

—Te irá bien.

Luke sonrío y dice:

—Gracias, señor. Lo intentaré.

Garven se dirige a su nave. Luke y yo hacemos lo propio.

—Tengo que abordar —le digo. Deseo que haya más tiempo—. Escucharemos tus historias cuando regresemos, ¿okey?

Me sonrío.

—Oye, Biggs, te dije que algún día lo lograría.

Y lo hizo. Nunca lo dudé. El calor del orgullo me llena como el amanecer doble del desierto, y pienso en lo oportuno de este momento. Dos hijos de Tatooine.

—Será como en los viejos tiempos, Luke. No podrán detenernos.

Dejo a Luke atrás y me encuentro con Wedge. Está sentado en la escalera de abordaje de su cabina.

—Biggs —me dice con una sonrisa distante—, ¿quién es el chico?

—Un viejo amigo. Siempre dije que se uniría a la Rebelión.

—Es una pena que no tengamos más corelianos —sonríe—. Los imperiales huirían de Coruscant en un parpadeo.

—¡Los tenemos justo donde queremos! Buena suerte, Wedge.

—Tú también, Biggs.

Nos damos la mano.

Abordo mi X-Wing y comienzo a hacer las verificaciones previas al vuelo con mi droide astromecánico. Los técnicos guardan sus llaves hidráulicas y se contonean por las escaleras de aluminio. Me siento feliz de saber que la amistad y competencia que tuve con Luke en la infancia nos ha llevado a este momento y nos han preparado para ello.

Dejamos la Base Uno atrás. Rodamos lejos del viejo templo y los obeliscos de vigilancia, en donde los guardias nos despiden con la mano. Dejamos el mar de jungla y la cubierta roja de Yavin. Llegamos a la órbita, y siento que la gravedad me abandona en el espacio. Mi corazón late rápido dentro de mi pecho, y al mismo tiempo, siento como si el estómago migrara hacia mi garganta. Le agradezco a las estrellas que logré digerir el jugo de jet que Porkin sirvió la noche anterior.

Nuestro escuadrón le da la vuelta a Yavin, y la vemos por primera vez. Un globo de color gris claro que cuelga del espacio como una luna autónoma. El hombre la construyó. Diría que es imposible si no lo estuviera viendo con mis propios ojos. Nuestras treinta naves diminutas no son más que gnats para un bantha.

La felicidad que sentía en el hangar es devorada por el miedo. Siempre y cuando yo sea el único expuesto a la batalla, el miedo es más o menos controlable; como algo que puedo enterrar en las profundidades de mi estómago, como si fuera mi secreto más oscuro y privado. Pero con Luke aquí, la memoria frágil de casa, amigos y familia se siente tan expuesta, que podría romperse en cualquier momento. Y el leviatán es quien la romperá.

Se escucha la voz de Garven en el intercomunicador:

—Pilotos, repórtense.

—Rojo Diez, listo.

—Rojo Siete, listo.

—Rojo Tres, listo —digo.

El resto del escuadrón se reporta, y escucho la voz de Luke. El miedo se desvanece. No del todo, y aún tenemos que enfrentar un vuelo que no podemos

resolver juntos.

—Alas en posición de ataque —dice Garven. La Estrella de la Muerte se hace más y más grande, hasta que llena la ventana de mi nave. Aún no hay señales de cazas enemigos. ¿En serio pueden ser tan arrogantes? Mi nave comienza a temblar: la palanca se sacude entre mis manos como una anguila salvaje—. Atravesamos por un campo magnético. Sujétense. Cambien sus deflectores a posición de ataque.

—Mira el tamaño de esa cosa —murmura Wedge.

Escucho el miedo en la voz de mi amigo. El mismo miedo que me arrancaría el valor. Se esparce por todo el escuadrón mientras nos acercamos a la estación de batalla. Dentro de ella, están los que destruyeron Alderaan, un planeta pacífico, si es que alguna vez existió tal. ¿Cuántos más sufrirán si no la derribamos aquí y ahora?

—Deja de parlotear, Rojo Dos. Pasen a velocidad de ataque —dice Garven. Me sacudo dentro de mi cabina y empujo la palanca. De cerca, la estación se ve plena, como la esfera descomunal hecha de metal, torres con turboláser, e instalaciones de defensa que se acumulan como cabellos en una cabeza—. Llegó la hora, chicos.

—Líder Rojo, habla Líder Dorado. Nos aproximamos al objetivo.

—Estamos en posición. Trataré de distraerlos.

El X-Wing de Garven dio un giro enérgico en diagonal, hacia la superficie de la Estrella de la Muerte. Yo hago lo mismo en una espiral floja. Una ráfaga de láser verde nos rocía desde la superficie gris, y quema el espacio entre nosotros. Pasamos sin problemas; las torres son muy lentas para atinarnos. Luke, Wedge y yo nos acercamos aún más a la superficie de la estación.

—Nos atacan, jefe, a veintitrés grados —dice alguien.

—Ya veo —dice Garven—. Manténganse bajos.

Nuestras tres naves se sumergieron y giraron entre las torres.

—Habla Rojo Cinco. Voy a entrar —dice Luke. Se separa de Wedge y de mí, y se dirige hacia una torre con turboláser. Luke dispara y sus láseres se clavan en el metal, pero se arriesga demasiado.

—¡Luke! ¡Elévate! —le grito. En el último momento, su nave sube y evita chocar con la estación—. ¿Estás bien?

—Me sacudieron un poco, pero estoy bien.

Suspiro de alivio al ver que Luke se reúne conmigo y con Wedge. Apenas tenemos tiempo de reorientarnos. Cañones de turboláseres disparan cientos de veces. Garven, tranquilo ante la presión, identifica la fuente:

—Hay muchos disparos que vienen del lado derecho de la torre de deflexión.

—Yo me encargo —dice Luke, hambriento. Siempre fue el más ansioso de los dos. La Tía Beru estaba casi segura de que terminaría embarrado en las rocas del Cañón del Mendigo y, para ser honesto, yo también, pero nunca vi a nadie pilotar como Luke.

Me coloco a su lado para ayudarlo a derribar las torres y concentro mis disparos en la torre que estaba sobre los colegas de Garven. Brilla cuando detonamos nuestros

cañones sobre sus escudos reflectores y explota cuando Luke y yo la dejamos atrás. Justo como darles a ratas womp. Yo grito de emoción.

Y luego, se escucha la voz de Porkins por el intercomunicador con un tono desesperado:

—Tengo un problema —dice, y lo miro. Está atrapado en un campo de disparos, y le hacen daño a su fuselaje.

—¡Eyecta! —le digo.

—No, yo puedo.

Y segundos después, un láser perfora la nave, que explota por dentro. Busco la señal de eyección, pero no la hay. Porkins está muerto. Apenas tengo tiempo de registrar su pérdida, cuando Base Uno se reporta.

—Líderes de escuadrón, hemos detectado un nuevo grupo de señales. Cazas enemigos van hacia ustedes.

—No hay nada en mi radar, no veo nada —dice Luke.

Y yo tampoco los veo. Volteo hacia todos lados para verlos con mis propios ojos.

—Revisa el radar visual.

—Aquí vienen.

—¡Cuidado! ¡Hay uno detrás de ti!

Una nube de disparos estalla, y un X-wing se desintegra por la derecha.

—Tienes uno arriba, ¡cuidado! —me grita Luke. Volteo a ver, y doy vueltas para confundir a la computadora del TIE—. ¡No lo veo! —Doy un giro lejos de la Estrella de la Muerte para ganar espacio y poder maniobrar. El láser del TIE me pasa rozando. Los vellos de los brazos se me erizan. Se me hace un nudo en el estómago. Jalo la palanca con todas mis fuerzas. Este maldito es bueno—. Me tiene en la mira, no puedo quitármelo de encima.

—Voy para allá —dice Luke.

Logro nivelarme para que Luke pueda dispararle de un mejor ángulo. Se posiciona detrás del TIE, y desata sus láseres en la parte trasera. Lo derriba.

—¡Eso es! ¡Buen disparo, Luke!

—¡De nada, Biggs, pero aún no terminamos! —contesta. Le doy la vuelta a mi X-Wing para regresar a la Estrella de la Muerte y derribar varias torres de turboláseres que molestan a los Y-Wings del Escuadrón Dorado. Dos detonan colosalmente. Sobre mí, Luke detecta un TIE que lo sigue. Escombros esquilan la parte superior del X-Wing, justo detrás de la cabina. No debí haber ido hacia las torres. Lo dejé expuesto—. ¡No me lo puedo quitar!

Alarmado, estoy a punto de ir detrás del TIE desde abajo, cuando Wedge desintegra la nave con un ataque de frente, y vuela por en medio de los escombros. Ese chico sí que sabe volar. Me uno a los dos en formación, y reviso el daño en la nave de Luke.

—Te dieron —afirmo—. ¿Cómo está la palanca?

—Aún tengo movimiento. Hay que mantenernos juntos. ¡No más escapes!

—Entendido —le respondo, sorprendido y aliviado de saber que Luke asumió el liderazgo de nuestra división.

Si Wedge no hubiera estado ahí, Luke habría estado en serios problemas. Y eso es culpa mía. Me ganaron las ansias de atacar, y abandoné a mi compañero. No volverá a pasar. Nos mantendremos juntos.

—Líder Rojo, habla Líder Dorado. Nos aproximamos al objetivo.

—Entendido, Líder Rojo. Tomen sus posiciones.

Gracias a la destrucción de las torres, los Y-Wing están libres para sumergirse en el canal. Sus naves son más viejas y lentas que nuestros T-65, y son más vulnerables a los cazas enemigos y más sólidos contra las adversidades del canal. El Escuadrón Rojo le da cobertura a los Y-Wings mientras van por el canal. Luke, Wedge y yo lidiamos con un trío de cazas TIE. Disparos de láser salpican mis deflectores delanteros. Me elevo y dejo escapar una línea de fuego que se adhiere al panel solar del TIE, que se descontrola y choca con su compañero, a quien Luke destruye con su láser. Wedge hace giros hacia abajo y derriba al último que se dirigía hacia los Y-Wings.

—¡Tres naves a las 4.10! —grito.

—Tenemos que mantenerlos lejos de los Y-Wings —dice Wedge.

No podemos hacerlo. Un escuadrón de TIE aparece en nuestro radar. Nos atacan y desvían de nuestro camino. No hay tiempo para pensar. El parloteo cesa. Luke y yo volamos juntos sin decir nada, como si estuviéramos conectados por cables. En perfecta sincronía y precisión, uno era la carnada de los TIE, mientras que el otro los derribaba por un costado o por detrás. Pero, aunque destruimos al escuadrón, escuchamos caer a los Y-Wings por el intercomunicador.

—Dorado Cinco a Líder Rojo, perdimos... a Hutch. Vino... por detrás.

—Rojos, habla el Líder Rojo. Reunión en la marca 6.1

Wedge y yo confirmamos. Solo quedamos seis pilotos del Escuadrón Rojo. El resto ha sido borrado por los láseres y los TIE, y quien sea que aniquiló a los del Escuadrón Dorado en el canal.

—Luke, toma a Rojo Dos y Tres. Aguanten aquí y esperen a mi señal para atacar —dice Garven, y luego se sumerge en el canal con sus dos compañeros.

Nos formamos donde hay grandes huecos en lugar de los turboláseres y vigilamos el espacio por la llegada de más TIE. El sudor entra en mis ojos. Nuestras posibilidades se agotan.

El intercomunicador de Garven cruje. Es casi inaudible mientras viaja por el canal, a través de las garras de los turboláseres. Uno de sus escoltas dice:

—Hay mucha interferencia. Rojo Cinco... puedes...

—Se acercan en 0.35 —dice Luke.

—Los veo.

Una división de tres TIE se adentra en el canal a varias decenas de clics de distancia. Uno es más grande que los otros; está blindado, cual escarabajo, con

armadura y radares especializados. Desaparecen en el canal y solo podemos mirar. Esperamos nuestro turno, y estamos muy lejos. ¡Son presas fáciles ahí abajo! Quiero romper formación e ir tras ellos, pero no hay tiempo.

—Detenlos por unos cuantos segundos —escucho por el intercomunicador—. Ya casi...

Hay un destello de fuego en el canal. Uno de los X-wings desaparece de mi radar. Y luego, el segundo. Garven está solo, pero está en posición de disparo. Le dieron tiempo suficiente.

—¡Ahí van! —grita Garven y sale del canal. Sus misiles de protones salen disparados hacia la pequeña abertura.

—¿Dio en el blanco?

—Negativo. Negativo. No entraron. Se impactaron en la superficie —dice Garven con tristeza. El TIE blindado que había destruido a los otros lo sigue al salir del canal. Le dispara láseres verdes en el motor trasero.

—Rojo Uno, estamos justo arriba. Cambia a 0.5 y te cubriremos —dice Luke.

—Quédense ahí. Acabo de perder el motor derecho —ordena Garven. Wedge y Luke están de guardia. Siento un escalofrío. Garven sabe que va a morir. Si vamos en su ayuda, perderemos nuestra oportunidad—. Prepárense para su ataque —dice con valor.

Las palabras acaban de salir de su boca cuando lo alcanza un láser. Pierde los controles laterales y cae en picada hacia la superficie de la Estrella de la Muerte. Grita.

Estamos solos. Nuestro escuadrón no está. De treinta naves, solo quedamos tres. La Estrella de la Muerte se acerca a Yavin, faltan segundos antes de que pueda disparar a la luna y terminar con la Rebelión, como lo hizo con Alderaan. Somos la última esperanza.

—Biggs, Wedge, terminemos con esto —dice Luke con más autoridad en su voz de la que jamás escuché. Antes de hoy, éramos amigos, chicos, buenos con las chicas en la Estación Tosche. Cuando lo vi en el hangar pensé que le enseñaría un par de cosas. Pero no necesita que le enseñe. Es muy diferente al chico que conocí en Tatooine. Es un hombre, y de alguna forma, hay una tranquilidad extraña en su voz que relaja mis nervios—. Entraremos e iremos a máxima velocidad. Eso los mantendrá lejos.

—Como diga, jefe —dice Wedge.

—Luke, ¿podrás salir a tiempo a esa velocidad? —pregunto.

Casi puedo escucharlo sonreír.

—Será como en el Cañón del Mendigo, de regreso en casa.

Sonrío de oreja a oreja y lo sigo hacia el canal. Los motores hacen que mi nave se sacuda por llevarlos al límite. Luke va a la cabeza, y es bueno en ello. Siempre fue el mejor.

—Nos mantendremos muy por detrás para distraerlos —le digo. Recuerdo lo fácil que el Escuadrón Dorado y Garven y sus compañeros fueron destrozados. Tengo que darle más tiempo. Tiene que disparar. Y yo tengo que ser quien lo ayude.

—Mi radar ve la torre, pero no puedo ver la abertura. ¿Seguro que la computadora funcionará? —pregunta Wedge.

Hay una lluvia de láser en el canal.

—Tengan cuidado. Aceleren a máxima velocidad —responde Luke.

—¿Y la torre? —pregunta Wedge, nervioso.

—Encárguense de los cazas. Yo me encargaré de la torre —dice Luke.

Volamos por el canal como ratas womp con las colas en llamas. Los láseres pasan rozando y llenan las ventanas de nuestras cabinas. Maniobramos tan bien como podemos en los confines estrechos del canal. Es un milagro que no choquemos entre nosotros o con las paredes. Alzo la mirada para buscar enemigos TIE y casi me estrello en la pared. Corrijo mi posición, y echo otro vistazo hacia arriba. Wedge los ve primero.

—Vienen cazas a 0.3 —dice.

Están detrás de nosotros, alcanzándonos. Sus láseres pasan junto a nuestras alas, hasta que se impactan contra la nave de Wedge. Su X-wing se ladea peligrosamente y casi choca conmigo. Aprieto mi palanca con fuerza y paso a centímetros de la pared. Casi rasuro mis alas. De un jalón, regreso al centro del canal cuidando no chocar con la nave tambaleante de Wedge. Podría derribarnos a ambos con una falla en el estabilizador interno.

—Me dieron. No puedo quedarme aquí —dice Wedge.

—Elévate, Wedge, no tienes nada más qué hacer aquí abajo —dice Luke.

—Lo siento —dice Wedge, y se eleva.

Estoy solo. Mis sensores están atrofiados por la interferencia del canal. Volteo para ver si los TIE siguen detrás de mí. Aceleran, y no solo me alcanzan, sino que comienzan a superarme. Van por mí.

—Apresúrate, Luke. Vienen muy rápido esta vez. No podemos detenerlos.

Podría salirme del canal, como Wedge, y no me seguirían. Podría canalizar la potencia faltante de mi cansado reactor hacia los deflectores traseros para mantenerme vivo. Pero sin energía en los motores, caería, me pasarían, y derribarían a Luke. ¿Qué hago?

De repente, siento una alegría inexplicable. Una sensación poderosa de propósito y de paz, que me lleva a tomar la decisión que siempre hubiera tomado: salvar a mi amigo.

Canalizo toda la potencia de los escudos deflectores y armas hacia los motores, acelerándolos sin regreso. Mi nave se precipita hacia enfrente: un escudo para Luke. Pero hay más potencia en el TIE que está detrás de mí que en mi X-wing. Viene por mí. Volteo hacia atrás y escucho la advertencia de una mira fijada.

La calma se desintegra.

—¡Espera! —escucho que digo en voz alta.

¿A quién? No lo sé. A alguien que no me puede escuchar. No se supone que debía terminar así. Aún no puedo abandonar a Luke. Todavía nos queda mucho por hacer. Primero, la Estrella de la Muerte, pensé cuando lo vi. Luego, la liberación de nuestro hogar, de Coruscant y de toda la galaxia. Juntos, seríamos imparables. Pero la sensación fría del miedo se apodera de mí cuando veo que el láser verde se impacta contra mi motor. Atraviesan el casco de mi nave. Comienza un incendio en mis mandos. Y luego, otra descarga.

Pero más allá del terror, más allá de la luz incandescente de mi nave al desintegrarse, más allá de los oscuros confines del Imperio y la eterna oscuridad del espacio, donde las estrellas se queman como pequeñas promesas de esperanza, siento el viento de Tatooine cruzando por el desierto y escucho el llamado de mi madre para cenar y sé que, más allá de la sombra de la duda, Luke no fallará.

El miedo se ha ido, y ya solo hay paz.



# CASTIGADO

Greg Rucka



**N**era Kase estaba sentada en una caja de misiles de protones vacía en el antiguo templo Massassi, en Yavin 4, en donde los rebeldes tenían su base principal. Sus botas colgaban a ocho centímetros del suelo, y miraba a la nada. Esperaba a que la tristeza se apoderara de ella una vez más.

Tuvo una educación religiosa: un regalo de sus padres, que veneraban a la Fuerza de las costumbres phirmistas. Su nave era su hogar. No tenían ningún mundo, solo los viajes interminables entre los Mundos Centrales, el Borde Exterior y al Borde Medio. Nera nació en la nave y vivió la primera mitad de su vida en ella. Se imaginaba que moriría ahí mismo.

Pero en lugar de eso, sus padres fueron quienes murieron, y el Imperio confiscó su nave. En un lapso de siete minutos, Nera Kase perdió a su familia y su hogar.

No recordaba ninguna plegaria, pero eso no le preocupaba, ya que una plegaria hipócrita no le servía de nada.

Era una mujer pequeña, de unos veintisiete años, con un rostro joven y lleno de decisión. Era tan bajita que las personas, y sobre todo los recién llegados a la Base Uno, creían que era mucho más joven, y en consecuencia, pensaban que carecía de autoridad e importancia. Su apariencia general no corregía las falsas interpretaciones. El traje de mecánico de cuerpo completo, que casi siempre llevaba puesto, podría describirse como «manchado», y solo alguien muy amable diría que le hacía bien a su figura. Cuando tenía siete años, descubrió, de la manera difícil, que el cabello largo en un espacio reducido te puede llevar a quedar atorada en alguna máquina. Y ni hablar del dolor. Desde entonces, se rasuraba la cabeza, pero la última semana había

sido despiadada, y Kase no había tenido tiempo ni de bañarse o comer, mucho menos de dormir. El resultado era que su cuero cabelludo se veía tan manchado y sucio como su atuendo.

A pesar de su apariencia, había varios rebeldes, particularmente en el Alto Mando, que sostenían el hecho de que Nera Kase era un elemento fundamental en la Base Uno. De todos ellos, dos peces gordos decían algo aún más grande, pues decían que era de las personas más importantes en toda la Alianza para restaurar la República. Mon Mothma y Bail Organa daban el alma y corazón del liderazgo, pero Nera Kase, aseveraban, ponía el cuerpo entero.

Kase estaba inquieta sobre la caja. Adolorida y cansada, no hacía nada más que esperar. Su cinturón de herramientas estaba tan lleno que rodeaba sus caderas en lugar de su cintura, y hacía ruido por el movimiento. Apretó con fuerza el datapad que tenía en la mano, pero no lo miró. Pronto lo haría.

Lo apagaría si pudiera.

La bahía no estaba del todo vacía. Solo se sentía así, del mismo modo que se siente un clóset sin ropa con ganchos aún colgando. Había varios vehículos de servicio, carretillas de carga y elevadores de carga estacionados por doquier; cajas de artillería, la mayoría vacías, como en la que estaba sentada, apiladas contra la pared; mangueras de combustible cruzadas en el suelo, que aún estaban conectadas a las bombas y celdas de combustible, e iban a lo largo de varias estaciones de reparación y construcción que se usaban para el mantenimiento de los cazas; y droides que terminaron su trabajo y estaban perdidos en algún sueño cibernético, en modo de espera.

Quitando a los droides, Nera estaba sola. Las tripulaciones de vuelo, los sesenta y seis científicos a los que ella coordinaba y guiaba durante todo el día, todos los días, se habían ido poco después del despegue del último caza. La mayoría estaban abarrotados en la sala de indicaciones de los pilotos, en donde revisarían los datos de telemetría de la batalla venidera, en vivo. Y los que no fueron ahí, se dirigieron hacia el centro de mando. También esperaban ver la acción. Todos querían ver a los pilotos entrar en la boca del Imperio.

Lanzaron a cada caza disponible para la batalla. No tenía sentido reservarse nada. Los treinta cazas se dividían en dos grupos: Escuadrón Rojo y Dorado, con veintidós X-wings Incom T-65B y ocho Y-wings Koensayr BTL-A4, contra la estación de batalla más grande jamás vista; treinta cazas contra la máquina del Imperio que puede destruir un planeta una y otra vez.

No había nadie en la base, ni los pilotos que luchaban, que no supiera lo que pasó con Alderaan o que no entendiera lo que estaba por suceder en Yavin 4 y lo que les sucedería a innumerables planetas, a menos que la Rebelión actuara en ese preciso momento, o jamás terminaría.

Solo quedaban siete naves en la bahía: cinco X-wings, un Y-wing y un U-wing. Dos de los cinco X-wings habían sido desmantelados después de la Batalla de Scarif,

y aunque los otros tres podían volar, no tenían pilotos para manejarlos. El único Y-wing necesitaba otras treinta y seis horas de increíble esfuerzo, solo para que funcionaran los motores de repulsión. Y ni hablar de los aceleradores iónicos. El U-wing tenía otra historia: estaba listo, pero llevaba una semana abandonado por falta de personal y sería de nula utilidad en ese momento en la batalla lejana.

Lejana, pero que nos pisaba los talones.

Al instante, el sistema de sonido del hangar cobró vida y las bocinas sonaron desde lo alto, aseguradas al techo. Alguien en el centro de mando, quizás el controlador de vuelo, estaba transmitiendo el audio en vivo de los cazas a la base. Hubo un siseo que se desvaneció hasta quedar en silencio, y luego el sonido fresco de la estática. Kase escuchó la voz del Líder Rojo:

—¡Todos, repórtense!

Líder Rojo. Volaba el Rojo Uno, piloto: Garven Dreis, horas de vuelo: 21 082, As de cuarta categoría, veinticuatro bajas confirmadas: uno de los pilotos con más temple que Nera jamás hubiera conocido. Profesional. Esa era la palabra. Estuvo enamorada de él por un mes, cuando lo conoció; todo se debió a que se tomó el tiempo de colocarse debajo del Rojo Uno mientras Kase intentaba hacer que la retroalimentación táctil funcionara de manera adecuada en los lanzamisiles. Pasaron veinte minutos ahí. Dreis le pasaba las herramientas y le decía especificaciones. Cuando terminaron, Dreis se despidió asintiendo con una gran sonrisa. Al irse, extendió la mano izquierda y acarició el fuselaje del caza como si acariciara una bestia de carga que apreciara. Kase estaba segura de que Dreis ni siquiera se había dado cuenta de que lo hizo.

Por las bocinas se escuchó que los pilotos se reportaban.

—Alas en posición —dijo el Líder Rojo.

Kase conocía a cada piloto y sus naves, al igual que las maniobras. Se imaginó con facilidad a cada piloto del Escuadrón Rojo mientras ejecutaban las órdenes en sus cabinas; la corriente pulsando mientras el circuito se cerraba; la potencia redirigida a las lecturas que recorrían desde la cubierta dorsal hasta el distribuidor, en donde la señal se canalizaba a babor y estribor, haciendo que los interruptores estuvieran listos; al sistema hidráulico cobrando vida, vertiendo fluido en los canales de impulso; las alas de ataque abriéndose como si los X-wings se ejercitaran.

Hubo un problema con el sistema hidráulico en el caza de Rojo Siete después de la Batalla de Scarif. Rojo Siete, piloto: Elyhek Rue, horas de vuelo: 3804, As de primera categoría, seis bajas confirmadas. No era magnífico, pero tampoco era un piloto común; podía girar, voltear y maniobrar en cualquier caza. Volaba con intensidad, como en Scarif, y siempre regresaba destrozado. Kase había perdido la cuenta de las horas que ella y su equipo habían gastado en recalibrar los sistemas de su caza, en asegurarse de que cuando Rue lo necesitara, la nave respondería.

Atravesaban el campo magnético. Escuchó que Rojo Dos (piloto: Wedge Antilles, horas de vuelo: 1598, As de primera categoría, nueve bajas confirmadas) rompía el

protocolo de intercomunicación. Se escuchaba pasmado, pero Rojo Uno le dijo que se tranquilizara. Kase entendía que Garven Dreis no quería reprender a Rojo Dos. Quería que todos los pilotos recuperaran el enfoque y se concentraran en su trabajo.

Kase no sabía qué pensar de Rojo Dos. Sus horas de vuelo eran engañosas. Había volado TIE para el Imperio y, antes de eso, había volado haciendo algo que Nera no sabía qué era. Era uno de los pocos pilotos en Yavin que podía presumir que había volado un A-wing. El General Syndulla lo respaldaba. Todos los que hubieran volado con él sabrían que el chico era talentoso. Le hablaba de usted a Kase y era tan amable con su equipo que llegaba a ser tímido.

Y ya casi ascendía a As de segunda categoría. Kase casi podría sentir simpatía por cualquier piloto imperial que quisiera ser como Wedge Antilles. *Casi.*

A veces los más callados eran a los que había que vigilar.

El único piloto que Kase no conocía bien era el nuevo Rojo Cinco, piloto: Luke Skywalker, horas de vuelo: desconocidas. Antes de Scarif, Rojo Cinco era Pedrin Gaul, con 952 horas de vuelo y una baja confirmada; torpe, ansioso, y aún era un cadete. Murió en Scarif. Se desintegró mientras atacaba un escudo, al igual que muchos otros que murieron ahí.

Y en el espacio arriba de la base, Kase sabía que más morirían en Yavin 4.

Nera se bajó de la caja sin hacer esfuerzo alguno. Aterrizó, y su cinturón hizo más ruido. La batalla estaba a punto de comenzar y necesitaba ir al centro de mando.

La tristeza la siguió. Esperaba su momento.

\* \* \*

Los pilotos sabían la verdad.

Son hombres y mujeres que ponen a prueba su habilidad, temple y fortaleza física, contra máquinas que premian los momentos de desatención con crueldad y, casi siempre, muerte. Ponen sus vidas en la cuerda floja cada vez que vuelan, sin importar si es en combate o no. La gloria que los acompaña es apreciada y la tienen bien merecida.

Volar en combate es cobrarle al cuerpo de una manera tan fuerte, que ni el más experimentado soldado raso podría entender nunca. Es físicamente agotador. Están sometidos a un estrés constante. Aceleran y desaceleran por distintas fuerzas de gravedad. El olor de la cabina después de una batalla está lleno de sudor, adrenalina y miedo, cocinados juntos en una atmósfera de aire reciclado y sistemas electrónicos sobrecalentados.

Es exhaustivo para el cerebro y requiere una gran inteligencia espacial y capacidad de multifuncionalidad. Se requiere tener dibujado el campo de batalla tridimensional en la mente; una visión a gran escala que ninguna computadora pudiera replicar jamás. Se necesita una atención incansable y obsesiva hasta en los

detalles más pequeños: un entendimiento total, no solo de su propia nave y de cómo responde, sino de todo lo que está a su alrededor.

Y aun así, desde lejos, los pilotos y sus naves son vistos como una masa de individuos y no como una unidad. Tal vez cacen en manadas, pero se cree que todo piloto vuela solo.

Pero los pilotos saben la verdad: *nunca* vuelan solos.

Cada vez que despegan hacia el cielo o las estrellas, van con sus compañeros. En cada batalla, los acompañan los hombres y mujeres que les permitieron estar ahí, los que pusieron sus almas y corazones en cuidar no solo a sus naves, sino a ellos mismos.

En la Base Uno de Yavin 4, cada caza rebelde era atendido por un equipo de cinco o seis técnicos, dependiendo de la necesidad de la nave y su piloto. Por logística, eso significa que cada equipo de vuelo trabajaba turnos triples y hasta cuádruples. Además, un solo equipo de cinco se encargaba de:

1. Dorado Dos, piloto: Dex Tiree, horas de vuelo: 3237, As de primer grado, cinco bajas confirmadas.

2. Rojo Nueve, piloto: Nozzo Naytaan, horas de vuelo: 1060, tres bajas confirmadas.

3. Rojo Doce, piloto: Puck Naeco, horas de vuelo: 5879, As de segundo grado, once bajas confirmadas.

Los equipos eran responsables de los cazas y de los pilotos. Tenían una relación personal. A veces, íntima.

La nave, el piloto y el equipo eran uno mismo.

Cuando una nave o un piloto eran derribados, el equipo permanecía. Y se lamentaban.

Para Nera Kase era aún peor. Cada nave, piloto y miembro de la tripulación de base eran su responsabilidad. Desde los droides astromecánicos hasta los cargadores, los mecánicos y los pilotos; todos eran su responsabilidad. Ese era su trabajo.

Jefa Nera Kase, Líder de Cazas, Base Uno.

*Sus* tripulaciones de vuelo. *Sus* cazas estelares. *Sus* pilotos.

Llevaba consigo a cada piloto caído en combate y a sus tripulaciones, anteponiendo su duelo al de ella misma cuando los pilotos no regresaban; la autorrecriminación del equipo y sus dudas; todas las horas perdidas y el cuestionamiento de si era posible hacer o haber hecho algo más, o lo peor de todo, algo que hicieron mal: una vuelta menos en los tornillos de los escudos deflectores, un refuerzo extra en el motor, una frecuencia más alta en los cañones láser...

Lo que sea que les hubiera ayudado a sus pilotos para que regresaran.

Nera Kase había perdido quince naves y dieciséis pilotos y personal solo en la semana pasada. Todo comenzó con un vuelo de locura que puso al Escuadrón Azul en la mira cuando estaban en Endu. Una división de siete X-wings y dos Y-wings que tenía las órdenes del General Draven de atacar y huir.

Dos nunca regresaron.

En menos de treinta y seis horas, sucedió la Batalla de Scarif.

Dos miembros del Escuadrón Azul ni siquiera pudieron cruzar el escudo protector del planeta. Otros dos murieron en las playas, incluyendo al Líder Azul, piloto: General Antoc Merrick, horas de vuelo: 22 524, As de cuarta categoría, veinticuatro bajas confirmadas. Otros once cazas, la mayoría de los Escuadrones Rojo y Azul, habían sido derribados por torres imperiales, TIE o por el peor enemigo de un piloto: la mala suerte.

Quince naves y diecinueve pilotos y personal. En solo una semana. Nadie bajo las órdenes de Nera Kase evitó ser dañado de algún modo. Muchos de sus tripulantes sufrieron pérdidas múltiples a lo largo de un solo día.

Ella sufrió todas.

\* \* \*

El centro de mando estaba tan quieto como una morgue. Kase entró en silencio, y se movió por el borde de la sala hasta que encontró un lugar donde podía ver el tablero de rastreo. Tres de sus jefes de tripulación lograron entrar, estaban recargados en la pared: Benis, Ohley y Wuz. Todos le asintieron ligeramente. Nadie más la notó. Todos estaban concentrados y escuchaban. El General Dodonna, la Princesa Organa, un droide de protocolo y otro par de rebeldes de alto rango estaban reunidos alrededor de la pantalla con el mapa, en el centro de la sala.

Kase miró su datapad.

Si las naves, los pilotos y la tripulación eran su principal preocupación, el datapad era el núcleo de todo. Kase guardaba en él todo lo relacionado con su trabajo: manifiestos de equipo y municiones, una lista detallada de refacciones para cada uno de los cazas de la Base Uno, los nombres y rangos de cada miembro de la tripulación y notas acerca de sus especialidades, fortalezas y debilidades. ¿El flujo de la contrafase de un Y-wing no procesa como debería? Que Darton Bailey lo revise y lo tendrá cantando en minutos. Dale una hidrollave a Benis, y si eso no funciona, deja que la azote contra lo que sea que esté arreglando y funcionará. En el datapad también había un inventario de trajes y cascos de vuelo, y una guía por si alguno de los cascos se confundía con otro.

También tenía la lista de pilotos.

Kase hacía todo: miraba el tablero de rastreo de cazas, escuchaba las conversaciones y miraba. El ataque inicial había comenzado. Los Escuadrones Rojo y Dorado iniciaron su ataque para debilitar las defensas de la Estrella de la Muerte. Kase supervisaba los pequeños puntos y cuadros: los X-wings y Y-wings, mientras se movían en dos dimensiones a lo largo del vidrio. Dorado Uno (piloto: Jon «Dutch» Vander, horas de vuelo: 19 997, As de cuarta categoría, veintidós bajas confirmadas)

rompió formación y se llevó a Dorado Dos (piloto: Dex Tiree, horas de vuelo: 5062, As de segunda categoría, trece bajas confirmadas) y Dorado Cinco (piloto: Davish «Pops» Krail, horas de vuelo: 7603, As de primera categoría, siete bajas confirmadas) para adentrarse en el canal. Los otros cinco Y-wings se separaron y se quedaron atrás, mientras el Líder Rojo llevó a su grupo a lo largo del eje. Intentaban atraer los disparos.

Y luego, Dorado Siete (piloto: Gadzo Woolcob, horas de vuelo: 7603, As de primera categoría, siete bajas confirmadas) se desvaneció del tablero.

«Armas antinaves en serie», pensó Kase.

Revisó su datapad, y marcó el nombre de Woolcob. Agregó una nota:

Fuego Antiaéreo.

El Escuadrón Rojo batallaba en la superficie. Intentaban limpiar el camino para la división del Dorado Uno. Rojo Tres (piloto: Biggs Darklighter, horas de vuelo: 5874, As de triple categoría, dieciséis bajas confirmadas) fue por una torre. Rojo Seis (piloto: Jek «Tono» Porkins, horas de vuelo: 10 499, As de segunda categoría, dieciséis bajas confirmadas), lo siguió, y:

—Tengo un problema —dijo Rojo Seis.

—¡Eyecta! —dijo Rojo Dos.

—Puedo aguantarlo.

Kase miró a través del tablero, y vio que Wuz se había puesto pálido, aún con la luz tenue de la sala. Rojo Seis era uno de los suyos. Porkins apenas había llegado a la Base Uno, para cubrir el lugar del castigado Wes Janson (sin asignar, horas de vuelo: 9869, As de primera categoría, ocho bajas confirmadas); Janson había expresado su preocupación acerca de los circuitos eléctricos del caza, en particular sobre las fallas técnicas que estaba teniendo con la interfaz de su droide astromecánico, hacia el conjunto de sensores de aumento del X-wing. Wuz le aseguró a Kase que analizó cada milímetro de la nave y que estaba en condiciones óptimas para volar.

—¡Elévate! —gritó Rojo Dos.

—No, yo puedo.

Hubo una descarga de estática, y el canal del intercomunicador se apagó un poco después de que todos lo escucharon gritar.

Wuz miró a Kase, devastado.

Kase revisó su datapad, y tachó a Rojo Seis-Porkins, y agregó la nota: «¿Falla mecánica?».

Alzó la mirada de nuevo, y Wuz ya no estaba.

Y luego el Imperio lanzó a sus TIE.

\* \* \*

La batalla sobre la Estrella de la Muerte duró otros diecisiete minutos y medio.

Kase no tenía expresión alguna mientras marcaba los nombres en su datapad. Hizo una nota con cada pérdida, y cuando no sabía exactamente la razón, ponía signos de interrogación. Se concentró en su trabajo. Se enfocó en el datapad que tenía en las manos y en el tablero de rastreo, volteando a ver de uno a otro en repetidas ocasiones.

TIE.

Fuego antiaéreo.

TIE.

TIE.

TIE.

Fuego antiaéreo. ¿Fuego antiaéreo?

TIE.

TIE.

Fuego antiaéreo.

¿TIE?

TIE.

TIE.

Fuego antiaéreo.

TIE.

TIE.

TIE.

TIE.

TIE.

TIE.

TIE.

TIE.

TIE.

—Rojo Uno, estamos justo arriba. Cambia a 0.5 y te cubriremos —dijo Rojo Cinco.

Kase alzó la mirada.

—Quédense ahí —ordenó el Líder Rojo—. Acabo de perder el motor derecho. Prepárense para su ataque.

Garven Dreis. Kase nunca tuvo el valor de decirle que estaba enamorada de él. Ni de hacer o decir nada.

Él siempre fue muy profesional.

Todo el centro de mando lo escuchó gritar mientras caía.

Kase hizo una anotación:

TIE.

Quedaban solo cuatro naves. Dorado Tres (piloto: Evaan Verlaine, horas de vuelo: 3637, cuatro bajas confirmadas), Rojo Dos, Rojo Tres y Rojo Cinco. Dorado Tres intentó ponerse detrás en los ataques del Líder Dorado y Líder Rojo, pero su Y-wing



no era lo suficientemente rápido ni fácil de maniobrar, y la piloto se vio forzada a hacer lo que pudo desde las alturas, mientras intentaba mantenerse con vida en medio del fuego combinado de los turboláser y de los TIE que acechaban por encima del canal.

Y luego le dispararon a Rojo Dos. Kase movió la mano para hacer una anotación, pero escuchó que Rojo Cinco le daba una orden. El pesar se escuchó con claridad en la voz de Wedge Antilles, pero hizo caso a la orden. A Kase le sorprendió ver que los TIE lo dejaban escapar, y luego vio cómo Rojo Dos se alejó para ayudarle a Dorado Tres.

La Estrella de la Muerte estaba en posición para dispararle a Yavin 4.

Kase miró el tablero.

Rojo Tres se desvaneció de la pantalla.

Marcó la línea de «Rojo Tres-Darklighter» con la nota:

TIE.

Rojo Cinco seguía con vida.

Hacía unos minutos le habían dado mientras esquivaba a un TIE, y la reparación que hizo su droide astromecánico se había desprendido de nuevo. Kase lo imaginó batallando por controlar su X-wing, y se preguntó si alguna vez había volado uno, o por lo menos algo parecido. Y ahora, tenía el estabilizador roto, Kase se preguntaba si lo podría mantener firme para hacer el tiro preciso hacia la diminuta abertura, sin que se convirtiera en uno más de la colección de naves derribadas del canal.

—Apagó su computadora —dijo alguien—. Luke, apagaste tu computadora. ¿Qué sucede?

Kase se tensó. Rojo Cinco era una de las naves de Benis. Si era otra falla mecánica...

—Nada —dijo Rojo Cinco—. ¡Estoy bien!

Si el centro de mando estaba muy quieto cuando Kase entró, ahora estaba aún más callado. Nadie se movió; procesaban lo que el chico acababa de decir.

Se escuchó el ruido de la estática, un llanto electrónico.

—¡Perdí a R2!

Y ese era su droide astromecánico.

Kase vio que su datapad decía «Rojo Cinco-Skywalker».

Ya no tenía sentido continuar. Todo estaba perdido. La Estrella de la Muerte había llegado a Yavin y se preparaban para disparar. En unos segundos, todos en la Base Uno se irían del mismo modo que Alderaan. Pilotos, naves, tripulaciones, datapads, *todo* dejaría de existir.

La Rebelión se extinguiría.

Se escuchó una voz en el intercomunicador del centro de mando. Rompió el silencio. La voz gritaba, pero no era de angustia.

A Kase le pareció de felicidad.

—¡Ya estás libre, chico! ¡Destruyela y vámonos a casa! —dijo la voz.

Kase miró hacia el tablero de rastreo y vio la marca de Rojo Cinco. Vio que el texto destacado decía: «misiles lanzados».

Nadie se atrevió a respirar.

Y entonces, sin hacer ningún alboroto, se pudo ver en cada monitor que la gráfica que representaba a la Estrella de la Muerte había desaparecido.

El texto destacado en el tablero de rastreo fue lo último en desaparecer. La imagen monstruosa de la Estrella de la Muerte, que era tan grande para aparecer en el vidrio, ahora estaba representada solo por las palabras «Estación de Combate» en el centro del tablero.

Y luego, esas palabras también se esfumaron.

La voz dijo algo que Kase no pudo entender. Nadie pudo, porque en un segundo, todos recuperaron la movilidad y explotó el ruidorío. Todo mundo se abrazaba y brincaba de arriba abajo mientras reían. Gritaban triunfantes al liberar su tensión y cambiarla por felicidad. Kase vio a la princesa a través del vidrio y observó que miraba hacia el cielo. Dijo algo en voz baja y corrió hacia la salida. El General Dodonna la siguió junto con una multitud de hombres y mujeres que se apresuraban a dejar la sala para llegar al hangar y darles la bienvenida a los pilotos.

Benis y Ohley esperaban a Kase en la entrada.

—Ahora los alcanzo —les dijo Kase.

Ambos asintieron y alcanzaron a los otros.

Kase estaba sola.

Se quedó inmóvil por varios segundos con el datapad en la mano. Y entonces, lo apagó, y luego lo puso en la consola más cercana con mucho cuidado. Intentó dar un paso, y lo consiguió. Luego, quiso dar otro, pero falló. Kase colapsó con un sollozo. Lágrimas comenzaron a caer.

El dolor se apoderó de ella.

# PLAN DE CONTINGENCIA

Alexander Freed



**E**n un futuro muy cercano, no a más de un día, habrá una batalla sobre la cuarta luna de Yavin. X-wings viejos y deteriorados despegarán de la jungla lunar, y la condensación hará hervir sus fuselajes mientras se elevan sobre la atmósfera y debajo de la luz de un gigante de gas rojo. El escuadrón irá hacia la estación de batalla armada con armas terribles creadas por un hombre viejo.

Los pilotos, jóvenes, ambiciosos, de buen corazón, y que ya han visto el poder fatal de la enorme máquina, tratarán de darle al punto débil de la estación para que explote su reactor central. Pero su plan improvisado tiene muy pocas probabilidades de funcionar contra los diseños del viejo resentido. Sus cazas caerán uno por uno. La estación espacial entrará en la órbita de la luna, y ahí emitirá el rayo destructor que destruirá cada piedra del antiguo templo.

Y se llevará a sus habitantes.

Y al resto de la luna.

Ese no es el futuro que Mon Mothma quiere, pero es uno muy probable.

\* \* \*

—Podría revocarte —dice Mon Mothma mientras pasa con cuidado una pila de datapads de su escritorio a su funda de metal.

Vuelve a revisar los archivos de cada aparato antes de guardarlo. Revisa las listas de núcleos rebeldes, las frecuencias codificadas, los refugios seguros y los documentos imperiales robados. «Veinte años de trabajo para terminar haciendo trabajo de mensajera».

—¿Con qué propósito me revocarías? Incluso si todo va bien, no puedes ayudarnos. Necesitaremos dismantelar toda la base —dice Jan Dodonna, y alza las manos, desdichado, en la entrada de la oficina de Mon—. Si las cosas salen mal... —

Piensa antes de pronunciar sus palabras—. Mon, no solo guiarás la Rebelión. Serás lo único que quede.

Mon no vacila. Aprendió a suprimir ese instinto en el Senado, cuando había tal cosa. Pero azota la funda de metal muy duro. El ruido rebota en la pequeña cámara.

—Quiero que todos los droides del complejo estén listos para analizar los planos de la estación, cuando la princesa llegue. Si la están siguiendo, el Imperio no tardará en actuar —dice Mon.

«¿Ya di la orden?». Hacía tres días que Mon no dormía, y la realidad era borrosa.

Mon sale y deja a Jan atrás, pero él la sigue por los escalones de piedra, hacia el hangar y debajo de la llovizna de la jungla. Cianne aparece al lado de Mon con un par de maletones que cuelgan sobre sus hombros.

—Ropa limpia y armas pequeñas —explica Cianne—. Además de uno que otro *souvenir*. —Cianne trabajó para Mon en la capital antes de que Mon comenzara su traición y, desde entonces, desde la migración de Mon del Imperio a las filas de la Rebelión, nunca se iba de su lado. «Probablemente apuntó “evacuación” en mi calendario»—. Hablé con la tripulación por el intercomunicador —continúa Cianne mientras avanzan hacia una plataforma y hacia la brisa tibia—. Haremos contacto con la Base Uno cada noventa minutos, para recibir actualizaciones.

—El Imperio puede bloquear nuestras transmisiones o intentar rastrear nuestras señales —agrega Jan—. Si no puedes contactarnos, no lo sigas intentando... —Duda mientras se acercan al transbordador de pasajeros disimulado con un grafiti color pastel. Mon no sabe lo que dice el grafiti—. Haz lo que tengas que hacer, comandante.

Jan se despide con la mano. Las gotas de lluvia resbalan entre sus dedos.

Mon no recuerda haberlo visto saludar o despedirse. Lo interpreta como una última despedida.

—Dale mis gracias a la princesa cuando llegue —dice Mon.

«Y mis condolencias», quiere agregar, porque conoce muy bien a su padre. Pero no tiene sentido pensar en Bail ahora.

Le daría un abrazo a Jan, pero hay tripulantes de vuelo viendo y necesitan verla con fortaleza. Mon se sube al transbordador y aprieta las agarraderas de metal con ambas manos. Cianne se monta detrás de Mon, cierra la compuerta, y le da órdenes al piloto. La nave se eleva sobre la plataforma, y deja abajo a los rebeldes de Yavin a que peleen por su vida contra un enemigo imposible. Mon se pregunta si Jan entiende. «Lo que tengas que hacer».

Al igual que Mon, Jan es tan práctico como idealista. Tal vez lo entienda, y la idea rompe el corazón de Mon.

\* \* \*

En el futuro, o en *un* futuro no muy bueno, la destrucción de Yavin 4 hará que los rebeldes que sobrevivan entren en pánico. Mon tratará de restablecer contacto con los núcleos rebeldes que sobrevivan e intentará aplicar una especie de estrategia coherente, pero estará impotente en medio del caos. Su transbordador irá de un sistema estelar a otro, y estará en constante persecución; pasará varias horas diarias pegada al intercomunicador escuchando solo estática, y viendo cómo el trabajo de su vida se cae a pedazos.

Los rebeldes dispersados buscarán refugio entre los civiles, pero no encontrarán asilo. La destrucción de Alderaan, un mundo pacífico y amoroso, hogar de miles de millones, convencerá a todos de que no se puede ser solidario con la Rebelión. Una cosa es ponerse en peligro a uno mismo a favor de una causa y otra es poner en peligro a todo tu planeta. Los stormtroopers aniquilarán a los últimos insurgentes y los cazarán sin descanso, a través de los desiertos, en la punta de los árboles y hasta en asteroides vacíos.

Un día encontrarán a Mon Mothma y a Cianne, escondidas en su transbordador, en el cinturón de radiación de un hoyo negro. Los motores del transbordador no funcionarán, pues se les habrá agotado el combustible. Sin escáners, no sabrán de los TIE hasta que sea muy tarde.

En diez años, la Rebelión que Mon creó será borrada de la historia y de la conciencia de todos. Y en poco tiempo, los censores del Imperio comenzarán a olvidar el pasado.

\* \* \*

—Hay cuatro, tal vez cinco refugios al alcance. Creemos que son seguros y que están bien abastecidos. También, dos planetas habitables fuera de los mapas imperiales, si quieren un lugar sin infraestructura. Los escuadrones móviles no se han reagrupado, así que deberíamos contar con esas opciones...

Cianne continúa mientras el asiento de Mon se sacude por la turbulencia del hiperespacio. Mon escucha a medias. Ya sabe todo eso. Hay *detalles* que se le escapan, pues no tiene un conocimiento enciclopédico de los escondites que algunos rebeldes de alto rango sí poseen, pero nadie está más al tanto que ella de las capacidades y límites de la Alianza.

La princesa debería llegar en cualquier momento a Yavin 4.

—No hay refugios —dice Cianne, y Mon rechaza la opción al hacer un gesto con la mano—. No hay escondites en la profundidad del espacio. Si hay algún lugar para que sobrevivamos, no lo encontraremos en el aislamiento.

La tarea primordial de Cianne, como ella lo ve, es la seguridad de su senadora. Mon lo sabe porque se lo ha dicho. Pero Cianne también sabe cuándo no tiene sentido discutir. Y no lo hace ahora.

—Okey, podemos intentar hacer contacto con fuerzas terrestres en los mundos del Borde. Sería un riesgo, pero también un inicio.

«Porque de eso se trata todo: empezar de nuevo».

El cansancio crece en Mon como una marea que sube. Recuerda la funda de metal que está a sus pies: los veinte años de trabajo en un paquete de mensajería. Recuerda sus primeras reuniones con Bail y los otros, cuando era muy joven y no estaba tan segura de su experiencia ni habilidad. Creía que derrocarían al Emperador en cuestión de meses, no décadas.

—No iremos hacia los mundos del Borde —dice Mon. Su voz es severa. El piloto la escucha. Si Cianne no se inspira por su autoridad, el piloto sí lo hará—. Iremos a Coruscant.

Al corazón del Imperio y de la galaxia.

El piloto maldice. Cianne duda. Quiere armar las piezas en su cabeza.

—El Senado —dice Cianne—, disuelto o no, es muy poderoso. Y después de Alderaan, los senadores te tendrán que apoyar.

—Tal vez —dice Mon, y nada más.

Porque, aunque es buena mintiendo, nunca le gustó mucho hacerlo.

\* \* \*

En otro futuro, la Rebelión seguirá con vida, incluso después de la aniquilación de Alderaan y de Yavin 4. Y no solo eso, sino que *crecerá*. Las atrocidades del Emperador serán conocidas por todos, y Mon Mothma y el Senado exiliado brindarán su apoyo. La destrucción de la Base Uno atacará a la estructura, pero no al corazón de la Alianza Rebelde.

Habrà una revolución verdadera; levantamientos como la galaxia no ha visto nunca en miles de planetas.

Y luego, el Imperio responderá.

Cada mundo que desafíe al Emperador Galáctico será destruido. La estación espacial y asesina de planetas será *usada* no como una amenaza, sino como un arma de terror absoluto. El Emperador y sus hombres viejos y resentidos se verán más crueles que nunca.

¿Cuántos mundos morirán antes de que la sangre avive el fuego de la Rebelión? ¿Podrían evaporizarse los océanos infinitos de Mon Cala? ¿Podrían arder las comunidades puntiagudas de Menthusa? ¿Podrá derrumbarse el antiguo paisaje urbano de Denon? ¿Caerán dos, tres, diez o cien mundos? La galaxia es enorme. El Imperio tiene un poder supremo. Para sus líderes, no hay sacrificio tan grande para asegurar su sobrevivencia.

Mon se rendiría eventualmente, claro. No es un monstruo. Ha aprendido con dolor a mandar a jóvenes a la guerra, pero jamás podría aguantar la pérdida de

planetas enteros.

Mon Mothma no puede ver el futuro. Solía conocer gente que sí, pero hasta el último de ellos ha muerto.

—No hay señales de la base, Senadora —dice Cianne, mientras se sirve comida en una charola: frijoles cocidos, pan y una pequeña taza de caf. No se sabe su origen. Los cubiertos hacen un sonido suave, y un aroma salado entra por las fosas nasales de Mon—. Lo intentaremos de nuevo en noventa minutos. Hasta donde sabemos, el Soldado Raso Harge no ha descifrado el intercomunicador.

—¿Harge? ¿Qué pasó con Lentra?

—Fue a Scarif —dice Cianne. No dice «pero no regresó».

La idea de comer le da náuseas a Mon. ¿Cuántas veces ha cenado mientras otros luchan por sus vidas? Las heridas que tiene nunca sangran; no tiene cicatrices físicas que aseveren que ha sufrido por la causa. Mon reconoce lo indulgente y autocompasivo de su forma de pensar, pero no lo puede evitar.

Mon come. Cianne no lo hace.

—Está bien lamentarse —dice Mon con suavidad—. Tal vez no tengamos otra oportunidad de hacerlo por un tiempo.

Cianne se da un golpecito en la sien izquierda.

—Implante regulador bioquímico. Mantiene balanceadas mis hormonas de estrés —dice Cianne, pero no ve a Mon—. Además, la mayoría de mis... gente que conozco, siguen en Yavin. Lamentarme sería algo prematuro.

«Ahora podría no serlo». Mon sabe que Cianne está al tanto de la situación.

Y, aun así, le gusta escuchar que Cianne mantiene las esperanzas. Le recuerda a Bail. Semidormida, se imagina a su espíritu y le pregunta:

—¿Fue doloroso cuando Alderaan murió? ¿Sabías lo que estaba sucediendo? ¿Pensaste que habíamos perdido?

Mon no se termina más de la mitad de la comida. Le pide ayuda a Cianne varias veces, hasta que cede y se come los frijoles y pan que sobran. Lo hace con más entusiasmo que Mon.

—Hubiéramos esperado a la princesa —dice Mon—. Traerla con nosotros.

Cianne se encoge de hombros y dice:

—No hubiera venido. E intentar convencerla pudo habernos dejado sin tiempo para escapar.

—Se lo debo a su padre.

—Bail te debe a ti. Y ella también. Está pagando esa deuda ahora mismo.

Mon ya había escuchado ese tipo de razonamiento; el tipo que puede excusar cualquier número de muertes. Casi funciona.

Pero Mon tiene otras razones para desear que hubieran evacuado a la Princesa Leia. Es muy joven, y la galaxia tiene suficientes hombres viejos y resentidos que son expertos en hacer que las cosas se acomoden a su criterio.

\* \* \*

En otro futuro, Mon caminará por los pasillos del palacio imperial, con túnicas blancas que contrastarán con las baldosas oscuras y la armadura de color carmín de sus escoltas. Tal vez le dolerán los moretones ocasionados por su captura, pero estará casi intacta.

Después de todo, estará ahí por su propia voluntad.

Se encontrará con el Emperador en su sala de trono. No la interrogará, aunque Mon ha escuchado que a veces hace interrogatorios personales, sino que bajará la mirada para verla, y sonreirá con su rostro marchito y fundido.

—Senadora Mothma, me alegro de que por fin nos reunamos —dirá él, o algo parecido.

Mon estará a su merced para siempre.

Su Alianza Rebelde, la revolución que construyó con base en huesos dejará de existir. La muerte de Alderaan, la caída de Yavin 4 y la rendición de su comandante en jefe, serán golpes de los que la organización jamás podrá recuperarse. Habrá operativos de limpieza imperial, pero ningún otro planeta morirá. ¿Por qué habrían de hacerlo, cuando el Emperador tenga todo lo que desea?

Mon será humillada. Le pedirán que abandone la causa en público. Y lo hará. Conoce muy bien al Emperador para saber que no la ejecutarán. No, la mantendrán con vida por si la necesita usar como advertencia contra sus enemigos.

Con el tiempo, será olvidada.

Con el tiempo, sus errores también lo serán, al igual que su arrogancia.

Mon Mothma es la responsable de sus propias fallas. ¿Cómo le será posible empezar todo de nuevo y reconstruir la misma Rebelión que ya fue derrotada una vez?

En ese futuro, Mon vivirá en la oscuridad. Con el tiempo, tal vez alguien más encuentre una mejor manera.

\* \* \*

Mon escribe con mucha urgencia. Pulsa las palabras en su datapad y su funda de metal tiembla entre sus tobillos. Tiene que completar su discurso antes de llegar a Coruscant, aunque esa no es la razón de su prisa. Al contrario, la rige la abrumadora necesidad de confesar y de negar el trabajo de su vida y todos los horrores que ha producido.

No es el mejor discurso que ha escrito, y no mejorará mucho, pues no tiene tiempo para revisarlo. No hay nadie que critique su estilo y retórica. No dejará que Cianne sepa la verdad hasta que sea muy tarde.



Ve la funda a sus pies, y luego ve hacia la cabina, donde Cianne y el piloto están inclinados sobre la consola principal. Con cuidado, coloca el datapad a un lado y abre la funda. Transfiere su contenido en la ranura debajo del asiento. Cianne o el piloto encontrarán los secretos de la Alianza Rebelde escondidos ahí una vez que Mon se haya ido. Ellos decidirán qué hacer con ellos.

Como la princesa, son muy jóvenes para elegir su futuro. Sus formas de rebelión. Mon elegirá por ellos.

Falló en su labor. Tal vez otros lo hagan mejor.

«A menos que... No. No hay tiempo para soñar. El mismo Jan lo dijo: “Haz lo que tengas que hacer”».

Aún tiene lo que dura el viaje para cambiar de parecer. Para encontrar otro camino. No cree tener éxito.

Cuando escucha que el piloto se ríe, no puede entenderlo del todo. Escucha la voz de Cianne antes de que se le una la del piloto. Mon frunce el ceño cuando su ayudante se apresura a entrar a la sala de pasajeros.

—Hicimos contacto con la Base Uno —dice Cianne. Sus ojos brillan con intensidad.

—¿Y?

—Destruyeron la Estrella de la Muerte. Ganamos.

\* \* \*

En el futuro cercano, Mon se reunirá con los colegas del Alto Mando que sobrevivieron. La Alianza renacerá en aras de esta nueva victoria, y su mensaje se esparcirá a la velocidad de la luz y hacia miles de mundos. Rebeldes tan jóvenes para saber de democracia, arrepentimiento o el primer beso de amor, pelearán contra el Imperio una y otra vez bajo el liderazgo de Mon.

Nunca hablará del plan de contingencia de Yavin 4.

El conflicto no terminará pronto. El aniquilamiento de la estación espacial del Emperador solo incrementará la violencia. Mon observará las matanzas desde un lugar seguro: bases escondidas en la selva y debajo de capas de hielo, y mandará a niños a morir con solo mover el dedo sobre un mapa táctico. Si se alcanza la victoria (aunque podría ser que no; podría ser que todo sea en vano; tal vez viviría todo por segunda ocasión, con otra estación espacial), se tardaría muchos más años en llegar.

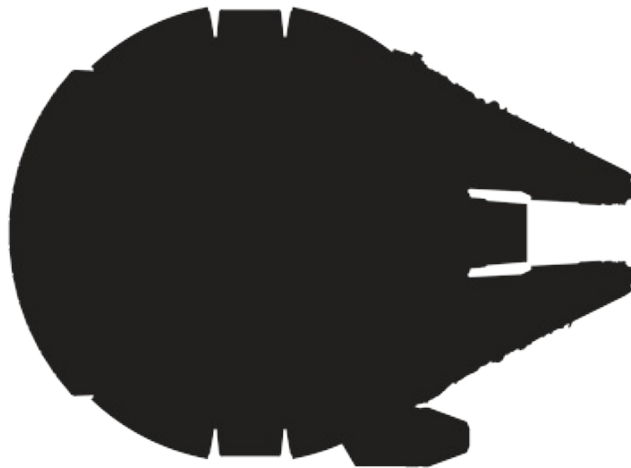
Pero Mon cree de nuevo en las victorias.

El transbordador reajusta el destino. La nueva esperanza de Mon la aplasta como la fuerza de gravedad y le roba el aire de los pulmones. No duda en borrar el mensaje de rendición, pero anhela su sencillez: la paz eterna del sometimiento y la desesperación. Ahora tiene una nueva cicatriz en el alma, y es el trabajo del arma más grande del Emperador.

Mon no se queja por el peso de su carga. Le ordena a Cianne, y se fortalece para los años de guerra que aún faltan.

# EL ÁNGULO

Charles Soule



—**S**i me preguntas, diría que Alderaan se lo buscó —dijo Lando Calrissian—, creyéndose tan poderoso e imponente.

—Entonces ¿crees en los rumores? —respondió Jaff—. ¿En serio crees que los imperiales destruyeron todo un planeta?

—Pues, algo convirtió a Alderaan en un montón de piedritas. Se parece mucho al estilo del Emperador. Sabes a lo que me refiero, ¿no?

Lando echó un vistazo por la mesa: uno chiquito, por los pliegues carnosos que los verosian llaman «cara». Jaff Basan tenía un aspecto raro, incluso en una galaxia en donde no hay una definición de «raro». Lando quería ver la reacción de Jaff ante sus últimas palabras, pero sin ser obvio al respecto. No quería que el grandulón se diera cuenta de que lo engañaban. Jaff no era un novato. Su cara mantenía siempre la misma expresión llana: el equivalente verosiano a una sonrisa evasiva. Llevaba con la misma cara toda la partida.

Lando y Jaff estaban sentados en ambos extremos de una mesa baja, con sus tragos enfrente y rodeados por una audiencia silenciosa: pillos adinerados de toda la galaxia. La actividad en las otras secciones de apuesta del casino disminuyó, cuando se esparció el rumor de lo que sucedía en la partida de klikklak entre Lando Calrissian y Jaff Basan.

El klikklak se llamaba así por el sonido que hacían los grandes insectos oriundos de los bosques del planeta donde se inventó el juego. Los bichos hacían un llamado haciendo «klik», y se respondían entre sí diciendo «klak»; los sonidos viajaban por kilómetros a través de los árboles, y ese era el juego: una simple conversación. Cada

jugador tenía una sola carta de la baraja común de sabacc. Luego, por un rato, solo... hablaban. Sobre lo que quisieran. Para un observador, el klikklak parecía ser algo aburrido y casual. No lo era.

Cuando el tiempo asignado se terminaba, cada jugador apretaba el único botón de la mesa frente a ellos, fijando así la única decisión que requerían las reglas del juego: si creían que su carta era más alta o baja que la del otro. Eso es toda la cosa. Ganabas si tenías la razón, y tu oponente, no. Si ambos le atinaban o no, el juego terminaba en empate, pero la casa se llevaba una comisión del diez por ciento. Y ese era el peor resultado. Había cierto grado de dignidad si perdías, pero cuando nadie ganaba, excepto la casa... Olvidemos a Alderaan. Eso *sí* que era una tragedia.

El truco del klikklak era la conversación. Tenías que usar esos diez minutos, más o menos, no solo para averiguar lo que tenía tu oponente, también tenías que hacerle pensar lo que tú querías que pensara. Lo tenías que descifrar y, al mismo tiempo, llevarlo a una trampa.

Lando amaba ese juego. Aunque apostar nunca podrá ser considerado como un arte, y Lando creía que *debería* de serlo, el klikklak era su fuerte.

Jaff era un oponente fuerte. Lando no conocía mucho la psicología verosiana. Siempre era una situación truculenta, sobre todo cuando los humanos eran de las especies más comunes en la galaxia. Y eso era una desventaja en juegos como el klikklak; probablemente Jaff conocía las expresiones humanas, pero Lando había quitado el piloto automático y trataba de averiguar qué significaba cuando su pequeña antena vibraba, o el parpadeo lento y perezoso de su membrana ocular.

Y aun así era... emocionante.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jaff.

—Pues, el Imperio también se metió de lleno con tu planeta, ¿no?

Jaff hizo una especie de resoplido irregular que podría pasar por una risita.

—Se meten con todos los mundos, ¿no?

—No con el mío. Me mantengo alejado. Es lo que *hago*.

—¿En serio? Pensé que lo tuyo era perder en las cartas.

El público sostuvo el aliento. Esperaban con ansias la respuesta de Lando. Pero los insultos eran parte del juego, nada de qué preocuparse. Lando miró a los espectadores. Había seres de más de veinte mundos diferentes con algo en común: una expresión de encantamiento. Presenciaban a dos maestros en acción. Y lo sabían.

Lando sonrió con desprecio y levantó un brazo hacia el público. Dejó que la broma se lo comiera, y así le dio permiso a la audiencia de reírse de él. Se apoderó del momento, sin ver la reacción de Jaff, o al menos parecía que no lo hacía, y ahí se acabó todo. Apareció un ligero tono verde en los pliegues de su cuello; el mismo que había notado cuando Lando mencionaba el Imperio.

Jaff Basan venía de Veros, y Veros alguna vez fue un planeta muy rico. Técnicamente aún lo era, pero su riqueza le pertenecía al Imperio, en lugar de estar en las cuentas bancarias de las alianzas familiares que gobernaron el planeta por siglos.

Una de ellas era la venerable Casa de Basan. Todo sucedió hacía décadas. Jaff aún era rico, y mucho. Si no fuera así, no le hubieran permitido el acceso a esa sala, pero seguramente sentía una punzada al acordarse de lo que le sucedió a su familia: frustración expresada con un color verde en las frondas con forma de branquias de su cuello.

La cuestión del klikklak, que hacía hervir la sangre, era que tener una carta alta no siempre era algo bueno, igual que tener una baja no siempre era malo. La carta de Lando estaba a la mitad de la baraja, y las probabilidades le eran inútiles. Pero eso ya no importaba. En el klikklak, las cartas eran irrelevantes en muchos sentidos. El juego se trataba de entender profundamente al otro ser por medio de la conversación, y si no podías hacerlo, estabas perdido.

Y Lando no estaba perdido. Tenía a Jaff justo donde lo quería. Había deducido que la aparición del color verde significaba frustración, y también lo había visto cuando hacía referencias a cosas elevadas o grandes. Lando quería que Jaff pensara que lo hacía por accidente; eran como codazos al subconsciente para que pensara que Lando tenía una carta alta. Cada vez que lo hacía, veía el color verde brotar en él, lo que significaba que estaba molesto y que su carta tenía que ser alta, también. Era difícil para Jaff decidir si la carta alta de Lando era más alta que la suya. Con toda esa información, la apuesta de Lando era fácil. Carta baja.

—¿Vamos? —dijo Lando, e hizo un gesto hacia los botones, que estaban fuera de la vista del otro jugador, escondidos detrás de una pantalla que indicaba el resultado.

Jaff asintió con gentileza, y movió uno de sus miembros detrás de su pantalla.

Lando mantuvo una sonrisa dócil y respiraba con tranquilidad, para que Jaff no tuviera señales que leer, aunque por dentro se estaba riendo.

Había llegado la hora, por fin. Con los créditos que estaba por ganar podría pagar las deudas que lo agobiaban, además de usar algo de dinero en una nave y así ver qué delicias tenía que ofrecer la galaxia para un hombre como Lando Calrissian y todas sus habilidades únicas y su sensibilidad.

Tocó el botón en la mesa. Lo acarició, mientras saboreaba el momento.

Y luego se escuchó un grito: una orden dada en un tono áspero e inhumano, que cualquiera que vivía en la galaxia del Imperio reconocería al instante.

—¡Manos arriba! Si alguien se mueve, le dispararemos. No lo repetiré —dijo un stormtrooper.

Todos en la sala quedaron inmóviles y luego voltearon poco a poco a ver al escuadrón de tropas imperiales que había entrado en el reducido espacio. Eran cinco stormtroopers ordinarios y un sargento con hombreras de color naranja. Además de ellos, había un oficial imperial vestido de negro, lo que era algo poco usual. Lando creyó que era un teniente, pero no lo sabía con certeza. Nunca se molestó en aprenderse los significados de las insignias; la política de Calrissian era la misma con todos los rangos: evitarlos.

El rostro del oficial era frío y tenso. A Lando le pareció como de rabia contenida, una ira personal y profunda.

—Este es un establecimiento de apuestas ilegales que viola el estatuto 759.8. Se les ordena abandonar las instalaciones de inmediato. Cualquier crédito que hayan depositado en el cajero, les será incautado.

Se escuchó un estruendo de inconformidad en la sala. *Todos* tenían dinero en el cajero. Lando había apostado una gran suma en el juego de klikklak. Miles de créditos que juntó en largas noches de apuesta en mesas con menos reputación que en la que estaba en ese momento, ganadas en juegos que no eran su fuerte. Casi podía sentir el dolor de perderlos; sentía que se iba a evaporar como humo.

El público comenzó a moverse, y un hombre con guantes rojos se abrió paso entre ellos. Los anillos que llevaba brillaban en la luz tenue de la sala. Levantó la papada para hacerle una sonrisa grande y generosa al teniente. Luck Luck Freidal era el dueño del casino y un hombre con más que perder esa tarde que cualquier apostador.

—Amigo mío, ¿hay algún problema? Aquí todo es legal. La gente solo se está divirtiendo.

—Ya no. Esto se acabó —dijo el oficial con un tono más frío que una luna congelada.

La sonrisa en el rostro de Freidal vaciló, pero solo un poco.

«No puede ser. No lo hagas. ¿Qué no ves? Solo está *buscando* un pretexto», pensó Lando.

Pero, al parecer, Freidal no se dio cuenta, o decidió tomar el riesgo con la esperanza de resolver el malentendido y de encontrar una manera de salvar su reputación y su negocio, antes de que corriera el rumor de que Luck Luck Freidal no había podido mantener a los imperiales fuera de sus apuestas ilegales.

Freidal se acercó al oficial imperial y pronunció unas palabras en voz baja. Lando no las escuchó, pero tenía una idea de lo que había dicho:

—Oye, hombre, ya pagué este mes. ¿Qué estás haciendo? ¿No teníamos un acuerdo?

Lando vio que el rostro del oficial se volvía aún más frío, por más imposible que hubiera parecido; vio a Freidal dar argumentos, y que los stormtroopers apretaban con fuerza sus rifles. Lo vio todo y sabía *exactamente* lo que iba a pasar.

Lando tenía un bláster debajo de la capa, en la parte baja de la espalda. Era muy pequeño, pero poderoso. Era muy bueno con él, y nadie en el casino lo sabía. Nadie con vida, de hecho. Podría derribar al teniente, al comandante y tal vez hasta a uno de los soldados, antes de que pudieran reaccionar. Y cuando Lando disparara, las demás armas ilegales escondidas debajo de capas y fundas verían la luz también. Los imperiales idiotas no sabían que los superaban en número; los matarían en segundos. Solo alguien tenía que ser el primero en disparar. Alguien que fuera el héroe.

Y Lando Calrissian ama a los héroes que creen que la galaxia les debe algo. Como si importaran de alguna extraña manera y como si las reglas básicas de la

realidad siempre los favorecieran. Los héroes creían *de verdad* que las cosas siempre saldrían bien.

Lando amaba tener a un héroe como rival en la mesa de juego, porque mientras menos fueran las probabilidades, más apostaban.

Porque los héroes daban lástima.

Lando movió las manos lenta y cuidadosamente hacia el borde de la mesa de klikklak. Estaban vacías.

El oficial imperial asintió una vez, con firmeza. Hubo dos disparos rápidos de un rifle bláster, y el grandulón de Luck Luck Freidal cayó al suelo con un hueco humeante a la altura del corazón. Lando tendría que jugarse la suerte en otro lado.

El teniente miró a su alrededor. La muerte que acababa de causar no pareció haber calmado la ira que hervía en sus ojos.

—Lárguense.

Lando fijó la mirada en la caja fuerte que estaba del otro lado del cuarto, donde Freidal guardaba las apuestas hasta que era hora de pagar. Ahí había millones de créditos, y muchos de ellos eran de Lando Calrissian hasta hacía unos minutos.

Lando cerró los ojos por un momento, respiró profundamente y luego se largó.

\* \* \*

Llegó a un bar en una zona horrible del otro lado de la ciudad; el tipo de lugares donde esperaba no volverse a parar. Era un lugar en donde se le daba trabajo a seres con habilidades y sensibilidades únicas. Igual que su moral. Lando *necesitaba* un trabajo para compensar todos los créditos perdidos. Y lo necesitaba rápido o estaría en problemas. Aún en más problemas.

«Hasta aquí llegó la esperanza». Cruzó la puerta y se vio abrumado por el ambiente cargado por tragos derramados y sueños rotos que siempre tenían los lugares como ese.

Lando se dirigió a la barra. Sintió las miradas de casi todos los seres del lugar. Tenía deudas con casi la mitad de ellos, desde créditos hasta deudas de sangre. Por fin llegó a la barra, se dio la vuelta, y sonrió.

—Hola, chicos. Hace tanto que no los veo. Les invito una ronda, ¿qué dicen?

El cantinero, que era de una especie con muchos ojos, le dio un golpecito en el hombro y dijo:

—¿Le pagarás una ronda a toda la barra? ¿Cómo vas a pagar, Calrissian?

—Ponlo en mi cuenta, Okkul —dijo Lando, sin voltear a verlo.

—¿Tu cuenta? ¿Tu *cuenta*? —dijo Okkul. Subió el tono hasta convertirse en un quejido angustiado que podría perforar el duracero—. ¿En serio crees que tienes crédito en este bar, después de...?

Lando sacó una moneda de su bolsillo y la colocó en la barra con un gesto exagerado para que mucha gente lo viera.

—Con esto bastará para pagar todo lo que te debo, y una ronda para todos.

Okkul se relajó un poco después de eso, pero más que nada, eso significaba que Lando estaba seguro, por lo menos mientras los mecenas del bar terminaban sus tragos. No le disparas al que invita los tragos. Por lo regular.

Lando caminó al otro lado de la barra, en donde un hombre sentado leía un datapad. Lando se le unió y se llevó el vaso a la boca.

—Lindo gesto —dijo Lobot—. ¿Ganaste?

Lando fondeó su trago (que era un brandi local apenas bebible, pero qué más daba) y dejó el vaso en la barra. Le hizo una seña a Okkul para que le sirviera otro.

—Voy a necesitar que pagues este por mí, Lo, y todos los otros que planeo pedir esta tarde. Esos eran mis últimos créditos. Tu amigo Lando está oficialmente quebrado.

Lobot tensó la boca en su famoso gesto de resignación.

—Te dije que el klikklak era una mala idea. Es muy difícil calcular las probabilidades. Muy enredoso.

—El problema no fue el juego. Lo *tenía* en la bolsa. Pero un bonche de imperiales entró de la nada, mataron a Freidal, y nos corrieron a todos. Técnicamente no perdí, dejemos eso claro, pero confiscaron todos los créditos. Los perdí todos, aunque salí ileso: la historia de Lando Calrissian una vez más.

Lobot alzó una ceja. Los implantes metálicos a los costados de su cabeza brillaron con un destello rápido mientras procesaba la nueva información.

—Mientes. Freidal paga a tiempo cada mes. Se sentía orgulloso de ello. Era dueño del casino ilegal más limpio de toda la ciudad, por eso podía meter peces gordos, además de otros más chicos.

Lobot alzó su trago, que por supuesto, era agua. Lobot nunca consumía nada que nublara su juicio, por temor a que sus implantes imperiales por fin se apoderaran de su mente. Eran útiles, en especial cuando se trataba de calcular las posibilidades en las apuestas, pero tenían un precio. Alzó su vaso hacia Lando en una especie de brindis burlón.

—Pequeños peces, como tú.

Lando ignoró el comentario y bebió de su nuevo trago.

El cantinero se acercó para ver si habría más créditos por venir, y Lando le hizo una seña para que se fuera con un gesto de disparo.

Lando esperó a que Okkul se fuera, y dijo:

—Los imperiales estaban irritados. Furiosos. Y no eran solo stormtroopers, también iba un oficial de alto rango. No sé qué pasó, pero...

—Yo sí —dijo Lobot—. Están tratando de establecer autoridad y mantener el orgullo.

—¿Orgullo? ¿De qué demonios hablas?



Lobot llamó al cantinero y le dijo:

—Okkul, ¿puedes poner la transmisión otra vez?

El cantinero asintió con amabilidad, y agarró el control de una holopantalla grande que estaba montada sobre la barra.

—Claro —dijo Okkul—. Ya la vi diez veces, pero no me *canso* de verla.

Aparecieron imágenes granuladas en la pantalla. Se aclararon después de unos *bips* de estática. Parecían ser grabaciones desde el punto de vista de un caza estelar, algo con punta grande que volaba por el espacio.

—¿Qué es eso? —preguntó Lando.

—La Rebelión robó un holovideo de la Red Negra imperial. Lo reproducen en todos lados.

—¿No es otro de sus holovideos de propaganda? Estoy harto de ellos. Mientras más ruido hacen por su estúpida causa, menos me importa. Es psicología básica. Ya deberían de saberlo.

—Cállate y mira —dijo Lobot en un tono tranquilo y los ojos fijos en la holopantalla.

Lando miró. Eran imágenes de una batalla espacial. Un puñado de X-Wings y otros modelos de caza que, a su parecer, debían haber sido desmantelados hacía años, se enfrentaban a la estación espacial más grande jamás vista: una monstruosa esfera gris, casi del tamaño de una luna pequeña, llena de torretas con turboláser.

—¿Qué es esa cosa?

—La llaman la Estrella de la Muerte —contestó Lobot—. Puede terminar con planetas enteros si crees en los rumores. Así destruyeron Alderaan.

Lando miró a los cazas que atacaban y a los X-Wings que caían a manos de los innumerables cazas TIE. Vio a unos cuantos héroes morir de la misma lamentable manera. Perdedores, todos y cada uno.

—¿Por qué transmitirían esto? —preguntó Lando, y tomó otro trago del brandi que cada vez era más soportable—. ¿Quieren que sintamos lástima por ellos? ¿Y quién confirma que las imágenes son reales? Ambos bandos ponen este tipo de propaganda siempre, y...

Lando supo que era real, porque otra nave apareció en la pantalla. Una nave muy, muy familiar. Un carguero coreliano YT-1300, viejo, seguro, con golpes aquí y allá, pero... aun así, hermoso. La nave era hermosa. Lando continuó:

—Esa... es mi nave. —Se levantó de su asiento—. Es el *Halcón Milenario*.

Lando contempló, atónito, con el trago a medio camino, cómo el *Halcón* salía de la nada y se colocaba detrás de tres TIE. Uno de ellos tenía modificaciones personalizadas. Los tres iban detrás de unos X-Wings a través de una especie de canal en la superficie de la Estrella de la Muerte. El *Halcón* disparó su láser quad y vaporizó a dos TIE. El personalizado salió volando fuera de control en el espacio.

La nave, *su* nave, se elevó y salió de cuadro. Lando estaba mucho más conmocionado que todos los demás en el bar, que se inclinaban para ver la acción,

como si esperaran que algo sucediera.

—Espera, ¿puedes regresarlo un poco?

Okkul le puso pausa, a pesar de un par de quejidos del público, y miró a Lando, incrédulo.

—Esto no es nada, Calrissian, viene lo mejor.

—Vamos, hazlo por mí.

Lando hizo su mejor sonrisa, la que reservaba para ocasiones especiales; la sonrisa que prometía lo que fuera que la otra persona necesitara: créditos, amistad, protección, amor a corto o largo plazo, las maravillas de la galaxia... Si tan solo pudiera hacer que todo se cumpliera. Era *la* Sonrisa Calrissian.

El cantinero negó con la cabeza, pero retrocedió el holovideo. Claro que lo haría.

—Detenlo. Justo ahí. —Lando vio que el *Halcón Milenario* salvaba a todos, y luego desaparecía—. Otra vez —dijo, y Okkul ni siquiera protestó. Simplemente lo hizo. Lando lo reconoció desde la primera vez, pero necesitó las repeticiones para procesarlo. No había duda alguna. Esas maniobras..., su estrategia. Ya las había visto. Nadie volaba el *Halcón* tan bien como Lando Calrissian, pero había alguien que se le acercaba mucho—. Han Solo vuela esa nave.

—Eso parece —dijo Lobot.

—Pero eso es *imposible*.

Lando apenas se dio cuenta de las imágenes que seguían: una enorme explosión, seguida de vítores en el bar. Ovaciones que podrían hacer que mataran a todos si las escuchaba algún imperial. Pero Lando no puso atención a ello.

¿Qué hacía Han Solo con la Rebelión? Y no solo contrabandear para ellos. Eso sería algo normal. Trabajo es trabajo, y el combustible no lo regalan. Pero este... Han atacó a *una superarma del Imperio*. No tenía sentido.

Lando conocía mucha gente en toda la galaxia. Todos lo sabían, pero muy pocas personas lo conocían. Las podía contar con los dedos de una mano: Lobot, uno que otro par y Han Solo. Y Lando también lo conocía bien. Incluso, Lando había dicho que eran uno mismo, en cuestiones morales, más que nadie en toda la galaxia. Estaban solos y veían por ellos mismos, porque nadie más lo haría.

Y luego, sucedió la cosa con la Estrella de la Muerte. Lando podía entender que a veces ayudas a la gente. Nunca sabes cuándo necesitarás el favor de vuelta. Pero esto... era una locura. Era como si doblaras la apuesta en un juego de sabacc cuando tu oponente tuviera el Arreglo del Tonto. Era como patear un rancor dormido. No era nada más ver hasta dónde puedes llegar, era aventarse de un barranco y reír con cada golpe hasta llegar al fondo.

La Rebelión era una causa perdida. Los rebeldes eran héroes, con todo lo que ello implica. Estaban condenados, porque el Imperio era la casa, y la casa siempre gana. Y ahí estaba el *Halcón Milenario*, su nave, en medio de una de las peores batallas que hubiera visto.

Lando hubiera apostado hasta el último crédito —si lo tuviera— a que Han Solo no era ni un héroe ni estaba de acuerdo con la ideología sin sentido de los héroes. Pero ahí estaba, siendo uno. Qué problema.

Lando miraba la pantalla desganado. El cantinero puso el holovideo desde el principio y vieron de nuevo cómo los héroes comenzaban su misión imposible. Lando intentó comprenderlo, pero no pudo. No encontraba el ángulo correcto. ¿Por qué Han haría eso?

Lando le dio la espalda a la barra y levantó su vaso.

—¡A la memoria del mejor contrabandista que alguna vez conocí! —gritó, y se escucharon algunas ovaciones. Volteó a ver a Lobot y señaló la pantalla en la que Han Solo arriesgaba su nave, su tesoro, su hermoso *Halcón Milenario*, una vez más, por razones fuera de su comprensión—. Si alguna vez hago algo parecido... dispárame.

—Claro —dijo Lobot.

Lando vio que la Estrella de la Muerte explotaba y meditó en la única ley de los timadores, estafadores, apostadores y artistas del engaño en toda la galaxia: si no ves el ángulo correcto, significa que es a ti a quien estafan. Y eres, sin duda alguna, un fanático.

Lando se sentó a pensar y bebió tragos que no podía pagar, mientras se preguntaba de qué se estaba perdiendo.

# BAJO CUALQUIER SOL

E. K. Johnston

Historia por E. K. Johnston y Ashley Eckstein



**M**iara Larte respiró y se acordó de cuánto amaba el aire fresco. Sí, gran parte su corazón yacía en el cielo y en el vacío del espacio exterior sobre él. Entrenó en un A-Wing. Luego se pasó a un X-Wing y, después, a un crucero. Pero el oxígeno artificial de las naves no se comparaba con el aire de un planeta verde. Y hasta en ese momento, en aras de batalla y horror, dos respiraciones profundas serían suficientes para calmarse.

—¿En serio hay tiempo para esto?

Jessamyn tenía los ojos rojos, pero su voz era clara y Miara no detectó presencia de alcohol. Parecía que su segunda al mando sería profesional hasta el último momento.

—Tienen que hacer algo —murmuró uno de los artilleros nuevos, Hester, o Heattens, o algo así. Se lo habían asignado hace poco. Y como Miara, estaba fuera de Alderaan cuando la Estrella de la Muerte atacó, pero, a diferencia suya, él no había estado con sus compañeros cuando sucedió.

Detrás de ellos había una línea de soldados rebeldes de diferentes rangos. Miara y su tripulación de Alderaan tenían un lugar privilegiado, hasta adelante, pero eso significaba que tendrían que esperar más mientras se llenaba la sala. Era la primera vez que no tenían nada qué hacer, así que esperaba que alguien perdiera los estribos.

—Esto es tan... —dijo Jessamyn.

Miara la tomó de la mano.

—Lo sé. No hay nada que decir. Hemos perdido demasiado por ello. Pero esto nos recuerda que no perdimos todo.

Jessamyn no dijo nada. Miara se preguntaba si había dicho lo correcto. Como capitán, estaba segura de que sí, pero ella no había nacido en Alderaan, y a veces los que sí lo habían hecho lo tomaban personal cuando se expresaba del planeta como su hogar. Y ya era incómodo cuando aún no lo destruían. Miara se imaginaba que para ellos su dolor era un insulto, pero Jessamyn solo asintió y recobró la postura. No hablaron más, pero Miara pudo sentir que su tripulación la rodeaba y supo que no aguantarían mucho más.

Por fin, la gran cueva en la base rebelde de Yavin 4 estaba llena, aunque las líneas ordenadas de tropas uniformadas le quitaban el encanto. A veces, Miara olvidaba lo grande que era la Rebelión. Las pérdidas que habían sufrido las semanas anteriores habían sido casi catastróficas, pero aun así aguantaba, en posición de descanso, con las manos en la espalda y codo con codo con lo que quedaba de la guardia de Alderaan.

«Lo que quedaba...».

Miara comenzó a divagar, y se enderezó de golpe. Podía sentirse nerviosa sin que nadie lo supiera: retorcía los dedos contra la palma de la otra mano, y se balanceaba de una pierna a otra, pero tenía las piernas dobladas, aunque ese no era el momento de estar afligida. La Rebelión actuaba rápido y no se cansaba; iban de misión en misión con muy poco tiempo de preparación, y solo de vez en cuando les daba tiempo de tomarse un respiro. Miara sabía que estaban en el borde de uno, pero no era la primera vez que perdía un planeta, y sabía que aún no podían relajarse.

«Perder un planeta» no era preciso. Miara podía regresar a Raada cuando quisiera. Podía verlo en órbita, caminar por sus campos secos e ir a las cuevas donde Neera le había salvado la vida con una explosión aturdidora. No quedaba nada más en Raada que el planeta mismo, y no quedaba absolutamente nada de Alderaan más que polvo, recuerdos, y los sobrevivientes que se habían dispersado por la galaxia.

Sin voltear directamente, vio hacia sus costados y observó a su tripulación. «Tripulación». Una vez, esa palabra significó familia y campo. Como piloto, y luego como oficial, para Miara significaba equipo y un trabajo qué hacer con todo el desastre.

Su gente se veía bien, justo como Miara esperaba. Cada uniforme se veía impecable y sus cascos brillaban. Bajo el calor del sol de la mañana en Yavin 4 no había señales de falta de profesionalidad, a pesar del hecho de que muchos de ellos habían estado despiertos hasta muy tarde la noche anterior. La colonia recibía a refugiados de cualquier planeta que era arrasado por el Imperio. Mundos como Fest, Raada, Jedha, y ahora, Alderaan. No había falta de comprensión y no se olvidaban los incontables nombres ni los planetas que ya no eran planetas.

«Antilles, que los recogió. Organa, que les dio un hogar. Organa, que les dio una misión». Organa, que se puso de pie ante ellos y les dio esperanza.

Todos veían a Leia, aunque los rebeldes también volteaban a verse. La princesa era pequeña y vestía un vestido blanco impecable. Era imposible no verla en contraste con el gris de las paredes de la cueva. Pero, sobre todo, era atractiva como su madre y gentil como su padre; hasta el soldado más disciplinado volteaba a verla. Era como una estrella. Miara escuchaba los cuchicheos que decían: «princesa insensible» y «fría», pero no culparía a Leia por cómo se comportaba. La Rebelión le exigía demasiado. Si quería reservarse su dolor, Miara no la criticaría.

El dolor de Miara era más intenso cuando pensaba en lo que la princesa había perdido, y el hecho de que fuera visible para todo el mundo, hacía que se guardara la tristeza. Saldría pronto, pero todavía no.

Kaeden siempre hizo sentir a Miara en su hogar. En Raada, su hermana los mantenía bien alimentados y vestidos solo con su fuerza de voluntad. En Alderaan, incluso en el primer refugio en el que estuvo, las cosas eran más fáciles, y eso parecía una traición. Miara no podía decir de parte de quién. Kaeden se volvió muy ansiosa y con el tiempo llegó a un programa de salud en una de las bellas ciudades de Alderaan y luego sirvió en una fragata médica de la República. Las hermanas no pudieron verse con frecuencia. Por lo menos, Kaeden estaba viva.

El camino de Miara hacia las estrellas fue más directo.

Los catorce pilotos de A-Wings que habían volado en los cielos de Raada mientras evacuaban la luna estaban llenos de adrenalina cuando Miara los encontró. Los pilotos le contaron todo tipo de historias en el camino de regreso a Alderaan, pero, a pesar de la matanza que Miara había presenciado, no tenía miedo cuando volaba. Para cuando aterrizaron, Miara estaba segura de que volvería a volar, y el siguiente vuelo lo haría con sus propias manos sobre los mandos.

En la Rebelión necesitaban pilotos con urgencia, así que el entrenamiento fue fácil de conseguir. Miara ascendió de rango gracias a su manera rápida de pensar y a su prodigioso índice de mortalidad, algo que los pilotos tenían que enfrentar en los días previos a la fusión de los núcleos rebeldes. Su ascenso a capitán llegó a petición del Senador Organa, aunque la Reina Breha fue quien lo hizo formal con una ceremonia en la capital, en la que otros ascensos se llevaban a cabo. Fue la primera vez que Miara vio de cerca a la princesa. A los diez años, Leia era diminuta y estaba llena de furia: una mezcla perfecta entre el senador y la reina. Miara era muy joven cuando la ascendieron, pero entendía por qué le dieron tal honor en el momento en el que le asignaron su primera misión secreta. No había manera de malinterpretar el símbolo del título Fulcrum. Tenía que decírselo a Kaeden en persona, y debía elegir sus palabras con cuidado para no poner en peligro el preciado secreto de su misión.

Necesitarían más pilotos, pronto. Muchos habían muerto en Scarif y en la batalla contra la Estrella de la Muerte. Los desertores imperiales comenzaban a aparecer, horrorizados por la carnicería que había causado la superarma del Imperio que había sido destruida. Y sí: habrá cuerpos para las cabinas, manos para los mandos, almas que viajarán con velocidad y habilidad; girarán sus X-wing a placer.

Se escuchó música proveniente de algún lugar. El cuerno regresó a Miara a la realidad de la cueva con el resto de su tripulación. Escuchó que Jessamyn contuvo la respiración, y luego reconoció la melodía: otra pieza de Alderaan que el Imperio no había arruinado. Iba en contra del protocolo. Fue incómodo para Miara, ya que Jessamyn estaba justo detrás de ella, pero tomó nuevamente la mano de su segunda al mando. Por un segundo, los dedos de Jessamyn apretaron los suyos, y luego Miara se volvió a concentrar.

Si Skywalker o Solo se sintieron nerviosos cuando caminaron por la cueva con todos los ojos de la Rebelión encima, no lo mostraron. Miara asumió que el wookiee estaba bien. No conocía a Solo. Supo de él hasta hacía unos minutos, pero había estado cuando los pilotos recibieron instrucciones, en el momento en que Skywalker habló. Él la hacía sentir vieja. La hizo pensar en una niña que estaba en una pequeña luna, y que hacía bombas solo porque podía, ansiosa de luchar en una pelea que ni siquiera entendía.

Eso era lo que la Rebelión hacía. Había tomado a una niña para entrenarla, mejorarla y darle las herramientas que necesitaba para sobrevivir. Le había transmitido todo lo que sabía a su tripulación, a otros pilotos y a los idealistas con los que se había encontrado por la galaxia en las misiones de las que se suponía que no podía hablar. Se había quedado sola al final, en Raada, cuando no tuvo materiales para explotar, pero ya no lo estaba. Y tampoco Skywalker, aunque no sabía exactamente en qué se iba a convertir.

Los tres pasaron frente a ella y subieron las escaleras para colocarse frente a Leia y lo que quedaba del Alto Mando de la Alianza. Los rebeldes que estaban en la caverna voltearon al mismo tiempo para ver de frente a la princesa. La música bajó de volumen cuando Skywalker y Solo se agacharon para recibir las medallas que la princesa colocó en sus cuellos. Miara se dio cuenta, por el gesto de la princesa, quien torció la boca, que Solo debió hacerle una mueca, pero la princesa permaneció tranquila bajo la mirada de cientos. La luz se reflejaba en su collar. Miara estaba segura de que era una pieza tradicional de Alderaan. Se preguntaba quién la había sacado del planeta y cómo había llegado a Yavin 4.

Había un transbordador sobre la plataforma. Un droide astromecánico se abrió paso para colocarse junto al reluciente droide de protocolo de la princesa. Hizo un chirrido (muy alegre para ser un droide, pensó Miara) justo cuando la música volvió a sonar con fuerza, para que los que estaban al frente pudieran escucharla. Todos vieron que Skywalker reía, cuando volteó junto con Solo y el wookiee hacia el público. El wookiee rugió, y el público estalló en aplausos. Miara volvió a ver hacia un lado y notó que había lágrimas en el rostro de Jessamyn. Su segunda al mando la miró y asintió con rapidez.

Tenía que ser en ese momento, mientras estaban en ese planeta: celebrar por lo que tenían y recordar lo que habían perdido. Era el balance. Lo bueno era más que lo malo, pero ninguno podía borrarse.

Miara volvió a mirar hacia la plataforma, y vio que Leia sonreía. Su rostro estaba radiante al estar en el centro de la atención. No era una sonrisa política; Miara había visto muchas de ellas para saber que la suya era honesta.

Miara sintió que algo le dejaba de apretar el pecho. Las emociones que se había estado aguantando desde la destrucción de Alderaan se liberaron y desaparecieron con una llama. No estaba segura de si estaba autorizada a sentir las. Raada ya no existía. Tampoco Alderaan. Su hermana estaba con vida. *Viva*. Tenía su tripulación y su nave, y pronto tendría otra misión. De pie, en Yavin 4, respiró aire fresco.

Con aflicción en las mejillas y esperanza en el corazón, Miara Larte sumó su voz con aquellos que celebraban la vida y recordaban a los muertos en esa cueva. Sería una noche larga, lo sabía. Ya había vivido varias. Pero en la mañana, y bajo cualquier sol, se pondría de pie y se rebelaría.



# WHILLS

Tom Angleberger



**E**n este punto... ya escuché todas las versiones de la historia, revisé cada holocrón y estudié cada artefacto. Una vida de preparación me ha alistado para cumplir con este noble deber. Que la Fuerza me acompañe mientras comienzo la sagrada tarea de escribir *El diario de los Whills...*

**Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...**

—En realidad no está tan lejos, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

—¿«Muy, muy lejana»? Digo que está lejos, pero no tanto.

—Mmm.

—Yo diría: «hace mucho, mucho tiempo en una galaxia muy lejana».

—Sí, pero el resto de los Whills me pidieron que lo escribiera yo, no a ti, así que dirá:

**Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...**

**Son tiempos de guerra civil.**

—¿Tiempos? Guau, te gusta la ambigüedad, ¿no?

—Increíble. ¿Quieres que escriba algo como: «Es un jueves por la tarde en la guerra civil»?

—No, eso es tonto. Tal vez el problema es que es muy impersonal. «Son tiempos de...». ¡Suena flojo! Deberías comenzar con un verbo transitivo.

—**Es la primera frase, amigo. Si eres tan minucioso con cada frase de este diario, ni siquiera llegaremos a las peleas.**

—Okey, va. Déjalo así... podría estar mejor, pero bueno...

**Naves rebeldes han atacado  
desde una base secreta y  
han obtenido su primera  
victoria contra el malvado  
Imperio Galáctico.**

—Ey, ey, ey... ¿el «Imperio» y la «Rebelión»?

—**Mmm... sí.**

—¿Tan pronto? ¿Y la República?

—**¿Qué con ella?**

—¿Vas a saltarte la República? No me digas que te saltarás las Guerras de los Clones y todo eso.

—**Deduje que podría hacer referencias misteriosas para eso.**

—¿Referencias misteriosas? ¿Y dónde dejas a Darth Maul? ¿Será una «referencia misteriosa» también?

—**La verdad, no lo sé. No planeaba mencionarlo.**

—¿No mencionar a Darth Maul?! ¡¿Darth Maul?!

—**No...**

—¿Y luego me vas a decir que no planeas mencionar al Capitán Rex, Ahsoka, Ventress, Cad Bane, Savage Opress, Jar Jar y a los mandalorianos?

—**Pues... supongo que siempre podría regresar y contar sus historias después.**

—¿En desorden? ¡Eso confundirá a todo mundo!

—**Creo que lo entenderán.**

—Ajá, sí. ¡Espera, ya sé! Tal vez podrías ponerle números al inicio de cada parte. Ya sabes, como si esta empezara con: «Hace mucho, mucho tiempo en una galaxia muy lejana: Episodio 4».

—**Eso suena medio...**

—¡Oh! ¡Tengo una idea! ¿Y si lo pones con números romanos? Sería más elegante. Y podrías ponerle un título a cada episodio. Algo como, eh, «Episodio VII: Cosecha azul».

—**Suena raro, pero si prometo llamarlo «Episodio IV» y pienso en un gran título, ¿me dejarás en paz?**

—Sí, hombre, tranquilo. Sigue. Estás a punto de llegar a lo bueno: Jyn Erso, Orson Krennic, K-2SO...

**Durante la batalla, espías rebeldes lograron robar los planos secretos del arma más extrema del Imperio, LA ESTRELLA DE LA MUERTE, una estación espacial blindada, con suficiente potencia para destruir un planeta entero.**

—Espera, ¿qué fue eso? ¿Y Erso? ¿Y K-2SO?

—**Planeo empezar con R2-D2 y C3-PO.**

—Okey, ahora sí enloqueciste. Te vas a saltar a K-2SO, el mejor. Droide. De. Todos. ¡¿Y empezarás con un droide de protocolo?! ¿Qué te pasa, Boba... Fett? ¿R2? Es increíble, sí, pero si vas a saltarte a alguien, ¡debería ser a C-3PO! Lo único que hace es quejarse.

—**No puedo saltármelo, hace un trabajo fundamental en Endor.**

—¿Endor? Espera, no agregarás a los ositos de peluche, ¿verdad?

—**¡No son ositos de peluche! Los ewoks son guerreros feroces. ¡Están en la cima de la cadena alimenticia en un planeta salvaje!**

—Okey, primero que nada, viven en una luna, no en un planeta. Segundo...

—**¡Ya cállate! Ni siquiera salen en este episodio.**

—Pero ¿qué sale en este episodio? ¡Te estás saltando *todo*!

—**Pues la Princesa Leia estará en él, si me dejas continuar.**

—Okey, va, va. ¡Ella es increíble!

**Perseguida por los siniestros agentes del Imperio, la Princesa Leia se dirige velozmente a casa en su nave espacial, mientras resguarda los...**

—¿Resguardar? ¿En serio? ¡La gente va a creer que la película se trata de un cerrajero!

—**¡Oh, por Jabba! ¡Me estás volviendo loco! ¡¿Tienes que interrumpirme en cada palabra?!**

—Tranquilo, solo es una crítica constructiva. ¿No puedes aceptarla? De verdad, si no puedes recibir una crítica constructiva, tal vez no eres el mejor Whill para este trabajo.

—**¿Crees que puedes hacerlo mejor?**

—¿La verdad? Sí. Lo creo.

—**Entonces ¿por qué no escribes tu propio diario y me dejas en paz?**

—Okey, va, ¿sabes qué?, ¡lo haré! ¡Tengo ideas increíbles para un episodio acerca de cómo la familia de Chewbacca celebra el Día de la Vida!

—Bien. Excelente. Ahora, vete. ¿En dónde estaba?

—Resguarda.

—Sí...

**... la Princesa Leia se  
dirige velozmente a casa  
en su nave espacial,  
mientras resguarda los  
planos que pueden salvar  
a su pueblo y restaurar la  
libertad en la galaxia...**

## SOBRE LOS AUTORES

Todos los autores de este libro se han negado, generosamente, a recibir cualquier remuneración por sus cuentos. Las ganancias serán donadas a First Book, una organización sin fines de lucro que provee de libros, material didáctico, y otras herramientas a educadores y organizaciones que trabajan con niños necesitados. Para celebrar tanto el lanzamiento de este libro como la vieja relación entre First Book y Penguin Random House, esta última ha donado cien mil dólares a First Book, mientras que Disney / Lucasfilm ha aportado cien mil libros para niños con un valor de un millón de dólares, apoyando así la misión de promover la igualdad de acceso a la educación de calidad. En los últimos dieciséis años, Disney y Penguin Random House han donado en conjunto más de ochenta y ocho millones de libros para First Book.

BEN ACKER y BEN BLACKER son los creadores, escritores y productores de *Thrilling Adventure Hour*, una puesta en escena en forma de antiguo programa de radio, que también es un *podcast* en el canal Nerdist. En el medio televisivo han escrito para *Supernatural* de CW, *Puss in Boots* de DreamWorks / Netflix y *Cassius and Clay* de FX. Además, han desarrollado pilotos originales para Fox, USA (dos veces), Spike, Paramount, Nickelodeon y otros. En cuanto a cómics, han escrito para Marvel, Dynamite, Boom! y otras compañías. Acker ha escrito para *Wits* de PRI. Blacker es el creador y presentador de *The Writers Panel*, un *podcast* sobre el proceso y el negocio de escribir, además de su *spin-off* titulado *Nerdist Comics Panel*. También es el productor de *Dead Pilots Society*, un *podcast* sobre pilotos para televisión (sin producir) hechos por escritores establecidos y sus bien merecidas lecturas.

RENÉE AHDIEH es la autora de los éxitos número uno de *The New York Times*: *The Wrath and the Dawn* y *The Rose and the Dagger*. Le gusta bailar salsa y coleccionar zapatos. Le apasionan todo tipo de salsas curri, rescatar perros y el basquetbol colegial. Pasó los primeros años de su vida en un rascacielos en Corea del Sur. Tal vez por eso disfruta estar en las nubes. Vive en Charlotte, Carolina del Norte, con su esposo y el diminuto jefe supremo: su perro.

TOM ANGLEBERGER es el autor de las exitosas series *Origami Yoda* de *The New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*, además de los nominados a los Edgar Awards, *Fake Mustache* y *Horton Halfport*, y de la serie *QwickpickPapers*. También es el autor del libro ilustrado de transportes *Mctoad Mows Tiny Island*. Tom vive con su esposa, Cece Bell, en Christiansburg, Virginia.

JEFFREY BROWN es el autor de numerosos libros exitosos de Star Wars, que incluyen *Darth Vader and Son* y la serie *Jedi Academy*. Creció en Michigan, donde cae mucha nieve durante el invierno. A diferencia de los neandertales, Jeffrey nunca ha aprendido a elaborar herramientas de piedra. Vive en Chicago con su esposa e hijos.

PIERCE BROWN es el autor de los número uno de *The New York Times* titulados *Red Rising*, *Golden Son* y *Morning Star*. Mientras intentaba convertirse en escritor, Brown trabajó como gerente de redes sociales en una compañía nueva de tecnología, se esforzó como peón en el espacio de Disney en los ABC Studios, trabajó en la NBC y le dio un nuevo significado al insomnio durante su periodo como ayudante en una campaña del Senado Estadounidense. Vive en Los Angeles, donde trabaja en su próxima novela.

MEG CABOT es la autora de la exitosa serie número uno de *The New York Times* titulada *Princess Diaries*. Sus libros han vendido más de veinticinco millones de ejemplares en el mundo. Nació y creció en Bloomington, Indiana. Vivió en Grenoble, Francia, y en Carmel, California, antes de mudarse a Nueva York. Se graduó por la Universidad de Indiana como licenciada en artes plásticas. Es la autora de numerosos libros para adultos y niños. *From the Notebooks of a Middle School Princess* fue la primera serie que ilustró. Meg Cabot vive actualmente en Key West con su esposo y su gato.

RAE CARSON es la autora de la exitosa y premiada serie *Girl of Fire and Thorns*. Muchos de sus libros son de aventura, magia y chicas listas que, casi siempre, toman decisiones inteligentes. Rae Carson es originaria de California, pero ahora vive en Arizona con su esposo.

ADAM CHRISTOPHER es un novelista y escritor cómico. Su primera novela, *Empire State*, fue nombrada Libro del Año por *SciFiNow* y *Financial Times* en 2012. En 2013, Adam fue nominado al Premio Sir Julius Vogel como Mejor Nuevo Talento, y *Empire State*

fue preseleccionada como Mejor Novela. También es autor de las novelas *The Age Atomic* y *The Burning Dark*.

ZORAIDA CÓRDOVA es autora de la trilogía *Vivious Deep* y de las series *On the Verge* y *Brooklyn Brujas*. Ama el café negro, el sarcasmo y aún cree en la magia. Es una neoyorkina de corazón y actualmente trabaja en su próxima novela *QwickpickPapers*.

DELILAH S. DAWSON es la escritora de la serie *Blud*, de *Servants of the Storm*, *Hit* y *Wake of Vultures* bajo el seudónimo de Lila Bowen, así como de una variedad de cuentos cortos y cómics. También es *geek*, artista, adicta a las aventuras, y experta en *cupcakes*. Escribe libros para jóvenes y adultos sobre fantasía, oscuridad, sensualidad, horror, y aventura.

KELLY SUE DECONNICK entró a la industria de los cómics, al adaptar creaciones japonesas y coreanas al inglés. Después de cinco años y más de diez mil páginas traducidas, se cambió a los cómics estadounidenses con *30 Days of Night: Eben and Stella*, para Steve Niles y IDW. Trabaja para Image, Boom, Oni, Humanoids, Dark Horse, DC, Vertigo, y Marvel. DeConnick es conocida por éxitos súbitos como el cambio de Carol Danvers a Captain Marvel, y *Pretty Deadly*, el *western* mitológico que fue nominado en los premios Eisner y que creó junto a la artista Emma Ríos. El proyecto más reciente de DeConnick es el gancho al hídago de la ciencia ficción *Bitch Planet*, el cual creó con Valentine De Landro y que obtuvo excelentes críticas en diciembre de 2014. DeConnick vive en Portland, Oregon, con su esposo Matt Fraction y sus dos hijos.

PAUL DINI es un escritor y productor que ha ganado en varias ocasiones los premios Eisner y Emmy, y que ha ayudado a redefinir las leyendas del Universo de DC en series como *The New Batman / Superman Adventures*, *Batman Beyond*, *Krypto* y *Justice League Unlimited*. Es cocreador de uno de los personajes más populares en el mundo de los cómics: Harley Quinn, que vio la luz en *Batman: The Animated Series*. Escribió el cómic *The World's Greatest Super-Heroes*, ilustrado por Alex Ross. Dini también colaboró con Chip Kidd en *Batman: Animated* para HarperCollins.

IAN DOESCHER, autor de la serie *William Shakespeare Star Wars*, ha amado a Shakespeare desde el octavo grado y nació cuarenta y cinco días después del lanzamiento de *Star Wars: Episodio IV*. Tiene

un título en artes musicales y una maestría en teología por la Universidad de Yale, así como un doctorado en ética por el Union Theological Seminary. Vive en Portland, Oregon, con su esposa y dos hijos.

ASHLEY ECKSTEIN es conocida por ser la voz de Ahsoka Tano en *Star Wars: Las Guerras de los Clones*, *Star Wars Rebels* y *Star Wars: Forces of Destiny*. Actriz y emprendedora, fundó Her Universe, una marca revolucionaria de estilo de vida y moda de *fans* mujeres. Ashley es muy conocida como persona de negocios y toda una influencia en tendencias de *fans*. Fue elegida por la revista *Good Housekeeping* como una de sus Veinticinco Mujeres Increíbles de 2016. Her Universe es un concesionario de *Star Wars* de Disney, de *Doctor Who* de Marvel y BBC, *Star Trek* de CBS, Studio Ghibli, y una lista creciente de otras compañías.

Ashley también es reconocida como una celebridad en el mundo *geek* y como una actriz y presentadora muy solicitada que aparece en especiales de televisión, programas en vivo, eventos y videos para Disney, HSN y Comic-Con HQ, entre otros. Además de ser la voz de Ahsoka Tano, Ashley le da vida a Mia the Bluebird en *Sofia the First* de Disney, a Dagger en *Ultimate Spider-Man* de Disney XD, y a Cheetah en *DC Super Hero Girls*. La voz de Ashley también se escuchó en la pantalla grande, cuando le dio vida a Yaeko en la adaptación inglesa de la película *Only Yesterday*, de Studio Ghibli, junto a la actriz de *Star Wars* Daisy Ridley y al aclamado actor Dev Patel.

En octubre de 2016, Her Universe fue adquirido por Topic, Inc. y se unió a su lista de marcas como subsidiario independiente, tienda en línea y marca mayorista. Ashley continúa en su papel de fundadora y gerente general de mercancía en Her Universe y supervisa cada aspecto de la compañía.

MATT FRACTION escribe cómics en el bosque y vive con su esposa, la escritora Kelly Sue DeConnick, sus dos hijos, dos perros, un gato y un dragón barbado, además de coyotes y ciervos que llenan un patio. Seguramente es una metáfora. Ganó el primer Premio Literario PEN USA en la categoría de novela gráfica. Él y sus cómics han ganado los premios Eisner, Harvey e Eagle, que son como los Óscares, Emmys y Globos de Oro de los cómics, y tienen la misma credibilidad. Es un *best selling* reconocido por *The New York Times* por cómics como *Sex Criminals* (ganador del Premio Will Eisner en 2014 en la categoría de



Mejor Serie Nueva, del Premio Harvey en 2014 por la misma categoría y nominado a Mejor Cómic de 2013 por la revista *Time*), *Satellite Sam*, *ODY-C*, *Hawkeye* (ganador del Premio Will Eisner de 2014 a Mejor Publicación Individual) y muchos otros.

ALEXANDER FREED es el autor de *Star Wars: Battlefront. Twilight Company* y *Star Wars: The Old Republic. The Lost Suns*. Ha escrito muchos cuentos cortos, cómics y videojuegos. Nació cerca de Filadelfia, y se esfuerza por llevar consigo el encanto melancólico de esa ciudad a su hogar actual en Austin, Texas.

JASON FRY es un escritor que vive en Brooklyn, Nueva York, con su esposa, hijo y más o menos una tonelada de cosas de Star Wars. Es el autor de *The Clone Wars: The Visual Guide*, *The Clone Wars: Ultimate Battles* y *The Clone Wars: Official Episode Guide. Season 1*, y ha escrito mucho para la revista *Star Wars Insider* y para *Wizards of the Coast*.

KIERON GILLEN es un escritor radicado en Londres. En cuanto a lo que sucede en una galaxia muy, muy lejana, ha escrito los cómics *Star Wars: Darth Vader* y *Star Wars: Doctor Aphra*. En otros escenarios ha escrito cómics de casi todos los grandes héroes de *Marvel* que conoces, y también de los que no, y es el cocreador de los premiados *The Wicked + The Divine* y *Phonogram*. Los editores lo maldicen por su aparente falta de habilidad para aprender a deletrear «wookiee» y «Tatooine». Será disciplinado.

CHRISTIE GOLDEN es una galardonada y exitosa autora, reconocida por *The New York Times*, que cuenta con casi cincuenta novelas y varios cuentos cortos en los géneros de fantasía, ciencia ficción y horror. Otros lanzamientos populares suyos incluyen la serie *Ravenloft* en 1991, con *Vampire of the Mists*, más de doce novelas de Star Trek, los libros de *Warcraft: Rise of the Horde*, *Lord of the Clans*, *Arthas: Rise of the Lich King* y *War Crimes*. También las novelas de *Star Wars: Fate of the Jedi: Omen*, *Allies* y *Ascension*.

En 2017 recibió el International Association of Media Tie-In Writers Faust Award y fue nominada a Gran Maestra, al reconocer su trayectoria de más de un cuarto de siglo como escritora.

CLAUDIA GRAY es la autora de *Star Wars: Bloodline* y *Defy the Stars*, además de las series *Firebird*, *Evernight* y *Spellcaster*. Ha trabajado como abogada, periodista, DJ y como una mesera muy poco

efectiva. Sus intereses de siempre incluyen casas viejas, películas clásicas, el estilo retro y la historia. Vive en Nueva Orleans.

PABLO HIDALGO es un escritor ejecutivo en Lucasfilm Story Group, una autoridad residente de Star Wars que ayuda a que el amplio conjunto de proyectos tenga consistencia. Ha escrito muchos libros para Dorling Kindersley, como su éxito más reciente, *Star Wars: The Force Awakens. The Visual Dictionary*. Vive con su esposa en San Francisco, California.

E. K. JOHNSTON tuvo varios trabajos y una vocación antes de que su obra fuera publicada. Si algo ha aprendido es que las cosas a veces son extrañas y no hay mucho que hacer al respecto. Bueno, aprendió eso y a ejercitarse con *fanfic*; disfruta de ambas cosas. Cuando no está en Tumblr, sueña con viajar y con Tolkein. O escribe libros. En realidad, eso depende del estado del tiempo.

PAUL S. KEMP es el reconocido autor de las novelas *Star Wars: Crosscurrent*, *Star Wars: The Old Republic: Deceived* y *Star Wars: Riptide*, del *The New York Times* además de numerosos cuentos cortos y novelas de fantasía, como *The Hammer and the Blade* y *A Discourse in Steel*. Kemp vive y trabaja en Grosse Pointe, Michigan, con su esposa, sus hijos, y un par de gatos.

MUR LAFFERTY es escritora, productora de *podcasts*, *gamer*, *geek* y experta en artes marciales. Es la presentadora del *podcast* galardonado *I Should Be Writing* y de *Angry Robot Books*. Ganó el John W. Campbell Award de 2013 a Mejor Nuevo Escritor. Ama correr, practicar kung fu al estilo de los cinco animales del Shaolin del Norte, jugar *Skyrim* y *Fallout 3*, y salir con su esposo increíblemente *geek* y su hija de once años.

KEN LIU es uno de los autores más aclamados en la literatura estadounidense. Es ganador de premios Nebula, Hugo, World Fantasy, Locus, Sidewise y Science Fiction & Fantasy, y también ha sido nominado al Sturgeon Award. Su cuento corto *The Paper Menagerie* es la primera obra de ficción en ganar los premios Nebula, Hugo y World Fantasy al mismo tiempo. En 2015, tradujo la galardonada novela *The Three-Body Problem*, escrita por Cixin Liu, la primera novela en ganar un Hugo Award en traducción. *The Grace of Kings*, su primera novela, es también el primer volumen de una serie de fantasía épica del género *silkpunk* que tiene lugar en el universo que él

y su esposa, la artista Lisa Tang Liu, inventaron. Fue finalista en los Nebula Awards y ganó el Locus Award a Mejor Novela Debut. Vive cerca de Boston con su familia.

GRIFFIN McELROY vive en Austin, es escritor, productor de video, creador de *podcasts* y cofundador del sitio web de juegos Polygon. Es uno de los tres presentadores de *My Brother, My Brother and Me*: un *podcast* de consejos, junto a —sí, adivinaste— sus dos hermanos, y funge como Maestro de Calabozo en *The Adventure Zone*, un *podcast* de juego de Calabozos y Dragones que hizo con su familia. También es presentador, junto con su esposa Rachel, de un *podcast* de recapitulación de la franquicia Bachelor llamado *Rose Buddies*. Recientemente cofundó un bebé humano llamado Henry.

JOHN JACKSON MILLER es el autor reconocido por *The New York Times* de *Star Wars: Kenobi*, *Star Wars: A New Dawn*, *Star Wars: Lost Tribe of the Sith*, y la colección de novelas gráficas de Marvel, *Star Wars Legends: The Old Republic*, entre muchos otros libros y cómics. Su sitio web es [farawaypress.com](http://farawaypress.com).

NNEDI OKORAFOR nació en Estados Unidos de padres inmigrantes nigerianos igbo. Tiene un doctorado en inglés y es profesora de escritura creativa en la Universidad Estatal de Chicago. Ha sido la ganadora de muchos premios por sus cuentos cortos y libros para adultos jóvenes. Ganó el World Fantasy Award por su obra *Who Fears Death*. Los libros de Okorafor están inspirados en su origen y sus muchos viajes a África. Vive en Chicago con su hija Anyaugo y su familia.

DANIEL JOSÉ OLDER es escritor, editor y compositor que vive en Brooklyn. Entre sus trabajos destacan las novelas de *Bone Street Rumba*, que incluyen *Midnight Taxi Tango* y *Half Resurrection Blues*, y la novela para adultos jóvenes *Shadowshaper*. Ha sido nominado para el Kirkus Prize, los premios Locus y World Fantasy, y el Andre Norton Award. *Shadowshaper* fue nominado a Mejor Libro del Año por *The New York Times*.

MALLORY ORTBERG es la columna «Dear Prudence» de la revista *Slate*. Ha escrito para *Gawker*, la revista *New York*, *The Hairpin* y *The Atlantic*. También es la cocreadora de *The Toast*, un sitio web de interés general dirigido a las mujeres. Vive en la Bay Area con su laptop y su gato.

BETH REVIS es la autora reconocida por *The New York Times* de la serie *Across the Universe*, la novela *The Body Electric*, de *A World Without You* y numerosos cuentos cortos. Es oriunda de Carolina del Norte y actualmente trabaja en una nueva novela para adolescentes. Vive en la Carolina del Norte rural con sus chicos: un esposo, un hijo y dos perros más o menos del tamaño de un ewok.

MADELEINE ROUX recibió su título en escritura creativa y actuación por el Colegio Beloit en 2008. En la primavera de 2009 completó con mención honorífica la escritura, propuesta y presentación de una novela de ficción de larga duración en el Colegio Beloit. Poco después lanzó el blog de ficción experimental *Allison Hewitt Is Trapped*, que se propagó con velocidad por la blogosfera, ofreciendo una experiencia de ficción serial y única a sus lectores. Nació en Minesota, pero ahora vive y trabaja en Wisconsin, donde disfruta de la cerveza local y de prepararse para el inevitable apocalipsis zombi.

GREG RUCKA es autor reconocido por *The New York Times* de casi veinticuatro novelas, incluyendo *Star Wars: Before The Awakening* y *Star Wars: Guardians of the Whills*, y ha ganado muchos premios Eisner por sus novelas gráficas. Vive en Portland, Oregon, con su esposa e hijos.

GARY D. SCHMIDT es profesor de inglés en el Colegio Calvin de *Grand Rapids*, Michigan. Recibió el Newbery Honor y el Printz Honor por *Lizzie Bright and the Buckminster Boy* y el Newbery Honor por *The Wednesday Wars*. Vive con su familia en una granja de ciento cincuenta años en Alto, Michigan, donde parte madera, siembra huertos, escribe, y alimenta a los gatos salvajes que lo visitan.

CAVAN SCOTT es autor cómico para niños y adultos. Ha escrito para un gran número de series, que incluyen *Doctor Who*, *Star Wars*, *Adventure Time*, *Judge Dredd*, *Disney Infinity*, y *Warhammer 40 000*. Es el autor de la miniserie *Doctor Who: The Ninth Doctor* de *Titan Comics*, y actualmente escribe *Minnie the Mins* y *Gnasher & Gnipper* para el legendario cómic británico *The Beano*. Es miembro de *The Society of Authors* y de *Dennis the Menace Fan Club*. Cavan vive cerca de Bristol con su esposa, dos hijas, y un dalek inflable llamado Desmond.

CHARLES SOULE es un exitoso autor reconocido por *The New York Times* que vive en Brooklyn; además de ser escritor de cómics es músico y abogado. Es mejor conocido por escribir *Daredevil*, *She-Hulk*, *Death of Wolverine* (inspirado en la película *Logan*), varios cómics de *Star Wars* para Marvel Comics, la serie de su creación *Curse Worlds*, para Image Comics, y la obra de ciencia ficción política, épica y galardonada *Letter 44* de Oni Press. Su primera novela, *The Oracle Year*, será publicada en 2018 por HarperCollins.

SABAA TAHIR creció en el desierto de Mojave de California, en el motel de dieciocho cuartos de su familia. Ahí pasó el tiempo devorando novelas, saqueando la colección de cómics de su hermano y tocando la guitarra de manera no muy efectiva. Comenzó a escribir *An Ember in the Ashes* mientras trabajaba de noche como editora en un periódico. Le gusta el *indie rock* estridente, los calcetines llamativos, y las cosas de *nerd*. Tahir vive en la Bay Area de San Francisco con su familia.

ELIZABETH WEIN nació en la ciudad de Nueva York, creció fuera de su país, y actualmente vive en Escocia con su esposo y dos hijos. Le encanta volar aviones miniatura y tiene un doctorado en folclor por la Universidad de Pensilvania. Es la autora de *Code Name Verity*, que ganó el Edgar Award en la Categoría de Jóvenes Adultos y la Printz Medal Honor Book; *Rose Under Fire*, que ganó el Schneider Family Book Award; y *Black Dove, White Raven*, ganador del Children's Africana Book Award.

GLEN WELDON ha sido crítico de teatro, escritor de ciencia, historiador oral, maestro de escritura, vendedor de libros, promotor de relaciones públicas, acomodador de películas, un biólogo marino inepto de verdad, y un nadador competitivo. Sus obras han visto la luz en *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Atlantic*, *The New Republic*, *Slate*, y muchas otras publicaciones. Es un panelista en *Pop Culture Happy Hour* de National Public Radio, donde también analiza libros y cómics.

CHUCK WENDIG es un novelista, guionista, y diseñador de juegos. Es autor de muchas novelas, incluyendo *Star Wars: Aftermath*, *Star Wars: Aftermath: Life Debt*, *Star Wars: Empire's End*, *Blackbirds*, *Atlanta Burns*, *Zer0es*, y la serie para jóvenes adultos *Heartland*. Es el coescritor del cortometraje *Pandemic* y de la narrativa digital

nominada al Emmy *Collapsus*. Actualmente vive en los bosques de Pennsylvucky con su esposa, su hijo y su perro rojo.

WIL WHEATON comenzó a actuar en comerciales a los siete años y, cuando tenía diez, ya había representado numerosos papeles en televisión y cine. En 1986, su papel aclamado por la crítica en *Stand By Me* de Rob Reiner lo colocó bajo los reflectores, donde aún sigue. En 1987, Wil representó a Wesley Crusher en la exitosa serie de televisión *Star Trek: The Next Generation*. Recientemente ha actuado en *Leverage* para TNT y *Eureka* para SyFy. Aparece en *The Big Bang Theory* para CBS. Interpretó a Fawkes, líder en *Axis of Anarchy* en la serie en línea *The Guild* de Felicia Day; además, escribió, produjo y presentó *The Wil Wheaton Project* en Syfy. Es el creador y presentador de la multigalardonada serie en línea *Table Top*, actualmente en su temporada catorce.

Como actor de voz, Wil ha participado en videojuegos como *There Came an Echo*, *Broken Age*, *Grand Theft Auto: San Andreas*, *Brütal Legend*, *DC Universe Online*, *Fallout: New Vegas* y *Ghost Recon Advance Warfighter*. Ha prestado sus talentos vocales a series animadas como *Family Guy*, *Legion of Superheroes*, *Ben 10: Alien Force*, *Generator Rex*, *Batman: The Brave and the Bold* y *Teen Titans*.

Como autor, ha publicado muchos libros aclamados, entre otros: *Just A Geek*, *Dancing Barefoot*, y *The Happiest Days of Our Loves*. Todos sus libros nacieron de su blog inmenso, popular y multigalardonado, que aún mantiene: WIL WHEATON dot NET. Mientras que la mayoría de los famosos están contentos con que sus publicistas diseñen y lleven sus sitios web, Will llevó a cabo un cambio radical cuando comenzó a bloguear en 2001, pues él mismo diseñó y cifró su sitio web.

Se mantiene con presencia popular en sus redes sociales, como Tumblr, y sus páginas de Facebook y Google Plus. Su cuenta de twitter, que es citada con frecuencia, tiene más de 2.75 millones de seguidores.

Wil es muy reconocido por ser uno de los primeros bloggers famosos y tiene una voz respetada en esa comunidad. En 2003, los lectores de *Forbes.com* nominaron WIL WHEATON dot NET al Mejor Blog de Celebridad. Su blog ha sido elegido por *C|Net* para su inclusión en los mil blogs más influyentes y uno «de primera categoría», de acuerdo con *Blogebrity.com*. En los Weblog Awards (The Bloggies) de 2002, Wil ganó en cada categoría en la que fue

nominado, incluyendo Blog del Año. En 2007, Wil estuvo nominado en la categoría Lifetime Achievement Bloggie, junto a las potencias de internet, *Slashdot* y *Fark*. En los Weblog Awards de 2008, Wil fue elegido como Mejor Celebridad Bloguer, y en 2009, *Forbes* lo llamó la celebridad número catorce más influyente de la web. A Wil, que no piensa en sí mismo como una celebridad, todo esto le resulta divertido, y más bien se considera «solo un sujeto, ¿sabes?».

GARY WHITTA es el antiguo editor en jefe de la revista *PC Gamer* y ahora es un galardonado guionista. Mejor conocido por el *thriller* explosivo postapocalíptico *The Book of Eli*, con Denzel Washington como protagonista, y como coescritor de *Rogue One: A Star Wars Story*. También coescribió la aventura de ciencia ficción de Will Smith, *After Earth*, y fue escritor y asesor en *The Walking Dead* de Telltale Games, lo que le hizo ganar el BAFTA Award por Mejor Historia. Recientemente escribió en la serie animada de televisión *Star Wars: Rebels*. También escribió las adaptaciones para filme de los cómics *Starlight* de Mark Millar, y *Mouse Guard* de David Petersen para la 20th Century Fox, además del libro de David Fisher *The War Magician* para StudioCanal y Benedict Crumberbatch. Su primera novela, *Abomination*, ya está disponible, y su serie original de cómics, *Oliver*, fue publicada en 2017 por Image Comics. Nacido y criado en Londres, Inglaterra, Gary vive actualmente con su esposa e hija en San Francisco.